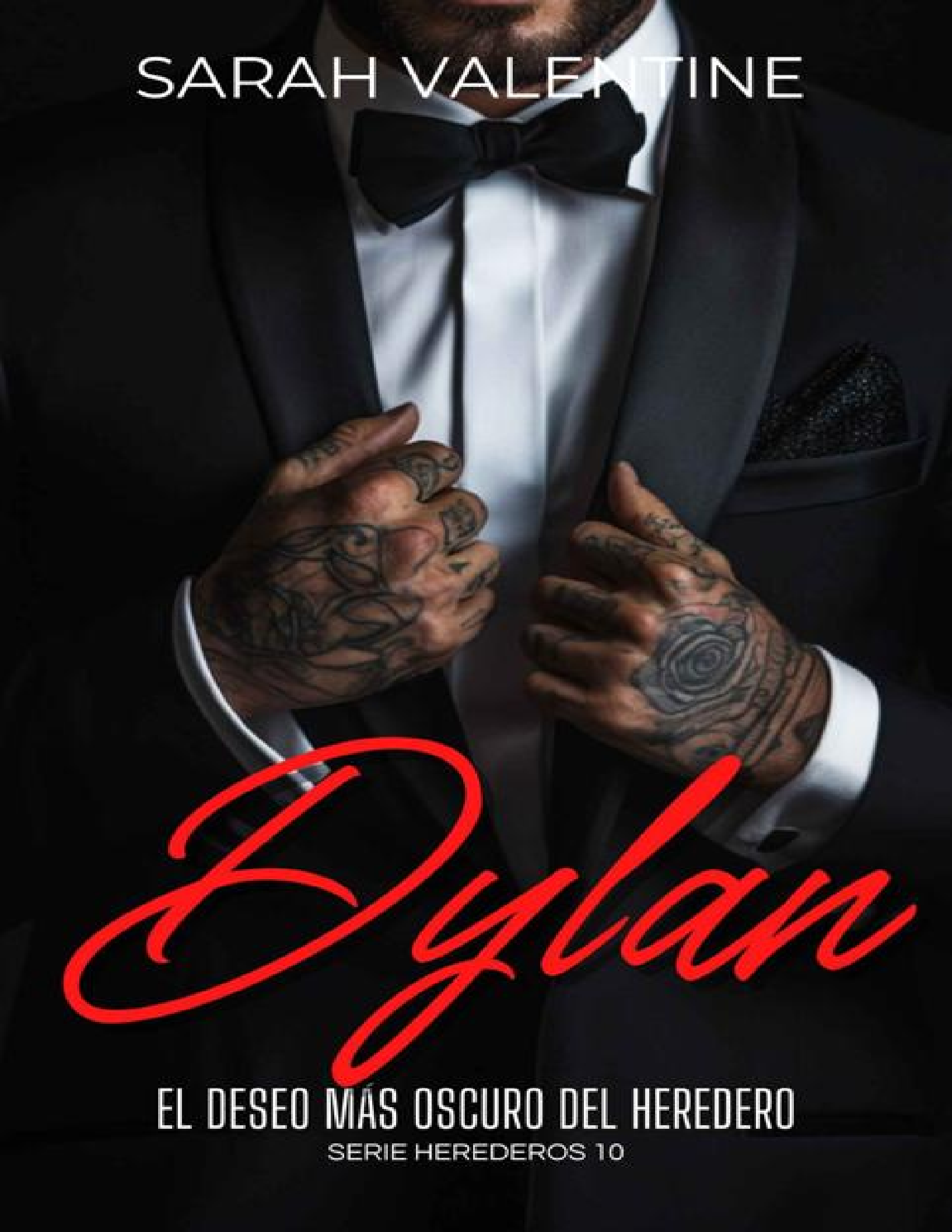

SARAH VALENTINE
Dylan
EL DESEO MÁS OSCURO DEL HEREDERO
SERIE HEREDEROS 10

Índice

Dylan. El deseo más oscuro del heredero
Sinopsis
Dedicatoria
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Epílogo
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti
Encuentra aquí otras novelas de la autora

Dylan.
El deseo más oscuro del heredero

Serie Herederos, 10

Sarah Valentine

Sinopsis

DYLAN

El deseo más oscuro del heredero

Un romance oscuro, sensual y posesivo en el corazón de Nueva York

Él es el **hombre más peligroso** que ha entrado en su vida.

Ella es su **deseo más oscuro**, su **tentación prohibida**.

Kiara Spencer tiene dos reglas inquebrantables: no permitir que nadie la controle y jamás involucrarse con los clientes **del *Club LUX*, el exclusivo local** donde trabaja por las noches para pagarse la universidad.

Pero cuando **Dylan Russell**, el **heredero del imperio automovilístico** más poderoso de **Nueva York**, posa sus ojos en ella, su mundo cambia en un instante. Él no es solo un cliente más. **Es peligroso, implacable y letalmente atractivo**. Un hombre que la observa como si ya le perteneciera.

Dylan está acostumbrado a tenerlo todo. **Dinero, poder, mujeres...** pero **Kiara es diferente**. La desea con una **intensidad** que roza la **obsesión**. **Quiere poseerla** y hacerla suya. Sin embargo, lo que comienza como un **juego de poder y tentación** pronto se convierte en algo mucho más oscuro.

Kiara no sabe que acercarse a él la pone en **peligro**.

Entre **carreras ilegales**, un mundo lleno de **secretos** y la amenaza de una **traición** que podría romperlo todo, **Kiara y Dylan** se verán atrapados en una **espiral de deseo, pasión y caos** donde solo hay una certeza: **resistirse ya no es una opción**.

Pero cuando la verdad salga a la luz, **¿arderán en las llamas del deseo o quedarán reducidos a cenizas?**

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de novelas románticas **Best Sellers**, como su serie **Condes escoceses** y su serie **Duques escoceses,** publica ahora ***Dylan. El secreto más oscuro del heredero. (Serie Herederos)***, un romance oscuro, intenso y adictivo ambientado en Nueva York, dentro de su **serie Herederos**, una serie que copa los primeros puestos en Amazon.

A ti, que has entrado en la boca del lobo
con la certeza de que no saldrías ilesa.

© Sarah Valentine, 2025.
Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.
Los hechos que se narran y los personajes que aparecen en ese libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.
Esta historia es una obra de ficción, por lo que cualquier coincidencia con la realidad es resultado del azar.

Capítulo 1

Kiara

La música retumba con fuerza y marca el ritmo de la noche en el Club LUX. Aquí todo es brillante por fuera, pero basta con observar un poco más allá para notar que todo tiene una doble cara mucho más oscura de lo que aparenta.

Me muevo entre las mesas con la bandeja en una mano, sorteando con facilidad los cuerpos que llenan el local. Esta es mi tercera noche trabajando aquí sirviendo copas y ya he aprendido a esquivar comentarios, miradas y sonrisas vacías. Aquí todo gira en torno al dinero, al poder y a la sensación de que nada tiene consecuencias. Los hombres de traje a medida y relojes obscenamente caros se mezclan con otros de aspecto más rudo, pero igual de peligrosos. La exclusividad del club es solo una excusa para que, quienes mandan en esta ciudad, puedan jugar sin que nadie los observe demasiado de cerca.

Sigo caminando, centrada en no derramar ni una gota del whisky que va para la mesa cuatro. A pesar de las botas de tacón y el vestido corto, que me obliga a estar más pendiente de cada paso que doy, he perfeccionado el equilibrio a la hora de servir a los socios. El uniforme no es más que una forma de atraer clientes y conseguir propinas más generosas, pero no hay que confundirse: no

soy ni bailarina ni prostituta. Solo sirvo copas y me aseguro de que las comandas lleguen en el menor tiempo posible.

—Kiara, la mesa del fondo ha pedido otra ronda —me avisa Marla, la encargada del bar, con un gesto de cabeza mientras seca un vaso con pulcritud.

—Voy enseguida —respondo sin perder el ritmo.

El cansancio pesa sobre mis piernas, pero lo ignoro. Pasar noches en vela se ha convertido en parte de mi rutina, aunque por las mañanas en la facultad he estado bastante cansada y con sueño. Entre las clases, estudiar y este empleo, mi cuerpo me pide a gritos unas horas de sueño que ahora mismo no me puedo permitir. Pero necesito este trabajo, porque, aunque la beca cubre la matrícula y parte de los libros, el alquiler, los gastos y la comida dependen de lo que pueda aportar en casa. No es mucho, pero al menos es algo.

Llego a la mesa del fondo, donde cuatro hombres ríen con la confianza de quienes saben que pueden comprar lo que quieran con un chasquido de dedos. Uno de ellos, un tipo de pelo engominado y mandíbula marcada me lanza una sonrisa que pretende ser encantadora.

—Doble de whisky para mí, preciosa —dice arrastrando las palabras.

Asiento sin devolverle la sonrisa y tomo nota del resto de la mesa. La atención de los hombres en este sitio es un juego peligroso. Lo he visto en mis otras dos noches aquí: algunas chicas lo fomentan, porque eso se traduce en propinas más altas, aunque otras lo evitan a toda costa. Yo prefiero mantenerme en un punto intermedio y ser amable sin dar pie a nada más.

Me alejo antes de que la conversación se vuelva incómoda y regreso a la barra para recoger las copas. Marla ya está preparando los pedidos cuando llego y me pasa los vasos de whisky con un gesto de advertencia.

—Ten cuidado con esos, creen que este sitio es su coto de caza.

—Me lo imaginaba —susurro tomando la copa con firmeza.

No es la primera vez que me topo con hombres así y, lamentablemente, sé que tampoco será la última. Aquí dentro todo es una máscara de lujo y exclusividad, pero la verdad es mucho más

sucia. Hay dinero, sí, pero también egos inflados y ambiciones descontroladas. No importa lo caro que sea el traje que estos hombres vistan, porque la esencia sigue siendo la misma.

Respiro hondo antes de regresar a la mesa y dejo las bebidas con cuidado. Los socios siguen riendo y conversando en voz baja, pero uno de ellos, de ojos oscuros y expresión analítica, se queda observándome unos segundos más de lo necesario. No digo nada, simplemente me giro y sigo con mi trabajo.

La noche avanza entre bandejas que van y vuelven, clientes que exigen sin ni siquiera mirarte cuando lo hacen y una música que sigue latiendo como el pulso de un monstruo hambriento. Yo sigo moviéndome entre todo eso, tratando de mantener la compostura y repitiendome a cada minuto que esto es solo temporal, porque mi sitio real está entre libros, análisis literarios y aulas llenas de conocimiento. Mi máximo deseo es que algún día pueda dejar este trabajo y no tenga que seguir sirviendo copas a hombres que creen que el mundo les pertenece, aunque, por ahora, ese anhelo me queda aún muy lejos.

El ambiente en el Club LUX no cambia a lo largo de la noche. La música retumba contra las paredes de manera potente, las luces danzan sobre el cuero de los sofás y el tintineo del cristal resuena constante contra la barra. Esta noche tiene algo de diferente y efectivamente mi sensación se confirma cuando, después de recoger una comanda en la barra, me giro para dirigirme a una de las mesas y un silencio repentino se extiende como una ola de agua entre los socios. Algunas miradas se vuelven hacia la entrada del club y, cuando me giro para comprobar qué observan con tanto interés, veo que entra un hombre muy atractivo al club y avanza con una seguridad que desafía el mundo que lo rodea. No necesita pedir espacio, porque la gente, al verlo, se aparta sin dudarlo. Su porte es imponente, con una altura que supera a la mayoría de los hombres en la sala y una presencia que se impone sin necesidad de palabras. Viste un traje perfectamente entallado a su cuerpo, que no busca llamar la atención, sino que deja claro su estatus sin esfuerzo.

Su rostro es todo ángulos duros, una mandíbula cincelada y pómulos afilados bajo la tenue iluminación. Los ojos, de un azul frío e hipnótico, recorren el club con calma. No parece de este mundo, porque solo con mirarlo me da la sensación de que perteneciera a una dimensión donde las reglas son otras y él las dicta.

—¿Quién es? —pregunto en voz baja a Marla, fingiendo que acomodo las copas en mi bandeja.

—Dylan Russell —responde sin apartar la mirada de él, como si temiera perderse algo importante—. Está podrido de pasta. Es el heredero de uno de los imperios empresariales de coches de lujo más grandes del mundo. Dicen que también participa en carreras ilegales entre multimillonarios… Aunque debe tener más de cuarenta años, el tipo está cañón.

Asiento ante lo que me cuenta y un escalofrío me recorre la espalda, pero no es de miedo. Hay algo en los hombres con bastante más años que yo, que tengo veintidós recién cumplidos, que siempre me ha atraído, aunque nunca he entendido por qué. Y Dylan Russell… él encarna todo lo que me fascina y me intimida al mismo tiempo.

Con paso firme llega a su reservado VIP, el que, según me dice Marla, siempre tiene a su disposición. No se molesta en mirar a su alrededor, porque me da la sensación de que el resto del mundo no existe para él. Me acerco con la bandeja y la seguridad de que él es un cliente más y que, por tanto, debo atender con la misma indiferencia con la que sirvo al resto. Pero cuando alzo la mirada y me encuentro con la suya, tengo la sensación de que tambalea.

Me mira de una forma que tengo la sensación de que me estudia. Me siento vulnerable bajo su escrutinio, como si pudiera ver más de lo que debería. Tomo aire y coloco la copa sobre la mesa con mano firme, pero en el último momento sus dedos rozan los míos. Un roce intencionado, y breve, aunque suficiente como para que mi pulso se acelere, aunque trato de disimularlo y que parezca que no me ocurre nada.

—Su whisky —anuncio, obligándome a hablar con la misma neutralidad de siempre.

Dylan Russell toma la copa sin apartar la mirada de mí. Se inclina ligeramente, con la misma calma peligrosa con la que ha entrado en el local. Sus labios se curvan apenas en algo que no llega a ser una sonrisa y cuando habla, su voz es un murmullo grave que me envuelve por completo.

—No deberías estar aquí.

Su declaración me descoloca. No es una amenaza ni una advertencia, sino un hecho, dicho con una certeza que me atraviesa. Un escalofrío recorre mi piel y, por un segundo, no sé cómo reaccionar.

—¿Perdón? —le pregunto sin poder evitarlo.

Dylan no repite sus palabras, solo me observa con esa intensidad. Algo en su mirada me dice que él sabe algo que yo aún no comprendo y eso me hace sentir inquieta.

Capítulo 2

Dylan

El Club LUX es un refugio para aquellos que tienen suficiente dinero como para olvidar por unas horas lo que ocurre fuera de sus puertas. Para mí, es solo un lugar más donde los excesos son la norma y la lealtad se mide en cifras. Me gusta observar y decidir quién vale la pena y quién es solo un peón más en esta partida.

Cuando entro, las miradas se giran para mirarme, como ocurre siempre. Algunos con respeto, otros con envidia y otros con un poco de ambas cosas. Pero lo que ocurre esta noche al entrar en el local es distinto. Mis ojos se detienen en una camarera que no he visto antes. Me llama la atención porque, a pesar de que es nueva por aquí, no parece intimidada por el entorno. Además, hay algo en su expresión y en cómo esquiva las miradas, que me dice que aún no es parte de este mundo. Se mueve con soltura, aunque su lenguaje corporal delata que todavía no ha aprendido las reglas del juego que aquí se juega.

La observo mientras avanza con una bandeja entre las mesas, esquivando con destreza a los clientes que intentan llamar su atención. Su vestido ajustado resalta cada una de sus curvas, aunque no detecto ni un atisbo de provocación en su actitud, sino solo una profesionalidad férrea. No es como las demás y eso llama

poderosamente mi atención, algo que no suele sucederme y menos en el LUX.

—Señor Russell, su reservado está listo —me dice uno de los encargados, inclinando ligeramente la cabeza.

Asiento sin apartar la mirada de la camarera. Su rostro es joven, fresco y no tiene las marcas del cinismo que suelo ver en las mujeres que frecuentan este lugar. Cuando se vuelve y me atrapa con sus ojos oscuros, algo en mi interior se activa. No es deseo o no solo eso. Es curiosidad, una sensación incómoda pero adictiva.

Me dirijo a mi reservado con paso firme. La sensación de control absoluto es algo que valoro y que domino a la perfección, pero esta noche, esa certeza se tambalea. El motivo de mi inseguridad viste un vestido negro ajustado y posee una mirada que no debería haberme llamado la atención, pero lo ha hecho.

Me acomodo en mi asiento, pero sigo observándola. Noto que evita cruzar miradas conmigo deliberadamente, lo que solo incrementa mi interés por ella. Estoy acostumbrado a que las mujeres me busquen, que se acerquen a mí con sonrisas insinuantes y expectativas claras. Pero ella no. Ella mantiene la distancia. Interesante.

Cuando se acerca a servirme, lo hace con la misma calma medida con la que atiende al resto de los socios. Sin embargo, en el momento en que deja la copa sobre la mesa, mis dedos rozan los suyos de forma intencionada. Un gesto breve, pero suficiente, porque noto cómo la electricidad de nuestro breve contacto la sacude y sus ojos se clavan en los míos, cargados de desconcierto.

—No deberías estar aquí —le murmuro con voz grave y sin apartar la mirada de la suya.

Ella parpadea, confundida y su reacción me confirma lo que ya intuía: no tiene ni idea de en qué lugar se está metiendo, algo que, por alguna razón, me fascina aún más. Su confusión me divierte. No es miedo lo que veo en sus ojos, sino una mezcla de orgullo y precaución. Una combinación poco común en este lugar.

—¿Y eso por qué? —me pregunta, con el mentón ligeramente alzado.

Esbozo una sonrisa ladeada y tomo la copa con calma entre mis dedos y me inclino un poco hacia ella, lo suficiente para que solo nosotros dos escuchemos la conversación.

—Porque aquí no se sobrevive siendo ingenuo.

Ella no me responde de inmediato, pero tampoco aparta la mirada de mí. Me gusta. No titubea, aunque puedo ver que está intentando descifrar lo que realmente quiero decir. La mayoría de las mujeres en su situación se habrían marchado de inmediato o habrían intentado agradarme, en cambio, ella no hace ninguna de las dos cosas.

—Gracias por el consejo, señor Russell —dice al fin, con un tono tan neutral que casi me hace sonreír.

—Dylan —la corrijo.

Ella asiente levemente y se da la vuelta para seguir con su trabajo. La sigo con la mirada mientras se aleja, aunque me ha despertado verdadera curiosidad. Algo me dice que esta noche va a ser más interesante de lo que esperaba.

Cuando abandono el club, la madrugada me recibe con un aire cargado de humedad. La brisa nocturna no es suficiente para borrar el rastro de la nueva camarera de mi mente, que he descubierto que se llama Kiara, Kiara Spencer. Su imagen sigue ahí, persistente, como si fuera un tatuaje más en mi piel. Debería olvidarme de ella. Sería lo más sensato, pero me ha despertado algo que no puedo obviar.

Mi chófer ya me espera junto al coche negro de cristales tintados. Su silueta es una sombra inmóvil en la penumbra, pero mi atención no está en él. Me detengo un segundo antes de abrir la puerta, respiro hondo y al exhalar el aire, descubro que el efecto de ella no se ha disipado. No quiero ni necesito esto.

Subo al asiento trasero y cierro la puerta con un chasquido seco. Dentro del Rolls-Royce Phantom, la atmósfera es silenciosa y está envuelta en una penumbra que solo interrumpen las luces de la ciudad que se ven a través el cristal. El cuero del asiento está frío bajo mis manos, pero mi sangre sigue ardiendo cada vez que

rememoro el breve contacto de nuestras manos. Aprieto la mandíbula, me paso una mano por la cara y miro a Declan, el jefe de mi equipo de seguridad, que está en el asiento delantero revisando su teléfono con expresión impasible.

Levanta la vista en cuanto siente mi mirada sobre él, esperando órdenes. Sabe que cuando hablo, no dejo lugar a dudas, ni doy explicaciones y, mucho menos, necesito justificarme.

—Quiero información sobre la nueva camarera del LUX. Kiara Spencer —le digo con voz firme, sin espacio para réplica.

Declan frunce el ceño apenas un instante, pero no hace preguntas. Está entrenado para saber que, cuando pido algo, es porque ya lo he decidido.

—Lo tendré para mañana a primera hora—responde con la misma eficiencia de siempre.

Desvío la mirada hacia la ventana y observo la ciudad difuminada por la velocidad del coche. Luces intermitentes, calles vacías y siluetas de desconocidos que no significan nada para mí. Muevo los dedos contra la tapicería del asiento y me obligo a respirar hondo. En este momento, todo debería volver a su orden, pero Kiara sigue dentro de mi cabeza, como una sombra en mi mente de la que no puedo olvidarme. No quiero obsesionarme con ella. No debería. Pero la verdad es otra, y lo sé demasiado bien. Ya es demasiado tarde.

Capítulo 3

Kiara

La cafetería de la facultad está abarrotada. Las voces se mezclan con el sonido del vapor de la cafetera. Me acomodo en una de las mesas junto a la ventana con mi café en las manos mientras Hannah, mi mejor amiga, remueve el suyo con parsimonia, observándome con esa mirada inquisitiva que significa que está a punto de sacarme algo.

—Llevas toda la mañana con cara de estar en otro planeta —comenta con diversión—. ¿Vas a contarme qué te pasa o tengo que adivinarlo?

Soplo la espuma de mi café para evitar su mirada, pero no sirve de nada. Hannah siempre sabe cuándo tengo algo en la cabeza. y, para mi desgracia, lo que tengo en la cabeza es un hombre al que no debería ni estar recordando en este momento, ni en ningún otro.

—No me pasa nada —respondo, aunque sé que no va a conformarse con mi respuesta.

—Venga ya, tía. Te conozco demasiado bien. Desde que llegaste hoy a clase estás con la cabeza en otra parte. Vamos, cuentaaaaaa.

Doy un sorbo y apoyo los codos sobre la mesa. No quiero darle demasiada importancia, pero sé que, si no lo suelto, Hannah no va a parar hasta que lo haga.

—Es un cliente del club —admito, sin más rodeos.

Hannah enarca una ceja y deja la cucharilla sobre el platillo con un leve tintineo.

—¿Un cliente? ¿En serio? ¿Desde cuándo te fijas en los tíos que van al LUX?

—No me he fijado en él —miento descaradamente—. Es solo que es… diferente. Misterioso. Atractivo.

Hannah me mira con incredulidad antes de soltar una carcajada.

—Por favor, ¿diferente? Kiara, todos los hombres que van a ese sitio son la misma clase de capullos: ricos, con egos del tamaño de un rascacielos y convencidos de que todo el mundo está a su disposición. ¿Qué tiene este que te haya llamado la atención?

Paseo los dedos por la taza, en un intento de distraerme, pero Hannah no me deja escapar tan fácilmente. Su expresión se vuelve aún más curiosa.

—Dicen que se llama Dylan Russell —admito al fin—. Al parecer, es un habitual. Siempre va al mismo reservado y, por lo visto, deja propinas escandalosas.

Hannah ladea la cabeza, interesada.

—¿Dylan Russell? Me suena ese nombre…

—Por lo visto, es uno de los hombres más ricos de Nueva York. Heredero de un imperio de coches de lujo. También dicen que participa en carreras ilegales entre millonarios.

Hannah silba y apoya la barbilla en su mano.

—Ah, entiendo. El clásico hombre con dinero y problemas. ¿Y qué pasa, que te mira de una forma intensa y misteriosa y ya estás pensando en tirártelo?

Suelto un bufido, fingiendo indignación.

—Si espera eso, va listo.

Hannah se echa a reír y sacude la cabeza.

—Ay, Kiara, si es como dices, me juego lo que quieras a que no está acostumbrado a que las mujeres le digan que no. Seguro que cree que con soltar un par de billetes ya lo tiene hecho.

—Pues conmigo no —afirmo con convicción, aunque en mi interior sé que Dylan Russell me ha dejado una impresión demasiado buena.

Hannah me observa con una mirada astuta, como si supiera que no le estoy diciendo toda la verdad.

—Dices que es mayor, ¿no? —pregunta con picardía—. ¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta?

—Más o menos —digo, encogiéndome de hombros.

—Tía, lo tuyo con los hombres mayores es un caso perdido. Siempre te gustan tíos que podrían ser tu padre.

—¡Cállate! —protesto entre risas y le lanzo una servilleta.

Hannah se ríe conmigo, pero en su mirada sigue brillando la curiosidad. Da un sorbo a su café y se echa hacia atrás en la silla.

—Aprovechando que hablamos de hombres mayores… ¿Cómo está tu padre? Hace tiempo que no me hablas de él.

Su pregunta me toma por sorpresa, no porque sea un tema incómodo, sino porque hace días que no pienso en él. Con la universidad, el trabajo en el LUX y las pocas horas de sueño, apenas he tenido tiempo de llamarle.

—Bien, supongo —respondo, removiendo lo que queda de mi café con la cucharilla—. No lo veo mucho últimamente. Entre sus clases en el instituto y todo lo mío, apenas coincidimos.

Hannah asiente, comprensiva.

—Siempre ha sido un hombre ocupado. Pero al menos sigue pendiente de ti, ¿no?

—Sí, claro —respondo sin dudar—. Mi padre siempre ha estado ahí. Aunque no vivamos juntos, sé que, si necesito algo, puedo contar con él.

Hannah sonríe y toma la taza entre sus manos.

—Siempre te he envidiado eso. Mi padre es un desastre con patas, pero el tuyo es todo lo contrario. Responsable, trabajador… demasiado serio, diría yo.

Me río y asiento. Es cierto. Mi padre nunca ha sido un hombre de excesos, ni de lujos, ni tampoco de fiestas. Siempre ha llevado una vida ordenada y meticulosa, como si siguiera una lista de tareas invisible que no puede permitirse olvidar.

—Desde luego, nunca me lo imaginaría en un sitio como el LUX —comento con una carcajada.

Hannah se echa a reír conmigo.

—Definitivamente no. Creo que, si entrara ahí, le daría algo —vuelvo a reír divertida.

—Probablemente. Aunque, pensándolo bien, lo que más le escandalizaría no sería el lugar, sino que su hija trabajara en él.

Hannah alza una ceja con picardía.

—Bueno, eso no lo sabe, ¿verdad?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

—Y espero que siga sin saberlo. Si se enterara, sería capaz de plantarse en la puerta del club para sacarme de ahí a rastras.

—Siempre ha sido bastante protector.

—Lo es. A veces demasiado —admito—. Pero, en el fondo, lo agradezco. Siempre me ha cuidado, incluso cuando yo insistía en que podía manejarme sola.

Hannah sonríe con ternura y brinda en el aire con su taza de café.

—Por los padres que se preocupan demasiado.

Chocamos nuestras tazas y seguimos hablando, pero en el fondo, sé que debería llamarle pronto. Solo para recordarle que sigo aquí y que, aunque esté ocupada, no me he olvidado de él.

Capítulo 4

Kiara

El LUX se ha convertido en un escenario donde las reglas han cambiado sin que yo tenga ni voz ni voto. Cada noche, cuando cruzo las puertas del club, siento que camino haciendo equilibrios sobre una cuerda floja, porque Dylan Russell ha decidido convertir mi trabajo en su nuevo entretenimiento.

Desde aquella primera noche en la que posó su mirada de hielo en mí y me dediccó sus comentarios enigmáticos, algo ha cambiado. Él ya no es solo un cliente más, ni tampoco es solo otro millonario entre todos los que se sientan en los reservados del club, para disfrutar de copas caras y compañía comprada. Él se ha asegurado de que mi vida en el LUX gire en torno a él. Lo noto en la forma en que mis compañeros me miran con disimulo cuando él entra, en la manera en que el encargado me informa, con absoluta naturalidad, que he sido asignada a su servicio de forma permanente, como si eso fuera algo normal. Como si fuera lógico que un hombre con su poder decida que solo le sirva yo, como si fuera la única empleada del club.

—Russell ha dejado claro que quiere que seas su camarera en exclusiva —me informa mi jefe con el desinterés de quien solo sigue

órdenes—. No quiere que nadie más le atienda cuando esté en el local.

Me cruzo de brazos y lo miro con incredulidad.

—Eso no es cómo funciona esto.

—Funciona exactamente como el dinero diga que funcione y, si quiere que seas tú quien le sirva las copas, tú se las sirves. No tienes que hacer nada más, ni tampoco tienes derecho a réplica —sentencia y sé lo que está insinuando. No espera que me queje, ni tampoco que me niegue, porque en este lugar nadie le dice que no a un cliente y menos a uno como Dylan Russell. Evidentemente, no puedo permitirme perder este trabajo, así que hago lo que me toca hacer. Pero eso no significa que vaya a ponerles las cosas fáciles.

Las noches avanzan con una nueva rutina que me carcome los nervios. Dylan siempre está ahí en su reservado. Observándome con una intensidad, que hace que mi piel se erice, y provocándome con cada uno de sus comentarios.

—Me has hecho esperar demasiado, Kiara.

Dejo su whisky sobre la mesa y me cruzo de brazos mientras me habla.

—No recuerdo haber firmado ningún contrato de exclusividad.

—No lo has hecho —responde con una media sonrisa—. Pero aquí estás.

Atenderle yo sola es una batalla. Cada copa que le sirvo y cada paso que doy cerca de su mesa es una jugada más en un tablero que no controlo. Él marca el ritmo y lo peor de todo es que estoy reaccionando a sus provocaciones, por lo que, sin darme cuenta, caigo en su juego a pesar de que no quiero hacerlo.

Mi piel arde cuando sus ojos me recorren de pies a cabeza sin disimulo. Mi respiración se altera cuando su voz grave pronuncia mi nombre. Me revienta saber que está consiguiendo exactamente lo que quiere: desestabilizarme.

Esta noche no es diferente a las anteriores. Me acerco hasta su mesa con la bandeja en una mano y su whisky en la otra, fingiendo que su presencia no me afecta. Pero en el instante en que me inclino para dejar la copa sobre la mesa, sus dedos rozan los míos con la misma calma letal de siempre.

—Sigues jugando a resistirte, pero lo cierto es que ya estás atrapada.

Su seguridad me enerva. Me enderezo de inmediato y sostengo su mirada con frialdad.

—Si cree que puede comprarme con propinas, va listo. No soy una de esas mujeres que caen rendidas ante un fajo de billetes.

Él se ríe con suavidad y apoya el codo en el respaldo del sofá, observándome con la paciencia de un cazador que sabe que la presa terminará cayendo tarde o temprano.

—No te estoy comprando, Kiara. Solo me divierte ver cómo intentas resistirte.

Me doy la vuelta antes de responderle algo de lo que me pueda arrepentir.

Cuando acabo mi turno, me marcho lo antes posible del club. Empujo la puerta de salida, deseando que el aire frío de la madrugada me despeje la cabeza. Pero al salir me encuentro con Russell frente a la puerta, apoyado en un coche negro, que parece carísimo, con las manos en los bolsillos y su habitual expresión de dominio de la situación, que me pone los nervios de punta.

Me detengo en seco, con la rabia acumulada ardiendo en mi pecho.

—No puedes estar en todos lados.

Dylan sonríe y se incorpora con lentitud.

—No estoy en todos lados. Solo estoy donde quiero estar y, ahora mismo, quiero estar aquí.

Me estremezco sin quererlo. Algo en la forma en que lo dice me hace sentir como si no tuviera escapatoria. Como si él ya hubiera decidido algo que yo ni siquiera sé lo que es. Así que, por lo que parece, esta noche no ha terminado y tengo la sensación de que, con Dylan Russell, nada acaba realmente hasta que él no lo decide.

Capítulo 5

Dylan

La espero apoyado contra mi Maserati Gran Cabrio negro. La brisa nocturna arrastra el eco lejano de la música del LUX, pero mi atención está fija en la única persona que me interesa esta noche, Kiara.

Sale por la puerta trasera del club con el mismo aire de aparente indiferencia con el que me ha servido cada copa esta noche. Con la espalda recta, la barbilla en alto y el gesto tenso, como si se obligara a no mirar en mi dirección. El vestido que lleva le queda corto, demasiado para la temperatura de la madrugada, pero parece no darse cuenta o no le importa lo más mínimo. Camina con decisión sobre esos tacones que, a pesar de haber pasado toda la noche trabajando con ellos, no parecen afectarle.

Observo con atención cada uno de sus pasos y gestos y, en un momento determinado, se detiene. Me ha visto. Se queda quieta por un instante. Solo uno. Lo suficiente para que sus ojos oscuros se encuentren con los míos. Su lenguaje corporal me dice lo que su boca no pronuncia: no esperaba verme aquí.

Cuando nuestras miradas se encuentran, la curva de mis labios se eleva apenas. No me muevo ni digo nada, solo espero.

Ella suelta un leve suspiro, se cruza de brazos y avanza un paso hacia mí.

—¿Qué haces aquí? —Su voz suena firme, pero hay algo detrás de esa seguridad de la que pretende hacer gala. Un matiz sutil, que deja entrever que no está segura de si quiere o no saber mi respuesta.

Inclino la cabeza y me meto las manos en los bolsillos del abrigo.

—Esperarte.

Al escucharme, entrecierra los ojos y aprieta los labios. No le gusta mi respuesta. Mejor.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé —le sonrío.

Ella sacude la cabeza, como si estuviera harta, y echa a andar. El sonido de sus tacones resuena en la acera con decisión, pero sé que no está tan segura de su propia huida. Lo veo en la forma en que tensa los hombros y en cómo su respiración se acelera apenas un poco.

No la llamo, ni me muevo, solo espero y funciona, porque después de apenas unos metros, se detiene y duda.

Me tomo mi tiempo. Recorro su cuerpo con la mirada y exhalo despacio antes de hablar.

—Súbete.

Mi tono no deja margen a discusión, aunque, como imaginaba, gira la cabeza y me fulmina con la mirada.

—Ni de coña.

No insisto. Simplemente la observo con paciencia, dejándola deshacerse en su propia batalla interna, porque tengo la total convicción de que está luchando. Puedo verlo en su respiración y en la forma en que sus manos se cierran en puños a los lados de su cuerpo. Está sopesando todas las razones por las que no debería hacerlo, pero lo que realmente la está consumiendo son las razones por las que quiere hacerlo.

Doy un paso hacia ella.

—Tienes miedo de subir a mi coche… porque sabes lo que va a pasar.

Mi voz suena grave y calmada, como una amenaza velada que no busca intimidarla, sino que pone en palabras lo que ambos sabemos. Ella me mira sin parpadear. Su pecho sube y baja con rapidez, pero no porque esté asustada. No es eso lo que brilla en su mirada cuando me desafía.

—No te tengo miedo.

—No he dicho que lo tengas de mí. —Acerco un poco más mi cuerpo al suyo y bajo la voz—. Te temes a ti misma.

Kiara endurece la mandíbula, pero sé que he tocado la tecla exacta. Puedo verlo en la forma en que sus pupilas se dilatan y en cómo sus labios se separan un poco. Quiere gritarme que estoy equivocado, que no siento lo que creo que siento, pero la mentira moriría en su boca antes de ser pronunciada.

Tarda dos segundos en tomar una decisión. Dos segundos en elegir caer.

Se acerca al coche y, sin dignarse a mirarme, abre la puerta del copiloto y se sube. Mis labios se curvan en una sonrisa oscura. Esa es mi chica.

Abro la puerta del conductor y me acomodo en el asiento con calma, sintiendo la tensión en el aire. Giro la llave en el contacto y el rugido del motor llena la madrugada.

La observo mientras conduzco con la vista al frente, tiene la espalda tensa contra el asiento, las piernas cruzadas y las manos sobre su regazo, demasiado quietas para ser naturales. Sin duda, está nerviosa y excitada. Agarro el volante con fuerza y aprieto la mandíbula tratando de concentrarme en la carretera.

El Maserati avanza por las calles de la ciudad, avanzando entre el tráfico nocturno con la misma calma con la que la tensión sigue creciendo entre nosotros. Dentro del coche, no hablo, no lo necesito, porque este silencio ya habla por sí solo.

Mi mano derecha se mueve sobre el volante, los dedos tamborilean con calma contra el cuero, pero en mi cabeza, mi paciencia se está agotando. La miro de reojo. Joder. Su piel brilla bajo la luz de neón que se entra por las ventanillas, la línea de su mandíbula está tensa y su boca ligeramente entreabierta. Está

intentando convencerse de que esto no es nada, aunque yo pienso totalmente lo contrario.

Cambio de marcha y dejo que la potencia del motor lo diga todo por mí. Cuando me detengo en un semáforo, giro lentamente la cabeza hacia ella. Kiara sigue con la mirada al frente, negándose a encontrar la mía.

—Puedes bajarte ahora —murmuro, con voz baja y peligrosa.

Ella traga saliva, pero no mueve ni un músculo. El semáforo cambia a verde. Sonrío.

Sigue en el coche, en mi coche y conmigo, aunque no sabe dónde vamos.

Acelero.

Capítulo 6

Kiara

Dylan conduce sin prisa, con una seguridad irritante, como si no tuviera ninguna duda de que la decisión que acabo de tomar de subirme a su coche es la correcta. El rugido contenido del motor resuena en el interior del Maserati, pero no es suficiente para distraerme del hombre que tengo a mi lado.

Mi piel arde, como si cada parte de mí fuera consciente de lo que acabo de hacer. Subirme a este coche ha sido una mala idea. Debería haberle dicho que se fuera al infierno, haberme girado y seguido caminando. Pero no lo he hecho y ahora es demasiado tarde.

La ciudad parpadea a través de la ventanilla, pero no tengo ni idea de adónde me está llevando. No me ha preguntado ni mi dirección ni mi destino. Simplemente avanza sobre el asfalto, como si todo lo tuviera planeado. Siento la tensión en su cuerpo. Mueve los dedos sobre el volante de piel, mantiene en tensión la mandíbula y su pecho sube y baja con lentitud medida, como si estuviera librando una batalla interna que no quiere mostrarme.

El silencio se rompe cuando gira bruscamente a la derecha y nos adentramos en una calle oscura, alejada del bullicio de la ciudad. La iluminación es mínima, apenas unas farolas parpadeantes y el reflejo

de los neones lejanos tiñendo el asfalto. De repente, apaga el motor, aunque no se mueve, ni me dice nada. Solo me observa y me devora con la mirada.

En este instante, siento como mi respiración se acelera sin permiso, como si mi cuerpo ya supiera lo que va a suceder antes de que ocurra. Intento recuperar el control, pero es difícil cuando el azul frío, pero abrasador, de sus ojos me envuelve y cuando la energía que emana de él es tan poderosa, que me deja atrapada en el asiento sin necesidad de tocarme.

—Dime que no quieres estar aquí —me dice con un tono que me parece bajo y peligroso. Trago saliva — y que no has estado pensando en esto toda la noche.

Su mirada se intensifica y noto cómo su pecho se expande con cada una de sus respiraciones. Espera que mienta y que le diga que no quiero esto, que no quiero que me toque. Sin embargo, esas palabras no salen de mi boca, porque sería mentira. He estado pensando en esto desde el primer momento en que me miró.

Dylan suelta un leve suspiro, como si acabara de confirmar lo que ya sabía, y antes de que pueda procesarlo, su mano sube hasta mi nuca y me atrae hacia él. Su boca atrapa la mía con furia y me besa. El beso no es suave, es una maldita conquista llena de ansia y deseo. Me aferra con una intensidad que me roba el aire y me consume entera. Su lengua se abre paso en mi boca y me reclama como si llevara demasiado tiempo esperando este momento. Su cuerpo se inclina hacia mí y me inmoviliza contra el asiento mientras sus dedos se enredan en mi pelo. El calor que emana de su cuerpo es insoportable.

Desciende la otra mano por mi costado, delineando cada una de mis curvas sin prisa, pero con la clara intención de que sepa que es suyo, que mi cuerpo entero le pertenece en este instante. Mi piel se eriza bajo su contacto y mi mente se apaga.

Dylan besa como si estuviera acostumbrado a poseerlo todo y a no recibir un no por respuesta. Y eso lo odio. Lo odio porque lo está consiguiendo y mi cuerpo responde a él antes de que pueda detenerlo.

Mi mano se aferra a su camisa y aprieto la tela entre mis dedos mientras su boca me reclama. El coche es pequeño para contener esto, el aire está cargado y la temperatura cad vez es más alta. Dylan lleva su mano hasta mi muslo y sube lentamente, hasta que su pulgar se cuela bajo el borde de mi vestido.

Un escalofrío me recorre entera, pero, en el último momento, se detiene e interrumpe nuestro beso de golpe, como si se hubiera dado cuenta de algo.

Respiro con dificultad, con los labios hinchados y el corazón desbocado. El aire frío del coche me golpea de inmediato cuando se aparta apenas unas pulgadas. Aprieta la mandíbula, cierra los ojos y se pasa una mano por la nuca antes de apoyarse contra el respaldo del asiento, con la respiración alterada.

—Mierda —murmura entre dientes, como si estuviera cabreado consigo mismo.

Yo sigo inmóvil, todavía atrapada en la sensación de su boca sobre la mía y de su cuerpo contra el mío.

No lo entiendo.

En otra situación, otro hombre habría seguido adelante. Pero él no. ¿Por qué?

Dylan Russell no es un hombre cualquiera. Es un millonario con el mundo a sus pies, un hombre que vive en un universo al que no pertenezco. Su mundo está hecho de coches de lujo, de dinero sin límites y de poder que puede aplastar a cualquiera con solo un chasquido de dedos. Yo, en cambio, no soy más que una camarera. Una chica que intenta pagarse la universidad y que no tiene nada en común con él.

Lo que ha pasado en este coche no debería haber ocurrido. No quiero ser el capricho pasajero de un hombre como él. Así que tomo la manecilla de la puerta con decisión y la abro de golpe. Al salir siento el aire fresco de la madrugada contra mi cuerpo. Dylan no me detiene. No dice nada, solo se queda sentado en su coche, con la respiración alterada y apretando el volante con sus manos.

Empiezo a caminar, con la adrenalina todavía corriendo por mis venas, sin atreverme a mirar atrás. Porque sé que, si lo hago, no podré marcharme.

Capítulo 7

Dylan

El sol todavía no ha alcanzado su punto más alto cuando atravieso las puertas de Russell Motors, el imperio que heredé de mi padre y que he expandido hasta convertirlo en una referencia mundial en la venta de coches de lujo. El edificio es imponente, una torre de cristal y acero, que se alza sobre la Quinta Avenida con una presencia imponente. Desde el exterior, su estructura refleja la ciudad como un espejo oscuro, elegante e inalcanzable. Justo como dicen que soy yo.

El interior no es menos impresionante. Mármol negro en el vestíbulo, acero pulido en los ascensores y una distribución calculada al milímetro para transmitir lo mismo que la marca: exclusividad, poder y dominio. Mis empleados me saludan con un leve asentimiento o un «Buenos días, señor Russell», pero sus miradas no se detienen en la mía más de lo necesario. Aquí nadie se atreve a hacerlo.

En cuanto cruzo la puerta de mi despacho, mi asistente personal, Claire, ya está esperándome con una tablet en la mano y mi café listo sobre la mesa. Es eficiente, discreta y lleva años trabajando para mí. Lo sabe todo sobre mi agenda, mis negocios y mis preferencias, y jamás hace preguntas.

—Tiene reuniones con el equipo de inversores de Londres a las diez, una llamada con los diseñadores del nuevo modelo de Aston Martin a las doce y una comida con el presidente de la junta directiva a las dos —me informa con su tono preciso y profesional.

Asiento y tomo mi café sin mirarla. Ni siquiera le respondo, porque hay algo en mi cabeza, que me está jodiendo la concentración: Kiara.

Anoche besé a una mujer. No sería un problema, si no fuera por cómo me siento después de haberlo hecho. Fue solo un beso. Eso me digo mientras me apoyo contra el cristal de la ventana de mi despacho y observo el tráfico de Manhattan en la calle. Pero es mentira. Fue algo más. Algo que ha dejado una huella en mi interior que no debería estar ahí.

Exhalo con frustración, apuro de un solo trago lo que me queda del *espresso* y dejo la taza sobre el escritorio. La imagen de Kiara en mi coche sigue clavada en mi mente como una maldita espina. Su respiración acelerada, la forma en que me miró antes de besarla, el modo en que se rindió por un instante y, luego, cómo se marchó sin decir nada. Sin mirarme siquiera.

Debería ser yo el que decidiera cuándo doy algo por acabado, pero anoche fue ella quien se bajó del coche y desapareció en la oscuridad. Me dejó ahí, jodido, con la sangre ardiendo y la sensación de que algo se me escapaba entre los dedos.

Me paso la mano por la nuca con impaciencia y me giro hacia el escritorio. Tengo que alejarme de esa mujer y quitármela de la cabeza. Eso es lo lógico, lo que siempre he hecho cuando algo amenaza con desestabilizarme. Cortar el problema de raíz. Hacerlo desaparecer, pero no puedo. No cuando su nombre me persigue, cuando su boca sigue grabada en la mía y cuando la necesidad de volver a verla me consume.

Maldigo y camino de un lado a otro de la oficina, con la mandíbula tensa y el cuerpo en estado de alerta. No puedo seguir así. Necesito hacer algo. Abro el cajón de mi escritorio y saco mi móvil. Tecleo con rapidez y marco un número, que solo utilizo cuando quiero desconectar del mundo. Cuando ansío peligro.

Una voz al otro lado responde con una risa áspera.

—Dylan Russell… hace mucho que no sabemos de ti.

—Estoy dentro.

—¿Seguro? La última vez casi te matas.

—La última vez fui descuidado. Hoy no lo seré.

Cuelgo antes de darle tiempo a responder y lanzo el móvil sobre la mesa. Esta es la única forma de sacármela de la cabeza: el rugido de un motor, el asfalto bajo mis ruedas, la adrenalina recorriendo mis venas. Si no puedo tenerla… al menos necesito una forma de olvidarla y eso solo ocurre cuando corro. Cuando el riesgo es tan alto, que el resto del mundo deja de importarme.

Inclino la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y lanzo un hondo suspiro. Esta noche, vuelvo a las carreras.

Capítulo 8

Dylan

El rugido de los motores retumba en el aire, mezclándose con el murmullo de las apuestas y las conversaciones en voz baja. La carrera no ha comenzado aún, pero la tensión ya se puede cortar con un cuchillo. Estoy de pie junto a mi Ferrari Aperta, recorriendo con la mirada el improvisado circuito clandestino junto a un almacén abandonado de Brooklyn. El asfalto está agrietado, pero el trazado es perfecto para la velocidad, con largas rectas y curvas cerradas que nos pondrán a prueba a los pilotos.

Aquí no hay normas, ni líneas de seguridad, ni comisarios que controlen y regulen la carrera. Aquí solo importa quién cruce la meta primero y yo nunca llego el segundo.

Un hombre con un traje impecable y un cigarro entre los labios anuncia el cierre de las apuestas. Millones de dólares se han movido esta noche. En este tipo de eventos, la emoción no está solo en la carrera, sino en la brutalidad con la que se juega. La competencia es feroz, no solo por el dinero, sino porque todos quieren ser el cabrón que venció a Dylan Russell.

—Russell, no pensaba que volverías —comenta uno de los organizadores, con una sonrisa que no me gusta.

—Necesitaba una distracción —respondo con sequedad mientras reviso la presión de los neumáticos.

No le debo explicaciones a nadie, pero la realidad es que no estoy aquí por el dinero, ni siquiera por la victoria. Estoy aquí porque necesito algo que me saque de la jodida obsesión que tengo con Kiara. Desde que se bajó de mi coche y me dejó en esa calle oscura con la sangre hirviendo, no he dejado de pensar en ella. Necesito velocidad y sentir cómo la adrenalina arde en mis venas para ahogar este deseo absurdo.

Subo a mi Ferrari y me ajusto el cinturón. Miro de reojo al resto de los pilotos. Algunos llevan años en esto y otros son nuevos, pero todos saben que, si yo estoy en la carrera, sus posibilidades de ganar se reducen a casi nada. Por eso no me extraña cuando veo a un tipo con un McLaren P1 intercambiar una mirada con otro piloto antes de girarse hacia mí. Algo traman. No sería la primera vez que intentan sacarme del circuito. Me quieren fuera, pero no lo van a conseguir.

Las luces rojas del semáforo improvisado se encienden. El rugido de los motores sube de intensidad. El olor a gasolina y caucho quemado invade el ambiente. Mis manos se cierran con fuerza sobre el volante.

Tres…

Dos…

Uno…

Las luces se apagan y mi Ferrari sale disparado. La aceleración me empuja contra el asiento. Cambio de marcha con precisión quirúrgica, adelantando a dos coches en los primeros segundos. La primera curva es una trampa mortal para los novatos. Reduzco la velocidad justo lo necesario, giro con precisión y cuando vuelvo a pisar el acelerador, ya he dejado a la mitad de los competidores atrás.

El McLaren y un Lamborghini Aventador me siguen de cerca. Sé que no me van a dejar ganar fácilmente. El trazado es complicado, con curvas cerradas y tramos estrechos y sé que cualquier fallo puede ser fatal, pero este no es mi primer circuito ilegal. Yo juego a otro nivel.

Cuando alcanzamos la recta más larga del circuito, lo veo venir. El piloto del McLaren intenta sacarme de la carretera. Se cierra sobre mí, buscando acorralarme contra una fila de contenedores metálicos. Sonríe con suficiencia, convencido de que va a lograr echarme del trazado del circuito.

—Hijo de puta… —gruño entre dientes.

Pero yo no me dejo joder tan fácil. Piso el acelerador a fondo, forzando el motor al límite y esquivo por centímetros su intento de embestida. La carrocería de los coches se roza y el chirrido del metal llena el aire. Mi corazón bombea rápido, pero mi mente sigue fría. Si quieren jugar sucio, les enseñaré lo que es la guerra.

Aprovecho el siguiente giro para adelantar al McLaren. Me pego a su lateral, le hago creer que voy a embestirlo y en el último segundo, lo dejo atrás. Él intenta alcanzarme, pero ya es tarde. La última curva se acerca y el Lamborghini ve su última oportunidad. Se lanza contra mí, buscando el impacto, pero estoy preparado. Esquivo su ataque con un derrape controlado, que me deja justo delante de él. Su error le cuesta caro: pierde el control y se estrella contra las barreras improvisadas. No me detengo. La meta está a unos metros y no hay nadie que pueda alcanzarme. Acelero. La velocidad es mi aliada y un instante después, cruzo la línea de llegada y el público estalla en gritos. El organizador levanta los brazos, anunciando mi victoria mientras los apostadores celebran o maldicen su suerte. Bajo del coche y me quito el casco. La sangre aún corre caliente en mis venas, pero no me siento mejor. La adrenalina no ha hecho que la imagen de Kiara desaparezca. Mierda.

Cuando pienso que la noche ha terminado, noto algo. No soy bienvenido aquí. Al menos, no más. Las miradas que me rodean no son de respeto, sino de resentimiento. Hay demasiado dinero en juego y mi victoria ha jodido a mucha gente que no se lo toma bien. Esto no ha acabado, y lo sé. Esta noche he ganado, pero el peligro no ha hecho más que empezar.

Capítulo 9

Kiara

El LUX está más lleno de lo habitual esta noche. El sonido de la música electrónica se mezcla con las conversaciones ahogadas en el murmullo de los reservados y las luces de neón parpadean en la penumbra. No importa el tiempo lleve trabajando aquí, porque este lugar siempre consigue hacerme sentir que estoy en una dimensión distinta, como si fuera un mundo ajeno a la realidad, donde las reglas se difuminan y todo está permitido.

Y luego está él: Dylan Russell. Mi piel se tensa en cuanto lo veo entrar por la puerta, con su paso seguro y esa forma de moverse que deja claro que este mundo le pertenece. Lleva un abrigo largo y oscuro y camina sin prisa, con las manos en los bolsillos y la cabeza alta, como si nada pudiera tocarlo, ni afectarle. Pero hay algo no encaja en él esta noche. Hoy no parece el mismo de siempre. Solo con mirarlo, percibo que hay algo distinto en su expresión, en su forma de mirarme y en la sombra que oscurece sus ojos.

Se sienta en su reservado con la calma estudiada de un depredador que ha encontrado a su presa. No aparta la vista de mí ni un solo instante, como si hubiera venido exclusivamente para mirarme y desafiarme. Para recordarme que sigue aquí, en mi vida, justo cuando lo que más necesito es alejarme de él.

Tardo unos segundos en reaccionar y en convencerme de que no tengo otra opción que acercarme a su mesa. Mi jefe ha dejado claro que cuando él viene, yo soy la única que puede atenderle, así que lanzo un hondo suspiro, me recoloco la bandeja en la mano y camino hacia su reservado con los latidos golpeándome con fuerza en el pecho.

Al acercarme a él, lo veo, tiene una herida en la ceja. No es un simple corte, sino una marca reciente, con el rastro rojizo de la sangre seca todavía en su piel. Me detengo un instante, aunque me obligo a mantenerme firme.

Dylan apoya un brazo sobre el respaldo del sofá en el que está sentado, y me observa con la intensidad de siempre, aunque compruebo que su mandíbula está más tensa de lo habitual. Su postura es la de un hombre acostumbrado al control, pero hay algo en su cuerpo esta noche que me dice que se está conteniendo, porque le han llevado hasta el límite, aunque no tengo ni idea de qué puede ser.

—Dylan… —Mi voz apenas se escucha entre el sonido de la música, pero sé que él me oye perfectamente—. ¿Qué te ha pasado?

No responde de inmediato. En su lugar, deja que la pregunta flote entre nosotros durante unos segundos, que se me hacen interminables. Luego ladea la cabeza y una sombra de sonrisa se dibuja en sus labios.

—Deja de mirarme así —su voz es grave, más rasposa de lo normal, como si hubiera estado demasiado tiempo guardando silencio—. O tendré que llevarte fuera y resolverlo ahora mismo.

El calor me sube por el cuello y se instala en mi pecho como una explosión silenciosa, porque sé exactamente a qué se refiere. Recuerdo la forma en que me besó en su coche y su amenaza no suena como tal, sino como una promesa. Trago saliva con dificultad y bajo la mirada hasta la copa de whisky que tengo en la bandeja para él, como si el simple hecho de apartar la vista de sus ojos pudiera ayudarme a recuperar el control. Pero no lo hace. Nada me ayuda cuando él está cerca, porque Dylan Russell es un problema, en el que no debería haberme metido y en el que ya estoy demasiado hundida.

Coloco la copa sobre la mesa con una precisión innecesaria y me obligo a respirar hondo antes de mirarle de nuevo.

—Tienes sangre en la ceja —señalo con voz más firme de la que realmente siento—. Deberías limpiarte eso.

Él se pasa los dedos por la herida con la calma de quien ni siquiera había reparado en ella y después encoge un hombro.

—He tenido una noche movida.

Su respuesta debería bastarme. Debería darme igual lo que haya hecho, lo que haya pasado o dónde haya estado. Pero no es así. Algo dentro de mí se revuelve con fuerza.

—¿Una noche movida? —repito, cruzándome de brazos—. ¿Te has metido en una pelea?

Dylan me sostiene la mirada con la misma intensidad de siempre y se toma su tiempo antes de contestar.

—Digamos que hubo gente que no encajó bien el resultado de una apuesta.

No sé por qué no me sorprende lo que me dice. Este hombre exuda peligro, lo sé desde el primer día que lo vi. Su manera de hablar, de moverse o de mirar es un aviso silencioso de que no es alguien con quien se pueda jugar y, sin embargo, aquí estoy, jugando.

Dylan se inclina hacia adelante con calma y apoya un codo sobre la mesa, su mirada fija en la mía con la certeza de quien sabe que me tiene atrapada.

—Si tanto te preocupa mi herida, ¿quieres limpiármela tú? —me dice con un tono desafiante.

En este momento, me gustaría tener la fuerza suficiente para responderle que no, pero la verdad es que no la tengo. Porque este hombre está logrando que haga cosas que jamás había hecho antes, como subirme a su coche, que sé que fue un error, pero lo hice; o besarle, que tampoco estaba en mis planes, pero sucedió.

Trago con dificultad mientras mis dedos se aferran con fuerza a la bandeja e intento recuperar el control de mi respiración.

—No es mi problema lo que hagas con tu vida —logro decir al fin, aunque suena más para convencerme a mí misma que a él.

Dylan me sonríe de lado y lleva la copa a sus labios con una calma insoportable.

—Si de verdad no fuera tu problema, no me estarías mirando así.

El calor vuelve a apoderarse de mí y esta vez sé que no tiene sentido luchar contra él, porque estoy metida hasta el fondo en este juego y Dylan lo sabe.

Capítulo 10

Dylan

No debería estar aquí. Desde el momento en que Kiara se bajó de mi coche y me dejó con la sangre hirviendo, supe que lo correcto era alejarme de ella. Borrarla de mi cabeza, de mi camino y de mi vida. Pero la jodida realidad es que no puedo hacerlo, por mucho que me esfuerce en conseguirlo.

Me lo he repetido al entrar esta noche en el LUX, cuando me he sentado en mi reservado con la copa en la mano y la mirada fija en su figura, mientras se mueve entre las mesas, ajena a lo que me provoca. Me lo repito ahora, con su imagen grabada en mi mente y la necesidad de tener más de ella quemándome por dentro.

Lo que más me jode es que lo que debería haber sido solo un beso entre ella y yo se ha convertido en algo que me está consumiendo. Kiara no es como el resto de las mujeres con las que he estado. No se derrite ante mi apellido ni ante mi dinero, ni tampoco me lanza miradas calculadas para atraerme, ni me regala sonrisas complacientes. No, ella me mira con desafío y me lanza respuestas afiladas como cuchillas. Me provoca, me reta, me rechaza… y luego, en el último instante, cuando cree que no me doy cuenta, se deja atrapar en el mismo fuego en el que me estoy quemando yo.

Es peligroso, lo sé. No debería seguir viéndola, porque me desarma y me descentra. Odio sentir que no controlo la situación, pero aquí estoy, en el LUX, sentado en mi reservado como un imbécil que solo ha venido para verla.

La veo moverse entre las mesas, con su cuerpo de deliciosas curvas envuelto en ese vestido ajustado que me hace apretar la mandíbula cada vez que se lo veo puesto. Sus curvas pronunciadas parecen un maldito pecado y la forma en que su melena oscura cae sobre sus hombros me hace imaginar mis dedos enredándose en ella. Tengo una lista interminable de cosas que quiero hacer con su cuerpo, con su boca y con su pelo. Pero más allá del deseo visceral que me despierta, hay algo en ella que me descoloca y que me hace querer mirarla a los ojos solo para descubrir qué demonios esconde detrás de esa actitud desafiante.

—Señor Russell —la voz de un camarero me saca de mis pensamientos—, ¿desea otra copa?

Lo fulmino con la mirada.

—No. Quiero que Kiara me la traiga.

El tipo se queda inmóvil por un instante, dudando, porque sabe lo que voy a decirle si se atreve a llevarme la contraria.

—Por supuesto, señor. Disculpe mi error.

La observo cuando ese mismo camarero le susurra algo al oído y la veo apretar la mandíbula antes de girarse con una expresión de fastidio evidente. La disfruto así, con fuego en la mirada y ese carácter que no le permite doblegarse.

Cuando llega a mi mesa, me mira como si no supiera si tirarme la copa en la cara o simplemente largarse.

—Aquí tienes —me dice, con un tono de voz plano, mientras deja el vaso sobre la mesa.

Sonrío, porque su actitud me divierte y me excita.

—Podrías aprender a ser más amable conmigo.

—Podrías aprender a no ser un capullo —responde sin dudar.

Su atrevimiento me hace sonreír más. Me encanta que me plante cara, que me desafíe, porque sé que, aunque sus labios suelten veneno, su cuerpo dice otra cosa.

—Mañana no trabajarás aquí —le digo de repente, con voz grave.

Ella parpadea, confundida.

—¿Perdona?

—Mañana me acompañarás a un sitio.

—Ni de broma.

Me inclino sobre la mesa y dejo la copa a un lado.

—Sí, Kiara. Te recogeré aquí antes de que empiece tu turno.

—No puedo faltar al trabajo —responde, cruzándose de brazos.

La observo con detenimiento, con esa expresión de fastidio que lucha contra la curiosidad. Porque sé que la tiene.

—No te preocupes por eso —digo con calma—. Me encargaré de que tu jefe esté satisfecho con la compensación que le daré

Frunce el ceño, molesta por lo que insinúo.

—No soy una mercancía que puedas comprar.

Su orgullo me enciende más que cualquier otra cosa.

—No es lo que he dicho —me reclino contra el respaldo del sofá —. Solo quiero tu compañía mañana. Nada más.

Kiara me mira con desconfianza, pero también con algo que no dice, pero que brilla en sus ojos oscuros.

—¿Dónde quieres que vaya contigo?

Apoyo un codo sobre la mesa y me acerco un poco más a ella, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Eso lo sabrás mañana.

Ella se queda quieta, con la respiración contenida y la mirada atrapada en la mía. Me gusta verla así, dudando entre lo que quiere hacer y lo que debería hacer. Me gusta porque, en el fondo, sé que dirá que sí y cuando lo haga, ya no habrá vuelta atrás.

Capítulo 11

Dylan

El motor del Maserati ruge con potencia bajo mis manos mientras agarro con una mano el volante y con la otra el móvil. Tecleo un mensaje mientras la pantalla ilumina la oscuridad del interior del coche.

Dylan:
Te recogeré en el LUX antes de tu turno.
No tardes.

Observo la pantalla mientras espero y sonrío al ver los puntos suspensivos aparecer y desaparecer, como si Kiara dudara en responderme. Me gusta saber que está ahí, luchando consigo misma, debatiéndose entre el instinto de decirme que no y la jodida necesidad de saber a dónde la voy a llevar.

Kiara:
No tengo toda la noche para tus juegos, Russell.

Sonrío. Me encanta cuando intenta parecer dura. Puedo imaginarla frunciendo el ceño, con la mandíbula apretada y

negándose a admitir que está intrigada.

Dylan:
No es un juego.
Estate lista.

Lanzo el móvil al asiento del copiloto y acelero. La ciudad se extiende frente a mí con su caos de luces y sombras. Esta noche, todo va a cambiar.

Cuando llego al LUX, Kiara ya está en la acera, con los brazos cruzados y una expresión que deja claro que sigue sin fiarse de mí. Su vestido es muy corto, aunque, por suerte, lleva un abrigo entallado, que le ayudará a soportar las bajas temperaturas de la madrugada. Lleva su larga y ondulada melena suelta y tiene los labios están apretados en una línea que esconde una tormenta interna que me muero por hacer estallar en cuanto tenga ocasión.

Paro el coche frente a ella y bajo la ventanilla con calma.

—Súbete.

Ella suelta un bufido y se inclina un poco, lo suficiente para que el perfume que lleva inunde mis sentidos.

—¿Vas a decirme a dónde me llevas, o tengo que llamar a la policía y avisar que me estás secuestrando?

—Sería interesante ver cómo intentas convencerlos de eso después de haberte subido voluntariamente a mi coche.

Me lanza una mirada de advertencia, pero lo hace. Se sienta en el asiento de cuero con un suspiro resignado y se abrocha el cinturón.

—Más te vale que esto valga la pena —murmura, mirando por la ventanilla mientras me incorporo al tráfico.

Me permito una sonrisa de pura satisfacción antes de girar en dirección al circuito ilegal, donde tendrá lugar la carrera de esta noche.

El sonido de motores y el murmullo de la multitud nos envuelve en cuanto llegamos al circuito clandestino. Los almacenes abandonados proyectan sombras sobre el asfalto, mientras las luces de los faros

iluminan la pista improvisada. Los coches están alineados, listos para la carrera, y la tensión domina el ambiente.

Kiara se endereza en su asiento y me mira con incredulidad.

—Dime que no es lo que creo que es.

—Eso depende de lo que creas que es.

Ella abre la boca para protestar, pero sus ojos se clavan en los coches y en la gente que se mueve a su alrededor con una energía eléctrica.

—Es una carrera ilegal… —afirma en voz baja.

—No te equivoques, princesa. Aquí no hay nada ilegal. Solo somos un grupo de millonarios jugando con fuego.

La forma en que me mira me hace sonreír. Está escandalizada, pero también fascinada. Sus ojos oscuros brillan con una mezcla de adrenalina y sorpresa.

—¿Vas a correr? —pregunta al fin, con la voz algo más baja.

—¿Por qué si no estaríamos aquí? —le respondo con una pregunta mientras salgo del coche.

Ella se baja detrás de mí y observa con detenimiento el ambiente que nos rodea. Hombres trajeados con relojes que valen más que la mayoría de los apartamentos de la ciudad. Mujeres con vestidos ajustados y miradas afiladas, bebiendo champán como si esto fuera una fiesta de gala. Pero entre todo el lujo y el exceso, hay un peligro latente, una sensación de que aquí, en este rincón oscuro de la ciudad, las reglas no existen.

Me acerco a uno de los organizadores y le paso una tarjeta metálica en su mano.

—Apuesto un millón esta noche.

Kiara me escucha y chasquea la lengua.

—Eres un jodido loco, Russell.

—Dijiste que querías que esto valiera la pena —murmuro, sin mirarla—. ¿Sigues pensando que no lo vale?

No responde. Está demasiado ocupada observando la escena que se desarrolla frente a sus ojos, absorbiendo cada detalle. Me giro hacia ella y me inclino apenas, lo suficiente para sentir su aliento en mi piel.

—Quédate aquí y disfruta del espectáculo.

Antes de que pueda decir nada más, camino hacia mi Ferrari. La adrenalina se extiende por mi cuerpo como un veneno adictivo. Me coloco el casco, me acomodo en el asiento y le doy al contacto. El rugido del motor envuelve todo el circuito y los murmullos cesan. Todos saben quién soy y lo que puedo hacer en la pista.

Desde la línea de salida, busco su mirada entre la multitud. Kiara está de pie, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, pero hay algo en su postura que me dice que está ansiosa por saber qué va a suceder.

Sonrío.

La carrera está a punto de comenzar y mi pie está sobre el acelerador deseando de pisar el pedal hasta el fondo.

Capítulo 12

Kiara

El rugido de los motores es lo primero que me golpea con fuerza. Es ensordecedor, un trueno mecánico, que reverbera en mi pecho y sacude cada célula de mi cuerpo. El aire está cargado de humo, de gasolina quemada y caucho abrasado, un olor denso y sofocante que se aferra a la piel y la ropa. Nunca he estado en un lugar como este y tengo claro que no tengo nada que ver con esto.

Estoy rodeada de gente vestida con trajes de diseñador y relojes que probablemente cuesten más que todo lo que ganaré en mi vida. Mujeres cubiertas con vestidos ceñidos y tacones imposibles pasean entre los coches como si estuvieran en una alfombra roja. Pero esto no es una gala de lujo, esto es una maldita locura.

Dylan está de pie junto a su Ferrari rojo, con el gesto impasible mientras observa la pista improvisada. Desde aquí puedo ver el brillo de la adrenalina en su mirada y la forma en que sus dedos se cierran y se abren sobre el volante, como si ya sintiera la velocidad en las venas. Me ha traído aquí sin decirme qué iba a pasar exactamente, pero ahora lo entiendo. Va a correr y a arriesgar su vida en una carrera sin normas, sin protecciones y donde el único objetivo es ganar. O sobrevivir.

El locutor anuncia las apuestas finales, las cifras ascienden a cantidades que ni siquiera puedo procesar, por lo increíbles y desorbitadas que me parecen. He oído a Dylan apostar un millón de dólares como si estuviera pidiendo un café. Aquí el dinero fluye como el alcohol y la arrogancia de los congregados se palpa en el aire. Intento convencerme de que nada de esto me importa y de que estoy aquí por pura curiosidad, pero la verdad es que algo dentro de mí está al borde de un colapso.

Dylan sube a su coche y el rugido del motor me hace dar un paso atrás. Es un depredador en su elemento, un hombre que no conoce el miedo y eso me aterra.

La carrera empieza. Los coches salen disparados en cuanto la bengala ilumina la noche. Dylan se coloca entre los primeros de inmediato, dominando la pista con una facilidad pasmosa. Las curvas cerradas, que parecen imposibles de tomar, él las atraviesa con una precisión letal. Acelera con una agresividad que desafía cualquier sentido común, como si el peligro ni la muerte no existieran para él.

Mi corazón late con una violencia absurda dentro de mi pecho. No quiero mirar, pero mis ojos están fijos en él, en la forma en que controla la máquina y en cómo se la juega. Esta carrera es un combate contra la velocidad, el destino y, también, contra sí mismo.

Cuando menos me lo espero, ocurre. Un coche intenta cerrarle el paso. Dylan reacciona y da un volantazo en el último instante, pero el Ferrari derrapa de una forma brutal. El aire se me queda atrapado en la garganta cuando veo que pierde el control durante un segundo que se me hace eterno. La multitud grita, pero yo no escucho nada. Solo veo cómo el coche de Dylan pasa demasiado cerca de la barrera de contención y casi choca. En ese instante, mi cuerpo entero se congela. Pero con un derrape maestro, consigue recuperar el control y adelantar a su contrincante, cruzando la línea de meta en primera posición.

La multitud estalla en aplausos, en júbilo y en locura. Pero yo no puedo respirar. Solo veo su coche, el humo que se eleva de los neumáticos y el recuerdo de esos segundos en los que he creído que iba a estrellarse.

Dylan se baja del Ferrari con una sonrisa de satisfacción en los labios, empapado en adrenalina y poder. La gente lo rodea, lo felicita y lo vitorea. Pero yo no puedo acercarme a él, ni tampoco quedarme aquí un segundo más.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar. No quiero ser parte de esto, ni verle arriesgar su vida como si no valiera nada, ni sentir este miedo absurdo cada vez que decida desafiar la muerte.

Así que me marcho, antes de que sea demasiado tarde para hacerlo.

Capítulo 13

Dylan

La euforia del público aún resuena en el aire cuando bajo del Ferrari, sintiendo la adrenalina latiendo en mis venas como un veneno dulce y peligroso. Las felicitaciones me llegan de todas partes: palmadas en la espalda, risas satisfechas, apuestas ganadas a costa de mi victoria… Pero mi mirada no busca a ninguno de ellos, porque solo la busco a ella: Kiara.

Reviso entre el gentío con rapidez, esperando encontrarla entre las sombras de los almacenes abandonados que rodean el circuito. Pero no está. La sensación de vacío que me golpea es inmediata y rotunda. Ella estaba aquí, pero ahora… ha desaparecido. Joder. Saco el móvil del bolsillo y marco su número.

—¿Dónde estás? —pregunto sin rodeos cuando descuelga

—Me he ido —responde con frialdad.

—No te veo.

—Porque me he ido, Dylan —repite, con el tono seco—. No quiero ser parte de ese circo.

Cierro los ojos por un instante y respiro hondo. No debería molestarme, ni tampoco importarme, pero lo hace.

—¿Dónde estás? —insisto.

—Camino a casa.

Eso es suficiente. Cuelgo sin más explicaciones, entro en el coche y piso el acelerador. Salgo del circuito como un relámpago, dejando atrás el humo, las luces y las voces de aquellos que todavía celebran mi victoria, porque en este momento, la única victoria que me importa es ella.

La encuentro a unas calles de distancia, caminando con los brazos cruzados sobre el pecho. La veo antes de que ella me vea a mí. Camina con pasos firmes y decididos. Cuando la alcanzo, detengo el coche junto a la acera y bajo la ventanilla.

—Sube —le digo.

Ella ni siquiera se detiene.

—Vete a la mierda, Dylan.

Sus palabras están cargadas de veneno, pero su voz tiembla. Apago el motor y salgo del coche. En cuestión de segundos, me pongo frente a ella y le corto el paso, obligándola a detenerse.

—¿Qué coño te pasa? —le espeto con la voz más ronca de lo normal por el esfuerzo de contener la furia que me invade ahora mismo.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos con una mezcla de rabia y miedo.

—¡¿Te estás intentando matar?! —su grito resuena en la calle desierta, atravesando la noche como un disparo.

No esperaba que se enfrentara a mí así, con los ojos brillantes de frustración y la respiración entrecortada. No esperaba que se preocupara tanto por mí.

—No exageres —respondo con frialdad, pero es una mentira y los dos lo sabemos.

Ella se ríe con incredulidad, negando con la cabeza.

—¿Qué no exagere? Te he visto ahí dentro, Dylan. He visto cómo casi chocas y cómo jugabas con la muerte como si fuera un puto capricho más de millonario aburrido. Y no quiero verlo otra vez.

Su pecho sube y baja con rapidez y, de repente, no puedo soportarlo más. La acorralo contra la puerta de mi coche en un solo movimiento, cortando cualquier vía de escape. Su espalda choca con la carrocería del Ferrari y sus labios se separan con sorpresa. Estoy

tan cerca que puedo sentir su aliento caliente contra mi piel y notar el latido desbocado en su cuello.

—Si tanto te preocupa, haz algo al respecto —murmuro con la voz áspera y llena de desafío.

El silencio entre nosotros se tensa hasta romperse y justo en este momento ocurre.

Se lanza contra mí con la misma rabia con la que yo la beso. Su boca se funde con la mía en un choque de fuego y furia, de necesidad y de frustración contenida. La sujeto por la cintura y la atraigo con fuerza contra mi cuerpo, sintiendo cada curva encajar con precisión. Su piel arde bajo mis manos, su respiración es un caos que se mezcla con la mía y su sabor es un maldito vicio del que no quiero desintoxicarme.

No hay dulzura en nuestro beso, ni ternura, ni paciencia. Solo deseo crudo, peligroso y descontrolado. Su mano se enreda en mi pelo y me hala con violencia, como si quisiera castigarme por lo que le hago sentir. No se da cuenta de que eso solo me enciende más.

Pero cuando está a punto de rendirse del todo, cuando su cuerpo se relaja contra el mío y sus uñas se clavan en mi camisa, se aparta de golpe. Sus labios están hinchados, su pecho sube y baja como si acabara de correr un maratón y su mirada es un jodido incendio.

—Esto… —susurra, con la voz rota—. Esto no es buena idea.

—No, no lo es —coincido, aunque no me muevo ni un centímetro.

Se muerde el labio y aparta la mirada, como si intentara encontrar una salida de esta trampa en la que los dos hemos caído y yo le doy la única escapatoria posible.

—Déjame compensarte —murmuro, rozando mi pulgar contra su mentón para obligarla a mirarme—. Cena conmigo mañana.

Su ceño se frunce.

—No necesito que me compenses por nada.

—Lo sé. Pero déjame hacerlo de todas formas.

Ella no me responde de inmediato. Se queda mirándome, buscando algo en mis ojos que no sé si está lista para encontrar. Luego, suspira, con la resignación de quien sabe que está a punto de cometer otro error.

—Está bien —susurra—. Pero si intentas otra locura como la de esta noche, te juro que será la última vez que nos veamos.

Sonrío.

—Mañana a las ocho. Te pasaré mi dirección. No llegues tarde.

Y sin decir nada más, se da la vuelta y se aleja, dejándome con la certeza de que la guerra entre nosotros no ha hecho más que comenzar.

Capítulo 14

Kiara

La tela de la blusa cae sobre mi piel con una suavidad que debería calmarme, pero en lugar de eso, hace que me ponga aún más nerviosa. Me miro en el espejo de mi dormitorio y me observo con una sensación extraña. No sé si me reconozco. Llevo una minifalda negra ajustada, blusa de satén con un escote sugerente que deja entrever más de lo que suelo permitir, botas altas de tacón y una chaqueta de piel entallada que resalta mi cintura. Me he dejado el pelo suelto, con ondas suaves que enmarcan mi cara, y he optado por un maquillaje ligero, aunque los labios me los he pintado con un rojo intenso. Un detalle peligroso. No sé por qué lo he hecho, pero sí sé para quién.

Exhalo y me alejo del espejo. Esto no es una cita, me lo repito una y otra vez mientras camino por el apartamento, pero cada vez que pienso en los ojos de Dylan posados en mí, en la forma en la que me devora con la mirada cada vez que nos vemos y en mis intentos por convencerme de que esta noche no significa nada se desmoronan.

Cuando más ensimismada estoy dándole vueltas a lo mismo, llega un mensaje a mi teléfono y el timbrazo me hace regresar a la realidad.

Dylan:
Estoy aquí.

Me seco las manos en los muslos, como si así pudiera eliminar el calor que me recorre el cuerpo. Agarro mi bolso, me echo un último vistazo en el espejo y salgo del apartamento con el corazón acelerado.

Nada me prepara para lo que veo cuando cruzo la puerta del edificio. Hay un Lamborghini negro mate estacionado junto a la acera, aunque no es el coche lo que me deja sin aire. Es él. Dylan está apoyado contra la puerta del conductor con una postura relajada, pero su mera presencia hace que todo mi mundo se tambalee. Va vestido con un vaquero oscuro que se ciñe perfectamente a sus piernas, una camisa negra de manga larga que resalta cada músculo de su torso y una chaqueta de piel marrón que le da un aire peligroso y jodidamente irresistible. Su cabello revuelto y la sombra de barba, que oscurece su mandíbula, lo hacen parecer aún más letal.

Recorre mi cuerpo con la mirada con una lentitud insoportable antes de detenerse en mis labios.

—Bonito color —comenta con una media sonrisa.

Me aclaro la garganta y camino hacia él con paso firme, fingiendo que no me afecta.

—Bonito coche.

Dylan deja escapar un sonido grave, como si mi comentario le divirtiera.

—¿Es lo que más te ha impresionado?

Me quedo en silencio. Si le digo que no, que lo que más me ha dejado sin respiración es él, estoy perdida.

Sin apartar la mirada de la mía, abre la puerta del coche y se inclina ligeramente.

—Sube.

Me meto en el coche y me abrocho el cinturón, mientras él da la vuelta y se sienta a mi lado. Su perfume inunda el interior del

vehículo. Su mera presencia llena el espacio y hace que el aire se vuelva denso.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando el Lamborghini ruge al arrancar su motor.

Dylan me mira de reojo con esa expresión que deja claro que nunca responde preguntas antes de tiempo.

—Ya lo verás.

La ciudad se despliega a nuestro alrededor mientras avanzamos por las calles. Me aferro al asiento cuando acelera en una avenida despejada, sintiendo el poder del coche bajo mi cuerpo. Miro de reojo su perfil, su mandíbula marcada y su mirada fija en la carretera, y me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí con Dylan, un millonario con veinte años más que yo.

Después de un trayecto en el que la tensión se convierte en un tercer pasajero dentro del coche, llegamos al restaurante. Que a nada más entrar me queda claro que es un lugar muy exclusivo, quizá demasiado.

El local está ambientado con luces indirectas, decoración elegante, paredes revestidas de madera oscura y un ambiente que huele a dinero. Me siento completamente fuera de lugar, pero Dylan parece moverse con una naturalidad pasmosa.

Nos acompañan hasta a una mesa en una zona apartada, donde la iluminación es más íntima y el sonido del resto de las conversaciones queda totalmente amortiguada.

—¿Vienes aquí a menudo? —le pregunto mientras me acomodo en la silla.

Dylan me observa con intensidad, como si evaluara algo dentro de mí.

—Solo cuando quiero impresionar a alguien.

Sus palabras caen sobre mí como una carga pesada y trago con dificultad al escucharlo, aunque hago lo imposible para que no me lo note. Se apoya en el respaldo con esa postura relajada que no engaña a nadie, porque su cuerpo irradia tensión contenida.

—Cuéntame algo sobre ti —me dice de repente.

Parpadeo, sorprendida al escucharle.

—¿Algo como qué?

—Algo que no sepa.

Le sostengo la mirada, preguntándome qué quiere exactamente de mí. Pero, al final, me dejo llevar por el impulso.

—Tengo un ex —confieso, bajando la vista a la copa de vino blanco que acaban de servirnos—. Creía que estaba enamorada de él, hasta que lo encontré follándose a otra en nuestra cama.

Dylan se queda inmóvil mientras hablo. No parpadea, no mueve un solo músculo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un año.

Silencio.

—¿Sigues sintiendo algo por él?

Lo miro con incredulidad.

—¿En serio?

Dylan se inclina hacia adelante y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad peligrosa.

—Dímelo.

Aprieto los labios antes de soltar una risa incrédula.

—¿Por qué te molesta tanto?

—Porque me jode imaginar a otro hombre tocándote.

Mi respiración se bloquea en mi garganta. La oscuridad en su mirada me atrapa y algo profundo y primitivo se agita dentro de mí.

—Eso no debería importarte.

—Lo hace.

De repente, la cena parece algo insignificante. El restaurante desaparece y lo único que existe es este fuego que arde entre nosotros. Dylan se echa hacia atrás con un suspiro y tamborilea los dedos contra la mesa.

—Yo también tengo un pasado.

—Tienes una edad… —bromeo.

—Cierto…

Lo miro, esperando a que continúe.

—Estuve casado.

Mi corazón se detiene por un segundo.

—¿Qué?

—Sí, mi ex se llama Mabel. Continúa vinculada a la empresa y se dedica a joderme la vida.

Intento procesar esa información.

—¿Sigues sintiendo algo por ella?

Dylan suelta una risa sin humor.

—No. Pero parece que ella no ha pasado página.

Lo observo, intentando entender qué significa todo esto. Pero antes de que pueda decir nada más, su mano atrapa la mía.

—No quiero hablar de ella. Quiero hablar de nosotros.

Nosotros. Mi piel arde bajo su contacto y mi corazón late con demasiada fuerza al escuchar ese «Nosotros» que ha salido de sus labios. Estoy jodida. Lo sé y lo peor es que no quiero salir de esta trampa llamada Dylan Russell.

Capítulo 15

Dylan

El bullicio de la ciudad se siente amortiguado dentro de mi Lamborghini Huracán Sterrato, pero la tensión entre Kiara y yo es densa, como un hilo invisible que nos mantiene atrapados en la misma frecuencia. El restaurante ha sido solo el primer asalto. Ahora quiero más de su voz desafiante y de su manera de mirarme con reticencia, como si estuviera jugando a un juego que no sabe si quiere ganar o perder. Más de esa atracción que se despliega entre nosotros cada vez que nuestras miradas se encuentran.

Giro en una calle menos transitada y me adentro en el Soho. Aquí, entre las fachadas elegantes de los edificios y las luces tamizadas de los locales exclusivos, se encuentra la coctelería a la que la voy a llevar. Un sitio discreto y sofisticado, con música en vivo y una selección de cócteles que solo unos pocos privilegiados pueden permitirse. No es un sitio cualquiera, y mucho menos para cualquiera, pero Kiara no es cualquiera.

—¿A dónde me llevas ahora? —me pregunta con una mezcla de curiosidad y suspicacia.

Sonrío mientras aparco el coche en la zona reservada del local.

—A tomar una copa. Relájate, princesa. No muerdo… a menos que me lo pidas.

Kiara bufa, pero el rubor que se extiende por su cuello no me pasa desapercibido. Me bajo del coche y rodeo el vehículo para abrirle la puerta. No dice nada cuando le ofrezco la mano para ayudarla a salir, pero la toma. Su piel está caliente contra la mía y es un jodido recordatorio de lo cerca que estamos de cruzar una línea de la que sé que no habrá vuelta atrás.

La entrada a la coctelería es discreta, con una puerta negra sin letreros visibles. Un hombre de traje impecable nos reconoce al instante y nos abre paso sin necesidad de decir una palabra. Dentro, el ambiente es elegante y envolvente. Las luces son tenues, la música jazz en vivo crea una atmósfera íntima y el aire huele a licores añejos y perfume caro. Es un refugio para los que pueden permitirse el lujo de perder la noción del tiempo.

Nos acompañan hasta una mesa en un rincón semiprivado, lejos de las miradas indiscretas, pero lo suficientemente cerca del escenario como para que la música nos acompañe sin ser invasiva. Kiara observa todo con la cautela de quien no quiere parecer impresionada, pero sé que lo está. Sus grandes ojos oscuros recorren el lugar con interés antes de volver a posarse en mí.

—Definitivamente no es el tipo de sitio al que suelo ir a tomar algo —comenta, con un deje de diversión en su voz.

—Eso es porque aún no habías salido con el hombre adecuado.

—Y asumo que tú crees serlo, ¿no? —arquea una ceja, retadora.

Me inclino ligeramente sobre la mesa y dejo que mis dedos rocen el tallo de la copa que el camarero acaba de dejar frente a mí.

—Eso aún tienes que descubrirlo.

Ella chasquea la lengua, pero hay algo en su mirada que me dice que está disfrutando del juego tanto como yo. La observo mientras se lleva su copa a los labios y da un sorbo pausado. Sus labios rojos brillan bajo la tenue luz del local, y la imagen me golpea con una intensidad absurda. Joder. Esta mujer es una maldita tentación.

—¿Siempre sales a cenar con mujeres que te odian un poco? —me pregunta, dejando la copa en la mesa.

—Solo con las que me gustan de verdad.

Sus ojos se entrecierran, pero sé que está reprimiendo una sonrisa. La química entre nosotros no es algo sutil ni delicado. Es

una corriente eléctrica constante, un juego peligroso de provocaciones que nos mantiene al borde de algo que ninguno de los dos se atreve a admitir.

—Debería irme pronto —murmura, aunque no hace el más mínimo intento de moverse.

—Claro. —Me apoyo en el respaldo, estudiándola con calma—. Pero no lo harás.

Su mandíbula se tensa y sus dedos juegan con el borde de la copa. No necesita responderme, porque ya lo ha hecho con su silencio. Está atrapada en esta misma espiral de tensión en la que yo lo estoy. Y nos está devorando vivos a ambos.

Cuando salimos de la coctelería, la noche sigue siendo un espectáculo de luces y sombras que se reflejan en los rascacielos. Kiara camina a mi lado con la misma confianza con la que lo ha hecho toda la noche, pero noto la tensión en su cuerpo. La atracción entre nosotros es un jodido campo de batalla silencioso, un pulso constante que ninguno quiere perder.

Caminamos hasta el coche y una vez allí, le abro la puerta y espero a que se acomode en el asiento antes de rodear el Lamborghini y tomar el volante. Ella me observa de reojo cuando enciendo el motor y dejo que el rugido llene el espacio entre nosotros.

—¿Adónde vamos ahora? —me pregunta con una mezcla de recelo y expectación.

Deslizo una mano por el volante antes de mirarla con una media sonrisa.

—A mi apartamento.

Su reacción es inmediata. Entrecierra los ojos y separa los labios ligeramente, pero no dice nada al instante. No protesta, ni se cruza de brazos, ni pone distancia entre nosotros, solo se queda ahí, procesándolo y eso me dice más de lo que cualquier palabra podría comunicarme.

—Es tarde —añade, pero su voz no suena demasiado convencida.

Me inclino ligeramente hacia ella, lo suficiente para notar su respiración alterada.

—Tómalo como una última copa. Solo eso.

Kiara ladea la cabeza y su lengua humedece el labio inferior con un gesto involuntario que me pone al límite. Me gusta verla debatirse entre lo que debería hacer y lo que realmente quiere, pero lo que más me gusta es que, después de un par de segundos, suspira y asiente.

—Está bien. Una última copa.

Acelero antes de que pueda cambiar de opinión.

El trayecto hasta mi apartamento lo hacemos en silencio. Kiara mantiene la vista en el horizonte de Manhattan, con su perfil iluminado por las luces de la ciudad, y yo me obligo a mantener la vista en la carretera porque, si la miro demasiado tiempo, voy a acabar deteniendo el coche y besándola antes de llegar.

Cuando por fin aparco en el garaje privado de mi edificio, Kiara suelta un ligero suspiro y se baja del Lamborghini con un gesto elegante y medido. Al cruzar la recepción, el conserje nos saluda con una inclinación respetuosa, pero ella apenas lo mira. Está ocupada observando todo a su alrededor, cada detalle del edificio, los suelos de mármol negro y el ascensor con paneles de cristal.

Pero su sorpresa no es nada comparada con su reacción cuando entramos en mi ático. El espacio se abre ante nosotros con una elegancia sobria y opulenta. Techos altos, grandes ventanales, que enmarcan una vista panorámica de Central Park, y una decoración moderna, con muebles de diseño en tonos oscuros que contrastan con la calidez de la iluminación ambiental.

Kiara se detiene en el centro del salón y recorre el lugar con la mirada, como si intentara asimilar lo que ve. Me apoyo contra la puerta, disfrutando de su reacción.

—No te preocupes por el servicio —comento con tono casual—. Les he dado la noche libre.

Ella arquea una ceja y me lanza una mirada escéptica.

—¿Siempre haces eso cuando traes a alguien aquí?

Sonrío de lado. Me gusta que no se corte y que siga me siga desafiando incluso cuando está claro que quiero desconcertarla. Me acerco con calma hasta ella, con las manos en los bolsillos y sin apartar mi mirada de la suya.

—Solo cuando quiero estar tranquilo.

Ella aprieta los labios en un gesto que no logro descifrar del todo.

—No sé si debería halagarme o preocuparme por tu respuesta.

Me río bajo y camino hacia la barra de bebidas, sacando un par de vasos y una botella de whisky.

—Te dejo que elijas.

Ella observa cómo sirvo el licor en los vasos y se acerca con cautela, pero sin perder ese aire altivo que tanto me gusta. Se detiene justo delante de mí y recoge su copa sin apartar la mirada.

—No tenías que traerme hasta aquí para invitarme a un trago, Russell.

Me inclino sobre la barra, reduciendo la distancia entre nosotros.

—No. Pero quería hacerlo.

Sus labios se separan apenas un milímetro y su aliento se entrecorta. Lo noto porque estoy lo suficientemente cerca para sentir el cambio en su respiración.

La música suena desde el exclusivo equipo de sonido integrado en la pared. Un ritmo suave, pero cargado de sensualidad. Kiara toma un sorbo de su whisky, aunque su mirada sigue atrapada en la mía.

En ese instante, cuando me doy cuenta, su copa está sobre la barra y mis manos están en su cintura. Ella se aferra a mi camisa y tira de mí con una desesperación que me enciende hasta un punto que no creía posible hasta este momento. Su boca choca con la mía con la misma rabia con la que nos deseamos, con la furia contenida de quienes han intentado luchar contra esto sin éxito.

Mis manos recorren sus curvas, descendiendo por la línea de su espalda hasta atrapar su cintura con firmeza. La levanto apenas, lo suficiente para pegarla aún más a mí. Su cuerpo encaja contra el mío, como si hubiera estado hecho para perderse conmigo de esta manera. La música sigue sonando, pero apenas la escucho. Todo lo que existe en este momento es su piel caliente bajo mis dedos, su

lengua explorando la mía con la misma hambre que siento yo y su respiración entrecortada contra mis labios.

Kiara rompe el beso un segundo, pero no se aparta. Sus ojos oscuros brillan con algo peligroso, que me vuelve completamente loco.

—Esto no es una buena idea… —susurra, con la voz cargada de deseo.

Sonrío contra su boca y deslizo mi pulgar por su mandíbula.

—Dime que no lo quieres.

Ella traga saliva y su cuerpo se tensa entre mis brazos. Sus manos aún están en mi pecho, pero no me alejan. Al contrario.

No lo dice. Porque los dos sabemos la verdad y, en este momento, las buenas ideas son lo último que me importa.

El whisky baja por mi garganta, pero el verdadero incendio lo tengo entre las manos. Kiara. La siento temblar contra mi cuerpo, pero no es miedo lo que la sacude, sino rabia, es deseo y es una guerra sin tregua.

Mi boca se apodera de la suya sin advertencias, con la urgencia de quien lleva demasiado tiempo esperando algo que nunca debería haber deseado. Abre los labios, su lengua busca la mía y su aliento caliente se mezcla con el mío en un beso que no tiene suavidad ni paciencia. No hay juegos entre nosotros, solo hambre pura, oscura y visceral.

Sus manos se aferran a mi camisa, la tela se arruga bajo sus dedos y la siento tirar de ella con desesperación, como si el maldito tejido le estorbara tanto como a mí. Sin soltarla, llevo las manos a los botones y los arranco con un movimiento brusco. La tela se abre y Kiara exhala una maldición entrecortada cuando su piel se encuentra con la mía.

—Dylan…

Su voz es solo un jadeo ahogado y me golpea en lo más profundo. La quiero así, sin defensas ni escapatoria.

La levanto del suelo sin esfuerzo y sus piernas se enredan en mi cintura y su espalda choca con la pared con un golpe sordo. Sus uñas se clavan en mis hombros y siento cómo me araña la piel y me enciendo aún más.

—Tú lo quieres tanto como yo.

—Sí… —jadea, perdida en la tormenta de sus propios deseos.

Mis labios recorren su cuello, mordiendo y besando con la brutalidad de quien no tiene intención de frenarse. Me embriaga su piel, su perfume y su forma de retorcerse contra mi cuerpo.

Me muevo con ella en brazos y la dejo caer sobre el sofá de piel, con los muslos abiertos a ambos lados de mis caderas. Su respiración es agitada, y tiene los labios hinchados, húmedos y abiertos en una expresión de rendición absoluta.

—Quítatelo todo —le ordeno con la voz ronca.

Kiara me sostiene la mirada con un destello desafiante en los ojos oscuros. No me sorprende, no es una mujer que se deje doblegar con facilidad.

—¿Y si no lo hago?

Sonrío con lentitud y llevo la mano a su garganta, enredando los dedos en su pelo. Tiro de él con la suficiente firmeza para que eche la cabeza hacia atrás y exponga su cuello.

—Entonces tendré que arrancártelo yo.

Su respiración se corta y su piel se estremece. Sé lo que le provoco, aunque no lo quiera admitir. Su control se desmorona en mis manos, poco a poco, pedazo a pedazo.

—Hazlo —murmura con una mezcla de rendición y desafío.

No me lo tiene que decir dos veces. En ese mismo instante, desabrocho el botón de su minifalda y la deslizo por sus piernas con la impaciencia de quien no tiene intención de frenar. Su blusa sigue el mismo camino y, en cuestión de segundos, la tengo bajo mí, solo en ropa interior y con los ojos encendidos de deseo.

Paseo los dedos por la piel caliente de su muslo y subo lentamente, hasta rozar el borde de su tanga de encaje. Su cuerpo se tensa bajo mi mano y su pecho sube y baja con violencia.

—Dylan… —su voz es un ruego.

—Dilo.

—Te necesito.

—Lo sé.

La tela de su sujetador cede bajo mis manos con un chasquido seco y sus pechos redondos y erectos quedan expuestos ante mí,

perfectos y tentadores, esperándome. Su piel está caliente y su respiración es un compás irregular, que me dice que está tan jodidamente excitada como yo.

—Dylan… —jadea, sin saber si es un ruego o una advertencia.

No me molesto en responder. Me inclino sobre ella y capturo uno de sus pezones con la boca, succionando con la firmeza suficiente para arrancarle un gemido ahogado. Mi lengua dibuja círculos sobre su piel sensible antes de atraparlo entre los dientes y darle un leve mordisco. Ella se arquea debajo mí y sus uñas se clavan en mis brazos, intentando anclarse a algo mientras me deleito en cada estremecimiento de su cuerpo.

Mis manos recorren su torso, explorando cada curva de su figura con un hambre feroz. Devoro y lamo su otro pecho, mientras su cuerpo se retuerce contra el mío. Sus gemidos llenan la habitación, una melodía que solo consigue encenderme aún más.

—Tienes una boca peligrosa, Russell… —susurra con la voz entrecortada.

Sonrío contra su piel y alzo la cabeza para mirarla. Sus ojos son un océano oscuro, que brillan con lujuria y algo más que no se atreve a decir en voz alta, aunque no hace falta que lo haga, porque lo sé. Lo siento en la forma en que me mira y en cómo su cuerpo responde a cada maldito roce.

Sus manos descienden por mi pecho y, con dedos torpes por la ansiedad, comienza a desabrochar los botones de mi camisa. Yo la dejo hacer, observándola con fascinación. Sus dedos recorren mi piel desnuda al descubrirla y bajan la tela por mis hombros hasta que la prenda cae al suelo. Su mirada se oscurece aún más cuando traza con las uñas el camino de mis abdominales y baja hasta el cinturón de mis vaqueros.

Me muerdo el labio al sentir cómo desabrocha la hebilla con una lentitud exasperante, jugueteando con el borde de la tela antes de bajar la cremallera. Su mano se mueve apenas unos centímetros bajo la tela, rozándome con intención, y tengo que apretar la mandíbula para no empujarla contra la cama y clavarme en ella sin más preámbulos. Pero quiero torturarla un poco más.

Así que tomo el control y me separo de ella lo suficiente para recorrer su abdomen con besos lentos, descendiendo sin prisa. Su vientre se contrae cuando paso la lengua por la línea de su ombligo y sonrío al notar el escalofrío que la sacude.

—Dylan…

—Shh…

Atrapo los bordes de su tanga con los dientes y tiro de él poco a poco, dejando que la prenda descienda por sus muslos, revelando cada centímetro de su piel con una devoción casi religiosa. Cuando por fin la libero de toda ropa, me tomo un segundo para admirarla.

Es un jodido pecado.

Kiara está completamente desnuda ante mí y le brilla la piel por la luz que entra ene le salón. Separa los muslos levemente y su cuerpo me pide algo que ambos sabemos que no voy a negarle. Me acomodo entre sus piernas y desciendo sin apartar la mirada de la suya. Su pecho sube y baja con violencia cuando mi aliento roza su parte más sensible. Y cuando mi lengua traza el primer movimiento sobre su carne caliente, se rompe por completo.

Su grito es la muestra del puro placer que la invade. La sostengo con firmeza por las caderas, manteniéndola en su sitio mientras mis labios y mi lengua la llevan al borde de la locura. Se retuerce, sus manos se aferran a mi cabello y sus piernas tiemblan cuando profundizo el contacto, explorándola con una entrega que no he tenido con nadie más.

—¡Dios, Dylan! —jadea, hundiendo las uñas en mis hombros.

La velocidad de mi lengua aumenta, mis labios succionan mientras mi lengua baila con precisión sobre ella. Kiara se arquea, su respiración es un caos y su piel arde bajo mis dedos. Cuando introduzco dos dedos dentro de ella al mismo ritmo que mi boca, se tensa de golpe. Su grito me atraviesa el pecho como un disparo cuando su orgasmo la sacude con una intensidad brutal. Su cuerpo se estremece y el placer se desborda en forma de un torrente incontrolable. La observo sin dejar de estimularla, alargando su clímax hasta que sus piernas fallan y sus manos pierden la fuerza sobre mi cabello.

Se deja caer sobre la cama, aún temblando, con la piel resplandeciente y los labios entreabiertos, intentando recuperar el aliento.

Pero la noche aún no ha terminado. Kiara se mueve con la lentitud de quien aún está sumida en el placer y se pone sobre sus manos y rodillas, con la espalda arqueada y el cabello cayendo en cascada sobre su espalda. Me mira por encima del hombro con un brillo peligroso en los ojos.

—Tu turno —me susurra con una media sonrisa que me envara aún más de lo que estoy.

Se inclina hacia adelante, me libera del bóxer y su boca se cierra alrededor de mi erección sin previo aviso. Maldigo en voz baja y tiro la cabeza hacia atrás cuando la calidez de su lengua me envuelve. Su boca que pese a que no alcanza a cubrir todo mi sexo es un maldito infierno, un lugar del que no quiero salir jamás. Se mueve con habilidad, con hambre y con una devoción que me vuelve jodidamente loco.

Mis dedos se enredan en su cabello y la guío con movimientos calculados, empujando, profundizando y llevándola justo donde quiero. Ella lo toma todo, sin apartar la mirada de la mía y esforzándose sin conseguirlo por tragarla toda hasta lo más hondo de su garganta, pero cuando me tienta con su lengua de una manera casi cruel, pierdo el control por completo.

La giro con brusquedad y la coloco debajo de mí. Su sonrisa desafiante es lo último que veo antes de que la penetre de una sola y profunda embestida.

Kiara grita mi nombre y la sensación de su cuerpo cediendo alrededor de mí me sume en un frenesí del que no hay escapatoria. Me muevo dentro de ella con fiereza, con la brutalidad de un hombre que ha esperado demasiado por esto. Mis manos la sujetan con fuerza por las caderas, mis labios devoran su cuello, su hombro, su boca entre jadeos entrecortados.

El placer se intensifica con cada embestida y con cada gemido que escapa de sus labios. Y cuando el orgasmo la alcanza de nuevo, sus uñas se hunden en mi espalda y su cuerpo se sacude con una violencia que me arrastra con ella.

No me detengo hasta que siento su lengua recorriendo mi torso y su boca volviendo a envolver mi erección con la misma necesidad insaciable. Su entrega me consume y cuando finalmente me dejo ir, lo hago entre sus labios, con su mirada oscura clavada en la mía y llenándole su deliciosa boca con mi semilla.

Nos desplomamos, respirando con dificultad, con el eco de nuestro deseo aún ardiendo en el aire.

Esta mujer es mi perdición y ni siquiera me importa.

El aliento de Kiara aún es irregular cuando sus labios vuelven a buscar los míos. Su boca es puro fuego y su lengua se desliza con una mezcla de hambre y necesidad, despertando en mí el mismo deseo que apenas acaba de saciarse. Sus dedos recorren mi pecho desnudo, explorándolo con caricias pausadas, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel.

Con movimientos calculados, se coloca sobre mi cuerpo hasta quedar a horcajadas sobre mí. Sus ojos oscuros brillan con un destello salvaje mientras recorre mi rostro con la mirada. Sé lo que quiere, lo veo en la forma en que muerde su labio inferior y en la tensión en sus muslos. Quiere tomar el control, jugar a provocarme.

Me acomodo bajo ella y deslizo las manos por sus muslos hasta aferrarme a su cadera. Kiara no dice nada, solo se mueve lentamente, con la seguridad de quien sabe lo que está haciendo. Se inclina sobre mí, deja un beso en mi clavícula y luego otro en mi cuello. Cada caricia de su boca es una provocación que prende fuego en mi interior. Entonces se endereza y con un movimiento seguro se sienta sobre mi boca. Exhala un jadeo entrecortado cuando mis labios la reciben sin piedad. Sujetándola con firmeza, la guío para que se mueva sobre mí, marcando el ritmo de un juego, donde el placer se convierte en el único lenguaje que entendemos. Mis labios recorren cada pliegue de su cuerpo, mi lengua se pierde en ella, explorándola con precisión, disfrutando del temblor de sus piernas, del arqueo de su espalda y del sonido entrecortado de su respiración cuando está a punto de estallar. La sostengo mientras su cuerpo se sacude con el clímax, sus dedos se aferran a mi cabello y un gemido ahogado escapa de su garganta. La observo mientras el placer la

consume, la veo temblar, completamente expuesta ante mí, y no hay visión más jodidamente perfecta.

Pero no ha terminado, porque antes de que recupere la cordura, la tomo por la cintura y la giro sobre mí, colocándola justo donde la quiero. Ella me mira, aún perdida en las sensaciones que la invaden, con el pecho agitado y los labios entreabiertos. La necesidad en su mirada se refleja en la mía.

—Móntame, princesa —le ordeno con voz ronca.

Kiara no duda. Se alza apenas y, con un movimiento lento y provocador, se pone sobre mí. Me clava las uñas en los hombros cuando la lleno por completo y la sensación es tan intensa que tengo que cerrar los ojos un segundo para contenerme. Ella toma el control, moviéndose con un ritmo sensual, subiendo y bajando sobre mí, marcando el compás con una seguridad que me desarma. Mis manos recorren su cuerpo, recorriendo sus muslos hasta llegar a su estrecha cintura, aferrándome a ella mientras me dejo llevar por el placer insoportable de tenerla así, completamente entregada. Kiara se mueve más rápido y fuerte, y yo sigo su ritmo, aumentando la intensidad hasta que todo se vuelve una espiral de sensaciones imposibles de contener.

Cuando el orgasmo nos golpea, ella se arquea sobre mí hundiendo sus uñas en mi piel y su grito queda atrapado entre nuestros cuerpos. Mi propia liberación llega segundos después, con una fuerza que me sacude por completo mientras la sostengo con fuerza, asegurándome de sentir cada maldito espasmo de su cuerpo alrededor del mío.

Cuando acaba, se deja caer sobre mi pecho, con la respiración descontrolada y el cuerpo aún tembloroso. Mis manos recorren su espalda, grabando este momento en mi memoria. La he tenido en mis brazos, completamente rendida ante mí, y no hay sensación que pueda compararse a esta.

Capítulo 16

Dylan

El aliento de Kiara aún es irregular contra mi piel cuando paseo mi mano por su espalda desnuda. La habitación está en penumbra, apenas iluminada por las luces de la ciudad que entran por los ventanales del ático. Su respiración se calma poco a poco, acompasada con la mía, pero el silencio entre nosotros es algo más que la simple calma tras la tormenta.

Ella no dice nada, pero sé que está despierta. Sus dedos dibujan círculos perezosos en mi pecho, como si su mente estuviera demasiado ocupada procesando lo que acaba de ocurrir. No la culpo. Lo que ha pasado entre nosotros no ha sido solo sexo. Ha sido mucho más. Algo que quema, algo que consume y que era tan jodidamente inevitable que sucediera entre nosotros, que intentar negarlo sería una estupidez.

Kiara se mueve sobre la alfombra con un suspiro cansado y apoya la barbilla en mi pecho, observándome con esos ojos oscuros que esconden mil pensamientos.

—¿Siempre eres así después de hacerlo? —me pregunta en un tono que no sé si es curiosidad o burla.

Acaricio la línea de su mandíbula con el pulgar, disfrutando de la suavidad de su piel.

—¿Así cómo?

—Silencioso, intenso y como si estuvieras calculando la distancia exacta entre nosotros para no dejar que me acerque demasiado.

Sonrío con cierta diversión, porque si alguien ha intentado mantener la distancia, ha sido ella.

—Si quisiera mantenerme alejado de ti, no estarías aquí ahora mismo —replico con voz ronca.

Su mirada se oscurece apenas un segundo, como si mis palabras hubieran tocado algo que no esperaba. Pero Kiara no es de las que se quedan calladas mucho tiempo.

—Tienes razón —murmura—. No estaríamos aquí si realmente quisiéramos mantener la distancia.

Mi mano baja por su espalda hasta posarse en su cadera y la aprieto con suavidad, obligándola a pegarse un poco más a mí. Me gusta sentirla así, relajada, aunque sé que su mente está tan despierta como la mía. Estamos jodidos. Lo sabemos. Pero ninguno de los dos parece tener intención de salir de esta trampa.

—¿Quieres venir conmigo a ver algo? —pregunto de repente.

Ella parpadea, sorprendida.

—¿Algo? —arruga el entrecejo.

—A ver una carrera —respondo con calma—. No voy a competir, solo quiero que vengas conmigo.

Sus labios se entreabren ligeramente, pero no en una negación inmediata, sino en un gesto pensativo. Sé que parte de ella quiere rechazar mi propuesta por puro orgullo, por no darle demasiada importancia a lo que hay entre nosotros. Pero también sé que, otra parte, está intrigada.

—¿Por qué quieres que vaya? —inquiere con suspicacia.

Me incorporo un poco, apoyando el codo en el suelo mientras la observo.

—Porque quiero que entiendas lo que significa para la gente que corre —le explico—. Si ves una conmigo, quizá entiendas un poco mejor por qué lo hago.

Se queda en silencio un momento y me mira mientras parece que está analizando mis palabras. Luego suspira y se deja caer de espaldas, mirando al techo.

—¿Cuándo es?

—Al amanecer.

La forma en que su cabeza se gira lentamente hacia mí me dice que no se esperaba esa respuesta.

—¿Me estás diciendo que después de… esto, quieres que vayamos a una carrera en unas pocas horas?

Me encojo de hombros, divertido por su incredulidad.

—Exactamente… Bueno, en unas pocas horas no, esta carrera es al amanecer… Solo falta un rato para que empiece —le aclaro encogiéndome de hombros.

Kiara suelta una risa suave y se cubre los ojos con la mano, negando con la cabeza.

—Estás loco, Russell.

Me inclino sobre ella, retirándole la mano de la cara y atrapándola entre las mías.

—Lo sé —murmuro contra su piel—. ¿Vienes o no?

Ella deja escapar un suspiro largo, pero noto el brillo en sus ojos cuando finalmente responde:

—Vale. Pero más te vale que merezca la pena.

Kiara observa por la ventanilla de mi Ferrari Monza SP2 la ciudad, mientras nos alejamos del centro y nos adentramos en una zona más apartada, donde las luces de los rascacielos se van difuminando en la lejanía.

Mi mano se ajusta al volante con firmeza mientras acelero por la autopista casi vacía a esta hora. Con cada curva y con cada cambio de marcha, puedo sentir la energía de la noche fluyendo en mis venas, una energía que se mezcla con el ardor que aún no se ha apagado entre nosotros. La miro de reojo y veo que tiene las piernas cruzadas y su minifalda se ha subido lo justo como para que la imagen me arranque un gruñido interno. Su pelo está revuelto y el leve carmín borrado de sus labios me recuerda exactamente cómo hemos acabado en esta situación.

Kiara nota mi mirada y arquea una ceja, desafiante.

—Ya te lo he dicho, pero espero que esto merezca la pena —comenta, con un tono entre desinteresado y divertido, que ahora ya sé que usa cuando quiere provocarme.

Sonrío de lado y fijo la vista en la carretera.

—Lo hará.

El punto de encuentro de la carrera es un tramo asfaltado en una zona industrial a las afueras de la ciudad, un lugar donde los motores rugen antes del amanecer y el asfalto cuenta historias de velocidad, riesgo y sangre. Las luces de los faros y las antorchas improvisadas iluminan el camino con un resplandor trémulo, lanzando sombras alargadas sobre la multitud que se congrega alrededor de los coches. La atmósfera vibra con la energía inconfundible de la fiebre por la velocidad y la competitividad entre los participantes.

Aparco en un lado, lejos del bullicio principal, y me giro hacia Kiara.

—Bienvenida a mi otro mundo.

Ella abre la puerta y baja del coche sin prisa, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada recorriendo la escena con atención. Los coches, que participarán en la carrera, están alineados, los pilotos revisan los motores, y de fondo se escuchan escuchan apuestas y murmullos sobre quién tiene más posibilidades de ganar.

—No es lo que esperaba.

Su voz suena lo suficientemente interesada como para que su respuesta me arranque una sonrisa.

—Ah, ¿no? Y ¿qué esperabas? —le pregunto divertido.

—No sé… Algo más ilegal.

Suelto una carcajada baja mientras rodeo el coche y me acerco a ella.

—Lo es, dependiendo de a quién preguntes.

En ese momento, alguien se acerca a saludarme con una palmada en el hombro. Es Owen, un piloto conocido en este circuito, un tipo que lleva el peligro grabado en la piel con cada cicatriz que

adorna su rostro. Su sonrisa ladeada me dice que ha visto a Kiara y que ha despertado su curiosidad.

—No pensé verte aquí a esta hora, Russell. —Su mirada se desvía hacia Kiara por un instante antes de volver a mí con aire inquisitivo —. ¿Eres espectador esta vez?

—Algo así.

Owen asiente, pero su mirada sigue a Kiara con un interés que no me gusta. Antes de que pueda soltar alguna estupidez, paso una mano por la cintura de Kiara y la atraigo hacia mí con un gesto que deja claro que está conmigo.

—Vamos, te enseñaré algo.

La aparto de Owen sin esfuerzo, guiándola entre los espectadores hasta que nos colocamos en un punto estratégico, con una vista perfecta del inicio de la carrera.

El aire huele a caucho caliente y gasolina. El asfalto está oscuro y expectante bajo la luz artificial, que en breve con los primeros rayos de sol no será necesaria, con los coches alineados y los motores rugiendo como bestias encadenadas listas para desatarse. Kiara observa todo con la atención aguda de alguien que intenta descifrar un mundo completamente ajeno al suyo.

—¿Sientes eso? —le pregunto en voz baja.

Ella ladea la cabeza sin dejar de mirar la escena frente a nosotros.

—¿El qué?

—La energía.

Las bocinas suenan. Los pilotos hacen los últimos ajustes y la multitud aguarda en un silencio que parece contener la respiración.

—Esa sensación en el estómago, como si algo grande estuviera a punto de pasar.

Ella no responde, pero noto el escalofrío que recorre su espalda. Un instante después, cuando el sol empieza a asomar en el horizonte, el disparo de salida retumba en el aire y los motores rugen al unísono. Los coches salen disparados con una explosión de velocidad, y la multitud estalla en gritos y vítores. Kiara contiene el aliento y siento cómo su cuerpo se tensa junto al mío, como si la adrenalina de la carrera la hubiera alcanzado de lleno. Veo su

mandíbula apretada, sus pupilas dilatadas mientras sigue la trayectoria de los coches con una mezcla de asombro y euforia.

—Ahora lo entiendes —le digo con una sonrisa.

Ella no responde al instante, pero su mano se aferra a mi antebrazo sin que parezca darse cuenta. No aparta la vista del circuito, pero la fuerza con la que se sujeta me dice todo lo que necesito saber.

La velocidad, la vibración del asfalto bajo los neumáticos, la tensión en el aire antes de cada giro… Kiara está sintiendo lo mismo que yo he sentido desde la primera vez que me subí a un coche de carreras.

El rugido de los motores se mezcla con la música alta, con el alboroto de la multitud y con la fiebre colectiva que se apodera de cada espectador, mientras los coches devoran el asfalto a una velocidad que desafía toda lógica. Pero yo no estoy mirando la carrera, solo la miro a ella.

El deseo que siento por Kiara es un jodido ardor primitivo que no se ha apagado desde que hace un rato la he tenido debajo de mi cuerpo, retorciéndose y entregándose con la misma intensidad con la que ahora está sintiendo la carrera. Su perfil iluminado por los primeros rayos de sol parece aún más adictivo que la propia velocidad. Kiara se gira de repente y su mirada se encuentra con la mía y entonces veo, que la adrenalina, que ahora mismo la invade, se ha convertido en deseo.

Sus labios se separan apenas, su respiración se agita y hay un brillo peligroso en sus ojos oscuros, que me dice que está sintiendo exactamente lo mismo que yo. Así que la atraigo hacia mí con un movimiento rápido, como si no pudiera soportar un solo segundo más sin tener su boca en la mía. Nuestros cuerpos chocan y su aliento caliente se mezcla con el mío justo antes de que capture sus labios en un beso áspero, exigente y desesperado. El mundo sigue rugiendo a nuestro alrededor, pero en este instante, nada de eso importa. Solo la tengo a ella, presionada contra mi pecho, con sus uñas clavándose en mi nuca y su lengua encontrándose con la mía en una lucha sin tregua.

La adrenalina de la carrera corre por nuestras venas, pero lo único que quiero ahora es seguir devorándola hasta que no haya nada más entre nosotros, salvo el deseo ardiendo en cada fibra de su ser.

Esta mujer es una maldita droga y no pienso desengancharme de ella ahora.

El rugido de los motores aún resuena en mis oídos cuando nos alejamos del circuito improvisado. La carrera ha terminado, pero la adrenalina sigue corriendo por mis venas, más caliente que nunca. A mi lado, Kiara está sumida en el mismo estado febril que yo. No hace falta que lo diga en voz alta, porque lo veo en la forma en que sus muslos se presionan el uno contra el otro, en cómo su pecho sube y baja de forma alterada y en la tensión contenida en sus manos apoyadas sobre sus muslos.

Nos fundimos en un silencio cargado de electricidad mientras conduzco de vuelta a Manhattan. Mis nudillos se tensan alrededor del volante y siento la piel tirante por el deseo que sigue golpeando con fuerza bajo la superficie. De reojo, la observo. Sus piernas están cruzadas y su minifalda ha subido lo suficiente para excitarme más de lo que ya estoy. Su mirada está clavada en la carretera, pero su pecho sube y baja en un ritmo que delata que su cuerpo está reaccionando a la misma intensidad que el mío.

La velocidad en la autopista es una tortura más, porque cada milla que recorremos solo aumenta esta necesidad enfermiza que se ha instalado en mi piel desde que la besé junto al circuito y en mi mente solo hay una imagen: Kiara jadeando mi nombre con su espalda arqueada sobre el capó de mi coche.

Aparco en el garaje privado del edificio de mi apartamento y la tensión en el interior del Ferrari se vuelve insoportable. Apago el motor, pero ninguno de los dos se mueve de inmediato. La energía entre nosotros vibra con más fuerza que antes y ya no podemos ignorarla.

Kiara desvía la mirada hacia mí y sé que está pensando lo mismo que yo. Sus labios entreabiertos, sus pupilas dilatadas y la forma en

la que se humedece el labio inferior con la lengua… Joder. He esperado demasiado para esto.

—Sal del coche —le ordeno con voz baja, casi gutural.

Ella me obedece sin discutir, y apenas cierra la puerta tras de sí, ya estoy sobre ella. Mi cuerpo la empuja contra el Ferrari, atrapándola entre el frío metal y el calor abrasador de mi piel.

—Dylan… —jadea, pero no hay resistencia en su voz, solo deseo reprimido a punto de estallar.

Mis labios encuentran los suyos en un beso que no tiene nada de dulce. Es un choque de labios, de lenguas y de respiraciones entrecortadas, que se entrelazan en una guerra sin tregua. Su espalda se arquea contra el capó y mis manos recorren su cuerpo con la urgencia de alguien que ha estado demasiado tiempo conteniéndose.

Le subo la minifalda sin delicadeza y mis dedos encuentran el calor húmedo entre sus muslos. Un gruñido ronco se escapa de mi garganta cuando noto lo lista que está para mí.

—Joder, Kiara… —murmuro contra su boca, hundiendo los dedos en su carne caliente.

Ella se estremece y sus uñas se clavan en mi nuca. Se mueve contra mi mano, frotándose con desesperación, mientras su boca se abre en un jadeo ahogado.

—Esto es un error —me dice entre suspiros.

La miro a los ojos, desafiándola.

—No me importa.

Mi voz suena dura y tajante. No hay dudas en mis palabras porque, en este instante, no quiero pensar en si esto es un error o no. Lo único que sé es que la deseo más que a cualquier otra cosa en mi vida. Sin darle tiempo a reaccionar, la levanto y la coloco sobre el capó del Ferrari. Sus piernas se abren a ambos lados de mi cintura y le quito la ropa interior bajándola por sus muslos hasta que cae al suelo.

Noto cómo tiembla, pero no es por miedo, es por las ganas que tiene de que me hunda en ella. Me está retando con la mirada, jugando con mi control, como si no supiera que ya ha perdido.

Me libero del cinturón y bajo la cremallera de mis pantalones con un movimiento brusco. No hay paciencia ni sutileza, solo el ansia de necesitarla ahora.

—Pon las manos atrás, apóyate —le ordeno con la voz ronca.

Kiara lo hace, pero en sus ojos arde la chispa desafiante que tanto me enloquece. La penetro en una embestida firme y profunda, que la hace soltar un gemido ahogado. Su cabeza cae hacia atrás y su espalda se curva sobre el capó mientras la sostengo por la cintura y me hundo en ella sin compasión.

—Dylan… —jadea, con la voz entrecortada.

—Mírame —exijo.

Abre los ojos y me clava su mirada oscura y febril. Su boca está entreabierta, su pecho sube y baja con cada embestida y su cuerpo se sacude bajo el mío con una mezcla de dolor y placer, que me hace perder la cabeza.

Me inclino sobre ella y muerdo su cuello con la misma fiereza con la que la estoy poseyendo. Mis manos recorren su cuerpo, mientras ella se retuerce debajo de mí, moviendo las caderas para recibir cada embestida con la misma ansia. Sus uñas arañan mis brazos y su respiración se vuelve un caos cuando su clímax la golpea con la fuerza de un puto huracán. Se estremece, su cuerpo se arquea y sus gemidos ahogados resuenan en el garaje mientras el placer la destroza desde dentro.

La imito segundos después, hundiéndome en ella una última vez antes de derramarme dentro. Mi cuerpo se tensa, mis músculos se contraen y su nombre se escapa de mis labios en un gruñido ronco. Cuando acabamos, nos quedamos así, jadeando contra la piel del otro, con el sudor pegándose a nuestros cuerpos y el sonido de nuestras respiraciones mezclándose con la lejana vibración de la ciudad que empieza a despertar.

Kiara cierra los ojos y su cabeza cae sobre el capó, aun tratando de recuperar el aliento. No me muevo de inmediato. No quiero salirme de ella, porque no quiero que esto acabe.

Después de unos segundos, me inclino sobre su oído y susurro:

—Subamos. Quédate conmigo.

Ella parpadea, aún atrapada en el eco del placer, pero entonces veo cómo la realidad la golpea de golpe. Su expresión cambia y se vuelve más fría y cerrada.

—No puedo —murmura.

Algo dentro de mí se tensa. Me separo con lentitud y la observo.

—¿Por qué no?

Se baja del capó y recoge su ropa interior del suelo. Se la pone con movimientos rápidos, sin mirarme, como si la intensidad de lo que acaba de pasar entre nosotros la asustara.

—Porque no debo.

No me gusta su respuesta. Me irrita y me frustra, pero no insisto. Kiara no es una mujer a la que se la pueda obligar a nada, por lo que asiento con la mandíbula tensa y recojo mis pantalones.

—Te llevo a casa.

Ella levanta la mirada y por un instante veo algo en sus ojos que me descoloca. Es fugaz, como un destello de algo que no quiere admitir en voz alta. Subimos al coche y salimos del garaje en silencio. La llevo hasta su edificio sin decir una palabra, aunque el peso de lo que acaba de ocurrir sigue flotando en el aire.

Cuando aparco frente a su apartamento, ella duda antes de salir del coche.

—Dylan…

Me giro hacia ella, esperando que diga algo más, aunque no lo hace, solo suspira, sacude la cabeza y abre la puerta.

—Buenas noches —susurra antes de bajar.

No le respondo. Solo la observo mientras cierra la puerta de su edificio y desaparece en su interior. Me paso una mano por el cabello y golpeo el volante con el puño. Esta mujer me está volviendo jodidamente loco.

Capítulo 17

Kiara

Durante el trayecto hasta mi apartamento en el coche de Dylan, la ciudad empieza a desperezarse con las primeras horas de sol y las luces de los escaparates aún encendidas parpadean como testigos de lo que acabo de hacer y de lo que no debería haber hecho.

Dylan no dice nada mientras conduce, pero su presencia llena el coche. Es un aura densa y pesada, de esas que te envuelven y te dejan sin aire. Su mandíbula está tensa y su expresión impenetrable, como si él también estuviera debatiéndose entre lo que acaba de pasar y lo que vendrá después. Aunque, siendo sincera, dudo que él se haga tantas preguntas como yo. Dylan Russell no es un hombre que se cuestione lo que hace, actúa y punto. Sin remordimientos ni dudas.

Yo, en cambio, me siento como si estuviera colgando de un hilo demasiado fino.

Cuando aparca frente a mi edificio, me desabrocho el cinturón sin prisa, aunque no hago el amago de salir. Él tampoco me dice que me quede. Solo me mira de reojo, con esa intensidad que tiene la capacidad de despojarme de mi coraza sin que ni siquiera se lo proponga.

—Dylan… —empiezo, sin saber realmente qué voy a decir.

Él se apoya en el volante y ladea la cabeza. Sus expresivos ojos azules recorren mi cara, buscando algo que no sé si está ahí.

—No hagas esto más complicado de lo que es, Kiara.

Su voz es un golpe seco y certero, como lo es él. Un mazazo de realidad que me deja sin respuesta.

Asiento despacio y aparto la mirada. Sé que tiene razón. Lo último que quiero es enredarme en esto más de la cuenta, así que respiro hondo y salgo del coche. No me despido, ni miro atrás. Solo entro en mi edificio y subo a casa, intentando convencerme de que esto ha sido solo una locura de una noche y que no volverá a repetirse. Pero mientras cierro la puerta tras de mí y apoyo la espalda contra la madera, la certeza de que ha sido la mejor noche de mi vida me golpea como un puñetazo en el estómago y ese es el problema.

El apartamento está en penumbra y lo único que se escucha es el goteo del grifo de la cocina, porque a esta hora mi madre ya se ha ido a trabajar. Me descalzo y camino hasta el baño. Me siento extraña en mi propia casa, como si aún llevara el olor de Dylan pegado a la piel.

Voy hacia el baño para desmaquillarme y al mirarme en el espejo, veo en el reflejo a una mujer en la que no reconozco. Tengo los labios hinchados, el cuello enrojecido por la barba de un hombre, que no debería haberme regalado tanto placer, y un brillo en los ojos de alguien que acaba de traspasar una línea peligrosa.

—Joder… —murmuro, pasándome la mano por el pelo enredado.

El sexo con Dylan ha sido brutal. No hay otra forma de describirlo. Ha sido rudo, intenso y completamente salvaje. Dylan me ha poseído como si le perteneciera y yo lo he dejado hacer, completamente rendida a él. Me he entregado a su control, a su dominio absoluto, y lo peor es que me ha gustado.

Cierro los ojos y apoyo las manos en el lavabo, obligándome a recobrar el sentido. Necesito dormir y que mi cerebro procese esto antes de que comience a darle vueltas de más. Salgo del baño y me dejo caer en la cama sin cambiarme de ropa, ni desmaquillarme

siquiera. Aún siento sus caricias en mis muslos, en mi vientre y en cada jodido rincón de mi cuerpo.

Dylan y yo pertenecemos a mundos distintos. No solo por su dinero, su vida de lujo o los veinte años que nos separan. Dylan Russell juega en otra liga. Un hombre que adora el peligro porque lo necesita, porque se alimenta de él. Yo, en cambio, no soy así, ni puedo permitirme serlo.

Respiro hondo y cierro los ojos con fuerza, aferrándome a la única verdad que me queda en este momento: ha sido la última vez.

Cuando me despierte dentro de unas horas, volveré a mi vida, a mis clases, a mi trabajo en el LUX.... Y él será solo un recuerdo de una noche que no debió ocurrir.

El campus está lleno de estudiantes que van y vienen entre las facultades. Me acomodo la mochila al hombro y camino entre ellos con la cabeza agachada, esperando que las clases me ayuden a olvidar la locura de esta noche pasada.

Me repito que ha sido la última vez, que no va a volver a pasar y que no voy a dejar que pase. Y entonces mi móvil vibra en el bolsillo del vaquero. Lo saco sin prisa, desbloqueo la pantalla y leo el mensaje que acaba de llegar.

Dylan:
No puedo alejarme de ti.

Siento una presión en mi pecho inmediata y es como si el suelo se tambaleara bajo mis pies y el aire se volviera más espeso. Miro fijamente la pantalla, leyendo una y otra vez esas palabras como si fueran una trampa de la que no sé si quiero escapar o caer de cabeza.

Mis dedos se mueven solos sobre el teclado táctil.

Kiara:
¿Dónde estás?

La respuesta llega casi al instante.

Dylan:
Más cerca de lo que crees.

Me detengo en seco en mitad de la explanada frente a la facultad y mis ojos recorren la parte del campus, que tengo a mi alrededor, como si fuera a encontrarlo entre los estudiantes que charlan en los bancos o los que cruzan el patio apresurados. Sé que es una tontería, pero algo dentro de mí se remueve con una mezcla de alerta y nervios.

—¿Buscando a alguien, cielo? —La voz de Brandon me saca de mi ensoñación.

Me giro hacia él con una sonrisa automática y lo veo acercarse con su aire despreocupado, vestido con unos vaqueros ajustados y una cazadora de cuero negra que le queda espectacular. Es guapo, atractivo y lo sabe, pero lo que más me gusta de él es su actitud irreverente y su sentido del humor. Siempre consigue sacarme una sonrisa, incluso cuando mi mundo está patas arriba.

—Brandon —exclamo con exagerado entusiasmo, extendiendo los brazos.

Él me atrapa en un abrazo exagerado y me gira en el aire como si fuera una princesa de Disney.

—Dios mío, qué desastre de vida la mía sin mi maravillosa *novia* —dramatiza con una mueca.

Río y le doy un golpecito en el pecho cuando me suelta.

—¿Tu novia? Por favor, ni en tus mejores sueños, cariño.

Brandon pone cara de indignación y se lleva una mano al corazón.

—Qué cruel eres… Yo que siempre te he defendido de esos patanes con los que has salido.

—Por eso eres el mejor novio de pega que podría tener —le digo con una sonrisa burlona.

Brandon y yo tenemos este juego desde hace tiempo. Después de lo de mi ex, decidí que no quería saber nada de hombres y él, que es mi amigo desde la infancia, decidió que lo mejor que podía

hacer era ayudarme a mantener alejados a los idiotas. Así que nos convertimos en la pareja más adorable e inquebrantable del campus. Aunque, por supuesto, todo es una farsa. Brandon es gay, aunque nadie lo sospecharía por su actitud confiada y su falta de amaneramiento. Pero funciona. Desde que *salimos juntos*, no he tenido que preocuparme por babosos insistentes, ni por preguntas incómodas.

Le abrazo de nuevo, esta vez con más ganas. Su olor a colonia cara y suavizante me reconforta. Pero entonces, algo capta mi atención por el rabillo del ojo. Al otro lado del aparcamiento, junto a la línea de árboles, hay un coche oscuro aparcado. Un coche que reconozco demasiado bien.

Mi corazón se acelera. No puede ser. Suelto a Brandon sin disimular mi nerviosismo y saco el móvil con las manos temblorosas. Tecleo rápido antes de que me entre el pánico.

Kiara:
No estarás en el aparcamiento de mi facultad, ¿no?

Capítulo 18

Dylan

El motor de mi Ferrari ronronea con suavidad mientras observo desde la distancia. Estoy aparcado en un extremo del aparcamiento de la facultad de Kiara, en un punto donde tengo una vista perfecta de la entrada principal. No debería estar aquí, ni haberla seguido, lo sé. Pero el mensaje que le envié esta mañana se lo dejó claro: no puedo alejarme de ella. No quiero y ahora que, al fin, la veo, cada músculo de mi cuerpo se tensa con una rabia contenida que amenaza con explotar en cualquier momento.

Kiara sonríe. Sonríe demasiado a un chico. A ese imbécil que la rodea con los brazos como si tuviera derecho a hacerlo. Mi agarre sobre el volante se endurece mientras los observo. El tipo es alto, tiene el pelo oscuro y aire relajado y se muestra demasiado cómodo con ella. Kiara se inclina sobre su pecho y le rodea la cintura con los brazos en un abrazo, que dura más de lo que estoy dispuesto a tolerar. La sangre me hierve, porque nunca me ha abrazado así. Ni me ha permitido que lo haga yo con esa confianza. Conmigo, Kiara siempre es fuego y lucha, no esa dulzura condescendiente que ahora le está regalando a él.

Tomo mi teléfono y vuelvo a escribirle.

Dylan:
Deja de sonreírle así o te haré recordar quién te pertenece.

Veo cómo Kiara saca el móvil de nuevo de su bolso y lo mira. Su sonrisa se desvanece en el acto. No responde, ni siquiera levanta la vista para buscarme. La muy jodida sabe que estoy aquí, pero me ignora.

Aprieto la mandíbula y suelto una maldición entre dientes antes de arrancar el coche. No pienso quedarme un segundo más viendo cómo se deja tocar por otro. Acelero al salir del aparcamiento y tomo la carretera con los nudillos blancos sobre el volante. La furia late en mi pecho, palpitante y venenosa. No sé qué es peor: la imagen de ese tipo abrazándola o el hecho de que Kiara no haya hecho nada para quitárselo de encima. Como si no le importara. Como si yo no le importara.

Al llegar a mi despacho, cierro la puerta con un golpe seco y me dejo caer en la butaca de cuero negro frente a mi mesa. No puedo sacármela de la cabeza. Su puta sonrisa. Sus labios curvándose en una expresión que nunca me ha regalado a mí. Esto es un jodido infierno.

Tomo de nuevo mi teléfono y vuelvo a escribirle:

Dylan:
Tienes dos opciones:
vienes a mi oficina ahora o te espero esta noche en mi casa.

Lanzo el móvil sobre la mesa y me paso la mano por el pelo con frustración. No tengo paciencia para esperar y menos cuando se trata de ella.

Capítulo 19

Kiara

Las puertas del ascensor se abren con un leve sonido metálico y doy un paso dentro del vestíbulo, sintiendo cómo mi corazón golpea contra mis costillas. No sé en qué momento he decidido venir aquí, si antes o después de ver el mensaje de Dylan en la pantalla de mi móvil.

«Tienes dos opciones: vienes a mi oficina ahora o te espero esta noche en mi casa».

Dieciséis palabras. Dieciséis malditas palabras que han sido suficientes para que ahora mismo esté aquí, en el edificio Russell Motors, sintiendo que mis pies me han traído hasta su despacho por pura inercia.

El recepcionista me lanza una mirada inquisitiva cuando me acerco al mostrador de cristal y carraspea antes de hablar.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla?

—Voy a ver a Dylan Russell.

Las palabras salen de mis labios con una seguridad fingida que apenas me creo ni yo. El hombre pestañea con sorpresa y desciende la mirada por mi ropa, como si intentara averiguar qué hace una chica como yo en un sitio como este. No lo culpo. Llevo un vestido vaporoso corto, unas Converse altas blancas y una chaqueta de

cuero que dista mucho del estilo elegante y sofisticado de las mujeres que suelen frecuentar este edificio. Mujeres que pertenecen a su mundo, a su clase social y que saben cómo moverse en un entorno como este. Mujeres que no soy yo.

Pero aquí estoy. Contra toda lógica y toda puta razón. Estoy aquí.

—El señor Russell está en su despacho —dice el recepcionista, después de teclear algo en el ordenador—. Puedo avisarle de que ha llegado, si quiere.

—No hace falta. Ya sabe que vengo.

El hombre asiente con una mezcla de sorpresa y curiosidad, pero no hace preguntas. Solo pulsa un botón en el panel de control y las puertas de los ascensores se abren. Camino hacia ellos y, cuando entro, me giro antes de que se cierren. Siento la mirada del recepcionista siguiéndome, como si intentara descifrar qué relación tengo con el hombre más poderoso de este edificio o qué narices hago aquí. Ojalá yo también lo supiera.

El despacho de Dylan está en la planta más alta de la torre y cuando las puertas del ascensor se abren, me recibe un vestíbulo amplio, con una secretaria de aspecto impoluto que levanta la miro de su ordenador con una expresión cortés pero distante.

—Soy Kiara, Dylan me espera —digo, sin molestarme en añadir nada más. No hace falta.

Ella asiente, como si ya lo supiera, y se levanta para indicarme la puerta doble al final del pasillo.

—El señor Russell la está esperando.

Camino con paso firme hasta la puerta, intentando que mis piernas no delaten lo que en realidad siento por dentro. Abro sin llamar y avanzo hasta el interior del despacho, cerrando tras de mí.

Dylan está de pie, junto al ventanal que da a toda la ciudad, con las manos en los bolsillos de su pantalón de traje y la chaqueta colgada en el respaldo de su silla. Su camisa blanca está remangada hasta los antebrazos y el primer botón desabrochado, dándole un aire aún más peligroso. Como si no necesitara nada más para ser una jodida tentación.

Me observa en silencio durante unos segundos que parecen eternos, con ese maldito aire de seguridad y control absoluto que

siempre lo rodea. Como si hubiera sabido desde el principio que vendría y me hubiera estado esperando desde el momento en que envió ese mensaje.

—Te has tomado tu tiempo —comenta con su voz grave, cargada de esa calma peligrosa, que me pone los nervios de punta.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, intentando crear una barrera entre nosotros, aunque ambos sabemos que es una mentira.

—No soy tuya, Dylan.

Mis palabras salen firmes y cortantes de entre mis labios, como si al decirlo en voz alta pudiera convencerme de que es verdad. Pero él solo se toma su tiempo antes de responder, inclinando la cabeza con una media sonrisa ladeada que me pone el corazón en la garganta.

—Demuéstramelo.

Su desafío se clava en mi piel como un veneno lento y letal.

No quiero estar aquí, ni quiero caer otra vez en este juego en el que él siempre parece tener la ventaja. Pero en el momento en que sus ojos se encuentran con los míos y su voz retumba a mi alrededor, sé que es demasiado tarde.

La tensión en la habitación es sofocante. Dylan sigue apoyado en el ventanal con los ojos clavados en los míos con un brillo depredador, como si esperara a que diera un paso en falso o a que admitiera con un solo gesto que tiene razón.

Su reto aún flota en el aire, envenenando cada célula de mi cuerpo. Sé lo que quiere. Desea que me acerque a él, que me rinda y deje de resistirme a algo que es tan inevitable como el propio caos que desata en mí. Pero no pienso darle el gusto. Me cruzo de brazos, irguiéndome frente a él con la mandíbula apretada.

—No tengo nada que demostrarte —respondo con voz firme, aunque siento cómo la piel se me eriza cuando él da un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros con esa calma tensa que me vuelve loca.

—No te creo —murmura. Su voz grave resbala por mi piel como el filo de una navaja deslizándose por mi garganta.

Su proximidad me desestabiliza, y lo sabe. Se detiene a escasos centímetros de mí. Puedo oler su perfume y ese aroma inconfundible se me queda impregnado en la piel. Su respiración es tranquila, pero

sus ojos hablan de un hambre que me ha devorado tantas veces, que ya no sé cómo resistirme a ella.

—Me voy, Dylan —musito, intentando alejarme, pero su mano atrapa mi muñeca con suavidad antes de que pueda dar un paso atrás.

—Dímelo otra vez, pero sin que te tiemble la voz.

Hijo de puta. Intento liberar mi muñeca de su agarre, pero él no me deja. No me aprieta, ni me obliga, pero me retiene lo suficiente para que entienda que solo me dejará irme cuando él quiera. Su otra mano se desliza por mi cintura y me aprisiona contra la mesa de su despacho, acorralándome con su cuerpo.

—Eres un arrogante de mierda —siseo entre dientes.

—Y tú una mentirosa —replica sin pestañear.

Mi respiración se agita cuando su pulgar recorre mi labio inferior, su roce es una tortura lenta, un anzuelo que intento no morder, pero es imposible.

Su boca choca con la mía en un beso que no tiene nada de dulce. Es brusco, exigente, como si estuviera devorándome y como si quisiera demostrarme con cada embestida de su lengua que no tengo escapatoria. Sus manos me recorren sin delicadeza, y me baja la chaqueta de cuero por mis brazos antes de lanzarla al suelo sin preocuparse por sentir mi piel caliente bajo sus dedos.

El control se me escapa de las manos, igual que mi cordura, y me odio por ello. Me odio porque cuando sus dedos se hunden en mi pelo y tira con fuerza, haciéndome inclinar la cabeza hacia atrás, lo único que quiero es que me folle aquí y ahora, sin pensar en las consecuencias. Sin pensar en lo que esto significa.

—Esto es un error —susurro contra sus labios, pero su risa oscura me recorre como una descarga eléctrica.

—No me importa.

En un solo movimiento, me gira y me tumba sobre la mesa, haciéndome jadear por la sorpresa. Su fuerza es brutal, pero nunca me hace daño ni me obliga, solo me despoja de cualquier barrera y excusa. Mi espalda choca con la superficie de madera, mientras él se coloca entre mis piernas y su cuerpo cubre el mío con una facilidad que me abruma.

—Dylan… —intento razonar, pero su mano se desliza por mi muslo y me silencia.

—Calla —me ordena y su voz no deja espacio para la protesta.

Un sonido seco resuena en la habitación cuando aparta de un manotazo todo lo que hay sobre la mesa. Papeles, bolígrafos, su móvil, todo cae al suelo sin que le importe una mierda. Su atención está en mí, en mi vestido subido hasta las caderas y en la prenda de encaje que aún cubre mi entrepierna o cubría, porque el sonido del encaje rasgándose me hace contener el aliento, mi cabeza cae hacia atrás cuando siento sus dedos rozándome sin piedad, descubriendo lo mucho que lo necesito.

—Dios, Kiara… —gruñe con voz ronca.

En un instante, se libera de su cinturón y baja la cremallera de sus pantalones, sin dejar de mirarme con esos ojos azules que arden con algo primitivo y que siempre consigue arrastrarme con él.

Me embiste con una fuerza brutal, hundiéndose en mí con un solo movimiento que me hace arquear la espalda sobre la mesa. Mi grito se ahoga en su boca cuando me besa de nuevo, reclamando cada parte de mí como si fuera suya, porque lo soy. Cada una de sus embestidas es un golpe directo a mi resistencia. No hay dulzura ni tregua, solo sexo desenfrenado y salvaje; el tipo de sexo que no se olvida, que se graba en los huesos y te marca de por vida. Su mano se aferra a mi cintura, manteniéndome en su sitio, impidiendo que me mueva y me escape o que haga cualquier cosa que no sea recibirlo hasta que no haya más de mí, hasta que solo quede él.

—Dímelo —me exige entre dientes.

Mi cabeza está nublada y mi cuerpo se retuerce bajo el suyo, al borde de algo que amenaza con romperme en mil pedazos.

—Dime que no eres mía —gruñe contra mi piel, mordiendo mi clavícula con fuerza y dejándome su marca.

Mis uñas se clavan en sus hombros, mis piernas lo rodean con desesperación y mi espalda se arquea cuando la ola de placer me golpea con una fuerza devastadora.

—Dylan…

Es lo único que soy capaz de decir antes de estallar por completo de placer. Él me sigue un segundo después, gruñendo mi nombre

con una ferocidad que me hace sentir tan jodidamente suya que me asusta.

El despacho huele a sexo y a pecado cuando el silencio se instala entre nosotros. Su respiración es agitada contra mi cuello y su cuerpo aún cubre el mío, atrapándome entre su piel caliente y la madera fría de la mesa.

Cuando se incorpora y me mira a los ojos, sé que esto no ha acabado. No aún. Mi pecho sube y baja con violencia mientras intento recuperar el aliento, pero mi cuerpo sigue sacudido por los espasmos del placer y mis piernas tiemblan por el desenfreno que ha tenido lugar hace apenas unos minutos. Apoyo las manos en la mesa, tratando de estabilizarme, pero él no me da tregua. Antes de que pueda procesarlo, se arrodilla frente a mí, con sus ojos azules clavados en los míos con una intensidad que me revuelve por dentro. Sus manos recorren mis muslos con lentitud, subiendo hasta colocarse entre ellos sin esfuerzo. Un estremecimiento me sacude, cuando siento el calor de su boca justo donde más lo necesito.

—Dylan… —jadeo, pero él no responde. Solo sonríe contra mi piel antes de devorarme sin aviso.

Un grito ahogado escapa de mis labios y mis dedos se aferran con desesperación al borde de la mesa. Su lengua es un arma letal, precisa e incontrolable, y la manera en la que su boca trabaja sobre mí hace que mi cabeza caiga hacia atrás, perdida entre la oleada de sensaciones que me recorren. Dylan no se detiene. Me sujeta con firmeza, inmovilizándome para que no pueda escapar de lo que me está haciendo. Su lengua me recorre, me succiona y me devora como si estuviera hambriento de mí y, con cada movimiento, me acerca más al abismo.

—Dylan, por favor… —susurro entre jadeos, sintiendo la presión crecer en mi vientre.

Pero él no tiene piedad. Me devora con una intensidad salvaje, marcando su dominio sobre mí con cada embestida de su lengua. Mi cuerpo se sacude con espasmos incontrolables y cuando le introduzco dos dedos dentro de mí, con movimientos certeros, una oleada de placer me destroza desde dentro. Grito su nombre cuando el orgasmo me consume y un espasmo eléctrico recorre cada fibra

de mi ser. El placer es tan intenso que me desmorono sobre la mesa, con el cuerpo aún convulsionando por la explosión que me ha arrancado. Dylan se incorpora de golpe, sujetándome por la cintura, y me empuja contra la superficie de la mesa antes de hundirse en mí con una brutalidad que me roba el aliento. No me ha dado ni un segundo de respiro. Su fuerza me mantiene inmóvil, mientras sus embestidas sacuden todo mi cuerpo con una intensidad devastadora.

—Mía —gruñe entre dientes, sujetándome por la cadera para hundirse más profundo.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llena el despacho. Su control se ha ido al carajo y yo estoy atrapada en esta espiral de locura junto a él. Su ritmo es despiadado, rudo y sin tregua. Me empuja una y otra vez hasta que siento que la presión vuelve a acumularse en mi interior, llevándome al borde una vez más.

—Dylan, me voy a… —intento avisarle, pero él ya lo sabe.

Me penetra con más fuerza y me aplasta contra la mesa, obligándome a sentirlo en cada rincón de mi ser. El orgasmo me golpea con la misma brutalidad con la que me está follando y un grito entrecortado escapa de mi boca. Mi cuerpo se arquea, mis uñas se clavan en la madera y la fuerza de mi clímax es tan intensa que me deja temblando bajo él. Pero Dylan no ha terminado. Me saca de la mesa con rudeza y me obliga a arrodillarme frente a él. Su expresión es pura lujuria descontrolada y sus dedos se hunden en mi cabello, guiándome sin titubeos. Entiendo lo que quiere y, sin apartar la vista de sus ojos, dejo que me llene la boca con su polla y que controle él el ritmo de sus embestidas aguantando mi cabeza, mientras él mueve las caderas.

—Así, preciosa… —jadea con voz ronca, inclinando la cabeza hacia atrás.

Sus manos en mi cabello guía cada movimiento con firmeza. Lo tomo más profundo, sintiendo su dureza llenar mi boca y mi garganta con cada embestida controlada. Su respiración se vuelve agitada, sus músculos se tensan y sé que está a punto de correrse. Lo siento temblar, luchando por mantener el control, pero no lo logra. Su cuerpo se sacude con un gruñido bajo y suelta una maldición antes de derramarse en mi boca.

Trago todo lo que llena mi boca, sintiendo su sabor invadir mis sentidos, y cuando levanto la mirada, lo veo observándome con una intensidad oscura y salvaje que me deja sin aire. Me relamo mientras sus dedos recorren mi mandíbula y su pulgar acaricia mi labio inferior, como si no pudiera creerse lo que acaba de pasar.

El despacho queda en un silencio solo interrumpido por nuestras respiraciones agitadas. Mis rodillas tiemblan, mi cuerpo sigue temblando por los orgasmos que me ha arrancado sin piedad y él aún sigue allí, con la mirada fija en mí, como si ya no hubiera marcha atrás, porque ya no la hay.

Capítulo 20

Dylan

El reloj en la pared avanza con una lentitud exasperante. Las manecillas parecen burlarse de mí, marcando cada segundo con un eco sordo en mi despacho, donde, por primera vez, siento que no tengo el control.

Me reclino en la butaca y apoyo los codos en los reposabrazos. La ciudad se extiende más allá del ventanal, el tráfico dibuja líneas de luces en la distancia y las torres de acero y cristal reflejan un amanecer que no he disfrutado. Esta noche no he dormido, ni he descansado, porque solo puedo pensar en ella.

Cierro los ojos y su imagen me golpea como un puñetazo directo al pecho. La siento en cada maldita parte de mi cuerpo. En mis manos, que aún recuerdan el tacto de su piel temblorosa bajo mis dedos. En mi boca, que sigue atrapada en el sabor de su orgasmo. En mi mente, donde cada maldita escena de lo que ocurrió en este mismo despacho se repite sin tregua.

Mi mandíbula se tensa y suelto una maldición en voz baja. Esto se está yendo a la mierda. Kiara no es como las demás. No es solo un cuerpo bonito, ni un juego pasajero es un maldito veneno que me está carcomiendo desde dentro. Me ha arrastrado a un punto sin

retorno y lo peor es que ni siquiera estoy seguro de si quiero encontrar la salida.

Me inclino hacia adelante y apoyo los codos sobre la mesa, repasando los informes que mi secretaria dejó a primera hora de esta mañana, pero no los he leído. Todo lo que veo en esta mesa me recuerda a Kiara, tumbada sobre ella con su vestido subido hasta la cintura, sus piernas abiertas para mí y su mirada encendida por una lujuria feroz, que hizo que perdiera el control como nunca me había ocurrido.

Paso la mano por la superficie de la mesa. Ayer, sus uñas se aferraban a este mismo lugar con la espalda arqueada y la boca abierta en un grito de placer. La imagen es tan nítida dentro de mi cabeza, que un calor abrasador me recorre el cuerpo. Su vestido era una jodida provocación. Fino, liviano, como si lo hubiera elegido con la única intención de hacerme perder la cabeza. Pero lo que me volvió completamente loco no fue la ropa, sino la forma en que me desafiaba con los ojos cuando le dije que me demostrara que no era mía y no lo hizo.

No dijo ni una puta palabra cuando la tumbé sobre la mesa. Ni cuando aparté todo de un manotazo. Ni cuando rompí su ropa interior como si fuera un simple obstáculo molesto. Solo me miró, con los labios entreabiertos y el deseo grabado en cada maldito centímetro de su cuerpo.

Golpeo el escritorio con los nudillos, irritado conmigo mismo. No puedo seguir así. No puedo permitir que me controle de esta manera. Pero entonces aparece otra vez en mi cabeza: con su piel ardiente bajo mis labios, su espalda arqueándose y sus jadeos entrecortados cuando la devoré hasta hacerla explotar en mi boca. El sonido de su orgasmo y la manera en la que su cuerpo se sacudió, cómo intentó apartarse, pero no la dejé, porque era mía y sigue siéndolo.

Me paso una mano por la mandíbula, sintiendo la tensión acumulada en mis músculos. No quiero esto, ni estar atrapado en este estado de locura por una mujer que no debería significar nada más que una noche, un puto capricho que puedo disfrutar y desechar cuando me canse. Pero no me estoy cansando, al

contrario. Cada vez que pienso en su boca, en sus labios húmedos alrededor de mi polla y en cómo me miró mientras la guiaba con las manos en su pelo… el deseo me invade de nuevo con la misma fuerza de ayer y con la misma violencia con la que la penetré una última vez, agarrándola de las caderas, hundiéndome en ella sin piedad, hasta que sus uñas se clavaron en mis brazos y gritó mi nombre con la voz rota por el placer.

Joder. Maldigo en voz baja y me levanto de golpe, caminando hasta el ventanal con los músculos tensos y el deseo quemándome la sangre. Tengo que verla y volver a tocarla, pero Kiara no es una mujer que acepte órdenes sin más. Y si algo me dejó claro ayer, entre gemidos y jadeos, es que le gusta desafiarme y jugar con mi control, con mis límites y con la locura que me provoca.

Sonrío de lado, si lo que quiere es jugar, que se prepare, porque voy a demostrarle quién manda en este juego.

El sonido que hace la puerta de mi despacho al abrirse me saca de mis pensamientos. Alzo la vista y encuentro a Austin de pie en el umbral, con una expresión burlona y la confianza descarada con la que siempre se mueve por cualquier espacio, incluido el mío.

—¿No sabes llamar antes de entrar? —murmuro con irritación, recostándome en la butaca.

Austin se deja caer en una de las sillas frente a mi escritorio con una media sonrisa, como si no le afectara ni una pizca mi mal humor. Apoya un codo en el reposabrazos y me observa con el mismo aire de suficiencia que siempre me ha sacado de quicio.

—Si lo hiciera, me perdería la oportunidad de pillarte con las manos en la masa.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué cojones estás diciendo?

Austin saca su móvil del bolsillo interior de la chaqueta, pasa el dedo por la pantalla y lo deja sobre mi escritorio. La imagen que aparece en el vídeo me golpea como un puñetazo en la boca del estómago. Es de las cámaras de seguridad del edificio. En la grabación se ve a Kiara entrando en mi despacho y cerrando la puerta tras de sí.

—Vaya, hermanito. —Austin apoya una pierna sobre la otra y ladea la cabeza con fingido interés—. No sabía que ahora traías a tus putas a domicilio. ¿Cómo la comida rápida?

Al escuchar lo que acaba de decirme, la furia se enciende en mi interior como una cerilla rozando pólvora. Clavo los codos en la mesa, inclinándome hacia él con la mandíbula apretada.

—Ten cuidado con lo que dices, Austin.

Pero mi hermano no es un hombre que se eche atrás fácilmente. Al contrario, se relaja aún más en la silla, disfrutando de la situación.

—Vamos, Dylan, no me jodas. ¿Qué coño fue eso? ¿Desde cuándo traes mujeres a este despacho? Y, lo que es más importante, ¿desde cuándo las traes tan jovencitas?

Su tono me pone al borde de un ataque de ira. Si hay algo que odio es que alguien se meta en mis asuntos, y Austin lo sabe. Se está divirtiendo, provocándome. Pero lo que más me jode es la forma en la que habla de Kiara, como si fuera una cualquiera, como si no me importara, cuando lo cierto es que no dejo de pensar en ella.

—Ese tema no es asunto tuyo.

Austin suelta una risa corta.

—Tienes razón, no lo es. Pero me divierte ver que el intocable Dylan Russell ha caído en las redes de una niñata con pinta de no tener ni idea de en qué se ha metido.

Mis músculos se tensan. No me gusta cómo habla, ni me gusta que sepa algo de Kiara. Ni tampoco me gusta que la haya visto y que haya atado cabos.

—Déjala fuera de esto —gruño, con voz áspera.

Austin se inclina hacia adelante con los ojos encendidos de curiosidad.

—Vaya, así que no es solo una más, ¿verdad?

No le respondo, porque no quiero darle la satisfacción de ver cuánto me afectan sus palabras, pero Austin es perspicaz. Lo ha visto en mi cara, en mi actitud y en mi maldita necesidad de proteger lo que es mío.

—Esto sí que es interesante —murmura, apoyando los antebrazos en los muslos—. Te conozco y sé que siempre has sido un cabrón

frío y calculador. Te acuestas con mujeres, las usas y las desechas sin más. Pero con esta… —Se ríe, meneando la cabeza—. Con esta te estás metiendo hasta el cuello.

No lo admito, pero tampoco lo niego. Austin entrecierra los ojos con un destello de advertencia.

—No creo que papá estuviera muy contento si supiera que el gran Dylan Russell está perdiendo la cabeza por una cría que ni siquiera es de nuestro mundo.

Su referencia a nuestro padre aviva un fuego oscuro dentro de mí.

—Me importa una mierda lo que pensara.

—¿Seguro? —Alza una ceja, provocador—. Porque todo lo que haces es mantener el legado que él dejó, ¿no? Las reglas, el control, el poder…

—No metas a nuestro padre en esto.

Austin se echa hacia atrás, como si mi reacción le confirmara lo que ya sospechaba.

—Solo digo que no pareces el mismo. La forma en la que miras a esa chica… No es la forma en la que sueles mirar a nadie.

Sus palabras se clavan en mi cabeza. No. No puedo estar comportándome así. Kiara no significa nada. No puede significar nada.

Me obligo a recomponerme y a recordar quién soy. Si Austin ha notado algo, significa que lo estoy dejando ver demasiado y no pienso volver a permitirlo.

—No te equivoques, Austin —le digo, recuperando mi tono frío y afilado—. Kiara es un juego, nada más.

Austin sonríe, pero su expresión es de incredulidad.

—Si eso fuera cierto, no estarías tan tenso ahora mismo.

Cabrón. Me pongo de pie de golpe, dejando claro que esta conversación ha terminado.

—Si has venido a tocarme los cojones, ya puedes irte.

Austin se levanta con esa maldita sonrisa que me hace querer partirle la cara.

—Solo quería ver cómo ibas, hermano. Y por lo que veo, estás muy jodido.

Me lanza una última mirada y sale del despacho sin añadir nada más.

Si Austin lo ha notado, ¿qué significa eso? ¿Estoy perdiendo el control? ¿Estoy dejando que Kiara me afecte más de lo que debería?

No, no puedo permitírmelo.

Si Kiara quiere jugar, va a conocer y seguir las reglas de mi mundo.

La noche huele a gasolina y asfalto caliente. Cuando llego al punto de encuentro, la calle está abarrotada. Los coches rugen con impaciencia y los motores vibran bajo los capós como bestias encadenadas, esperando ser liberadas. La música retumba en el aire, mezclándose con las voces de la gente y las apuestas van aumentando con cada segundo que pasa.

Me bajo de mi nuevo Ferrari 812 Competizione y paseo la mirada por el resto de los corredores. Algunos ya han visto el coche y no tardan en fijarse en mí, aunque hoy no he venido a jugar.

Saco el móvil del bolsillo cuando vibra en mi mano.

Kiara: *No corras esta noche.*

Frunzo el ceño al leer su mensaje. No es una pregunta, ni una súplica. Es una advertencia. Algo en su tono me molesta. Alzo la vista y recorro con la mirada a los corredores, que ya están alineando sus coches en la línea de salida. Hay algo raro en el ambiente. No sabría decir qué, pero hay más tensión en el ambiente de lo habitual.

Un Maserati negro está aparcado a un lado. Su dueño no es un habitual de las carreras. No lo he visto antes, pero su postura relajada y su mirada calculadora me dicen que no es un novato. No me gusta nada.

Tecleo una respuesta rápida antes de pensarlo demasiado.

Dylan:
No me digas lo que tengo que hacer, Kiara.

Guardo el móvil y camino hacia la línea de salida. La chica que da el pistoletazo de salida se pasea entre nosotros, balanceando las caderas con una sonrisa coqueta, pero no le presto atención. Mi mente está en otra parte en este momento.

—Veinte mil al negro —escucho decir a alguien entre la multitud.

Levanto la mirada. No me gusta cómo han apostado tan rápido, ni la forma en la que el tipo del Maserati me observa desde el otro lado. Pero no voy a echarme atrás.

Me meto en el coche y cierro la puerta de un golpe. El motor cobra vida bajo mis manos, ronco y poderoso. Es todo lo que necesito.

La chica levanta el pañuelo rojo en el aire. Los motores rugen. Las pulsaciones se disparan y cuando la tela cae, todo desaparece.

Capítulo 21

Kiara

El taxista me lanza una mirada de advertencia por el retrovisor cuando le doy la dirección.

—¿Está segura de que quiere que la deje ahí? No es una zona muy… recomendable a estas horas.

Asiento sin dudar.

—Sí, estoy segura.

No me hace más preguntas, aunque lo noto inquieto. Pisa el acelerador y según nos vamos acercando al lugar que le he dicho al taxista siento el estómago más encogido. No sé si es por la adrenalina o por la sensación de que esto es una mala idea.

En el momento en que Dylan me dijo que esta vez no quería que lo acompañara, supe que había algo extraño en esta carrera. Lo dijo con un tono seco y autoritario, como si intentara marcar una línea entre su mundo y el mío. Pero ya estoy demasiado metida en esto como para dar un paso atrás.

La ciudad va quedando a mi espalda y las calles se vuelven más oscuras. No hay tráfico en esta parte del trayecto y el sonido del motor del taxi parece demasiado fuerte en medio del silencio. Me muevo inquieta en el asiento trasero.

Una sensación extraña me recorre la piel y tengo la sensación como si alguien estuviera observándome o siguiéndome. Miro por la ventanilla, recorriendo con la vista la carretera desierta y los edificios en ruinas que se alzan en la distancia. No veo a nadie, pero el escalofrío que me sube por la espalda no desaparece.

Unos minutos después, el taxi se detiene a unos metros del lugar de la carrera.

—Aquí está bien —le digo mientras saco unos billetes del bolsillo para pagarle la carrera.

El conductor los acepta sin discutir, pero antes de que baje, suelta una última advertencia.

—Tenga cuidado.

No respondo. Solo cierro la puerta y me pierdo en la penumbra.

El ruido de la multitud y el rugido de los motores me guían hasta el punto de encuentro. La música atruena en el aire, mezclándose con las risas, las apuestas y el humo de los neumáticos quemándose contra el asfalto. Me muevo con discreción entre la gente, ocultando mi rostro con la capucha de mi sudadera.

Dylan me dijo que no viniera, porque esta noche sería peligrosa, pero no me dijo por qué. Cuando lo veo, de pie junto a su Ferrari 812 Competizione, con la mandíbula tensa y los ojos oscuros como el infierno, sé que estaba ocultándome algo.

No está solo. Habla con un hombre que no reconozco, alguien que no estaba en la carrera anterior. Su chaqueta de cuero oscura se funde con la noche, pero su presencia destaca entre el resto. Hay algo en el hombre que hablaba con Dylan, que me pone los nervios de punta. Su expresión relajada es solo una máscara y sus ojos le analizan con demasiado interés, como si estuviera midiéndolo.

Me muevo con cautela hasta un grupo de espectadores, saco el móvil y tecleo rápido.

Kiara:
No corras esta noche.

Muerdo mi labio mientras espero su respuesta. Lo veo sacar el teléfono del bolsillo, fruncir el ceño y escribir.

Dylan:
No me digas lo que tengo hacer, Kiara.

Aprieto los dientes al leer su mensaje. Capullo arrogante. El rugido de los motores llena el aire en ese instante. La gente se agita, las apuestas suben y la chica que da la señal de inicio levanta el pañuelo rojo en alto.

Los coches se alinean. El Maserati negro está junto al Ferrari de Dylan y la tela magenta cae. Los motores rugen y, entonces, siento el peligro en el aire como un disparo directo al pecho.

El rugido de los motores sacude el suelo bajo mis pies. La multitud grita, la adrenalina lo impregna todo y la carrera avanza en un parpadeo. Desde donde estoy, con la capucha todavía cubriéndome la cabeza, sigo el destello del Ferrari de Dylan, que corta la oscuridad como un relámpago rojo. Va en cabeza, superando a los demás con una facilidad insultante. Pero tengo la sensación de que algo no está bien. Hay una agresividad en la pista que no vi el otro día.

El Maserati negro se mantiene demasiado cerca de Dylan, pegándose a su parachoques trasero como un depredador acechando a su presa. Lo veo moverse, insinuando un intento de adelantamiento, pero hay algo en la forma en que lo hace que me pone en alerta. No es solo competencia, ni solo velocidad. Es otra cosa que no me gusta lo más mínimo.

De repente, un golpe seco revienta el aire. El Maserati le ha dado un golpe lateral al Ferrari.

—¡No! —exclamo, pero mi voz se pierde entre el bullicio que me rodea.

Dylan no frena, pero el coche se tambalea. Lo corrige con maestría, recuperando el control en el último segundo, pero el Maserati vuelve a la carga y le da otro golpe más fuerte esta vez. Dylan lo intenta esquivar, pero el conductor del Maserati no le da tregua. Le cierra el paso con una maniobra sucia, empujándolo hacia el borde de la carretera. La curva está demasiado cerca y el Ferrari derrapa y, por un segundo, creo que lo ha controlado, pero entonces

ocurre. El Maserati lo embiste de lleno y Dylan gira en seco, pierde estabilidad y se desliza a una velocidad aterradora.

El sonido del impacto es ensordecedor y los gritos llenan el aire. El coche de Dylan gira fuera de la pista, estrellándose contra una barrera de protección. El metal cruje, el parabrisas explota en mil pedazos y el Ferrari se detiene en un ángulo peligroso, con humo saliendo del motor.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y empujo a la gente a mi alrededor, sin importarme nada más que llegar hasta él.

—¡Dylan! —corro, esquivando a los curiosos, a los que graban con sus móviles y a los que solo están ahí para ver sangre.

Él no sale del coche. El capó aún humea y el mundo entero se ha puesto en pausa para mí. Mi corazón golpea mis costillas con fuerza y mis pulmones arden mientras corro tan rápido como me lo permiten mis piernas. Cuando llego, me abalanzo sobre la puerta del conductor y tiro de ella con toda la fuerza que tengo.

—¡Dylan, joder, abre la puerta!

Escucho un crujido y un movimiento y entonces, él se inclina, empuja la puerta y sale tambaleándose del coche. Tiene un corte en la ceja, el labio partido y la respiración agitada. Pero está vivo.

El alivio al verlo es tan brutal que me deja sin aire. Me lanzo sobre él.

—¡¿Vas a seguir haciéndote esto?!

Mi voz se quiebra de la rabia, del miedo y del puro pánico de haberlo visto tan cerca de la muerte. Mis manos se aferran a su camisa, como si necesitara tocarlo para convencerme de que realmente está aquí, de que no se ha ido y de que el maldito Maserati negro no lo ha destrozado contra el asfalto.

Dylan me mira y veo cómo su pecho sube y baja con fuerza, sus ojos arden con algo salvaje y oscuro. Se le marcan las venas en el cuello, su mandíbula sigue tensa y, de repente, me besa.

Su boca choca con la mía con una urgencia feroz. Me besa sin pensar en la gente, ni importarle quién nos esté mirando. Su sabor es hierro, rabia y adrenalina. Sus manos me sujetan por la cintura y me aprieta contra él con una intensidad abrumadora, como si yo fuera lo único real en medio de este caos.

Al vernos, la multitud enmudece durante un segundo, pero entonces, los murmullos estallan a nuestro alrededor. Nos están mirando y grabando, pero me da igual. Porque en este momento, mientras Dylan me devora con este beso brutal, con su sangre caliente mezclándose con mi aliento, con su cuerpo aun temblando por la carrera, la única certeza que tengo es que este hombre va a arrastrarme con él, y lo peor de todo es que no sé si quiero resistirme.

Capítulo 22

Dylan

El eco del choque todavía retumba en mi cabeza. No importa cuánto intente apartar la imagen del Maserati negro arremetiendo contra mí, el sonido del metal crujiendo y el instante exacto en que casi pierdo el control, porque sigue clavado en mi mente como un anzuelo.

Me paso una mano por la mandíbula, sintiendo la tensión anclada en cada músculo de mi cuerpo. La carrera podría haber terminado conmigo muerto o hecho añicos dentro del Ferrari, aunque por suerte salí con algún rasguño y poco más. No obstante, tengo claro que lo que sucedió no fue una coincidencia. Lo sé. Lo sentí. Y ahora también sé quién está detrás de todo: Austin.

El nombre de mi hermano mayor es un veneno que me quema la garganta. Lo busqué entre la multitud justo después del accidente, cuando el humo del motor del Ferrari aún flotaba en el aire y las miradas curiosas se pegaban a mí como un sello indeleble. Y allí estaba él, de pie, con una copa en la mano y esa sonrisa arrogante que siempre ha tenido. Como si todo esto fuera una jodida broma. Pero no lo es. No cuando sé lo que quiere y cuando llevo toda la vida esquivando sus puñaladas por la espalda.

Entro en el edificio de la empresa sin saludar a nadie. No necesito pedir permiso para cruzar las puertas de la sala de juntas donde sé que lo encontraré. Al abrir, Austin está allí, apoyado en la mesa de cristal con la misma expresión de suficiencia con la que me miró anoche.

—No esperaba verte tan pronto, hermano. —Levanta la vista de unos papeles y sonríe, como si no supiera exactamente por qué estoy aquí.

No pierdo el tiempo con formalidades. Cierro la puerta tras de mí con un golpe seco y camino directo hacia él.

—Sé lo que has hecho —le suelto, con la voz afilada como un cuchillo.

Austin ladea la cabeza con fingido interés.

—¿De qué hablas?

No caigo en su trampa, ni le permito jugar a su jodido juego. Lo encaro sin apartar la mirada, dejándole claro que no tengo paciencia para soportar otra más de sus mierdas.

—No te hagas el imbécil. Sé que saboteaste la carrera y que el cabrón del Maserati negro no estaba allí por coincidencia. Fuiste tú quien lo puso en mi camino.

Austin chasquea la lengua y suspira, como si estuviera cansado de escucharme.

—Eres un paranoico de mierda, Dylan. —Deja unos papeles que sostiene entre sus manos sobre la mesa y me observa con burla—. Pero dime, si fuera cierto, ¿de qué te serviría saberlo? ¿Vas a acusarme de intento de asesinato?

Su sonrisa es un dardo directo a mi paciencia. Me acerco más a él, acortando la distancia entre nosotros.

—Sé lo que estás haciendo —le espeto a media voz—. Y sé que quieres destruirme.

La sonrisa de Austin se ensancha y un brillo cruel asoma en su mirada y deja escapar una risa corta.

—Oh, hermano, no necesito mi ayuda para eso. —Hace una pausa, disfrutando cada segundo—. Esa chica lo hará por mí.

Sus palabras se clavan en mí con la precisión de una bala. Durante un segundo, solo un segundo, mi mente se tambalea. Pero

no le daré el gusto de verlo. No voy a caer en su jodido juego de manipulación.

—¿Crees que puedes venir aquí y soltar esa mierda, esperando que te crea? —Le suelto con frialdad.

Austin se encoge de hombros.

—No tienes que creerme, hermanito. Solo tienes que esperar. Esperar a que te consuma y haga que pierdas todo lo que eres. —Se inclina un poco hacia mí, con expresión afilada como un cuchillo—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en convertirse en tu debilidad? Porque eso es lo que es: tu debilidad y, a estas alturas, deberías tener claro que los Russell no podemos permitirnos tener debilidades.

Mi mandíbula se tensa. Lo odio. Lo he odiado toda mi vida. Pero lo peor es que, aunque quiera arrancar sus palabras de mi cabeza, han plantado una jodida semilla, porque, por más que quiera negarlo, él no es el único que lo tiene claro.

Kiara se está convirtiendo en mi debilidad y no puedo permitírmelo.

Capítulo 23

Dylan

La sala privada del restaurante es un hervidero de voces y risas cuando entro. Las mesas están dispuestas con elegancia, aunque lo que más destaca son las personas. Excompañeros de instituto, algunos con canas y arrugas, que no estaban ahí hace veinte años. El tiempo ha pasado, pero la esencia sigue intacta. La competitividad, el estatus y la necesidad de demostrar que son mejores que el resto. Siempre ha sido así.

Recorro la estancia con la mirada hasta que me detengo en un grupo cerca del bar y entre ellos reconozco a John Spencer. No lo he visto en años, pero sigue siendo el mismo cabrón con su sonrisa de ganador y la seguridad de alguien que siempre ha sabido lo que quiere. Su mirada se cruza con la mía y su expresión cambia, sorprendido al verme.

—¡Míralo! Si es el mismísimo Dylan Russell en persona —exclama, acercándose con una sonrisa amplia y los brazos abiertos. Nos damos un caluroso abrazo y después me da una palmada en el hombro con la misma energía de siempre.

—Joder, cuánto tiempo —respondo, esbozando una media sonrisa.

—Demasiado. ¿Cuántos años han pasado? ¿Veinte? ¿Veintidós?

—Por ahí andará.

Nos miramos durante unos segundos con la complicidad de aquellos que compartieron más noches de fiesta de las que pueden recordar. John y yo fuimos inseparables en el instituto, compañeros de equipo, cómplices de fiestas descontroladas y de apuestas estúpidas. Pero la vida siguió su curso y tomamos caminos distintos.

—Sigues igual, Russell —comenta, evaluándome con la mirada—. Como si el tiempo no hubiera pasado por ti.

Suelto una carcajada corta.

—Tú también, cabrón.

—No me jodas, cada día tengo más canas. —Se señala la sien y se encoge de hombros—. Pero bueno, también tengo algo que tú no tienes.

Alzo una ceja con diversión.

—Ilumíname.

—Una hija de veintidós años. —Saca su móvil y lo agita en el aire —. La mejor decisión de mi vida, aunque al principio me cagué de miedo. Imagínate, un crío en la universidad con un bebé en camino.

Parpadeo, sorprendido.

—No tenía ni puta idea. ¿Quién lo hubiera dicho? El gran John Spencer, padre de familia.

—Los años nos cambian a todos, amigo. —Me guiña un ojo—. Aunque, por lo que veo, a ti no tanto. ¿Sigues igual de mujeriego que en el instituto?

Me echo a reír y tomo un sorbo del whisky que un camarero ha dejado frente a mí.

—Digamos que sigo disfrutando de la vida.

John niega con la cabeza, divertido.

—No esperaba menos de ti. Seguro que te sigues tirando a tías impresionantes.

—Algunas cosas no cambian.

—Venga ya, dime. ¿Ahora estás con una modelo? ¿Una actriz? ¿Quién es la afortunada?

Me encojo de hombros y sonrío con arrogancia.

—Digamos que es joven. Muy joven.

John suelta una carcajada.

—No me jodas, ¿en serio? ¿Cuánto de joven?

—Veintidós.

Silba, sorprendido.

—Tienes cojones. Mi hija tiene veintidós.

Río con él.

—Seguro que la chica con la que estás no es tan guapa como mi hija —me dice con orgullo, desbloqueando su móvil—. Mira.

Me tiende el teléfono y la imagen que me muestra, me golpea con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

Es Kiara. En este instante, el mundo se detiene. El aire se vuelve irrespirable para mí y cada célula de mi cuerpo entra en estado de alerta. Mantengo la expresión impasible, pero por dentro todo se tambalea. La foto muestra a Kiara sonriendo, vestida con una blusa clara y el pelo recogido en una coleta alta abrazada a John. La reconozco al instante. Conozco cada puto detalle de su cara y cada maldita curva de su cuerpo, y ahora descubro que es la hija de John.

John, mi amigo, mi compañero de equipo y el mismo que me está enseñando la foto de su hija sin saber que yo me la he follado en todas las formas posibles.

Disimulo como puedo y me fuerzo a soltar una sonrisa.

—Joder, es guapa.

—Ya te digo. Ha salido a su madre, por suerte para ella. —Ríe, orgulloso.

No puedo procesarlo. Es demasiado. La información me golpea con tanta fuerza que no sé qué cojones hacer en este momento. Ahora mismo solo tengo algo claro: John no puede enterarse, ni ahora, ni nunca.

Tomo el vaso de whisky y le doy un trago largo. Necesito controlar mi expresión y contener la tormenta que acaba de desatarse en mi interior.

—¿Qué? ¿Te has quedado sin palabras? —bromea John, dándome un codazo.

Fuerzo una sonrisa.

—Solo pensaba en lo rápido que pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando estábamos en el instituto y ahora tienes una hija de veintidós años.

John asiente con una sonrisa nostálgica.

—La vida es así. Cambia en un instante. —Bebe de su copa y me observa con una ceja levantada—. ¿Y tú? ¿Nunca te has planteado sentar la cabeza?

Suelto una risa seca.

—Sabes que eso no es lo mío.

—Sí, eso decíamos en el instituto. Pero mírame ahora.

Muevo la cabeza con fingida diversión, aunque lo único que quiero es largarme de aquí. La cabeza me da vueltas y cada vez que cierro los ojos veo la imagen de Kiara en la pantalla del móvil de John. Su padre. Su puto padre. ¿Cómo coño no lo he visto venir? ¿Cómo no lo he sabido antes?

Termino mi whisky de un trago y dejo el vaso sobre la barra con más fuerza de la necesaria. John sigue hablando, pero ya no lo escucho. Mi mundo acaba de girar sobre su eje y lo único que tengo claro es que nada volverá a ser igual después de esta noche.

Capítulo 24

Dylan

El insomnio se ha convertido en mi maldita sombra.

Estoy tumbado en la cama, pero no logro descansar. Mi cabeza no me da tregua y solo me repite una y otra vez, en un bucle infinito, está la imagen de John mostrándome la foto de Kiara en su móvil, su risa, su orgullo y su puta tranquilidad.

Cierro los ojos con fuerza, pero lo único que consigo es que los recuerdos me golpeen con más brutalidad. Ahora todo ha cambiado, joder.

«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».
«Kiara es su hija».

Esa maldita frase se repite como en bucle y la llevo grabada a fuego en mi cabeza desde que salí de aquella cena. Me golpea con la fuerza de un puñetazo en la boca del estómago cada vez que intento encontrarle sentido.

¿Cómo cojones no lo he sabido antes?

Me incorporo en la cama, con la mandíbula apretada y el pecho ardiendo. La habitación está en penumbra, pero mis pensamientos siguen demasiado despiertos y jodidos.

Me llevo las manos a la cara y exhalo con rabia. Tengo que alejarme de ella. Es lo lógico. Lo correcto y lo que debo hacer.

Pero en cuanto lo pienso, una parte de mí se ríe de la absurdidad de mi idea. No puedo dejarla. No después de lo que hemos compartido, ni cuando ella se me ha metido bajo la piel como una maldita droga.

Joder. Me paso una mano por el pelo y me dejo caer contra el cabecero, con la mirada perdida en el techo. John y yo fuimos inseparables en el instituto. Formábamos el puto equipo perfecto. Él era el líder natural, el chico que todo el mundo respetaba, el cabrón que tenía su vida planeada al milímetro. Yo, en cambio, era el que vivía al límite. El que no tenía miedo a nada y el que apostó por la velocidad y las mujeres en lugar de pensar en el futuro. Él sentó cabeza con veintidós años. Yo sigo follándome a chicas de esa edad.

La comparación me golpea como un mazazo. Siempre pensé que había tomado la mejor decisión, que no tenía sentido atarme a nadie y que la vida se tenía que disfrutar sin restricciones. Pero ahora, al saber que la mujer que me está volviendo loco es la hija de mi mejor amigo de juventud, la jodida perspectiva cambia.

Me levanto de la cama con un gruñido, amino descalzo hasta la ventana y apoyo las manos en el marco. Manhattan nunca duerme. Las luces parpadean en la distancia, el tráfico sigue avanzando y la ciudad bulle con la vida de aquellos que aún no han entendido que todo puede joderse en un segundo. Como me ha pasado a mí esta noche.

Aprieto los dientes. Debo tomar una decisión, pero sé que ya es tarde para eso. Kiara ya es mía y yo ya soy suyo. No hay vuelta atrás, ni forma de escapar de esto.

El problema es: ¿cuánto tiempo más podré mantener esta jodida mentira?

Capítulo 25

Kiara

No es la primera vez que me siento observada. Desde la carrera de Dylan, tengo la sensación de que algo no va bien, pero hasta ahora no le había dado demasiada importancia. Manhattan siempre ha sido una ciudad impredecible, llena de sombras y miradas furtivas. Pero hoy, la sensación es más intensa.

Salgo del campus con el abrigo bien ajustado y la mochila colgada al hombro. Las clases han terminado hace rato, pero he pasado un rato en la biblioteca adelantando trabajos. El aire es frío, casi cortante, y la acera está más concurrida de lo normal. Paso entre la gente, intentando ignorar esa extraña sensación que me pisa los talones. Cruzo la calle y me detengo en la esquina para comprobar el móvil. Encuentro mensajes de mis compañeras de universidad, notificaciones de redes sociales, pero nada de Dylan. Aprieto los labios y guardo el teléfono en el bolsillo. Sé que está ocupado, aunque desde la última vez que nos vimos lo he notado raro. Distante. Como si algo lo estuviera consumiendo desde dentro.

Me ajusto la bufanda y continúo caminando. Pero ahí está otra vez. Esa sensación. Me obligo a no mirar atrás. No quiero parecer paranoica, aunque mi instinto me grita que algo no está bien.

Llego a la entrada del metro y dudo un segundo antes de bajar las escaleras. No suelo asustarme con facilidad, pero esto es distinto. Me giro, como si fuera a revisar la hora en el reloj de la estación, pero en realidad solo quiero comprobar si hay alguien siguiéndome.

Nada.

Me siento estúpida. Tal vez solo sea el cansancio acumulado o mi cabeza jugándome una mala pasada. Pero el escalofrío que me recorre la espalda no desaparece.

El metro está abarrotado. Me acomodo en un rincón del vagón, con los cascos puestos y la mirada clavada en mi reflejo de la ventana. Intento no pensar en Dylan, ni en la manera en que su boca acalló todas mis preguntas la última vez, ni en el fuego que se encendió en su mirada justo antes de besarme con esa rabia que casi le dolía. Como si quisiera olvidarse de algo o de alguien.

El móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco sin darle importancia, pero al leer el mensaje, el aire se me congela en los pulmones.

No tengo el número guardado de quien me escribe, pero su mensaje es claro. Y me deja clavada en el sitio con el corazón golpeándome las costillas.

Número desconocido:
¿Sabes realmente en dónde te estás metiendo?
Por tu bien, más vale que te alejes de mi hermano.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo ¿Cómo cojones tiene mi número? Bloqueo la pantalla y trago saliva. Miro a mi alrededor por si alguien me está vigilando. No sé qué quiere el hermano de Dylan, pero la sensación en mi estómago me dice que no es nada bueno.

Cuando el metro llega a mi parada, me bajo caminando rápido hasta la salida con todos mis sentidos en alerta. Lo último que necesito ahora es que el hermano de Dylan me envíe advertencias de este tipo. Respiro hondo y fuerzo a mi mente a enfocarse en otra cosa. Tengo que trabajar en el LUX esta noche, y no quiero es que me vean alterada.

El club está en plena actividad cuando llego. La música late con fuerza a través de las paredes y la iluminación tenue hace que todo se parezca envuelto en un aura de misterio. Me coloco detrás de la barra, saludando con un gesto a uno de los chicos de seguridad, aunque sigo con la mente en otra parte.

No pasa mucho tiempo hasta que Dylan aparece.

Desde el otro lado del club, lo veo caminar con paso seguro, con esa aura de peligro, que hace que la gente se aparte instintivamente cuando él se acerca. Lleva la camisa oscura, ligeramente abierta por el cuello, y su expresión es pura tensión contenida. No duda en acercarse a la barra, donde estoy preparando unas bebidas, pero cuando me mira, su ceño se frunce.

—¿Qué pasa?

No sé cómo lo hace, pero empieza a conocerme y descubre lo que intento esconderle.

Me acerco un poco más a él y le hablo al oído para que me escuche a pesar de la música y el bullicio del local.

—Me ha escrito tu hermano.

Los ojos de Dylan se oscurecen al instante.

—¿Qué cojones te ha dicho?

Saco el móvil y le muestro la pantalla. Dylan la lee y su mandíbula se tensa.

—Maldito hijo de puta —gruñe, pasándose una mano por el pelo.

—Pero ¿por qué me escribe?

Él no responde de inmediato. Sus ojos recorren la sala como si evaluara si alguien nos vigila. Luego, su mano se desliza hasta mi muñeca y me obliga a mirarlo.

—No le hagas caso.

Su tono es un aviso. Pero lo que me jode es que no me da respuestas.

—Dímelo. ¿Qué coño quiere?

Dylan cierra los ojos un segundo, como si estuviera maldiciendo internamente. Pero cuando los abre, su mirada es más fría.

—Es mejor que lo ignores.

Algo en su expresión me dice que sabe más de lo que está dispuesto a contarme y eso solo me confirma lo que ya temía: esto

es más grande de lo que imaginaba.

Dylan no dice nada más. Su expresión es puro hielo. Me agarra por la muñeca, como si con eso intentara imponerme su voluntad. Pero no soy de las que se doblegan fácilmente. No con él, sino con nadie.

—No voy a ignorarlo —insisto, mirándolo a los ojos—. Tu hermano me ha escrito por algo y quiero saber por qué.

Dylan aprieta la mandíbula. Durante unos segundos, lo único que escucho es la música del club y el sonido de los vasos chocando detrás de la barra. Su cuerpo proyecta una sombra sobre el mío y la tensión entre nosotros se hace más intensa.

—Kiara, esto no es un juego.

—No me tomes por idiota. Sé que no lo es.

Nos miramos fijamente. Sé que está conteniendo algo. Algo que no quiere decirme y le quema por dentro. Pero no me voy a quedar callada. No cuando sé que hay una amenaza real detrás de todo esto. Dylan exhala con fuerza y aparta la mirada de mí por un segundo. Luego, sin previo aviso, me suelta y saca su móvil del bolsillo.

—Voy a llevarte a casa.

—No necesito que me lleves a casa.

—No te estoy preguntando.

Su tono me pone en alerta. Le sostengo la mirada, desafiándolo, pero sé que no me servirá de nada discutir con él. Está en ese estado en el que nada ni nadie lo hace cambiar de opinión.

—Ya se lo he dicho a tu jefe. Ve a cambiarte y vámonos —me ordena, por lo que corro hacia el vestuario a buscar mis cosas, mientras él espera en la puerta del club con la paciencia de un depredador.

Cuando salimos a la calle, el aire frío me golpea de lleno. Nueva York brilla a nuestro alrededor, los neones del club reflejan su luz en la acera mojada y la ciudad sigue rugiendo como una bestia que nunca descansa.

—Dime la verdad —le digo en cuanto arranca el motor.

Él, como si no me escuchara, conduce mirando al frente y con una precisión impecable.

—No hay nada que contarte.

—No me jodas.

Él chasquea la lengua y aprieta el volante con más fuerza.

—Si sigues metiéndote en mi mundo, tendrás que aceptar las consecuencias.

Su advertencia es una amenaza velada, pero lo único que hace es encenderme aún más.

—¿Consecuencias? ¿Me estás diciendo que me aleje de ti?

Su mandíbula se tensa y no me responde al instante. Entonces, desacelera y se detiene en un semáforo.

—No quiero alejarte de mí, pero tampoco quiero que te jodan la vida por mi culpa —me dice mirándome a los ojos.

Su voz suena más áspera de lo habitual, con un matiz peligroso que me revuelve el estómago.

—Eso no depende solo de ti.

Sus ojos me buscan, ardientes, furiosos.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¿No? Explícamelo.

Dylan deja escapar una risa seca, sin humor.

—Tienes un maldito problema con desafiarme.

—Y tú con querer controlarlo todo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego, el semáforo cambia de color y él acelera. Su coche devora la ciudad, pero no digo nada más. La tensión entre nosotros se ha vuelto insoportable.

Cuando aparca en el garaje privado de su edificio, lo miro con los labios entreabiertos, con la respiración agitada por una mezcla de rabia, excitación y pura adrenalina. No quiero bajar, ni que esta noche termine así y él lo nota.

No sé quién se mueve primero, si él o yo, pero lo siguiente que siento es su mano en mi nuca y su boca chocando con la mía. Nuestro beso es salvaje y hambriento. Su lengua invade mi boca y me devora con la misma rabia con la que me ha estado mirando desde que ha entrado por la puerta del LUX. Su mano se enreda en mi pelo y me inclina la cabeza para profundizar el beso, como si quisiera recordarme que él tiene el control sobre mí. Pero yo no estoy dispuesta a ponérselo tan fácil. Le muerdo el labio inferior y le

araño la nuca con las uñas, provocándolo. Dylan gruñe y abre la puerta del coche de un tirón.

—Arriba. Ahora.

Me bajo sin discutir. No sé si es la tensión acumulada, el miedo que sentí antes o la maldita atracción insana que tengo por él, pero mi cuerpo se mueve sin cuestionarlo. Entramos en su apartamento a trompicones. Dylan empuja la puerta con el pie y, antes de que pueda decir nada, me agarra de las caderas y me levanta. Me empuja contra el cristal con una fuerza contenida que me enciende por dentro. La ciudad se extiende bajo nosotros, como un mar de luces y sombras que parpadea como un reflejo distorsionado de lo que está ocurriendo aquí dentro. Siento el frío del vidrio contra una de mis mejillas y el calor abrasador de su cuerpo pegándose a mi espalda.

Sus manos recorren mis caderas con una firmeza que deja claro quién manda en este instante. Me sujeta con la posesividad de alguien que ha perdido la paciencia, que se ha contenido demasiado y que está a punto de explotar. Su boca me roza la nuca, su aliento es cálido y su respiración entrecortada me hace saber que me desea con la misma intensidad feroz con la que yo lo deseo a él.

—Míralo, nena —gruñe contra mi piel, con la voz ronca y peligrosa—. Mira cómo te follo con toda Nueva York a nuestros pies.

Abro los ojos y frente a mí, los rascacielos se alzan como titanes de acero, los coches avanzan en la avenida iluminada y la ciudad sigue latiendo, ajena a lo que está a punto de suceder aquí dentro. Pero yo solo veo su reflejo en el cristal. Sus ojos ardiendo y sus labios hinchados por nuestros besos, su mandíbula tensa y la manera en que me devora con la mirada.

Dylan pone una mano en mi cuello y lo aprieta con la presión justa para hacerme perder la cabeza. No me ahoga, ni me hace daño, pero su dominio sobre mí es absoluto. Su otra mano baja por mi espalda, recorriéndome con lentitud tortuosa hasta alcanzar el dobladillo de mi vestido. Lo sube sin prisa, sin apartar la boca de mi piel, me besa el hombro y muerde la curva de mi cuello.

—Joder, Kiara... —masculla entre dientes, con las palmas aferradas a mis muslos desnudos, como si intentara contenerse.

Pero no lo hace, porque con un tirón, me despoja de mi ropa interior y pasea sus dedos por mi piel ardiente. Su caricia es tan íntima y devastadora, que todo mi cuerpo se tensa por el anhelo de él. Un jadeo se me escapa cuando sus dedos encuentran mi centro y acarician con una maestría que solo él posee.

—Ya estás lista para mí —ronronea contra mi oído, con esa voz cargada de peligro y deseo.

Y entonces se clava dentro de mí con un movimiento firme y profundo, sin darme tregua. Su cuerpo se hunde en el mío con una fuerza que me deja sin aliento, pegándome más contra el cristal helado mientras la ciudad entera es testigo de lo que nos hacemos.

—Joder... —gruñe y me clava los dedos en las caderas, obligándome a recibir cada embestida con la intensidad que quiere.

Un grito ahogado se me escapa cuando el placer me consume desde dentro. No hay espacio para pensar ni para contenerme. Solo existe él. Su cuerpo arremetiendo contra el mío y su calor ardiéndome en la piel. La forma en la que me domina sin que yo quiera detenerlo.

El sonido de nuestros cuerpos chocando se mezcla con mi respiración agitada y sus gruñidos roncos, que me encienden aún más. Sus manos me sujetan con una firmeza que me hace sentir pequeña y completamente suya. Sus movimientos son puro fuego y su ritmo es despiadado e implacable.

—Dime que te gusta —exige, con los dientes apretados, sin frenar el vaivén de sus caderas.

—Me encanta —jadeo, arqueando la espalda, apretando las manos contra el cristal mientras él sigue poseyéndome.

Dylan se ríe entre dientes, pero su risa es oscura, satisfecha. Su boca vuelve a mi cuello, mordisqueando la piel con una mezcla de posesión y deseo feroz.

—Eres mía, nena. Solo mía.

Su confesión me hace estremecer. No debería gustarme tanto lo que dice, pero me enciende aún más. Mis piernas tiemblan, mi cuerpo se arquea, mi piel está al rojo vivo y cada embestida me acerca más al límite. Dylan lo nota. Lo siente en la manera en que

mi cuerpo lo aprieta, en la forma en que mis gemidos se vuelven más entrecortados y en cómo mis uñas se clavan en el cristal.

—Vamos, preciosa... déjate ir.

Su voz es un susurro sucio contra mi oído, y es lo último que necesito para perderme por completo. Un instante después, mi orgasmo me golpea con la fuerza de una ola devastadora. Todo mi cuerpo se sacude, mis piernas flaquean y mi grito se ahoga contra el cristal cuando el placer me rompe en mil pedazos. Dylan me sigue unos segundos después, gruñendo mi nombre con los dientes apretados mientras su cuerpo se estremece contra el mío.

Cuando acabamos, nos quedamos respirando contra el vidrio, con la ciudad extendiéndose bajo nosotros, mientras el deseo aún arde en el aire. Dylan apoya la frente en mi nuca y suelta un suspiro. Luego, con movimientos lentos, me gira entre sus brazos y me besa. Es un beso más suave, más lento, pero igual de intenso.

—Esto no ha terminado, princesa —murmura contra mis labios.

Lo sé, porque lo que hemos empezado es demasiado grande para detenerlo ahora.

Capítulo 26

Kiara

Es un sábado por la mañana como cualquier otro, con mi madre trabajando y yo disfrutando de un rato de calma antes de empezar el día. La música suena en mi móvil apoyado sobre la encimera, mientras mojo un trozo de tostada en el café. A mis pies, Oliver, mi gato, me mira con su aire de superioridad habitual, como si estuviera esperando que le ofreciera algo más interesante que las croquetas de su cuenco.

—No me mires así, ya sabes que los sábados toca lo de siempre —le digo, dándole un pedazo minúsculo de jamón de mi tostada.

Oliver maúlla con desgana, pero se lo come de todas formas antes de subirse a la silla que hay junto a la mesa, para volver a observarme fijamente, como si pudiera leerme los pensamientos. La verdad es que me vendría bien que alguien los descifrara. Desde hace días tengo una sensación extraña en el pecho, algo parecido a una sombra persistente que no termina de desvanecerse y sé perfectamente de dónde viene o, mejor dicho, de quien: Dylan.

Desde la última vez que estuvimos juntos en su apartamento, no he dejado de pensar en su advertencia, pero también en la manera en la que su cuerpo hablaba un idioma completamente diferente al de sus palabras. Porque me dijo que me alejara, pero su boca me

pedía que me quedara. Me ordenó que aceptara las consecuencias, pero lo hizo con la respiración agitada, con sus dedos hundidos en mi piel y con la desesperación de alguien que lucha contra lo inevitable.

Desde entonces, está más distante que nunca. No responde a mis mensajes tan rápido, ni me busca como antes y su silencio empieza a pesarme demasiado.

De repente, el timbre de la puerta interrumpe mis pensamientos. Frunzo el ceño, porque no espero a nadie. Me levanto, dejando la taza en la mesa, y cruzo el pequeño salón hasta la entrada. Me detengo un segundo antes de abrir, pero cuando miro por la mirilla solo veo a un hombre con uniforme de mensajero sosteniendo un sobre.

—¿Kiara Spencer? —pregunta en cuanto abro la puerta.

—Sí, soy yo.

Me tiende el sobre sin más.

—Entrega urgente.

—¿De parte de quién?

El hombre se encoge de hombros.

—Solo me dijeron que te lo diera en persona.

Miro el sobre, aunque no tiene remitente. Le doy las gracias con un nudo en la garganta y cierro la puerta. Regreso a la cocina con el sobre en la mano, sintiendo un peso extraño en el pecho. No sé por qué, pero algo en todo esto me pone nerviosa.

Oliver salta de la silla y se frota contra mi pierna, reclamando mi atención, pero, ahora mismo, solo puedo mirar el sobre blanco que tengo entre mis manos.

Me obligo a respirar hondo antes de abrirlo. Después, busco un cuchillo y rasgo la solapa. Lo primero que cae sobre la mesa son fotos, muchas fotos. El aire se me queda atascado en la garganta cuando mis ojos se posan en ellas, donde veo a Dylan, que aparece en todas, con otras mujeres en distintas situaciones, momentos y lugares. Algunas son de él saliendo de restaurantes con modelos que reconozco de revistas, otras son en la puerta de su coche con rubias de piernas kilométricas y sonrisas calculadas. Otras, aún peores, son dentro de clubs exclusivos, con mujeres en su regazo, su boca

demasiado cerca de la de ellas, sus manos en sus cinturas y su sonrisa ladeada y perezosa.

Siento algo frío deslizándose por mi columna mientras observo una tras otra. No tengo ni idea de cuándo fueron tomadas, pero lo que veo me revuelve el estómago.

Entonces, cae un papel de entre las fotografías. Lo cojo con mi mano libre y veo que es una nota, escrita con una letra fina y elegante.

«Él no es un hombre que pueda amar. Solo sabe poseer».

Bajo esas palabras aparece el nombre de Mabel Jones, la exmujer de Dylan.

El sonido del reloj en la pared marca los segundos en los que mi cerebro intenta procesarlo todo, mientras mi pecho sube y baja con una presión insoportable.

Dylan nunca me ha prometido nada, ni tampoco me ha dicho que soy la única. Tampoco me ha dado razones para pensar que esto es algo más que un incendio que nos consume cada vez que estamos juntos. Pero, aun así, estas fotos me duelen, porque, por mucho que intente negarlo, he empezado a creer que Dylan es algo más que eso. Que detrás de su arrogancia, de su forma de follar como si quisiera marcarme a fuego y de su manera de protegerme, aunque no me dé todas las respuestas que necesito, hay algo real y que podría convertirse en algo más.

Pero ahora mismo, mirando esas fotos, todo eso me parece patético. Aprieto la nota entre mis dedos y las palabras de Mabel me taladran la cabeza.

«Solo sabe poseer».

Tal vez tenga razón. Quizá Dylan nunca ha sabido hacer otra cosa y, después de todo, no soy más que una más en su colección.

Me paso el resto de la mañana con el sobre abierto sobre la mesa, mirando las fotos sin realmente verlas. Mi mente está nublada, perdida en un torbellino de dudas que no cesan. Me repito que no debería importarme, que Dylan no me ha prometido nada, pero

siento como si Dylan hubiera colocado un peso demasiado pesado sobre mi pecho.

No sé cuánto tiempo me quedo en la misma postura, con los codos apoyados en la mesa y la nota de Mabel enredada entre mis dedos. Mi gato, Oliver, salta a la mesa y se sienta sobre una de las fotos, como si intentara ocultarla.

—Tú sí que lo tienes claro, ¿eh? —murmuro, pasándole una mano por el lomo.

El ronroneo de Oliver es el único sonido en la cocina, aparte del tictac del reloj de la pared. Suspiro y me paso las manos por la cara, sintiendo la tensión en mis sienes. No puedo seguir con esto sola. Necesito hablar con alguien, así que cojo el móvil y busco el contacto de Hannah, mi mejor amiga.

Kiara:
¿Puedes venir a casa?
Necesito enseñarte algo.

Mi mensaje no tarda ni dos minutos en recibir una respuesta.

Hannah:
Voy volando.
Pon café, que esto suena a crisis.

Sonrío con cansancio. Hannah siempre ha sabido entenderme mejor que nadie. Me levanto y preparo otra cafetera. Mientras el aroma del café inunda la cocina, intento ordenar mis pensamientos, pero todo sigue siendo un caos. No sé qué hacer con esta información, que ahora tengo. No sé si decirle algo a Dylan, porque no tengo muy claro si quiero escuchar lo que él tenga que decirme.

El timbre suena y me apresuro a abrir la puerta. Hannah entra como un huracán, con su abrigo largo y el pelo suelto, cargada con su habitual energía inagotable.

—Vale, ¿qué pasa? —me dice nada más entrar, con los ojos escrutándome con esa mezcla de curiosidad y alarma.

Oliver se le acerca y ella se agacha automáticamente para acariciarlo.

—¿Me vas a contar ya o tengo que emborracharte primero?

Me cruzo de brazos y le hago un gesto para que me siga hasta la cocina.

—Antes de que digas nada, necesito que veas esto.

Hannah frunce el ceño, pero se sienta en una de las sillas y se estira para agarrar el sobre. Saca las fotos y las va pasando una a una, su expresión va cambiando de sorpresa a incredulidad y, finalmente, a indignación.

—¿Qué coño…? —Levanta la vista hacia mí—. ¿De dónde has sacado esto?

—Me lo han enviado esta mañana. Un mensajero me lo ha traído hasta mi puerta. Sin remitente.

—¿Quién coño haría algo así? —pregunta con el ceño fruncido, hasta que ve la nota. La lee en voz baja, despacio y luego, levanta la cabeza, mirándome con una mezcla de advertencia y sorpresa—. ¿Mabel Jones? ¿Su ex?

Asiento en silencio. Hannah deja la nota sobre la mesa y suelta el aire por la nariz.

—Vale. Esto es… jodido.

—Lo sé.

—¿Se lo has dicho a Dylan?

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros y juego con una de las esquinas de la nota.

—Porque no sé si quiero escuchar lo que sea que me cuente...

Hannah me observa con atención con una expresión más seria de lo que me gustaría.

—Tía, escucha. Puedes hacer dos cosas con esto. Uno, te lo guardas y dejas que te consuma poco a poco hasta que termines enloqueciendo. O dos, se lo muestras a Dylan y le preguntas directamente qué mierda significa todo esto.

Trago saliva y miro la pila de fotos.

—¿Y si me miente?

—¿Y si te dice la verdad?

El silencio se impone entre nosotras. Hannah se cruza de brazos y apoya los codos en la mesa.

—Mira, tía, yo no sé qué pasa entre vosotros, pero sí sé lo que veo… Y lo que veo es que estás colada por él.

—No…

—Oh, vamos, no me jodas. No soy idiota. Se te nota en la cara cada vez que hablas de él.

Me llevo las manos al pelo y tiro de las raíces con frustración.

—¿Y qué si lo estoy? ¿Para qué me sirve? Está claro que él no siente lo mismo.

Hannah chasquea la lengua y golpea la mesa con un dedo sobre las fotos.

—¿Y qué coño sabe esta tal Mabel? ¿Por qué tendrías que creerle más a ella que a él?

No tengo respuesta para eso, por lo que Hannah suspira y recoge las fotos en un montón.

—Mira, lo único que sé es que, si no le preguntas, nunca lo sabrás —sentencia y al escucharla mi estómago se revuelve, porque sé que tiene razón y porque, tarde o temprano, tendré que enfrentarme a la verdad y a Dylan.

Capítulo 27

Kiara

Las fotos siguen sobre la mesa, un puñado de pruebas mudas, que me han dejado más preguntas que respuestas. Durante horas he intentado no mirarlas y fingir que no están ahí ni significan nada. Pero es inútil. Cada imagen de Dylan con otra mujer me taladra la cabeza como un veneno lento. Respiro hondo y aprieto los puños. No puedo seguir así, ni quedarme en este apartamento preguntándome qué coño significa todo esto mientras él sigue como si nada.

Cojo el móvil y busco su nombre. Durante unos segundos, me quedo con el pulgar suspendido sobre la pantalla, dudando. No sé cómo va a reaccionar, ni qué me va a decir. Pero lo que sí tengo claro es que necesito respuestas.

Pulso el botón de llamada y me lo llevo al oído. Tarda un par de tonos en contestar.

—Kiara.

Su voz grave me envuelve al instante con esa seguridad que a veces me enfurece.

—Quiero verte.

Silencio. Apenas un segundo, pero lo noto.

—¿Dónde estás?

—En mi casa.

—Te recojo en una hora.

Cuelga antes de que pueda decir algo más.

Me miro en el reflejo de la ventana, con el estómago hecho un nudo. No tengo claro qué espero de este encuentro, pero sé que, una vez que le enseñe esas fotos, nada volverá a ser igual entre él y yo.

Cuando bajo, el coche de Dylan ya está aparcado frente a mi portal. Está apoyado contra la puerta del conductor, vestido de oscuro, con el móvil en una mano y la otra en el bolsillo. Me ve antes de que yo llegue hasta él, aunque su expresión es indescifrable.

Abre la puerta del copiloto y me observa en silencio mientras me acomodo en el asiento. No dice nada cuando arranca el motor. El silencio entre nosotros es tenso, como una cuerda tan estirada que está a punto de romperse. Sus dedos se aferran al volante y su mandíbula está rígida, como si pudiera presentir que algo está por venir.

Apenas hemos avanzado un par de calles cuando saco el sobre del bolso y lo dejo sobre mi regazo.

—¿Qué es esto?

Mi voz es firme, pero por dentro estoy hecha un puto lío. Dylan apenas echa un vistazo al sobre antes de volver la mirada a la carretera.

—No me gustan los juegos, Kiara. Si tienes algo que decir, dilo.

Saco las fotos y se las doy.

—¿Qué es esto? Ahora sí lo veo tensarse. Su cuello se contrae, se aferra al volante con más fuerza y se le oscurece la mirada. Durante unos segundos, no dice nada. Solo sigue conduciendo, como si no hubiera escuchado mi pregunta. Aguanto la respiración, esperando cómo reacciona. Pero cuando finalmente habla, su voz es fría.

—Pasado. Nada más.

—¿Pasado? —repito con incredulidad—. No parece solo pasado cuando alguien me envía esto hasta la puerta de mi casa.

Dylan se aparta de la carretera y frena el coche en un lateral. Apaga el motor y se gira hacia mí.

—¿Quién te ha enviado esto?

—Mabel.

Su expresión no cambia, pero algo en su postura se endurece.

—¿Te ha dicho algo más?

Saco la nota y la dejo sobre el salpicadero.

—«Él no es un hombre que pueda amar. Solo sabe poseer».

Mis propias palabras quedan suspendidas entre nosotros como una sentencia de muerte. Dylan no dice nada. Su mirada se posa sobre la nota, pero su rostro sigue siendo de piedra. Mientras, la presión que siento en el pecho noto que me ahoga. Necesito algo real.

—¿Y qué soy yo para ti? —me atrevo a preguntarle.

El silencio que sigue es peor que cualquier respuesta que me pudiera haber dado. Mi corazón se encoge, la rabia y la decepción se enredan en mi garganta. Dylan sigue mirándome, pero no dice ni una sola palabra y, en este momento, lo entiendo todo.

Capítulo 28

Dylan

Kiara me mira con sus grandes ojos oscuros llenos de rabia contenida. Tiene la respiración agitada, las manos le tiemblan sobre las fotos y la nota de Mabel sigue en el salpicadero, como una maldita bomba a punto de estallar. Siento la tensión en su cuerpo, en la rigidez de sus hombros y en la manera en la que presiona los labios, como si intentara contener lo que de verdad quiere decirme. Pero no lo dice. En su lugar, intenta abrir la puerta del coche.

—No hemos terminado —gruño, agarrándola de la muñeca antes de que consiga salir.

—Sí, Dylan, sí hemos terminado —espeta, con los ojos llameando de furia.

—No.

Su labio tiembla y, aunque intenta fingir que está por encima de todo esto y que no le importa, veo la verdad en su mirada. Sé que le duele lo que ha visto en esas fotos y también la nota de Mabel y el silencio que le di en lugar de respuestas. Todo se clava en ella como una jodida daga y la está destrozando por dentro. Y eso me jode tremendamente.

—Suelta mi brazo —me pide.

—No voy a dejar que te vayas así.

Kiara deja escapar un resoplido lleno de rabia y frustración.

—¿Para qué quieres que me quede, Dylan? ¿Para seguir callado? ¿Para seguir esquivando cada pregunta que te hago? —suelta con la voz temblorosa—. No me debes nada, nunca lo has hecho, pero lo mínimo que podrías hacer es respetarme lo suficiente como para no seguir con este maldito juego.

No es un juego. Lo que hay entre nosotros no lo es. Nunca lo ha sido, pero decírselo no serviría de nada. Ella ya está demasiado herida y cabreada por mi culpa.

—Ven conmigo.

—No.

Tiro de ella con fuerza, la obligo a girarse en el asiento y a mirarme. Su pecho sube y baja y su piel arde bajo mis dedos. Aprieta los labios, desafiante. Pero no la voy a dejar marchar así, ni cuando sé que, si la dejo ir ahora, todo se romperá.

—Ven conmigo —repito, esta vez con una voz más baja y oscura, como una orden.

Ella me odia en este momento. Lo veo en su mirada y en la forma en que me perfora con sus ojos, pero también veo cómo sus dedos se aferran a la tela de su falda, cómo su respiración tiembla y cómo la rabia que siente por mi culpa es la misma que la consume por dentro.

Esa rabia es la que nos quema vivos y la que nos mantiene atrapados el uno en el otro. Así que, sin decir nada más, arranco el coche y conduzco directo a mi apartamento.

Cuando cruzamos la puerta de mi casa, Kiara se gira hacia mí con furia y me empuja el pecho. Me tambaleo un paso hacia atrás, pero en su mirada no hay miedo, solo rabia pura y una desesperación que se clava en mi corazón como un puto puñal.

—¿Qué esperas que haga, Dylan? —escupe, con la voz rota—. ¿Que me quede callada? O ¿que mire hacia otro lado y siga follando contigo como si no pasara nada?

Mi sangre hierve al escuchar lo que me dice.

—¿Es eso lo que crees que quiero? —digo entre dientes, acercándome hasta que mi cuerpo roza el suyo.

—¿Qué otra cosa me estás ofreciendo? —su voz tiembla, pero sus ojos siguen desafiándome—. No quieres que te deje, pero tampoco eres capaz de decirme lo que sientes. No quieres que te cuestione, pero tampoco quieres perderme. Y yo... —Se muerde el labio con fuerza y sacude la cabeza—. Yo ya no sé si puedo con esto —susurra, con la voz rota.

Algo dentro de mí se rompe al escucharla y no pienso, solo me dejo llevar. Tomo su rostro entre mis manos y la beso con la rabia de quien está perdiendo algo demasiado valioso y no sabe cómo retenerlo. Su boca choca con la mía con la misma desesperación y con la misma furia contenida que nos ha estado quemando por dentro durante demasiado tiempo. Su lengua busca la mía con ansia, con hambre y con el deseo de quien necesita respuestas en cada caricia.

La empujo contra la pared sin soltar su cara ni darle tregua. Sus dedos se aferran a mi camisa, me atraen más hacia ella y sus caderas buscan las mías con la misma urgencia feroz.

—Dime que no me deseas —le desafío contra sus labios con la respiración agitada.

—Eres un cabrón —jadea, con los labios hinchados.

—Dilo.

No lo dice. Porque sabe que es imposible, porque sabe que su cuerpo me pide incluso cuando su mente le grita que se aleje.

Mis manos bajan por sus muslos y le levanto la falda sin piedad. Su piel está ardiendo, respira de manera agitada y sus ojos se clavan en los míos con la misma intensidad feroz. La alzo en vilo y ella rodea mi cintura con las piernas. Su espalda choca con la pared y yo entierro la cara en su cuello, besándola con una necesidad brutal.

—No quiero que me salves, Dylan —susurra contra mi oreja y con la voz entrecortada—. Quiero que me quieras.

Me quedo congelado al escucharla. Mi corazón golpea fuerte contra mis costillas como si quisiera escapar de mi pecho. Sus palabras son un disparo directo al centro de mi ser. Ella me mira con

el alma en los ojos, con su piel pegada a la mía y con la respiración entrecortada por el deseo y la rabia.

Pero yo...

No puedo responderle.

No sé si puedo hacerlo.

Así que me aferro a lo único que sé hacer.

Me aferro a ella.

Su boca sabe a rabia y desafío. A una lucha que ninguno de los dos está dispuesto a perder. Kiara se aprieta contra mí, con las manos cogidas a mi camisa, con la misma fuerza con la que me sostiene la mirada. Sé que quiere escapar. Que está herida y que intenta convencerse de que no me necesita. Pero no pienso dejar que se aleje.

Atrapo su cuerpo con el mío, empotrándola contra la pared. Me rodea las piernas con las caderas y un jadeo se le escapa cuando presiono mi dureza contra ella.

—Dímelo —gruño contra su boca, mordiendo su labio inferior—. Dime que no me quieres.

Kiara entreabre los labios, como si fuera a decirlo. Como si se lo creyera. Pero en lugar de palabras, lo único que me da es un gemido entrecortado cuando empujo mis caderas contra su centro. Su cabeza cae hacia atrás y aprovecho para recorrer su cuello con la boca, besándola y mordiéndola sin contención.

—Dímelo, joder.

Pero no lo dice. Sus uñas se clavan en mis hombros y su cuerpo se arquea contra el mío como si no pudiera soportar el espacio que aún nos separa. Mis dedos recorren sus muslos y suben por debajo del vestido sin detenerse. La tela es fina, ligera, una puta provocación, que se ajusta a su piel como si estuviera hecha para tentar. Mis dedos encuentran la fina tira de su tanga y lo arranco sin miramientos. El sonido de la tela rasgándose llena el aire, pero ella no protesta, solo se estremece y se agarra más fuerte a mi cuello.

Desabrocho su vestido con una mano y dejo al descubierto sus pechos. Son perfectos, jodidamente perfectos. Me inclino y atrapo uno de sus pezones entre mis labios, succionándolo con fuerza mientras mis manos se clavan en su trasero, manteniéndola sujeta

contra mí. Kiara gime y me hunde los dedos en el pelo, como si quisiera obligarme a no soltarla nunca. Estoy perdiendo la cabeza por ella.

Me alineo con su entrada sin darle tregua y la penetro de una sola embestida. Su espalda se arquea contra la pared, su boca se abre en un grito ahogado y su cuerpo me recibe con la misma urgencia con la que la poseo.

—Dylan... —susurra mi nombre con un jadeo que me enciende aún más.

Agarro sus caderas con fuerza y la follo con una necesidad que me consume desde dentro. Fuerte, profundo y sin piedad. La pared retumba con cada una de mis embestidas y el sonido de su respiración entrecortada se mezcla con el mío.

—Más... —suplica, aferrándose a mis brazos y arañándome la piel, buscando más.

Me inclino sobre ella y la beso. Pero esta vez, no es solo rabia, ni es solo sexo. Es algo más oscuro y jodido. Me rodea con los brazos y entierra la cara en mi cuello, mientras sus gemidos se ahogan contra mi piel. Sus piernas me aprietan más fuerza alrededor de mis caderas y su cuerpo comienza a estremecerse. Sé que está cerca. Lo siento en la forma en que su interior me atrapa y en cómo su cuerpo se rinde al mío.

—Dylan...

Su voz es un susurro, un golpe directo a mi pecho. Cando la miro, con su piel ardiente bajo mis manos y su boca entreabierta llamándome, todo lo demás desaparece. Empujo una última vez y la siento romperse entre mis brazos. Su cuerpo se sacude, sus uñas se clavan en mi espalda y su placer me arrastra con ella. Gimo su nombre contra su boca y me dejo llevar, cayendo con ella en el abismo.

Cuando recupero el aliento, sigo dentro de ella sujetándola como si no quisiera soltarla nunca. Pero lo haré, tengo que hacerlo, porque si no lo hago ahora, no sé si podré hacerlo después.

Capítulo 29

Kiara

El sonido del móvil me despierta de golpe. Parpadeo varias veces antes de estirar el brazo y agarrarlo de la mesilla de noche. Aún no ha amanecido del todo, y la luz tenue que se filtra por la ventana apenas ilumina mi habitación. Miro la pantalla con el ceño fruncido.

Dylan:
¿Dónde estás?

Un escalofrío me recorre. No es la primera vez que me escribe de madrugada, pero hoy siento algo distinto. Su mensaje es corto, seco y es más una orden que una pregunta. No le respondo al momento. En su lugar, me quedo tumbada, con el móvil en la mano, sintiendo cómo algo incómodo empieza a crecer dentro de mí.

Dylan siempre ha sido dominante y ha tenido esa forma suya de querer controlarlo todo, pero últimamente ha ido un paso más allá. Los mensajes han aumentado. Me pregunta constantemente dónde estoy, qué estoy haciendo y con quién estoy. Siempre. Al principio pensé que era su manera de protegerme y de asegurarse de que estaba bien. Pero ahora empieza a parecer otra cosa.

Me levanto de la cama y voy directa al baño. Abro el grifo y dejo que el agua fría me despeje un poco antes de mirarme en el espejo. Hay algo en mi reflejo que me inquieta. Como si la sombra de Dylan estuviera empezando a dejar huella en mí de una manera que no termino de comprender.

Dylan:
Te he llamado.
Contesta.

Suena otro mensaje. Me muerdo el labio y apoyo las manos en el lavabo, intentando calmarme antes de responder.

Kiara:
Estoy en casa.
Es muy temprano.
¿Dónde quieres que esté?

No pasan ni treinta segundos antes de que vuelva a sonar.

Dylan:
Baja.

Me quedo helada. ¿Está aquí? Camino hasta la ventana con el móvil temblando en mi mano y corro un poco la cortina. Mi estómago se encoge cuando veo su coche negro aparcado justo frente a mi edificio. Apoyo la frente contra el cristal y cierro los ojos. Esto no es normal.

Cuando bajo, lo veo apoyado contra su coche con los brazos cruzados. Su mirada me escanea de arriba abajo en cuanto salgo por la puerta del edificio.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, sin molestarse en ocultar mi desconcierto.

No me responde al momento. Se endereza, se acerca a mí con pasos lentos y controlados y se detiene justo delante, lo suficientemente cerca como para que su presencia me envuelva.

—Te llamé. No contestaste.

Entrecierro los ojos.

—Porque estaba dormida. ¿Eso es motivo suficiente para plantarte aquí a estas horas?

Dylan aprieta la mandíbula. Su expresión es tensa y su energía es diferente, como si algo lo tuviera a punto de explotar.

—Quiero asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. No tienes que cuidarme como si fuera tuya.

Su mirada se oscurece. Hay un destello de furia en su gesto, pero lo que más me impacta es la intensidad con la que me observa.

—No tienes ni idea de lo que dices, Kiara.

—Sí, sí la tengo —respondo, firme—. No puedes aparecer así sin avisar, ni tampoco puedes escribirme veinte veces al día preguntándome dónde estoy. Ni tampoco puedes vigilarme.

—No te estoy vigilando.

—Ah, ¿no? —suelto una risa incrédula—. Entonces dime por qué ayer me encontré contigo en la universidad, cuando tú nunca has tenido ninguna razón para ir allí o por qué el otro día estabas fuera del LUX cuando salí de trabajar, sin haberme dicho nada antes.

Él no responde de inmediato y veo cómo su mandíbula se tensa aún más.

—Quiero asegurarme de que estás a salvo —repite.

Niego con la cabeza.

—Dylan, esto no es normal. No necesito que me protejas de todo.

—Sí que lo necesitas.

—¡No, no lo necesito! —exclamo, sintiendo cómo la frustración me está ganando la batalla—. Joder, Dylan, no puedes hacer esto. No puedes decidir por mí.

Dylan me mira en silencio. Su cuerpo está tenso, su respiración es pesada y su mirada es una tormenta contenida. Durante unos segundos, parece que va a decir algo, pero se lo traga.

Mi pecho sube y baja con fuerza. Sé que lo que siento por él es algo que va más allá de lo racional. Sé que no es fácil, porque Dylan tampoco lo es. Pero no voy a permitir que me asfixie.

—No puedes controlar todo lo que me rodea —susurro con la voz aún temblorosa.

Él no dice nada. No sé si es la primera vez que se enfrenta a alguien que no le teme, pero lo que sí sé es que, en este momento, todo entre nosotros está al filo de algo que no sé si podremos recuperar.

Capítulo 30

Dylan

Kiara está sentada en el sofá de mi apartamento, descalza, con el pelo suelto cayendo sobre sus hombros y las piernas cruzadas. No tiene ni idea de lo jodidamente hermosa que es, ni del poder que ejerce sobre mí sin apenas proponérselo. Camino hasta ella y le paso los dedos por su mandíbula, obligándola a mirarme. Su piel está caliente, su respiración es suave, pero sus ojos me dicen que sigue enfadada. Desde nuestro último enfrentamiento, ha intentado mantener la distancia, pero le está resultando imposible. Lo sé porque sus pupilas se dilatan cuando la toco y porque el mismo fuego que me quema por dentro a mí también arde en ella.

—Esta noche cenamos con unos clientes importantes —le informo, en un tono que no admite discusión.

Ella arquea una ceja, pero no dice nada. Lo que significa que está esperando que diga algo más.

—Quiero que te pongas un vestido negro, corto y ajustado, que te he comprado para ti y que está en el vestidor —mi voz baja una octava cuando añado lo siguiente—. Ah, no quiero que te pongas ropa interior.

Su expresión se tensa al instante y sé que de un momento a otro me va a desafiar. Lo noto en la forma en la que entreabre los labios

y en cómo se reclina ligeramente hacia atrás, como si quisiera poner un poco de distancia entre nosotros. Pero no la dejo.

—¿Perdona? —su voz es afilada.

Sonrío, porque sé que lo hará. Porque sé que, por mucho que le joda, la excitación que ha comenzado a recorrer su cuerpo es incluso más intensa que su enfado.

—No te lo estoy pidiendo, Kiara. Te lo estoy diciendo.

Se levanta de un salto y me empuja el pecho con las palmas. Pero no hay fuerza en su gesto, solo una frustración que no sabe cómo contener.

—Dylan, no puedes hacer lo que te dé la gana.

Inclino la cabeza y la atrapo por la cintura antes de que intente alejarse. Mi boca se acerca a su oído y dejo escapar una risa baja y oscura.

—No solo puedo hacerlo, sino que lo haré.

Su piel se estremece bajo mis dedos. Atrapada entre mi cuerpo y el sofá, Kiara me mira, pero su respiración agitada me dice que ya ha tomado una decisión.

—Eres un cabrón —susurra, con los dientes apretados.

—Uno que consigue que te mojes con solo unas palabras —respondo, rozando sus labios con los míos sin llegar a besarla—. No te pongas ropa interior, princesa, o te la arrancaré yo mismo.

El restaurante es exclusivo, elegante y el tipo de sitio, donde solo nos reunimos gente con cuentas bancarias obscenas y ambiciones aún mayores. Esta cena ha sido organizada para cerrar un acuerdo importante y, aunque he venido con la mente enfocada en los negocios, cada vez que Kiara cruza las piernas a mi lado, mi autocontrol se tambalea.

Ella lleva el vestido que le he comprado. Le queda como una segunda piel, ceñido a cada curva de su cuerpo, haciendo que cada maldito cabrón en este lugar la mire como si fuera un manjar prohibido. Pero lo que solo yo sé, es que debajo de ese vestido no lleva nada que impida que pasee mi mano por su muslo y le acaricie la piel hasta alcanzar su entrepierna bajo la mesa. Nada que

detenga la forma en la que su cuerpo se estremece cuando mis dedos la rozan.

—¿Kiara? —la voz del hombre la saca del trance.

Ella parpadea, con las mejillas encendidas, y le dedica una sonrisa que, aunque encantadora, está teñida de tensión.

—Sí, perdón, ¿qué me decía? —se apresura a preguntar con una sonrisa educada.

Oculto mi sonrisa en el borde de mi copa y continúo mi tortura con movimientos lentos, saboreando cada reacción que provoca en ella. Su mano se aferra con disimulo a mi muslo, intentando apartarme, pero no lo consigue.

—Dylan... —susurra entre dientes, sin mirar en mi dirección.

—¿Sí, princesa? —mi voz es un susurro lleno de maldad.

—Para.

—No.

Ella contiene un gemido y sus dedos se clavan en mi rodilla con fuerza. La tensión entre nosotros es insoportable y la cena apenas ha llegado al segundo plato cuando decido que he tenido suficiente. Me inclino hacia ella y le susurro al oído.

—Levántate y ve al baño.

Ella me fulmina con la mirada, pero obedece. Se excusa con una sonrisa educada y camina con la espalda recta y los hombros tensos, como si no supiera lo que está a punto de suceder.

La sigo sin prisa, esperando a que cruce la puerta antes de entrar tras ella. Apenas ha tenido tiempo de girarse cuando la empujo contra la pared y capturo su boca con la mía. El beso es una explosión de rabia y deseo acumulado, de todo lo que hemos estado conteniendo en esta cena de mierda. Mis manos recorren su cuerpo, desabrochando el vestido hasta que sus pechos quedan expuestos. Su piel arde, su respiración es rápida y sus labios tiemblan contra los míos.

—¿Sabes por qué te cuido? —gruño, atrapando su cara entre mis manos—. Porque eres mía y no voy a permitir que nada ni nadie te haga daño. Ni Mabel, ni mi hermano, ni nadie.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, con las pupilas dilatadas y conl a respiración agitada. Puedo ver la lucha interna en su

mirada, la duda que la carcome y el deseo que la consume, pero no le doy tiempo a pensar. No quiero que piense, solo deseo que lo sienta.

Tenso los músculos y la levanto en brazos con un movimiento rápido y decidido. Se le escapa un jadeo por sorpresa de sus labios, pero se aferra a mis hombros en cuanto su espalda choca con la puerta del baño. La madera retumba con un golpe sordo y mis manos se clavan en sus muslos, obligándola a rodearme con las piernas y a sujetarse a mí como si no hubiera otra opción.

—Dylan… —susurra, con la voz temblorosa, pero no es miedo lo que tiñe su tono, es algo más oscuro y profundo.

—No pienses. Solo siente.

Su piel arde bajo mis manos cuando paso los dedos por sus muslos desnudos, recorriendo cada centímetro de su cuerpo. Subo su vestido hasta la cintura y ahora no hay nada entre nosotros que me impida tomar lo que es mío. Lo que siempre ha sido mío.

Mi boca atrapa la suya con fiereza y hambre, con la desesperación de un hombre que está al borde de la locura. Sus labios son fuego y su lengua una provocación descarada. La beso con fuerza, obligándola a abrirse para mí, devorándola como si pudiera hacerla mía de esta forma, como si pudiera tatuarme en su piel para que no volviera a cuestionar lo que somos.

Mi mano se cuela entre sus piernas y la encuentro lista para mí, húmeda y temblorosa, preparada para recibirme sin reservas. Un gruñido gutural escapa de mi garganta cuando la penetro de una sola embestida, profundo, intenso y sin darle tregua.

Kiara ahoga un grito contra mi boca, su espalda se arquea y sus uñas se clavan en mis hombros con desesperación. Su cuerpo tiembla alrededor del mío y su boca se separa de la mía en un jadeo tembloroso, que me hace perder el control por completo.

—Dylan… —mi nombre se escapa de su garganta como un susurro entrecortado, un golpe directo a mi pecho.

Me retiro casi por completo y vuelvo a entrar en ella con la misma brutalidad, con la misma fuerza implacable que me exige su cuerpo. Ella me recibe sin resistencia, me engulle con la misma

necesidad voraz, sus piernas se tensan alrededor de mis caderas y su boca se abre en un gemido ahogado.

Acelero el ritmo, la empujo contra la puerta con cada embestida, me hundo más y más en ella, y la siento estremecerse alrededor de mí. Su cabeza cae hacia atrás, dejando su cuello expuesto, y aprovecho para atrapar su piel entre mis labios, la beso, la muerdo y la marco. Su piel es mía y todo su cuerpo también.

—Dime que me quieres —le ordeno, con la respiración entrecortada y los dientes apretados mientras la embisto con más fuerza.

Ella no me responde con palabras, pero su cuerpo sí lo hace. Se agarra a mí con más desesperación, sus uñas arañan mi nuca y su boca vuelve a buscar la mía con una brutalidad feroz, un beso salvaje y hambriento, que lo dice todo sin necesidad de palabras.
No la dejo escapar, ni respirar. La sostengo con más fuerza, apretando sus caderas con mis manos y guiándola en un vaivén frenético, que nos lleva al borde de la locura. Sus gemidos se intensifican, su cuerpo se tensa a mi alrededor y sé que está al límite y a punto de quebrarse bajo mis manos.

—Dime que me quieres, Kiara —gruño contra su boca, mordiéndole el labio inferior.

Ella ahoga un sollozo de placer y sus piernas se aprietan más fuerte a mi alrededor. Su espalda se curva, su cuerpo se arquea y entonces, se rompe. Su orgasmo la golpea con una fuerza devastadora, su interior se aprieta alrededor de mí y su grito ahogado se pierde entre mis labios. La sensación me arrastra con ella al abismo. Un rugido gutural escapa de mi garganta y mi cuerpo entero se tensa mientras la sigo en la caída. Mi placer estalla con una intensidad brutal y me hundo en ella una última vez temblando y perdido en el calor sofocante de su cuerpo.

Nos quedamos así, pegados el uno al otro, con las respiraciones entrecortadas llenando el silencio del baño, con su piel temblando bajo mis manos y su cuerpo pegado al mío como si soltarme no fuera una opción.

El latido furioso de mi corazón retumba en mis sienes, mis manos aún se aferran a las caderas de Kiara y mi cuerpo sigue pegado al

suyo, empapado en el calor que acabamos de compartir. Mi respiración aún sigue agitada igual que la de ella. Kiara sigue temblando contra mí y sus piernas todavía enredadas en mi cintura. No quiero soltarla ni que este momento se acabe. Pero fuera de este baño, la realidad nos espera. La cena sigue en marcha y, por mucho que me guste verla con el vestido aún subido y los labios hinchados por mis besos, tenemos que recolocarnos y salir como si nada hubiera pasado.

Me obligo a apartarme con un gruñido bajo, aunque su cuerpo sigue pegado al mío, y sus ojos, oscurecidos por el placer, me miran con esa mezcla de atrevimiento y desafío que siempre consigue joderme la cabeza.

—Baja las piernas —murmuro, con la voz aún ronca por la brutalidad con la que hemos follado.

Kiara me suelta despacio, dejando que sus pies toquen el suelo. Su piel aún está temblorosa y su respiración no se ha normalizado, pero su boca se curva en una sonrisa de pura travesura cuando baja la vista hacia mi pantalón. Todavía estoy duro. Una erección enorme, dolorosa y evidente, que no parece tener intención de desaparecer, aunque el sexo ha sido lo suficientemente intenso como para dejarme agotado.

Kiara se humedece los labios y se agacha con una sensualidad tan descarada que casi me echo a reír.

—Kiara… —gruño en advertencia.

—No puedes salir así —susurra con los ojos encendidos de picardía.

Se arrodilla frente a mí y desabrocha el cinturón con una lentitud exasperante. Sus dedos hábiles liberan mi polla de la prisión de mi ropa y la rodea con su mano, acariciándome con un ritmo tortuoso.

—Joder… —exhalo, con los dientes apretados.

Luego, sin apartar la mirada de la mía, pasa la lengua por toda la extensión de mi erección y la sensación me hace maldecir entre dientes. Me agarro al borde del lavabo con los nudillos blancos y aprieto la mandíbula cuando sus labios se cierran alrededor de la punta y comienzan a succionarme con una intensidad salvaje.

Mi cuerpo entero se tensa. Su boca es puro fuego y su lengua juega con una destreza que me vuelve loco. La visión de Kiara de rodillas, con su vestido aún descolocado y su lengua deslizándose por mi dureza, es lo más jodidamente erótico que he visto en mi vida.

Mi mano vuela a su nuca, enredando los dedos en su pelo, marcando el ritmo que necesito. Ella gime alrededor de mi polla, provocando una vibración deliciosa que me arranca un jadeo grave. Se mueve con precisión, lenta al principio, luego más rápido, llevándome al límite con cada movimiento.

No voy a aguantar mucho. Mis caderas empujan instintivamente hacia su boca y ella lo acepta todo, mirándome con esos ojos oscuros llenos de deseo. Su lengua rodea la punta con la misma ferocidad con la que me besa y cuando succiona con más fuerza, el placer me estalla en el cuerpo.

—Kiara… —gruño su nombre entre dientes, mientras mi orgasmo me golpea con una fuerza brutal.

Ella me sostiene con su boca hasta que termino, sin apartarse ni detenerse, con la misma sensualidad adictiva con la que me ha estado provocando desde el inicio de la noche.

Cuando se aparta, me mira con una sonrisa ladeada y se limpia con un gesto tranquilo, como si acabara de hacer algo tan normal como beber un sorbo de vino.

—Ahora sí puedes salir sin problemas —murmura, con una satisfacción descarada.

La deseo tanto que casi la vuelvo a empotrar contra la puerta, pero esta vez me obligo a respirar hondo y a recomponerme.

Con movimientos rápidos, nos arreglamos la ropa. Ella alisa su vestido, se recoge un poco el pelo y se pasa los dedos por los labios, que siguen hinchados. Yo me abrocho la camisa, ajusto mi cinturón y me paso una mano por el pelo, intentando recuperar algo de control.

—Sal primero —le ordeno, con la voz aún áspera.

Ella asiente, dándose un último vistazo en el espejo antes de girarse hacia la puerta. Antes de salir, se inclina hacia mí y deja un beso fugaz en la comisura de mis labios.

—Nos vemos en la mesa, señor Russell.

Me quedo ahí, viéndola salir con la misma calma con la que ha entrado, como si no acabara de hacerme perder la cabeza en este baño.

Espero unos segundos antes de seguirla, componiendo mi expresión de hombre de negocios, con el rostro frío y la actitud impecable. Pero cuando vuelvo a la mesa y mi mirada se cruza con la suya, sé que ambos estamos recordando exactamente lo que ha pasado entre estas cuatro paredes hace unos minutos y que, en cuanto esta cena termine, va a volver a pasar.

Capítulo 31

Dylan

La puerta de mi despacho se cierra con un golpe seco. Me giro en la silla con calma, manteniendo la expresión impasible, mientras veo cómo Austin se pasea por la estancia con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos. Tiene el aire de superioridad, que siempre ha intentado imponer, y una forma de caminar como si el mundo le debiera algo, como si todo le perteneciera por derecho.

—Sigues jugando con fuego —me dice al fin, clavando sus ojos en los míos con una advertencia que me resbala como la lluvia sobre el cristal—. Y te vas a quemar.

Me inclino ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre mi mesa.

—Menuda filosofía barata —replico con una media sonrisa—. Vas a tener que hacer algo mejor si quieres impresionarme.

Austin resopla y sacude la cabeza con fingida paciencia.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Esa chica de la que te has encaprichado, está poniendo en peligro todo por lo que has trabajado.

Aprieto la mandíbula, sintiendo la tensión latente en cada músculo de mi cuerpo. No voy a permitir que Austin la meta en esta conversación como si fuera un simple peón en su juego de poder.

—No es asunto tuyo, así que no pierdas el tiempo.

—¿No es asunto mío? —se inclina mi mesa, apoyando las manos sobre la madera—. Claro que lo es. Russell Motors es mi legado tanto como el tuyo y no voy a dejar que lo eches todo a perder por un jodido capricho.

Me relajo en la silla y lo miro con desdén.

—Ese es el problema, Austin. Que crees que esto es tu legado, cuando la verdad es que nunca hiciste nada para ganártelo. Nuestro padre te dio oportunidades, muchas más de las que merecías, pero nunca supiste aprovecharlas.

La mención de nuestro padre endurece su expresión. Durante un segundo, veo un destello de rabia en su mirada, pero lo oculta rápido tras su habitual frialdad.

—Tú solo eres un niñato que tuvo la suerte de estar en el lugar adecuado en el momento justo —escupe con desprecio—. Pero yo voy a arreglar eso y estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mis manos para que dejes de ser el heredero de Russell Motors.

Me levanto despacio, sin apartar la vista de él.

—Quizá deberías haberlo pensado antes, cuando nuestro padre estaba vivo.

Austin no dice nada, pero tiene la respiración agitada, lo que revela la rabia contenida que lucha por controlar. Estoy a punto de decir algo más cuando la puerta se abre de repente y tras ella aparece Mabel.

Sus tacones resuenan contra el suelo mientras entra en mi oficina como si le perteneciera o alguien la hubiera invitado. Su vestido ceñido y su sonrisa maliciosa me dicen que no ha venido a desearme un buen día. Cierro los ojos un instante y exhalo un suspiro de pura paciencia.

—Bueno, bueno —murmuro con sarcasmo, cruzándome de brazos—. No me digas que os habéis puesto de acuerdo para joderme la vida.

Mabel suelta una risa melódica y afilada.

—Oh, Dylan, no hace falta ningún complot para complicarte la vida, porque eso ya lo haces tú solito.

Austin se cruza de brazos y la observa en silencio, pero el brillo de su mirada me dice que, si bien puede que no trabajen juntos, comparten el mismo objetivo: verme caer.

—Dime —continúa mi exmujer, paseando la mirada por la oficina con desinterés fingido—, ¿ya le has contado a tu nueva distracción quién eres en realidad? ¿O sigues vendiendo la misma historia de príncipe oscuro con alma torturada?

Me tenso. Mabel siempre ha sabido dónde golpear para hacerme daño, pero esta vez no le voy a dar el gusto de verme reaccionar.

—Déjala en paz.

—Ay, Dylan, no seas aburrido. ¡Si solo quiero ayudar!

Doy un paso hacia ella, recortando la distancia entre nosotros, hasta que nuestras miradas quedan a la misma altura.

—Te lo diré una sola vez: no vuelvas a acercarte a Kiara, ni vuelvas a enviarle nada, ni a intentar envenenarle la cabeza con tus tonterías.

Mabel ladea la cabeza, con su sonrisa impecable.

—No he hecho nada que ella no tuviera derecho a saber.

—No eres nadie para intentar separarnos.

Su expresión cambia, aunque intenta disimularlo, pero sé perfectamente que no le gusta escuchar eso, ni saber que, a pesar de todo, hay algo entre Kiara y yo que ella no puede tocar.

—¿Y tú quién eres para decirme lo que puedo o no puedo hacer?

Sonrío, pero es un gesto lleno de advertencia.

—Soy alguien que ha tenido suficiente de ti. Así que, por tu propio bien, deja de jugar a esto. Tal vez deberías empezar a preocuparte más por tu propio bienestar, porque, a la vista está, no estás en muy buenas condiciones.

Mabel palidece y su barbilla se alza con orgullo herido. Sin decir nada más, se gira y se marcha con pasos rápidos y precisos, dejando tras de sí un aroma caro y un rastro de frustración contenida.

Cuando la puerta se cierra tras ella, Austin deja escapar una risa baja y sin humor.

—Sabes que no voy a parar, ¿verdad?

Me giro hacia él con expresión neutra.

—Y yo no voy a caer, así que ahórrate el esfuerzo.

—Veremos quién gana esta partida, hermano.

—Tú ya la perdiste hace tiempo, aunque aún no lo has entendido.

Nos quedamos mirándonos directamente a los ojos en silencio, dos hombres que comparten la misma sangre, pero que hace mucho que dejaron de ser familia. Austin sacude la cabeza, dándose cuenta de que, al menos hoy, no va a conseguir lo que ha venido a buscar. Se gira y sale del despacho sin decir nada más.

Cuando la puerta se cierra tras él, dejo escapar un suspiro largo y me paso una mano por el pelo. Si creen que pueden derribarme, van a tener que esforzarse mucho más, porque nadie, ni Mabel, ni Austin, ni nadie, va a arrebatarme lo que es mío.

Capítulo 32

Kyara

El aroma del café recién hecho se mezcla con el bullicio de la ciudad mientras camino con paso firme por la acera. El cartón caliente entre mis dedos me recuerda que esta es una idea impulsiva, pero no me detengo. No suelo hacer estas cosas, de hecho, nunca he aparecido en la oficina de Dylan sin avisar, pero después de la cena con los clientes y todo lo que pasó en el baño del restaurante, algo dentro de mí continúa demasiado agitado. La tensión entre nosotros no se ha disipado, sigue ahí, flotando en el aire como una corriente eléctrica a punto de estallar, y aunque no sé qué espero al verlo, sé que necesito hacerlo.

Llego al edificio de Russell Motors y me detengo un instante frente a la imponente entrada de cristal. Es un edificio elegante, con ese aire de exclusividad que envuelve todo lo que pertenece a Dylan. Respiro hondo y entro, sintiendo las miradas de algunos empleados mientras cruzo el vestíbulo de la entrada con pasos decididos sobre el suelo de mármol. Me acerco a la recepción y la mujer que está allí levanta la mirada hacia mí con una sonrisa cortés.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me saluda con naturalidad.

—Soy Kiara Spencer, ¿podría ver al señor Russell?

—Sí, claro, por supuesto. Tome el último ascensor y vaya hasta la última planta. Allí la esperará la asistente personal del señor Russell.

Me sorprende, pero asiento.

—Muchas gracias. Pero, ¿el señor Russell podrá atenderme?

—Claro, adelante. El señor Russell nos dio instrucciones de que siempre que usted visitara nuestras oficinas, la hiciéramos pasar hasta su despacho sin previo aviso.

Parpadeo. ¿Siempre? Algo en mi estómago se agita ante ese dato, pero no pregunto nada más. Solo aprieto el vaso de café de cartón que llevo en mi mano y tomo el ascensor con la sensación de que mi presencia aquí es más importante de lo que nunca habría imaginado.

Cuando las puertas se abren en la planta de dirección, camino por el pasillo con paso seguro, pero mis dedos juegan con el cartón del vaso de café, mientras intento ordenar en mi cabeza lo que voy a decir. Antes de llegar a la oficina de Dylan, su asistente me saluda y me acompaña hasta la entrada del despacho. Llamo a la puerta y la voz grave de él me invita a pasar.

Empujo la puerta con suavidad y entro. Dylan está detrás de su escritorio, con la chaqueta colgada en el respaldo de la silla, las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos y la mandíbula tensa, mientras revisa unos documentos que tiene frente a él. Su ceño está fruncido y sus dedos sostienen un bolígrafo con fuerza, marcando anotaciones sobre el papel con movimientos decididos. La luz que entra por las amplias cristaleras de su despacho ilumina su rostro resaltando la intensidad de su expresión.

Parece tenso, pero cuando levanta la vista y me ve, algo en él cambia. Sus ojos azules de mirada profunda se fijan en los míos con una sorpresa contenida y, durante un segundo, su expresión se relaja, como si mi presencia lograra arrancarlo de ese estado de tensión constante en el que se encuentra. Sujeta el bolígrafo en el aire y me observa con una mezcla de curiosidad y algo más profundo, algo que me atrapa y me deja sin aliento.

Camino hasta su escritorio y dejo el café sobre la mesa con un gesto casual.

—Te he traído café. No quiero que tu mal humor acabe con el sistema financiero del país.

Su boca se curva ligeramente, pero no llega a sonreír del todo. Deja el bolígrafo con un golpe seco sobre la mesa y se recuesta en el respaldo de su silla, con el cuerpo relajado, aunque me repasa de arriba abajo con la mirada.

—¿Vienes a salvar el mundo con café?

—Solo el tuyo —le digo con una sonrisa pícara y me cruzo de brazos, intentando parecer indiferente, aunque el peso de su mirada en mi cuerpo me traiciona.

Él deja escapar un sonido bajo, algo entre una risa y un suspiro, pero su expresión sigue siendo la de un hombre que mide cada uno de sus movimientos.

—¿Y qué se supone que debo darte a cambio de este favor?

Le sostengo la mirada con un atrevimiento que no siento del todo.

—No sé… ¿tienes alguna propuesta? —le pregunto alzando una ceja apoyándome con ambas manos sobre su mesa.

Dylan se levanta lentamente de su silla y rodea el escritorio con calma, con esa manera de moverse con la seguridad de que cada uno de sus gestos tiene un efecto devastador sobre mí. Cuando se detiene frente a mí, tan cerca que el aroma de su colonia me envuelve, mi seguridad tambalea.

—Gracias —dice en un susurro ronco, con la mirada fija en la mía.

Mi respiración se agita. No es solo la cercanía, ni la forma en que su voz baja hasta hacerme estremecer. Es lo que hay en su mirada. Esa hambre latente, que lo hace parecer un depredador al acecho.

Siento que debería decir algo ingenioso y romper la tensión con un comentario sarcástico, pero las palabras se evaporan de mi boca cuando Dylan levanta una mano y desliza los dedos por mi mejilla, con un contacto suave pero posesivo.

—Dylan... —susurro, pero no sé qué quiero decir.

Él tampoco espera una respuesta, por lo que antes de que pueda reaccionar, su mano se aferra a mi nuca y su boca atrapa la mía con la desesperación de quien lleva horas conteniéndose.

El beso es intenso, una maldita implosión de todo lo que hemos estado guardando desde aquella noche en el restaurante. Sus labios devoran los míos, su lengua se abre paso con un hambre brutal y su cuerpo me atrapa contra el escritorio sin darme tregua.

Mis dedos se aferran a su camisa con fuerza, mientras me rindo al calor que me envuelve. Dylan no besa, reclama. Su cuerpo se presiona contra el mío con una determinación feroz. Su mano desciende por mi espalda y me sujeta con firmeza por la cintura, obligándome a pegarme más a él. Mis piernas casi ceden, pero él me sostiene, atrapándome contra la dureza del escritorio y la fuerza de su cuerpo.

—No puedes ser la única cosa que me haga perder el control —gruñe contra mis labios.

Pero lo es. Lo sé en la manera en que me besa, en cómo sus dedos se hunden en mi piel y en la forma en que su cuerpo me reclama como si no hubiera vuelta atrás.

—Cierra la puerta con llave —jadeo contra su boca, con las manos aferradas a su camisa.

Dylan me mira con los ojos oscurecidos por el deseo, con los labios hinchados por el beso y la respiración entrecortada. No dice nada, solo me suelta lo justo para cruzar la habitación, cerrar la puerta con un seguro metálico y volver hacia mí con la misma energía de un animal salvaje que ha encontrado a su presa.

—No quiero que seas suave —susurro, antes de que vuelva a besarme.

Él suelta una maldición entre dientes y me levanta en vilo sin esfuerzo, colocándome sobre su escritorio con un movimiento brusco. Su boca vuelve a devorar la mía mientras sus manos recorren mis muslos, subiendo mi falda hasta la cintura.

—¿Sabes lo que me haces, Kiara? —susurra contra mi piel, bajando por mi cuello con besos ardientes.

Mis dedos se enredan en su cabello y lo acerco más a mí, porque no hay nada más en el mundo que importe en este momento. No sé cómo hemos llegado a este punto, pero me da igual. Lo único que sé es que cada vez que estoy cerca de él, mi cuerpo y mi mente dejan

de ser dos cosas separadas y se funden en un mismo deseo imposible de ignorar.

Capítulo 33

Dylan

Kiara aún está de pie en mi oficina, con los labios ligeramente entreabiertos, la respiración alterada y la piel enrojecida por la tensión. Sé que debería controlarme y que esto no debería estar ocurriendo aquí, en mi despacho, ni en medio de una jornada de trabajo. Pero llevo horas con su imagen en mi cabeza. Con el sabor de su piel quemándome la lengua y el recuerdo de cómo se estremeció la última vez que la tuve debajo de mí y ahora está aquí. Vestida con un maldito vestido demasiado corto, con sus muslos al alcance de mis manos y con esa actitud desafiante que solo consigue volverme más loco por ella.

Camino hacia ella sin apartar la mirada de la suya y no retrocede, ni se aparta. Me espera con los labios ligeramente entreabiertos y me mira con expectación y descaro, algo que me desarma por completo. Cuando estoy lo suficientemente cerca, paso una mano por su nuca y tiro de su cuerpo hacia el mío.

—Súbete al escritorio —mi voz es baja y mi orden no deja margen a la discusión.

Kiara no se mueve al instante. Me desafía con los ojos, con esa mirada cargada de fuego, que me dice que no piensa hacerlo solo porque se lo pida, pero sé cómo lograr que obedezca. Aprieto su

cintura y la levanto en vilo con facilidad, obligándola a sentarse sobre la madera pulida de mi escritorio. Sus piernas quedan abiertas a ambos lados de mi cuerpo, sus manos buscan apoyo detrás de ella y su respiración se vuelve más agitada.

—Abre las piernas para mí.

Ella traga saliva, pero no se resiste. Lo hace lenta y deliberadamente, como si quisiera retarme hasta el último segundo. Su vestido se sube un poco más cuando se separa para mí, revelándome el pedazo de tela negra que apenas cubre su entrepierna. Paso los dedos por la fina tela de su tanga y la presiono justo donde más lo necesita. Kiara jadea, se arquea ligeramente hacia mí y siento cómo su calor se intensifica bajo mis dedos.

—Esto no te hace falta —gruño, agarrando la tela con ambas manos y rasgándola sin ningún tipo de miramiento.

El sonido del encaje rompiéndose llena el aire entre nosotros y su respiración se corta un segundo antes de que me dedique una mirada cargada de pura excitación. Dejo caer el pedazo de tela al suelo y sin apartar la mirada de la suya, me arrodillo ante ella. Mis manos recorren lentamente la cara interna de sus muslos, subiendo con paciencia tortuosa hasta que llego a su centro completamente expuesto. Está húmeda y preparada para mí.

Sonrío con un deje de satisfacción antes de inclinarme y paseo la lengua por su sexo, saboreándola con una lentitud que la hace estremecerse sobre la mesa. Kiara deja escapar un gemido entrecortado y sus dedos vuelan hasta mi cabello, agarrándose con más fuerza cuando repito el movimiento.

—Dylan... —jadea, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando rápido.

Me centro en ella, en la forma en que su cuerpo responde, en cómo se tensa y se derrite bajo mi boca. Mis manos se aferran a sus muslos con fuerza, manteniéndola en su sitio mientras mi lengua juega con su punto más sensible, alternando entre movimientos lentos y rápidos y besos húmedos y succiones profundas que la vuelven loca.

Ella intenta moverse, pero no la dejo. La sostengo en su sitio, la obligo a aceptar cada embestida de mi lengua, cada roce y cada

lamida profunda que la lleva más y más al borde. Sus gemidos se intensifican, su cuerpo se estremece y su respiración se vuelve caótica. Sé que está cerca.

—Dímelo —murmuro contra su piel, con la voz ronca por el deseo.

—Dylan... —jadea de nuevo, pero no es suficiente.

—Dímelo, Kiara.

Su cabeza cae hacia atrás, su espalda se arquea y un grito ahogado escapa de su boca cuando su orgasmo la invade con una fuerza devastadora. Su cuerpo se sacude sobre el escritorio y su sabor inunda mi boca, mientras la devoro por completo, sin detenerme y prolongando su placer hasta que no puede más.

Cuando finalmente se relaja, su pecho sigue subiendo y bajando con fuerza y sus manos siguen enredadas en mi pelo. Sus labios están hinchados, sus muslos aún tiemblan y su mirada es pura rendición. Su boca entreabierta deja escapar un aliento entrecortado mientras intenta recuperar la compostura, pero no la dejo. No cuando la imagen de su piel encendida y la forma en que ha gemido mi nombre siguen quemándome por dentro.

Me inclino sobre ella, apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo, y recorro con la mirada cada centímetro de su piel expuesta. Está desarmada, entregada a lo que acabamos de hacer, pero sigue retándome con la forma en la que me mira. Con ese brillo en sus ojos que me dice que aún no ha tenido suficiente.

—No puedes ser la única cosa que me haga perder el control, Kiara.

Mis palabras son ásperas, envueltas en el peso de lo que acabo de admitir, aunque en el fondo sé que no sirven de nada. Porque lo es. Lo ha sido desde el primer momento en que la vi y eso me jode mucho más de lo que estoy dispuesto a admitir.

La intensidad en su expresión cambia. Su cuerpo aún tiembla, pero su mirada no se aparta de la mía. Ella sabe que lo que estamos haciendo no es solo deseo, ni solo sexo. Es algo más profundo, jodido y adictivo. Algo que ni ella ni yo estamos preparados para admitir.

Mis dedos recorren el borde de su muslo, deslizando lentamente la palma por su piel mientras la observo. Sus labios aún están hinchados por mis besos y su respiración aún es agitada.

—Dylan... —susurra, pero no sé si es una súplica o una advertencia—. No me importa.

Tomo su rostro entre mis manos y la beso con la misma necesidad voraz con la que acabo de devorar su cuerpo. Su boca es caliente y húmeda es como una droga que no consigo sacarme de la cabeza. Sus dedos se aferran a la tela de mi camisa y me atraen más hacia ella, como si necesitara tanto como yo que este momento no termine.

Así que la agarro por la cintura y la giro con brusquedad, obligándola a inclinarse sobre la superficie del escritorio. Su jadeo me incendia por dentro. Con una mano presiono su espalda contra la madera y con la otra recorro la curva de su cadera hasta atrapar su muslo con firmeza.

—¿Quieres parar? —mi voz suena áspera contra su oído, aunque no dejo espacio para la respuesta.

Ella gira la cara lo justo para mirarme por encima del hombro y en sus ojos hay un brillo salvaje. No me dice nada. Solo separa más las piernas en una respuesta muda, desafiándome a que siga. Me río con un gruñido bajo y tiro de su vestido hasta quitárselo por completo, dejándola desnuda delante de mí. Su piel es una provocación descarada y la forma en la que se retuerce contra la madera solo consigue que la desee aún más.

—Así me gusta —susurro, deslizando la punta de mis dedos por su espalda—. Siempre lista y preparada para mí.

Me desabrocho el cinturón con un movimiento rápido y libero mi erección, alineándome con su entrada sin darle tregua. Presiono la punta contra su cuerpo húmedo, sintiendo el ansia latente en cada estremecimiento de su piel.

—Dylan... —su voz es un suspiro entrecortado.

Pero no la dejo hablar. Me hundo en ella de una sola embestida, con la misma brutalidad con la que la deseo. Su espalda se arquea, sus manos se aferran a los bordes del escritorio y su boca se abre en un jadeo silencioso que me excita aún más.

—Joder... —gruño, apretando los dientes mientras la agarro por la cadera y la follo con la ferocidad de quien no puede permitirse sentir.

Cada golpe de mis caderas contra las suyas resuena en la habitación. Cada movimiento es una afirmación de que la quiero así, atrapada entre mi cuerpo y la madera, sin espacio para huir de lo que hay entre nosotros.

—Dime que quieres más—exijo entre jadeos, agarrándome a su cintura con más fuerza.

Ella no me responde con palabras. No puede. Solo se arquea y se aprieta más contra mí y se pierde en el placer con la misma intensidad con la que lo hago yo. Su piel arde, su cuerpo tiembla y cuando su interior comienza a apretarse alrededor de mí, sé que está al borde.

—Dilo, Kiara.

Ella deja escapar un gemido ahogado. Sus uñas rasgan la superficie del escritorio y sus piernas tiemblan cuando se deja llevar por el clímax. Sus paredes se aprietan a mi alrededor con una fuerza brutal, arrastrándome con ella en una espiral de placer que me consume. Empujo una última vez y me dejo caer sobre su espalda, enterrando la cara en su cuello, mientras mi orgasmo me destroza por dentro. Gimo contra su piel, temblando por la intensidad de la descarga, sin soltarla y sin permitir que se aparte.

El silencio que se impone después solo está roto por nuestras respiraciones agitadas. Mi cuerpo aún la cubre y su piel sigue pegada a la mía, pero ninguno de los dos dice nada. No hay palabras para lo que acaba de suceder y para lo que siempre ocurre cuando estamos juntos.

Cuando finalmente me separo, mis manos recorren su espalda con lentitud, como si pudiera calmar lo que aún nos quema por dentro. Kiara se endereza, recoge su vestido del suelo y se lo pone sin mirarme, aunque puedo sentir la intensidad de su pensamiento mientras lo hace.

Me subo los pantalones y me abrocho el cinturón con movimientos tranquilos. No quiero romper este momento, ni perder lo que aún flota en el aire entre nosotros. Ella se gira y se cruza de brazos, con el pelo desordenado y los labios hinchados.

—Sigues sin poder evitarlo, ¿verdad?

Su tono es un reto, pero en su mirada hay algo más. Algo que me dice que, por mucho que luche contra esto, por mucho que quiera controlarlo, el resultado siempre será el mismo.

—Sí.

No finjo, ni le doy excusas. Solo le digo la verdad.

Kiara me observa un instante más y luego suspira, girándose hacia la puerta. Antes de salir, se detiene con la mano en el pomo y me mira por encima del hombro.

—Nos vemos, Dylan.

Y se va, dejándome ahí, con el eco de su presencia aún ardiendo en mi piel.

Capítulo 34

Kiara

Salir del despacho de Dylan me deja una sensación extraña en el pecho. Aún siento su calor en mi piel, la intensidad de su mirada clavada en mi cuerpo y el peso de su presencia envolviéndome incluso cuando ya no está a mi lado. No debería ser así, ni sentirme tan jodidamente afectada después de cada encuentro, pero aquí estoy, con el pulso acelerado y el cuerpo todavía estremecido por lo que hemos hecho.

A medida que bajo en el ascensor del edificio Russell Motors, intento centrarme en lo que tengo que hacer hoy. Mi móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta y lo saco con una mano. Es un mensaje de mi padre.

Papá:
¿Tienes planes para comer?

Cierro los ojos un instante. Hace días que no le veo. Entre la universidad, el LUX y... Dylan, el tiempo se me escurre entre los dedos y siempre acabo posponiendo nuestros encuentros. Me muerdo el labio y le respondo antes de que la culpa me haga cambiar de idea.

Kiara:
Voy para allá.

La ciudad bulle a mi alrededor cuando salgo a la calle. El tráfico es un caos y la gente camina con prisa por las aceras, como si todos estuvieran huyendo de algo. Yo no soy la excepción. Necesito distraerme, alejarme un poco de todo lo que ha pasado en la oficina de Dylan y la comida con mi padre me parece la excusa perfecta para devolverme un poco de normalidad.

—¡Ahí está mi niña! —exclama mi padre en cuanto abro la puerta de su casa.

El aroma de la comida casera me envuelve de inmediato, cálido y reconfortante. John se acerca y me envuelve en un abrazo fuerte, de esos que me hacen sentir en casa. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos un instante.

—Te echaba de menos, peque.

—Yo también, papá —susurro con una sonrisa, sintiéndome culpable por haber tardado tanto en verle.

Nos sentamos a la mesa y hablamos de cosas triviales mientras comemos. Me habla sobre sus clases, las anécdotas de sus alumnos y alguna que otra queja sobre lo rápido que pasa el tiempo. Yo le hablo de la universidad, de algunos clientes insoportables en el LUX, aunque evito darle los detalles peligrosos, y le prometo que intentaré venir más seguido a verle.

—Por cierto —me suelta de pronto, levantándose de la mesa—, hace poco fui a una cena de antiguos alumnos del instituto. Fue una locura ver a tanta gente después de tantos años.

Vuelve con su móvil en la mano y empieza a deslizar el dedo por la pantalla.

—Mira esto —Me muestra e su teléfono una foto de un grupo de hombres sonriendo frente a la cámara.

Me inclino para ver mejor la imagen y, al instante, siento que el aire se me escapa de los pulmones.

Entre el grupo de hombres, con una sonrisa relajada, el mismo porte imponente y esa mirada intensa que me resulta demasiado familiar, Dylan posa con un brazo sobre los hombros de mi padre y atrayéndolo hacia él. Se me seca la boca.

—¿Qué pasa? —pregunta mi padre, frunciendo el ceño.

Intento pensar rápido. ¿Qué demonios hace Dylan en esa foto? ¿Cómo es posible que esté ahí? Parpadeo varias veces y, antes de que pueda encontrar una salida, mi padre se inclina para ver lo que estoy mirando.

—¿Lo conoces? —su tono es curioso, pero hay un leve matiz de alerta en su voz.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Sí... Lo conozco —me atrevo a reconocer.

—¿De dónde? —me pregunta arrugando el entrecejo.

Noto la tensión en su tono y el peso de su mirada sobre mí. Mi padre es un hombre inteligente y no va a tragarse cualquier respuesta vaga que sea capaz de formular en este momento en el que la sangre ha dejado de correr por mis venas.

—Del trabajo —murmuro, intentando mantener la calma.

Pero me conoce demasiado bien y no se lo cree. Su expresión cambia, sus ojos se entrecierran y, de repente, noto que algo encaja en su cabeza. Su mandíbula se tensa y sujeta el móvil con más fuerza.

—Mierda…

—¿Qué pasa? —pregunto con voz temblorosa.

Mi padre se pasa una mano por el pelo y deja el móvil sobre la mesa, como si acabara de ver un maldito fantasma.

—Cuando estuve en esa cena, Dylan Russell, que en los años de instituto fue mi mejor amigo, me contó que tenía una… relación con alguien mucho más joven.

Mi piel se eriza.

—Y ahora entiendo por qué se puso tan raro cuando le enseñé esta foto —me dice mostrándome una fotografía en la que aparecemos mi padre y yo.

Su voz es grave y su mirada me atraviesa con una mezcla de incredulidad y… rabia.

—Dime la verdad, cariño. —Se inclina sobre la mesa con los ojos fijos en los míos—. ¿Te estás acostando con él?

El silencio que se instala entre nosotros es letal. Mis labios se abren, pero no logro que salga de ellos ni una sola palabra. Mi corazón late con fuerza y siento que mi garganta se cierra.

—Kiara —insiste con el ceño fruncido—. Contéstame.

Cierro los ojos un segundo. Podría mentir e inventarme cualquier cosa para salir del paso, pero no puedo.

—Sí —me atrevo a decir en apenas un susurro, aunque en cuanto la digo, es como si todo estallara.

Mi padre se levanta de la mesa de golpe.

—¡Joder, Kiara! —exclama, pasándose las manos por la cabeza—. ¡¿Con Dylan Russell?!

Me encojo en mi silla, sintiendo el peso de su furia atravesarme el pecho.

—No es lo que piensas… —intento decir, pero él me interrumpe con una carcajada incrédula.

—¿No es lo que pienso? —Su voz está cargada de una frustración desbordante—. ¡Kiara, ese hombre no es para ti!

—¡No eres tú quien tiene que decidir eso! —espeto, sintiendo cómo mi propia rabia empieza a hervir bajo mi piel.

—¡No soy un ingenuo! —grita, señalándome con el dedo—. Ese tipo no es un hombre común. No es alguien con quien puedas jugar. ¿Tienes idea de en qué te estás metiendo?

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes.

Se apoya en la mesa con ambas manos y su expresión es de puro desconcierto.

—No eres una niña... Pero tampoco eres lo suficientemente fuerte para jugar con un hombre como él.

Sus palabras me atraviesan como un cuchillo y algo dentro de mí se rompe. Me levanto de la mesa de golpe, con las manos temblando y la cabeza dándome vueltas.

—No sabes nada de lo que hay entre nosotros —murmuro, sintiendo que todo el aire me pesa en los pulmones.

—Sé exactamente lo que hay.

Su voz es dura, definitiva y eso es lo que más me duele. Que no ve lo que yo veo y que no entiende lo que Dylan y yo compartimos, porque para él solo es un hombre con poder, con dinero y con una reputación que lo precede.

Me giro y cojo mi bolso.

—Gracias por la comida, papá.

Intento mantener la compostura cuando camino hacia la puerta.

—No quiero que vuelvas a verlo, Kiara.

Su voz me persigue hasta la entrada y, cuando pongo la mano en el pomo, me giro para mirarlo una última vez.

—Ya no puedes decirme lo que tengo que hacer.

Abro la puerta y salgo de su casa, sintiendo que el mundo entero se tambalea bajo mis pies.

Capítulo 35

Dylan

El sonido de mi móvil vibrando sobre la mesa del despacho me interrumpe. Alargo la mano con desgana, sin apartar la vista de los papeles que llevo horas revisando, pero en cuanto veo el nombre de Kiara en la pantalla, el resto deja de importarme.

Kiara:
Necesito verte.
Tengo algo importante que decirte.

Dylan:
Te recojo en tu casa.
Salgo para allí.

Aprieto la mandíbula. Algo en ese mensaje me pone en alerta. No hay nada juguetón en sus palabras, ni nada que sugiera que se trata de una de sus provocaciones habituales. No me gusta, así que cojo las llaves del coche y salgo del despacho sin perder un segundo más.

Tardo menos de diez minutos en llegar. Ella ya me está esperando en la acera, abrazándose el cuerpo con los brazos, con el gesto tenso y la mirada clavada en el suelo. Se sube sin decir nada y cierra

la puerta. Un segundo después, suelta un suspiro largo, como si intentara contener algo que lleva demasiado rato empujando por escaparse de sus labios.

—Habla. —Le lanzo una mirada rápida antes de poner el coche en marcha.

—Mi padre y tú os conocéis.

Lo suelta sin rodeos ni anestesia. Se gira hacia mí y su expresión es una mezcla de incredulidad y rabia contenida.

—No podemos seguir viéndonos. —Su voz es firme, pero sus manos están apretadas sobre su regazo con una tensión que la delata.

Dejo escapar un bufido, sin creerme lo que está diciendo.

—¿Y eso por qué? —La miro de reojo y veo cómo aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Porque esto ya es demasiado. No solo somos tú y yo, ahora también mi padre está en medio. —Suelta un resoplido amargo—. Joder, ¿entiendes lo retorcido que es esto?

Me rio, sin una pizca de humor.

—Claro que lo entiendo.

—¡No! No lo entiendes. —Su tono sube y se gira hacia mí de golpe, con el ceño fruncido—. Me he enterado hoy, ¿sabes? Hoy. Y resulta que tú lo sabías desde hace días y no me has dicho ni una puta palabra. —Me señala con un dedo acusador—. ¿Ibas a decírmelo en algún momento o pensabas seguir follándote a la hija de tu mejor amigo sin que ella tuviera ni puta idea?

Freno el coche de golpe y ella se tensa. Nos quedamos en silencio, mientras se escucha el motor ronroneando en la penumbra del interior del Maserati. Respira de forma gitada, sus labios siguen entreabiertos y su mirada me atraviesa.

—No me vengas con gilipolleces. Sabía que tarde o temprano lo descubrirías y que reaccionarías justo como estás haciendo ahora. Con drama e histeria. —Me inclino un poco hacia ella, bajando la voz hasta convertirla en un gruñido bajo—. Pero dime una cosa. ¿Eso cambia algo entre nosotros?

Clava la mirada en mí, pero no responde.

—No cambia nada —suelto una carcajada ronca, arranco el coche y presiono el acelerador.

—¡Dylan! ¡Para el coche! —Se agarra al asiento cuando aumento la velocidad. —¡Déjame salir!

—Ni de coña. —Aprieto el volante con una mueca tensa—. No voy a dejar que salgas huyendo cada vez que algo te incomoda.

—No estoy huyendo, joder.

—No, claro que no. —Me burlo, lanzándole una mirada afilada—. Solo estás asustada de lo que esto significa.

Ella frunce el ceño, pero no dice nada más. Se cruza de brazos y clava la mirada en la carretera con una expresión de pura frustración.

No reduzco la velocidad hasta que llegamos a mi edificio. Entonces, freno bruscamente y aparco el coche en su lugar de una sola maniobra. Salgo y rodeo el coche en segundos. Kiara intenta abrir la puerta, pero soy más rápido. Se la cierro y la atrapo con la mirada.

—Dylan, no lo hagas. —Su tono es bajo, pero su voz no tiene fuerza.

La agarro por la cintura, la cargo al hombro y la llevo dentro del edificio sin importarme sus protestas.

—¡Bájame, cabrón! —Grita, golpeando mi espalda con los puños.

—Cállate, princesa o lo haré aquí mismo.

La siento temblar, pero no es miedo. Es rabia, deseo y todo lo que nos rodea y nos consume cada vez que estamos juntos.

Cuando llegamos a mi apartamento, cierro la puerta con un golpe y la dejo en el suelo.

—Vete, si de verdad quieres. —La desafío con la mirada, esperando a que lo haga.

Pero no se mueve. Se queda frente a mí, con los labios hinchados y los ojos ardientes de algo que no sabe cómo gestionar. Me lanza una mirada asesina antes de abalanzarse sobre mí y agarrarme de la camisa para besarme con rabia. La cojo en brazos y ella rodea sus piernas en mi cintura. Camino hasta que golpeamos contra la encimera de la cocina enredados el uno con el otro. La siento sobre

el mármol y mis manos bajan por su espalda, suben su vestido y aprietan su trasero desnudo.

—Siempre lista para mí —gruño contra su boca antes de girarla con brusquedad y tumbarla sobre la encimera.

Ella jadea, sus uñas rasgan mi camisa y sus piernas me rodean. La penetro de una embestida feroz y su grito ahogado me hace perder la cabeza.

—Dylan... —jadea, con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres irte? Dímelo. —La embisto con fuerza, provocando un gemido desgarrador en sus labios.

No dice nada. Solo se aferra a mí como si el mundo estuviera derrumbándose a su alrededor. Como si, pese a todo, siguiera prefiriendo perderse conmigo. Kiara sigue temblando bajo mis manos, con la piel encendida y los labios entreabiertos, ahogada en jadeos que no intenta reprimir. Su cuerpo se arquea con cada embestida y su espalda se curva contra la encimera, con los muslos tensos y abiertos para mí.

—Me vuelves loco —gruño contra su oído, apretando mis dedos en su cadera para sujetarla más fuerte.

Ella niega con la cabeza, mordiéndose el labio, con la mirada perdida entre la rendición y el desafío.

—Eres mía. Dímelo, nena.

Su única respuesta es un gemido roto cuando la penetro más hondo, llevándola al límite con un movimiento feroz. Su cuerpo se aprieta a mi alrededor y su espalda se arquea cuando el placer la golpea como una descarga eléctrica. Pero no la dejo respirar. La sostengo en su sitio, manteniéndola atrapada entre la encimera y mi cuerpo mientras continúo embistiéndola sin darle tregua. Mis manos recorren su piel, mis labios muerden la curva de su cuello y mi respiración se mezcla con la suya, ruda, exigente y cargada de un deseo que amenaza con destrozarnos a los dos.

—No puedes huir de esto, princesa.

Mis dedos se enredan en su cabello y tiro de su cabeza hacia atrás, obligándola a mirarme. Su piel está encendida, sus pupilas dilatadas y su boca entreabierta, con el aire atrapado en su

garganta. Su lengua humedece sus labios y juro que esa simple provocación casi me vuelve loco.

—Dilo, Kiara —exijo, acelerando el ritmo, castigando su cuerpo con cada embestida, sabiendo que está al borde—. Dime lo que quiero oír.

Ella deja escapar un grito ahogado y su cuerpo se sacude y sus piernas se aprietan más fuerte alrededor de mí. Sus uñas se hunden en mi espalda y su cabeza cae hacia atrás, completamente sometida a lo que le estoy haciendo.

—¡Dylan! —jadea con voz rota y respira con violencia mientras el clímax la consume—. ¡Joder!

El sonido de su voz gritando mi nombre es suficiente para desatarme. La giro de golpe, haciéndola quedar de espaldas a mí, con el pecho contra la encimera. Su vestido, que ya apenas es una molestia, termina en el suelo. Acaricio su espalda desnuda con una mano mientras con la otra la mantengo pegada a la superficie fría, sintiendo cómo se estremece bajo mi contacto.

—Aún no has acabado —susurro contra su oído y mi boca roza la piel sensible de su cuello mientras la sujeto con fuerza por la cadera.

Kiara deja escapar un sollozo de placer cuando la penetro de nuevo sin piedad, con una brutalidad que la hace tensarse y gritar contra la encimera. Mi mano se enreda en su pelo, tirando suavemente de él para obligarla a alzar la cabeza. La veo a través del reflejo del ventanal, con los labios hinchados, los ojos brillando de lujuria y las mejillas encendidas por el placer devastador que le estoy dando.

—Mírate, Kiara —mi voz es un gruñido oscuro—. Mírate y dime que no te encanta esto.

Ella abre los ojos y su reflejo se encuentra con el mío. Su respiración es agitada, su piel arde y su expresión es puro éxtasis.

—Dilo —gruño, clavando los dedos en su cadera, tirando de ella hacia mí mientras la embisto con fuerza, sintiendo cómo su interior se estremece de nuevo—. Dímelo, joder.

—¡Me encanta! —jadea sin poder contenerse mientras se agarra la encimera y su cuerpo tiembla con cada embestida—. ¡Dylan!

Agarro sus muñecas y las coloco detrás de su espalda, inmovilizándola mientras la domino por completo. Su cuerpo se rinde a mí sin resistencia, con las piernas temblorosas y los gemidos escapando de su garganta sin control.

—Eres mía, Kiara. Solo mía.

Ella grita cuando su segundo orgasmo la golpea sin piedad. Sus piernas fallan y la sostengo contra mi cuerpo, mientras su interior se aprieta con tanta fuerza a mi alrededor que casi me arrastra con ella. La levanto de la encimera con un movimiento rápido y la vuelvo a enfrentar a mí. Sus piernas rodean mi cintura y su mirada está vidriosa, perdida en el placer absoluto.

—Eres la única cosa que me haga perder el control, Kiara —murmuro contra su boca con mi voz temblando de deseo.

Pero lo es y cuando vuelvo a penetrarla contra la pared de la cocina, con su espalda arqueada y sus uñas hundidas en mis hombros, lo único que existe en mi mundo es ella. Nada más. Solo Kiara y la maldita necesidad que siento de tenerla y que nunca desaparece.

Capítulo 36

Dylan

Sigo con el cuerpo aún encendido por lo que ha pasado con Kiara hace un rato. Aún tengo su sabor en la boca, su respiración en mi oído y la imagen de su piel desnuda, marcada por mis manos, en mi cabeza. Paso una mano por mi mandíbula y respiro hondo, intentando calmar la tensión que me recorre de arriba abajo, aunque no lo consigo. El influjo del embrujo que Kiara ejerce sobre mí es demasiado potente y no puedo hacer nada (ni quiero) para alejarme de él.

Me estoy sirviendo un whisky cuando mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco y veo el nombre de John iluminando en la pantalla. Frunzo el ceño, aunque no me sorprende, es algo que me esperaba después de lo que me ha dicho Kiara antes cuando hemos llegado aquí.

John Spencer:
Tenemos que hablar.

Dylan:
Dime cuándo y dónde.

John Spencer:
Te veo en el Legendary a las ocho.

El Legendary es un pub discreto, sin pretensiones. El lugar mismo lugar al que alguna vez habíamos después de los entrenamientos. Sé que lo ha elegido a propósito. Quiere recordarme quién era antes de convertirme en lo que soy ahora y hacerme bajar la cabeza. Pero eso no va a pasar.

Unos minutos antes de las ocho de la tarde, entro en el pub y lo veo sentado en una mesa en el rincón más apartado del local. Tiene una cerveza a medio beber frente a él y el ceño fruncido, como si llevara demasiado tiempo dándole vueltas a todo. Me acerco sin prisa, con las manos en los bolsillos de mi chaqueta y el gesto relajado, aunque en mi interior gira en un jodido huracán. Me siento frente a él sin saludarlo. No hace falta.

John levanta la mirada y me clava esos ojos, que ahora me doy cuenta de que son muy parecidos a los de Kiara, y que no han cambiado desde el instituto. Su expresión es seria y tensa.

—Dime qué quieres, John. —Voy directo al grano, porque no tengo intención de perder el tiempo con rodeos.

Él suelta una risa amarga y sacude la cabeza.

—Siempre con esa puta arrogancia. —Da un trago largo a su cerveza antes de mirarme de nuevo—. Voy a decirte algo, que deberías haber tenido los cojones de decirme tú.

No le respondo, porque sé lo que va a decir. Lo veo en su mirada, en la manera en que su mandíbula se tensa y sus dedos aprietan la botella.

—Sé que la chica que te estás follando es mi hija —Su voz es como un golpe seco contra la mesa.

Me quedo en silencio. No hay nada que pueda decir que haga esto menos jodido de lo que ya es y lo peor es que John lo sabe.

—No tienes ni una puta excusa, ¿verdad? —Aprieta los labios en una línea fina—. Porque no la hay.

Dejo la botella de cerveza sobre la mesa sin tocarla.

—No te voy a mentir. —Lo miro directamente a los ojos—. Pero tampoco voy a disculparme.

John se echa hacia atrás en la silla y me observa con la mandíbula apretada.

—Eres el mismo cabrón que cuando teníamos dieciocho años —dice con desdén—. Sigues siendo el mismo imbécil arrogante que cree que el mundo está a sus pies.

Me cruzo de brazos, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla.

—Si pensara que Kiara es solo sexo para mí, ¿crees que estaría aquí hablando contigo?

John suelta una carcajada, pero es un sonido hueco, sin rastro de humor.

—No me vengas con gilipolleces. Sé perfectamente quién eres y lo que haces con las mujeres. ¿Crees que voy a quedarme de brazos cruzados mientras juegas con mi hija?

Su voz sube un poco de tono y algunas personas en las mesas cercanas se giran, pero me da igual.

—No estoy jugando con tu hija. —Mi voz es firme, sin titubeos.

John me fulmina con la mirada y su mano se cierra en un puño sobre la mesa.

—No quiero volver a verte cerca de ella. Si te acercas a Kiara otra vez, te juro que te destruyo.

Me inclino ligeramente sobre él, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Tarde, John. —Mi tono es bajo, pero cada una de mis palabras está cargada de algo inquebrantable—. Porque ya estoy demasiado metido en esto.

John cierra los ojos un segundo y sacude la cabeza, como si le costara creer lo que acaba de escuchar. Se levanta bruscamente, tirando unas monedas sobre la mesa para pagar la cuenta. Me mira una última vez antes de volver a hablar.

—No eres lo mejor para ella, Dylan.

—Eso no te corresponde a ti decidirlo.

No me responde. Solo se gira y sale del pub sin mirar atrás. Me quedo un momento en la mesa, dándole un largo trago a mi cerveza y sintiendo cómo la sangre me hierve bajo la piel.

Antes de marcharme del Legendary, tomo mi teléfono y escribo a Kiara para decirle que tenemos planes para mañana.

Dylan:
Mañana te recojo a mediodía.

Kiara:
¿A mediodía?

Dylan:
Sí, tenemos planes.

Kiara:
¿Qué tipo de planes?

Dylan:
Mañana los sabrás…

Kiara:
Cuánto misterio…

Dylan:
No te preocupes, te gustarán mis planes.

Kiara:
No sé si creerte.

Dylan:
Por cierto, mañana por la noche,
Dormirás en mi cama.

Kiara:
¿Ahora le llamas dormir?

Dylan:
Sí, pero no hace falta que traigas pijama.

Capítulo 37

Kiara

Desde la puerta de la facultad, Hannah y yo observamos cómo el Ferrari se detiene justo frente a la acera. El rugido contenido del motor hace que varias cabezas se giren con curiosidad, y no me sorprende. El coche destaca demasiado en este ambiente. No es que la gente de aquí no tenga dinero, pero lo de Dylan es otra categoría. Una que no encaja con la imagen cotidiana de estudiantes cargando mochilas y apuntes.

—Dime que es tu Uber de lujo. —Hannah me da un codazo en las costillas sin apartar la vista del coche.

—No lo es. —Sonrío con diversión mientras ajusto la correa de mi bolso sobre el hombro.

Dylan baja del coche con la calma de alguien que sabe que todos lo están mirando. Luce impresionante con su chaqueta de cuero y esa camisa abierta en el cuello que deja entrever la piel bronceada de su pecho. Su presencia absorbe el aire a su alrededor. No solo llama la atención por lo guapo que es, sino también es la forma en la que se mueve, la seguridad con la que pisa el suelo y la arrogancia que rezuma cada uno de sus gestos.

—Joder. —Hannah se queda boquiabierta—. ¿De dónde has sacado a ese maldito dios griego?

Me muerdo el labio para evitar reírme y me giro hacia ella.

—No preguntes.

—Voy a preguntarlo igual. —Entrecruza los brazos—. ¿Qué hace un tipo como ese viniendo a recogerte en un coche que cuesta más la casa de mis padres?

—Venir a buscarme —Me encojo de hombros con fingida indiferencia.

—Ya, claro. —Pone los ojos en blanco y me sujeta del brazo antes de que me aleje—. ¿Me estás diciendo que te estás viendo con un hombre como ese y que solo viene a reccogerte?

Antes de que pueda responder, Dylan me mira desde el coche, con una expresión que deja claro que no tiene intención de esperar mucho más. Me río ante la impaciencia en su gesto y miro a Hannah.

—Te lo contaré todo luego, lo prometo.

—Más te vale. —Señala el coche con la barbilla—. Y asegúrate de disfrutarlo.

Sonrío antes de girarme y caminar hacia el Ferrari. Dylan abre la puerta del copiloto y me siento en el asiento de cuero con un suspiro. El interior huele a Dylan. Cierro la puerta y me giro hacia él justo cuando acelera, dejándonos atrás en cuestión de segundos.

—No sé si me gusta que todo el mundo te vea subir a mi coche con esa sonrisa. —Su tono es bajo, con un deje de diversión en los labios.

—¿Celoso? —arqueo una ceja.

—Solo precavido. —Lleva una mano a mi muslo y lo aprieta con una fuerza posesiva que me arranca un escalofrío.

—¿Qué pasa? —pregunto con curiosidad.

—Anoche vi a tu padre. —Su tono cambia a otro más grave y contenido—. Hablamos sobre ti.

Mi cuerpo se tensa de inmediato.

—¿Qué te dijo?

Dylan mantiene la vista en la carretera, pero puedo notar cómo su mandíbula se tensa.

—Lo que ya imaginábamos. Que no quiere que estés conmigo, que no soy alguien para ti. —Hace una pausa y me mira de reojo—.

Pero me da igual. Que él o cualquiera intente meterse en esto me importa una mierda. Tú y yo estamos juntos. Punto.

Trago saliva. Su seguridad es aplastante, pero pensar en la conversación que tuvo con mi padre me agobia. Intento no pensar en ello y desvío el tema antes de que la ansiedad se me suba al pecho.

—¿Y a dónde vamos? Dijiste que tenías un plan misterioso. —Cambio de tono para aligerar el ambiente.

Dylan sonríe de lado y sacude la cabeza.

—Primero, de compras. —Declara con una satisfacción evidente.

Frunzo el ceño y lo miro con recelo.

—¿De compras?

—No pongas esa cara. No vamos al supermercado. —Se ríe y aprieta un poco más el acelerador—. Es solo una parte del plan, pero no voy a decirte nada más, así que no insistas.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—No me gusta que me lleven con los ojos cerrados a los sitios.

—Te prometo que te va a gustar. —Asegura con un tono cargado de intenciones.

Me cruzo de brazos, fingiendo que no me intriga lo que está tramando, pero la forma en la que su boca se curva en una media sonrisa me dice que él sabe perfectamente que ya ha ganado y lo peor es que tiene razón.

El Ferrari se detiene frente a una boutique de lujo en la Quinta Avenida, con escaparates que parecen sacados de una película y un portero uniformado, que nos abre la puerta antes de que siquiera pongamos un pie en la acera.

Miro el exterior de la tienda con una ceja arqueada antes de girarme hacia Dylan.

—¿Me vas a explicar qué hacemos aquí?

Él cierra la puerta del coche de mi lado y se gira hacia mí con una expresión que no me da ninguna pista.

—Sí —contesta con calma—. Vamos de compras.

Le sostengo la mirada, pero no recibo más explicación y aprieta la mandíbula como si estuviera conteniendo una sonrisa, lo que me irrita y me fascina por igual.

—Dylan… —Entrecierro los ojos—. No voy a entrar ahí sin saber para qué.

Él ignora mi exigencia y me toma de la mano.

—Tranquila, princesa, tú solo disfruta.

Lo fulmino con la mirada, pero obedezco. El portero nos recibe con un leve asentimiento mientras nos aguanta la puerta, y en cuanto entramos, una mujer de mediana edad con una sonrisa perfectamente ensayada nos da la bienvenida.

—Señor Russell, es un placer tenerle aquí de nuevo.

De nuevo, por supuesto, Dylan es cliente habitual como no podía ser de otra manera. Él asiente y posa una mano en mi espalda, guiándome con suavidad, pero sin dejarme opción a protestar.

—Quiero un vestido de noche para ella —declara con total naturalidad—. Algo que esté a la altura de su belleza.

Noto la sangre subirme a las mejillas.

—¿Qué? —le pregunto porque no sé si he entendido bien lo que le ha pedido, aunque Dylan no me responde y solo me sonríe.

La mujer asiente con una sonrisa afable y mira en mi dirección con más interés.

—Por supuesto. Será un honor ayudarles. Por favor, tomen asiento mientras les mostramos algunas opciones.

Dylan me conduce hasta un sofá de terciopelo color marfil en el centro de la tienda y se sienta con la tranquilidad de quien está acostumbrado a este tipo de situaciones. Yo, en cambio, sigo de pie, mirándolo con los brazos cruzados.

—Voy a necesitar un poco más de información —le digo alzando una ceja—. No me gusta que me arrastres de un lado a otro sin explicaciones.

Dylan entrelaza los dedos sobre su rodilla y me mira con paciencia.

—Mañana por la noche vamos a un evento.

Mi ceño se frunce.

—¿Qué tipo de evento?

—Uno muy especial.

—¿Qué significa eso?

Dylan sonríe y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Significa que no voy a contártelo.

Abro la boca para responder, pero me detengo en seco.

—No puedo ir. Mañana trabajo.

Él niega con la cabeza.

—No te preocupes por eso, ya lo he hablado con tu jefe.

Lo miro como si se hubiera vuelto loco.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que puedo. —Se encoge de hombros—. Ya lo he hecho.

Aprieto los dientes.

—No puedes controlar mi vida, Dylan.

Él se pone de pie en un movimiento fluido y se acerca a mí con paso lento.

—No quiero controlar tu vida, solo quiero que vengas conmigo.

—No puedes decidir por mí.

Dylan me mira a los ojos con esa intensidad suya que me desarma por completo.

—Entonces dime que no quieres ir. Dímelo y nos marchamos ahora mismo.

Mi boca se abre y se cierra sin que no salga ni una palabra. Claro que quiero ir, porque me muero de curiosidad por saber qué está planeando, pero la forma en que lo dice, con esa seguridad arrolladora, me hace querer discutir. Dylan lo sabe. Lo ve en mis ojos. Así que antes de que pueda soltar una réplica, me agarra por la cintura y me besa. Es un beso intenso y exigente, que me roba la voluntad y me obliga a agarrarme a su camisa para no perder el equilibrio. Mis dedos se aferran a la tela con fuerza, y cuando separa su boca de la mía, me siento aturdida.

—Ya está. —Su voz es un susurro grave—. Deja de resistirte.

Abro la boca, dispuesta a discutir, pero, en ese momento, tres dependientas aparecen con una selección de vestidos de diseñador en tonos diferentes y cortes elegantes.

—Señorita, hemos traído algunas opciones que creemos que pueden gustarle.

Dylan se aparta con una sonrisa triunfal.

—Vamos, princesa. Es hora de probarse vestidos.

Lo fulmino con la mirada, pero sé que he perdido esta batalla, aunque, en este caso, me encanta.

Capítulo 38

Dylan

La Quinta Avenida resplandece bajo las luces de neón y los flashes de las cámaras que iluminan la noche de Manhattan. El evento que mi empresa ha organizado esta noche es el epicentro de la exclusividad y el lujo, una exhibición de los vehículos más impresionantes del mundo y un desfile de poder y estatus al que solo los más selectos tienen acceso. Yo soy el anfitrión, el hombre que mueve los hilos de esta gala, pero también el que tiene a todos los ojos puestos sobre él, aunque no podría haber elegido mejor compañía para lucirme antes las cámaras y los miles de ojos que nos mirarán esta noche.

Kiara camina a mi lado con una elegancia felina, con la cabeza alta y la mirada resuelta. Su vestido rojo es una obra de arte, una segunda piel que realza cada una de sus curvas. El escote palabra de honor deja sus hombros desnudos expuestos a las miradas de admiración, que la recorren de arriba abajo sin pudor. La abertura en su muslo insinúa mucho más de lo que muestra, y las sandalias de tacón altísimo la hacen parecer etérea e inalcanzable. La luz de los flashes resbala sobre su piel con un brillo casi hipnótico. Me deleito con la imagen y con el poder que emana sin esfuerzo.

Los periodistas se agolpan en los laterales de la alfombra roja, gritando mi nombre e intentando captar un mínimo gesto que les sirva de noticia. Saben quién soy y lo que significa que haya traído a Kiara de mi brazo.

Avanzamos sin prisa, con la seguridad de quien sabe que todo este mundo le pertenece. Algunos de los nombres más poderosos del sector automovilístico nos esperan junto a los coches en exhibición, relucientes bajo la iluminación perfectamente calculada. A nuestro alrededor, celebridades, magnates y modelos intercambian conversaciones en susurros, con copas de champán en la mano y sonrisas calculadas.

—Dylan, amigo, impresionante despliegue —me dice un empresario del sector automovilístico al que conozco desde hace años, mientras me estrecha la mano con fuerza.

—Lo mejor para lo mejor —respondo con una media sonrisa, antes de girarme hacia Kiara—. Y, además, esta noche tengo la mejor compañía.

Ella mantiene la compostura, aunque percibo la ligera rigidez en su gesto. No es su mundo, aunque lo disimula muy bien. Es fascinante ver cómo se adapta, cómo sus ojos recorren el ambiente con una mezcla de análisis y cautela, absorbiendo cada detalle.

Me inclino levemente hacia su oído, dejando que mi aliento roce su piel.

—Si quieres escapar, dime una palabra clave. Algo como *socorro* servirá.

Kiara suelta una leve risa, modulada para que solo yo la escuche.

—No te daré el placer de verme huir, Russell.

Esa respuesta me provoca una sonrisa. Me gusta que Kiara sea desafiante y valiente. Y eso solo hace que la quiera aún más cerca de mí.

Nos detenemos frente a la joya de la noche: un Lamborgini deportivo de edición limitada, una máquina de velocidad y perfección cuyo precio está fuera del alcance de la mayoría de los mortales. Un círculo de inversores y figuras influyentes nos rodea, atentos a cada movimiento y a cada palabra que pronuncio. Justo en el momento

en que la atención es máxima, hago lo impensable. Tomo el rostro de Kiara entre mis manos y la beso.

El murmullo se disipa en un instante. Los flashes explotan como relámpagos a nuestro alrededor para capturar cada ángulo de nuestro beso. Sus labios ceden bajo los míos tras un mínimo segundo de vacilación, y la sensación de poseerla aquí, frente a todos, me llena de un placer indescriptible. No es solo por el espectáculo, aunque disfruto del impacto mediático, es porque ella me corresponde. Su mano se aferra a la solapa de la chaqueta de mi esmoquin, como si estuviera anclándose a mí en medio del caos.

Cuando nos separamos, su respiración es leve y tiene las pupilas dilatadas. No sé si es por la sorpresa o por el deseo que nos consume, pero no me importa. Lo que importa es que todo Nueva York ha sido testigo y ya nadie podrá dudar de lo que Kiara significa para mí.

—Eso debería mantener a la prensa ocupada durante un buen rato —susurro en su oído, con una sonrisa cargada de satisfacción.

Ella parpadea, tomándose un segundo antes de responderme.

—Eres un egocéntrico.

—Y tú eres la mujer más increíble de este lugar —replico, pasando un dedo por la línea de su mandíbula.

El resto de la velada transcurre entre conversaciones estratégicas, presentaciones calculadas y miradas furtivas entre Kiara y yo. Ella juega su papel con una destreza sorprendente, paseándose por este mundo como si siempre hubiera pertenecido a él y aunque sé que sigue sintiéndose fuera de lugar, lo sabe disimular muy bien.

Al salir del evento, la noche en Manhattan sigue vibrando con la energía inagotable de la ciudad que nunca duerme. Kiara respira hondo, como si finalmente pudiera relajarse. Mientras la observo, me pregunto qué es lo que estará pensando en este momento.

—¿Cansada? —pregunto.

Ella se gira hacia mí, con esa chispa en la mirada que me vuelve loco.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre preguntar después de la escena que has montado ahí dentro?

Sonrío ante su respuesta. No me arrepiento de nada y mucho menos de haber mostrado al mundo lo que es mío.

—Solo quería asegurarme de que lo disfrutaras tanto como yo.

Kiara resopla, pero no puede disimular la leve curvatura de sus labios.

—Eres imposible, Dylan.

—Y tú eres adictiva, Kiara —me río.

Capítulo 39

Kiara

El ascensor sube con suavidad hasta la planta más alta del edificio. La noche en Manhattan sigue en plena ebullición tras la gala, pero aquí arriba, en el ático de Dylan, todo parece alejarse. Sigo recuperándome de la intensidad del evento, de los flashes, las miradas y los susurros. Ha sido una locura, y lo peor es que para él, esto no es más que un día cualquiera.

Las puertas del ascensor se abren y accedemos a su apartamento. A pesar de que no es la primera vez que estoy aquí, cada vez que entro, tengo la misma sensación: amplitud, lujo y una elegancia sobria que refleja su personalidad. Todo está decorado en tonos oscuros, con ventanales infinitos que dejan ver el perfil de la ciudad extendiéndose hasta donde alcanza la vista. Dejo escapar un suspiro mientras mis pies, que han soportado el castigo de unas sandalias imposibles, laten con un dolor sordo.

—Vaya noche —murmuro, mientras me giro hacia él.

Dylan se apoya en la encimera de la cocina abierta, con la chaqueta del esmoquin desabrochada y la mirada fija en mí con esa intensidad que nunca se apaga del todo.

—Solo ha sido un aperitivo —dice con una sonrisa ladeada—. ¿Impresionada?

—Impresionada, abrumada… agotada —confieso, apoyándome en la pared mientras me deshago de uno de los tacones con un suspiro de alivio.

—Así que la reina de la fiesta también tiene un límite… —bromea, acercándose hasta mí y noto cómo el aire cambia cuando él está demasiado cerca. Me observa de arriba abajo, fijándose en cómo intento aliviar la tensión de mis pies.

—Han sido demasiadas sonrisas falsas y conversaciones superficiales para una sola noche —respondo, quitándome el otro tacón y dejándolo caer con un golpe sordo sobre la alfombra.

Dylan niega con la cabeza, divertido.

—Bienvenida a mi vida, Kiara. Esto es lo que significa ser Dylan Russell.

—Menuda locura de vida —murmuro, recorriendo con la mirada su apartamento, como si pudiera encontrar en sus paredes alguna pista sobre lo que se siente al vivir así cada día.

—Y ni siquiera has visto lo peor —añade, con una sonrisa traviesa.

Me acerco y apoyo las manos en su pecho, sintiendo la calidez de su piel bajo la camisa.

—Pues ahora mismo, lo único que quiero ver es una cama o una bañera o un sofá. Cualquier cosa que implique estar descalza y en horizontal.

Dylan levanta una ceja y, en menos de un segundo, sus brazos rodean mi cintura y me alza en el aire con facilidad. Su risa resuena en mi oído mientras yo ahogo un grito de sorpresa.

—¡Dylan! ¿Qué haces?

—Llevarte a la bañera, señorita Spencer —responde sin dejar de caminar con paso firme hacia su habitación.

—¡Puedo ir sola! —protesto entre risas.

—Pero así es más divertido —replica, inclinándose para besarme fugazmente en los labios antes de cruzar la puerta de su dormitorio.

Me rindo y dejo que me lleve, con los brazos rodeando su cuello y el corazón latiéndome demasiado rápido. La noche ha sido un torbellino de emociones, pero de todas, la que más me desconcierta

es esta: la sensación de que, en sus brazos, podría quedarme para siempre.

El baño del dormitorio de Dylan es un santuario de mármol negro y luz tenue. El vapor asciende desde la bañera, impregnando el ambiente con un calor envolvente que contrasta con el frío que se ha instalado en mi piel tras la velada. Dylan me deja con suavidad sobre el suelo y pasa us manos por mis brazos, como si no quisiera perder el contacto ni un solo instante.

—Déjame ver lo que hay debajo de este vestido —murmura con voz ronca.

Me sostiene la mirada, esperando mi respuesta. Mientras yo llevo mis dedos hasta la cremallera lateral del vestido y la bajo con una lentitud deliberada, dejando que la tela roja resbale por mi cuerpo y se acumule a mis pies. Para después quitarme de forma muy lenta y sensual, la última prenda que me cubre: mi minúsculo tanga de color rojo.

Dylan exhala con deseo y adoración en su mirada. Sus ojos recorren cada centímetro de mi piel desnuda, deteniéndose en mis caderas y en el movimiento de mis pechos con cada respiración entrecortada.

—Eres perfecta —susurra, dando un paso hacia mí.

Levanto una ceja con descaro.

—Ahora te toca a ti —le digo, cruzándome de brazos—. Y no puedes negarte.

Dylan sonríe, con esa sonrisa pícara, que siempre consigue desarmarme. Tira de su pajarita con un movimiento hábil y la deja caer al suelo, seguida por su chaqueta y la camisa, que desabrocha sin apartar la mirada de la mía. Me acerco a él y paso las manos por su pecho, sintiendo la tensión bajo mis dedos. Bajo hasta su cinturón y lo deshago con lentitud, notando cómo su respiración se vuelve más pesada. El botón del pantalón cede con facilidad, y cuando la tela cae junto a sus pies acompañado de su bóxer, lo tengo completamente desnudo ante mí, tan duro y listo como lo había imaginado.

Mi mirada se encuentra con la suya. Dylan no se mueve, esperando mi siguiente paso. Sonrío antes de acercarme más,

dejando que mi cuerpo roce el suyo.

—Ahora sí estamos en igualdad de condiciones —susurro, acariciando su mandíbula con mis labios.

Dylan está frente a mí, completamente desnudo y con su erección marcando la urgencia del deseo que arde entre nosotros. Su cuerpo es una obra maestra de músculos tensos y piel caliente. Me quedo un instante contemplándolo, saboreando el poder de saberme la causa de su excitación desbordante. Su respiración se agita cuando doy un paso hacia él, y en sus ojos oscurecidos se refleja una impaciencia que me envuelve y me arrastra sin remedio.

Me acerco despacio, dejando que mis labios rocen su cuello con una suavidad provocadora. El leve jadeo que escapa de su garganta me impulsa a seguir. Bajo por su pecho, mis labios delinean cada contorno de su piel mientras mis manos recorren su abdomen hasta llegar donde más me desea. Me arrodillo ante él y lo miro desde abajo con una sonrisa que es puro desafío.

—Eres un maldito peligro —murmura, entrecerrando los ojos cuando mis dedos envuelven su erección.

—Lo sé —susurro antes de deslizar mi lengua sobre la punta, probándolo con la lentitud de quien disfruta los preliminares tanto como el acto en sí.

Cuando introduzco su gruesa erección por completo en mi boca, su maldición ahogada es el único sonido que rompe el silencio del baño. Me entrego a él con devoción, succionando con un ritmo lento pero profundo, alternando caricias de lengua y presión con mis labios. Sus dedos se enredan en mi cabello, guiándome con movimientos sutiles que revelan cuánto está disfrutando.

—Joder, Kiara… —gime con voz grave, y saber que lo tengo en este estado me enciende aún más.

Mi boca trabaja con precisión, aumentando la intensidad poco a poco, hasta que su cuerpo se tensa y su control se resquebraja. Me detiene con un suspiro entrecortado, tirando de mí hacia arriba antes de que lo lleve al límite. Me besa con fiereza, haciéndome probar su propio deseo en mis labios, mientras sus manos recorren mi cuerpo con una avidez que electriza mi piel.

Dylan me alza sin esfuerzo, sosteniéndome como si no pesara nada con su cuerpo firme y fuerte. Me aferro a sus hombros, sintiendo la tensión de sus músculos mientras me lleva hacia el jacuzzi. El agua burbujeante refleja la luz tenue del baño, envolviéndonos en una atmósfera íntima y cargada de deseo. Me sienta sobre el borde con cuidado y sus manos grandes y fuertes se deslizan por mis muslos con una lentitud tortuosa, como si quisiera memorizar cada curva y centímetro de mi piel. Su mirada se oscurece al encontrar la mía, se arrodilla entre mis piernas y su aliento cálido acaricia mi piel antes de que sus labios se posen sobre el interior de mi muslo. Un escalofrío me recorre al sentir su boca recorrerme con besos húmedos, entremezclados con suaves mordiscos que encienden cada fibra de mi ser. Su lengua traza senderos ardientes sobre mi piel, deteniéndose en puntos estratégicos que me arrancan suspiros entrecortados. Su dominio es absoluto, su control sobre mi cuerpo es innegable y me entrego a él sin resistencia.

Mis manos se enredan en su cabello, tirando suavemente de él cuando su boca encuentra el centro de mi placer. Su lengua se pasea con maestría, provocándome con movimientos precisos y calculados que me dejan sin aliento. Un jadeo se escapa de mis labios cuando succiona con la intensidad justa, elevando mi temperatura hasta límites insoportables. Mi espalda se arquea instintivamente, queriendo más, y Dylan responde sujetándome con firmeza para mantenerme justo donde me quiere.

—Dylan… —susurro su nombre, apenas capaz de articular palabra.

—Me encanta cómo dices mi nombre cuando estás así —murmura contra mi piel con la voz profunda y cargada de lujuria.

Levanta la mirada, observándome mientras su lengua sigue trabajando, disfrutando de cada reacción que provoca en mí. La presión dentro de mi cuerpo se acumula como una ola creciente, amenazando con arrastrarme sin control. Justo cuando creo que no puedo soportarlo más, se aparta ligeramente, succionando con un ritmo más pausado, alargando mi agonía. Mi cuerpo tiembla y mis

manos se aferran a los bordes del jacuzzi, necesitando algo en lo que sostenerme cuando la oleada de placer finalmente me golpee.

Dylan me da lo que necesito en el momento justo introduciendo sus dedos en mi interior, mientras su lengua sigue acariciándome con devoción, intensificando las sensaciones hasta que un estremecimiento violento me atraviesa de pies a cabeza. Un grito ahogado acompañado de un placer desgarrador me envuelve, haciéndome perder toda noción de espacio y del tiempo. Mi cuerpo se sacude contra sus labios, atrapado en el vórtice de un orgasmo que me desarma por completo.

Sonríe contra mi piel satisfecho, mientras mi respiración intenta recuperar un ritmo normal. Me besa en la parte interna del muslo antes de incorporarse y observo su cuerpo imponente reflejando el deseo contenido, que todavía late en su mirada.

—Esa es la expresión que quiero ver siempre en tu cara —susurra, pasando sus labios sobre los míos con una ternura inesperada—. Pero aún no hemos terminado —me dice al oído.

Me gira con suavidad, haciéndome inclinar sobre el borde del jacuzzi mientras sus manos exploran mi cuerpo con dulzura, pero también con firmeza. Sus dedos recorren cada centímetro de mi piel húmeda, descendiendo con precisión hasta el punto donde mi cuerpo se estremece bajo su contacto. Mi respiración se entrecorta cuando lo siento prepararme con una paciencia exquisita, con movimientos lentos y expertos despertando una sensación nueva, desconocida y excitante.

—Dylan… nunca he hecho sexo anal antes —susurro, con un atisbo de duda y deseo en la voz.

Él se inclina sobre mí y noto su aliento cálido resbalando por mi oído.

—Solo relájate, nena. Déjate llevar y confía en mí —su tono es bajo, envolvente, lleno de una seguridad que disipa cualquier atisbo de miedo.

Sus labios besan mi cuello mientras sus manos siguen trabajando en mi cuerpo, preparándome con dedicación, asegurándose de que esté lista para recibirlo. La calidez del agua y la firmeza de sus caricias me envuelven en un estado de deseo y placer absoluto. Mis

músculos se tensan cuando lo siento ponerse detrás de mí, su erección palpita contra mi piel y un nuevo escalofrío me recorre de pies a cabeza.

Dylan empuja con suavidad, avanzando con una lentitud controlada en mi entrada. El dolor inicial me hace contener el aliento y él lo nota, porque se queda quieto y me da tiempo a adaptarme a su tamaño.

—Respira hondo —murmura contra mi piel y noto cómo su lengua acaricia mi hombro para distraerme de la presión—. Lo haremos despacio, solo quiero que disfrutes.

Me aferro con fuerza al borde del jacuzzi mientras sigo su consejo, inhalando profundamente. Poco a poco, la incomodidad se disuelve y es reemplazada por una sensación de estiramiento intensa pero curiosamente placentera. Dylan sigue atento a cada una de mis reacciones y noto sus manos acariciando mi espalda.

—Eso es… —murmura con paciencia y deseo contenido—. Estás tan preciosa así…

Cuando mi cuerpo finalmente se adapta a su enormidad, comienzo a sentir algo más que presión. Es un placer crudo y primitivo, diferente a cualquier cosa que haya experimentado antes. Gimo suavemente, empujando levemente hacia él para darle la señal de que puede moverse.

Dylan maldice entre dientes y comienza a avanzar con un ritmo lento y deliberado. Cada embestida es una mezcla perfecta de control y desenfreno, y de intensidad y ternura. Sus manos se aferran a mis caderas con firmeza, guiándome a su antojo mientras el placer crece y se expande en mi interior como un incendio imposible de apagar.

—Joder, Kiara… —gruñe con voz rasposa y siento cómo su control se tambalea mientras sigue adentrándose más en mí.

Me arqueo contra él, buscando y necesitando más. Nunca imaginé que el sexo anal podría sentirse así, una conexión tan íntima y al mismo tiempo tan devastadoramente placentera.

—Dylan… —jadeo, apenas capaz de formar palabras.

—Dime, nena —su voz es puro fuego contra mi oído—. Dime lo que necesitas.

—Más… —susurro sin pensar, completamente perdida en la sensación de él llenándome de una forma que nunca creí posible.

Él obedece y su ritmo se vuelve más profundo y exigente, mostrándome su dominio más absoluto. Cada empuje me lleva al límite y cada movimiento suyo aviva la llama dentro de mí hasta que el placer se torna insoportable cuando noto sus dedos acariciarme el clítoris como solo él sabe. En ese instante, un espasmo violento sacude mi cuerpo y un grito ahogado escapa de mis labios cuando el orgasmo me golpea con una fuerza devastadora, dejándome completamente rendida.

Dylan sigue su propio descenso al placer. Su gruñido grave resonando en mi piel mientras se entierra por completo una última vez antes de explotar dentro de mí y su cuerpo se estremece contra el mío. Permanecemos así, atrapados en la intensidad del momento, mientras el agua burbujeante nos envuelve en su calor.

Dylan besa mi hombro con una ternura inesperada y yo cierro los ojos, dejando que la sensación de su piel contra la mía me ancle en este instante. Sé que nada será igual después de esta noche.

Capítulo 40

Kiara

El bullicio de la facultad me envuelve en cuanto salgo del aula. Los pasillos están llenos de estudiantes que se desplazan entre clases, algunos enfrascados en conversaciones animadas y otros con la mirada fija en sus teléfonos. Intento ignorar el cansancio acumulado de la noche anterior y centrarme en lo que queda del día, pero una voz conocida me arrastra de golpe a la realidad.

—Kiara, ¿has visto las redes? —Hannah se acerca a mí con el móvil en la mano y la expresión entre sorprendida y alarmada.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza mientras recoloco la mochila sobre mi hombro.

—No, he estado en clase. ¿Por qué?

Hannah no responde de inmediato. En su lugar, me muestra la pantalla de su teléfono. Mi estómago se revuelve al ver mi rostro en cada publicación y titular que me muestra. Las imágenes de la gala, de Dylan besándome frente a la prensa y de nosotros en el evento entre un montón más han explotado en todas partes. Pero no es solo eso. Los comentarios que acompañan las fotos son demoledores.

«¿Quién es esta chica? Solo una camarera. Seguro que es otra más en la larga lista de conquistas temporales de Dylan Russell».

«Menudo escándalo. La amante del magnate no es más que una simple trabajadora del club LUX».

«No durará mucho. Pronto la cambiará por otra».

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. La humillación es absoluta. Siento que el aire me falta, pero no tengo tiempo de procesarlo antes de que mi teléfono empiece a vibrar. Al ver el nombre que aparece en la pantalla, un nudo de ansiedad se instala en mi garganta.

—Es mi padre… —murmuro con la voz temblorosa.

Hannah me observa con compasión y advertencia, pero yo ya he deslizado el dedo para contestar. Apenas pongo el móvil en mi oreja cuando la voz de mi padre retumba al otro lado de la línea.

—Dime que no es cierto. Dime que no eres tú la que aparece en todas partes como la última conquista de Russell.

Cierro los ojos con fuerza, intentando controlar el temblor en mis manos.

—Papá, yo…

—¡No me lo puedo creer, Kiara! —me interrumpe, su tono mezcla de furia y decepción—. ¿En qué estabas pensando? ¿Sabes el ridículo que estás haciendo? No eres más que un juguete para él. Y cuando se canse, te desechará como ha hecho con todas. No sé cómo te has atrevido a mostrarte en público de su mano…

Cada una de sus palabras es una daga que se clava en mi pecho. Trago saliva con dificultad, sintiendo la presión en mi garganta.

—No es así…

—Ah, ¿no? Entonces dime qué es. ¿Crees que un hombre como Dylan Russell va a tomarse en serio a una chica como tú? Despierta, Kiara. Estás cometiendo el peor error de tu vida.

Mi respiración es más caótica, no puedo seguir escuchando esto. Mis dedos aprietan el teléfono con fuerza.

—Papá, por favor…

—No quiero verte más envuelta en nada de esto. Aléjate de él. Antes de que sea demasiado tarde —me dice alzando aún más la voz y me cuelga el teléfono. En ese momento, siento cómo se rompe algo dentro de mí. Un sollozo se escapa de mis labios antes de que pueda contenerlo. Hannah me mira con el ceño fruncido y sin decir

nada, me rodea con sus brazos. Pero no es suficiente. Nada parece suficiente en este momento.

Mi móvil vibra de nuevo, miro con temor la pantalla y veo que ahora es mi madre que me acaba de enviar un mensaje.

Mamá:
Te he visto por la tele.
Vas del brazo de un hombre que no tiene nada que ver contigo.
No sé en qué piensas, pero ten cuidado.
No te reconozco.

Las lágrimas me nublan mi vista. Todo el mundo está en mi contra y parece creer que lo que pasó anoche fue un error, un juego del que pronto seré descartada.

—Tienes que alejarte de él —me dice ahora Hannah con tono firme y sin margen para la discusión.

Alzo la mirada y sacudo la cabeza.

—Ya es demasiado tarde.

Hannah aprieta los labios, claramente frustrada, pero no se rinde.

—No. No lo es. Bloquéalo. Ahora mismo.

Parpadeo, aturdida.

—¿Qué…?

—Hazlo, Kiara. Bloquéalo en tu teléfono y en todas partes. Demuéstrale a tu padre, a tu madre y a todos que de verdad esto no significa nada.

Mi pulso se acelera. No quiero hacerlo. No quiero borrar a Dylan de mi vida, pero las voces de las personas que me quieren resuenan en mi cabeza. La humillación, el juicio y el peso de todas las miradas caen sobre mí y no lo soporto.

Con el corazón encogido, abro la conversación con Dylan en mi móvil y veo cómo su nombre brilla en la pantalla, como un recordatorio de todo lo que siento por él y de todo lo que hemos compartido. Cierro los ojos y, con los dedos temblorosos, presiono el botón de bloquear.

Cuando lo he hecho, un vacío gélido se instala en mi pecho al ver cómo su contacto desaparece de mi lista. Hannah suelta un suspiro

aliviado, pero yo me siento como si acabara de arrancarme una parte de mí misma.

El resto del día lo paso rodeada de una especie de niebla de desconcierto. No presto atención en clase, ni a lo que Hannah me dice mientras caminamos hacia la salida de la universidad. Todo en lo que puedo pensar es en Dylan, en lo que sentí anoche y en lo que acabo de hacer.

Mientras voy de regreso a casa, tengo la sensación de que alguien me observa. Camino más rápido, aferrándome a la carpeta de la universidad y subiéndome la capucha de la sudadera. Seguro que es un *paparazzi*, porque con todo el revuelo mediático, tiene sentido que me sigan. Aun así, el escalofrío que recorre mi espalda me hace sentir extrañamente intranquila.

Capítulo 41

Dylan

Las luces de Manhattan titilan a lo lejos desde mi despacho en lo alto del edificio de Russell Motors. La vista debería darme la calma que necesito, pero no lo hace. Mis nudillos están blancos de tanto apretar el teléfono que tengo en mi mano. La pantalla muestra la última notificación: otra amenaza.

El mensaje es claro:

«Si no dejas a la chica, perderás tu imperio. Un Russell no puede verse envuelto en un escándalo semejante. Russell Motors no es una marca que se pueda permitir que su dueño se muestre de la mano con mujeres mucho más jóvenes de dudosa procedencia, ni de relaciones pasajeras con jovencitas. Piensa bien cuáles van a ser tus próximos movimientos, porque estás a punto de perder este juego».

El mundo de los negocios está lleno de hienas, de hombres que se esconden detrás de consejos de administración y socios silenciosos, que esperan el momento exacto para atacar. Sé que esta no es una advertencia vacía y me dice que, si no me aparto de Kiara, van a por mí con todo. Pero apartarme de ella no es una opción.

Respiro hondo y suelto el teléfono sobre la mesa de mi despacho. Mi mandíbula se tensa mientras me paso la mano por el pelo, intentando calmar la rabia que me recorre el cuerpo. Esto no es solo

un ataque a mi vida personal. Es un intento de control y una jugada para forzarme a hacer lo que ellos quieren. Pero nunca he sido un hombre que ceda bajo presión.

La puerta de mi despacho se abre sin previo aviso y Austin entra con su habitual expresión de tiburón insatisfecho. Cierra la puerta tras de sí con calma, como si ya hubiese ganado la partida.

—Te lo advertí —me dice, apoyándose en la pared con los brazos cruzados—. Ahora, lo vas a pagar y al fin voy a conseguir que Russell Motors sea mío, como siempre debió ser.

Aprieto la mandíbula, al escuchar las palabras rezumantes de veneno que escapa de su garganta.

—No tienes idea de lo que dices —le respondo con frialdad.

Austin suelta una carcajada vacía.

—Claro que sí. Esto no es personal, hermanito. Solo son negocios. Tú solito te has cavado la tumba al exhibirte con esa chica como si fueras un adolescente enamorado. El mundo no va a tolerarlo y los socios ya están planteándose si puedes seguir liderando la compañía con esa imagen de mujeriego irresponsable.

Mis manos se cierran en puños. Lo sabía. Sabía que esto no se trataba solo de los inversores. Austin ha estado moviendo fichas en la sombra, esperando el momento perfecto para apuñalarme por la espalda.

—Papá también se dejó engañar por ti cuando te dejó este imperio en tus manos —continúa—. Pero eso se acabó. Pronto todo volverá a donde siempre debió estar. Conmigo.

Siento el cuerpo tenso y la respiración agitada, aunque pongo todo mi empeño en disimularlo. No pienso darle el placer de verme perder el control.

—Si crees que puedes sacarme de aquí con un par de titulares y una campaña de desprestigio, eres más idiota de lo que pensaba.

Austin se acerca hasta mí, confiado, como un depredador oliendo sangre.

—Demuéstrame que no lo eres tú. Déjala. Haz un comunicado y di que esa jovencita ha sido solo un capricho pasajero y que has recapacitado. Puede que así todavía tengas la oportunidad de redimirte.

Lo miro fijamente, sintiendo la ira quemándome por dentro. No tienen idea de lo que Kiara significa para mí. Ni es un capricho, ni una distracción. Es lo más real que he tenido en años.

Austin sonríe al ver que no le respondo.

—Piénsalo bien, porque esta vez, no voy a perder de nuevo.

Capítulo 42

Dylan

Las luces de neón parpadean en la lejanía, proyectando destellos sobre el asfalto desgastado por el tiempo y la velocidad. El desierto de Nevada se extiende en la oscuridad como un abismo sin final, y el rugido de los motores resuena en la noche con la fuerza de un trueno contenido. Aquí no hay normas, ni contratos, ni nombres importantes, ni apellidos que cargar sobre los hombros. Solo importa quién es más rápido y quién tiene las agallas suficientes para cruzar la meta sin perderlo todo en el intento.

Agarro el volante con fuerza, con los nudillos tensos y la mente anclada en una única idea: huir. No del todo, no físicamente, pero sí escapar de la presión que amenaza con derrumbarlo todo. La empresa, la imagen, el apellido Russell, mi vida entera convertida en una partida de ajedrez donde los movimientos han sido dictados por otros. Y ahora, por si fuera poco, también quieren arrebatarme a Kiara. Pero no voy a permitirlo.

Aprieto la mandíbula y miro el coche que tengo a mi lado: un McLaren negro con vinilos fosforescentes tiembla con el rugido del motor, ansioso por devorar la carretera. Su conductor me lanza una mirada de desafío, pero ni siquiera le devuelvo el gesto. No necesito provocaciones. Lo único que quiero es sentir la velocidad, el peligro

y el vértigo de apostar algo que realmente me importe. Esta noche he decidido apostar algo con más valor para mí que el dinero. Esta noche me juego mi Lamborghini más clásico, mi primer coche de colección, mi joya más preciada. Pero en este momento, el valor de los objetos no significa nada comparado con lo que está en juego en mi vida.

—¿Estás seguro de esto, Russell? —pregunta un tipo con una camiseta sin mangas y una cicatriz que le cruza la ceja.

—Haz que den la salida —le gruño, con el pulso a mil y el corazón acelerado por la adrenalina.

El hombre sonríe, levanta los brazos y una chica con un vestido diminuto se adelanta al centro de la improvisada línea de salida. Alza las manos al cielo y, en cuanto las baja, los motores rugen al unísono. La explosión de sonido me golpea los oídos, la vibración me recorre el cuerpo y la carretera desaparece en un borrón de luces y sombras. Mi nuevo Lamborghini responde con la precisión de una bestia desatada, empujándome contra el asiento mientras el velocímetro trepa como un maldito demonio liberado del infierno.

La carretera es una línea serpenteante entre colinas y polvo. No hay barreras, ni seguridad, solo el vacío negro de la noche y la muerte acechando en cada curva cerrada. La aguja del velocímetro alcanza los 200 km/h, pero no es suficiente. No quiero contenerme solo ansío sentir esta locura.

Un coche rojo aparece por el rabillo del ojo, intentando adelantarme en una curva imposible. Su conductor no mide bien la distancia y, por un segundo eterno, todo se reduce a la fina línea entre la victoria y el desastre. Giro el volante con precisión quirúrgica, controlando la deriva y sintiendo cómo los neumáticos luchan contra el asfalto ardiente.

El McLaren intenta aprovechar mi distracción y se pega a mi parachoques trasero y busca un hueco, pero esta es mi carrera y aquí mando yo. Aprieto el pedal a fondo y el rugido del motor de mi Lamborgini se vuelve ensordecedor y el paisaje se difumina en un túnel de velocidad pura. El viento azota el parabrisas y la adrenalina me inunda la sangre y me empuja más allá del miedo, del juicio y de las advertencias. No pienso frenar ni ceder.

El final de la carretera se acerca, la última recta antes de la meta improvisada. Es el todo o nada. Cambio de marcha con un movimiento rápido, sintiendo la potencia bruta del Lamborghini responder como un animal rabioso. El McLaren sigue ahí, respirándome en la nuca, pero le falta algo que yo tengo: el instinto para ganar.

Otro coche rival intenta una última jugada, pero no es suficiente. Cruzo la meta en primer lugar con una precisión perfecta, sintiendo el estremecimiento de la victoria como un golpe en el pecho. Los frenos chirrían, los neumáticos se aferran al asfalto y el Lamborghini se desliza unos metros antes de detenerse por completo.

Silencio. Un segundo de absoluta quietud antes de que los gritos y las bocinas exploten a mi alrededor. He ganado.

Bajo del coche con el pulso aún disparado, con la respiración entrecortada y la piel ardiendo de la emoción. La multitud me rodea, felicitándome con palmadas en la espalda y billetes volando entre apuestas perdidas y ganadas. Pero nada de eso importa, porque en mi cabeza y en mi pecho, solo hay un nombre: Kiara.

Saco el móvil del bolsillo y marco su número. Quiero escuchar su voz y contarle que he ganado y que esta noche es nuestra. Pero no consigo contactar con ella. Frunzo el ceño y lo intento de nuevo. Nada. Miro la pantalla con incredulidad. Mis mensajes tampoco le llegan. Es como si hubiese desaparecido. No. No puede ser.

Una furia ciega me golpea y lanzo el móvil contra el asiento del copiloto antes de soltar un gruñido. Me meto de nuevo en el coche, con las manos apretando el volante hasta que los nudillos se vuelven blancos. Algo dentro de mí se retuerce de rabia y frustración.

—¡Joder! —golpeo el volante con fuerza, una vez, dos, tres veces y el eco de mi furia resuena en el interior del coche.

No sé qué ha pasado, pero lo intuyo. Sé cómo funciona este mundo y sé lo que los demás han estado intentando desde que la conocí. Pero si creen que voy a darme por vencido tan fácilmente, están muy equivocados.

Esto no ha terminado y no pienso dejarla ir.

Capítulo 43

Kiara

El silencio en mi casa es más omnipresente que nunca. Antes, siempre había ruido: el sonido del televisor en el salón, las llamadas de teléfono, el ruido de la cafetera mientras yo preparaba mi taza para tomarme el primer café de la mañana con una precisión casi ritual. Sin embargo, ahora, todo eso ha desaparecido.

Mi padre no ha vuelto a llamarme desde aquella conversación por teléfono que acabó tan mal. He marcado su número varias veces, pero el tono de llamada suena interminable sin que me responda. Y, cuando finalmente se dignó a contestar, su voz me sonó como la de un extraño.

—Estoy ocupado, Kiara. No me llames si es para volverme a hablar de lo mismo. Ya te dije todo lo que te tenía que decir al respecto.

Esa fue la última vez que escuché su voz. Ni siquiera esperó a que dijera algo antes de colgar.

Mi estómago se revuelve cada vez que pienso en sus palabras. Sé que está decepcionado, pero nunca imaginé que se alejaría tanto de mí. Intento convencerme de que es temporal y de que en algún momento nuestra relación volverá a ser como lo era antes. Pero los

días pasan y el hueco que ha dejado en mi vida se hace cada vez más grande.

Pero lo peor es que no es lo único que me falta. Bloquear a Dylan ha sido la peor decisión que he tomado en mi vida, y lo supe en el momento en que lo hice. La rabia, la presión y el miedo a perder el poco respeto que aún me tenían mi familia y mis amigos… hizo que tomara esa decisión, pero ahora que el eco de la adrenalina se ha desvanecido, lo único que me queda es un vacío que lo invade todo. Un hueco oscuro en el centro de mi pecho que no consigo llenarlo con nada.

Porque alejar a Dylan de mí, también ha significado arrancarme a mí misma.

Las noches son lo peor. Me acuesto en la cama mirando el techo, con la mente enredada en recuerdos que me devuelven a su cama, a su piel contra la mía y a la manera en que me miraba cuando pensaba que yo no lo veía. Ahora lo único que tengo es un teléfono que no suena y un corazón que late sin motivo.

Hannah cree que lo estoy superando. Aunque la verdad es que no dejo que sepa lo mucho que me duele, porque sé que su reacción sería la misma de siempre: «Te lo dije. Era lo mejor». Pero no es lo mejor, porque vivir así es un infierno.

Esta mañana, al salir de casa para ir a la universidad, he visto un coche negro que estaba aparcado en la esquina de mi calle, con las ventanillas tintadas. Lo vi anoche también, pero intenté convencerme de que era casualidad. Ahora ya no estoy tan segura de que lo sea. Camino con el ceño fruncido, sintiendo el peso de una mirada sobre mí que no sé de dónde viene. Acelero el paso y me pierdo entre las calles hasta llegar a la universidad. Me mezclo con los demás estudiantes, como si fueran un escudo que me protege de lo que sea que haya ahí fuera. Pero en el fondo sé que no es mi imaginación.

Por la tarde, mientras estoy en la biblioteca, fingiendo leer, mi teléfono vibra con un número desconocido. Dudo un momento antes

de contestar, pero al final lo hago. La voz que escucho al otro lado de la línea hace que mi piel se erice.

—Kiara Spencer.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Quién eres? —pregunto, tratando de que mi voz suene firme y tranquila.

—Alguien que te está haciendo un favor. Escúchame bien. Si sigues con mi hermano, lo destruiré y tú caerás con él.

El aire se me atasca en la garganta.

—¿Austin? —susurro, sintiendo cómo el miedo se enreda en mi pecho.

—Buena chica, has acertado —su voz es calmada, quizá demasiado, como si estuviera disfrutando del terror que me invade —. Te lo advertiré solo una vez, así que presta atención. Dylan está jugando con fuego y tú eres la chispa que puede hacer que todo su mundo arda hasta los cimientos.

Me quedo paralizada, incapaz de reaccionar al escuchar lo que me dice.

—Déjalo, aléjate de el de forma definitiva y finge que nunca existió. Porque si sigues en su vida, me aseguraré de que no le quede nada. Ni su empresa, ni su reputación… ni su futuro.

Aprieto mi móvil con fuerza mientras habla.

—No puedes hacerle eso…

Austin suelta una risa baja y cruel.

—Puedo hacer lo que quiera, pequeña. No tienes ni idea del mundo en el que te has metido. Y, créeme, mejor que continúes sin saber nada de él.

El silencio se extiende entre nosotros y sé que espera mi respuesta, porque quiere que me rompa y, lo peor, es que lo está consiguiendo.

—No le digas nada de esta llamada —añade con una frialdad cortante—. Si intentas advertirle, lo pagarás caro. Y no solo tú, también las personas que te rodean.

Cuelga antes de que pueda decir nada más.

Me quedo allí, sentada en la silla de la biblioteca, con la respiración agitada y la mente hecha un caos.

Capítulo 44

Kiara

El camino de regreso a casa se me hace eterno. Tengo la respiración agitada y veo sombras tras cada esquina que parecen moverse con intenciones ocultas. La llamada de Austin sigue resonando en mi cabeza, con sus palabras impregnadas de amenaza y crueldad, como un veneno que se filtra en mi piel y me paraliza. Acelero el paso, sintiendo el peso de la noche sobre mis hombros. Nunca me había sentido tan vulnerable ni tan observada.

El tráfico de la ciudad avanza con su ritmo caótico, pero yo me siento completamente ajena a todo lo que me rodea. La gente camina a mi lado sin percatarse del torbellino de pensamientos que me sacude por dentro. Me aferro a la correa de mi bolso con más fuerza de la necesaria, como si eso pudiera darme la seguridad que me han arrebatado en cuestión de minutos.

Cuando llego a mi edificio, busco las llaves en mi bolso con torpeza. El latido en mis sienes es tan fuerte, que apenas oigo mi propia respiración. Antes de entrar, me detengo un segundo y miro a mi alrededor. Hay un coche negro aparcado en la misma esquina en la que lo vi esta mañana. Su motor está apagado y las ventanillas son tan oscuras que es imposible ver quién está dentro. Un escalofrío me recorre la espalda.

Podría ser casualidad o paranoia, pero ya no me lo creo.

Subo las escaleras sin esperar al ascensor y cuando llego a mi puerta, la cierro con llave de inmediato. Dejo mi bolso en el suelo y apoyo la espalda contra la madera, intentando recuperar el aliento. La ansiedad se instala en mi pecho, pesada e implacable.

Austin no está jugando. Me está advirtiendo, y no de manera sutil. Sé que está detrás de todo esto y que no se limitará a palabras, ni le temblará el pulso si decide llevar su amenaza a otro nivel. La idea me asfixia.

Camino hasta la ventana y corro apenas un poco la cortina, lo suficiente para echar un vistazo fuera sin ser vista. El coche continúa ahí. Nadie ha salido ni ha entrado, pero sé que me observan. Es una vigilancia constante, una presencia que me grita sin necesidad de palabras que no tengo escapatoria.

Me abrazo a mí misma y cierro los ojos, tratando de encontrar un resquicio de calma. Pero es inútil. Austin ha convertido mi vida en una prisión invisible, en una jaula de cristal donde cada uno de mis movimientos está siendo analizado y no sé cuánto tiempo podré soportarlo.

El timbre de la puerta suena con insistencia, cortando el silencio espeso de mi apartamento. Me quedo paralizada en el sofá y con el corazón latiéndome en la garganta. No espero a nadie. Mi madre sigue fuera de la ciudad trabajando y Hannah jamás vendría sin avisarme. Así que no espero visitas, y mucho menos ahora.

Me levanto despacio, con el cuerpo en tensión, y camino hacia la puerta con cautela. Me asomo a la mirilla y veo una imagen que me deja sin aire: Dylan.

Está de pie, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido, golpeando la puerta con el puño. La desesperación es evidente en cada uno de sus gestos. Sé que ha estado buscando respuestas y que mi silencio lo ha estado volviendo loco, pero no puedo hacer esto después de la llamada de Austin, ni con la certeza de que estamos siendo vigilados.

—Kiara, sé que estás ahí. —Su voz es grave y llena de preocupación, algo que me desarma. —Abre la puerta.

Cierro los ojos con fuerza. Mi cuerpo me grita que lo deje entrar, que me lance a sus brazos y pongamos fin a esta tortura. Pero mi mente sabe que esto solo nos llevará a más problemas y peligro.

—Vete, Dylan —susurro contra la madera, aunque sé que puede escucharme.

—No —responde sin dudar. —No me voy a ir, nena. Déjame pasar, por favor.

Sus palabras me sacuden por dentro. Aprieto los puños y apoyo la frente contra la puerta. Sé que esto es un error, que si lo dejo entrar todo se desmoronará aún más, pero también sé que lo necesito más que nunca y que su sola presencia hace que el vacío que llevo dentro se reduzca lo suficiente como para permitirme respirar.

Con un suspiro tembloroso, giro el pomo y abro la puerta. Dylan apenas me da tiempo a reaccionar antes de entrar y cerrarla tras de sí. Su cuerpo está frente al mío, su mirada es intensa y sus ojos azules recorren mi cara como si estuviera asegurándose de que sigo entera y de que sigo aquí.

—Joder, Kiara… —murmura, llevando una mano a mi rostro, obligándome a mirarlo a los ojos—. ¿Por qué has desaparecido de esta manera?

Intento apartarme, pero no me lo permite. Su mano se aferra a mi cintura y me pega contra su cuerpo. Siento su calor, su fuerza y su necesidad y toda la resistencia que intento imponer se hace añicos en cuanto sus labios rozan los míos. Nuestro beso es un choque de bocas, de respiraciones entrecortadas y de una batalla perdida desde el inicio. Sus manos recorren mi espalda, mi cabello y mi piel desnuda bajo la camiseta. Me levanta del suelo sin esfuerzo, sosteniéndome como si nunca fuera a dejarme ir y yo me aferro a él con la misma desesperación, con la certeza de que, en este instante, él es lo único que me mantiene en pie.

—No puedo seguir sin ti —susurra contra mi cuello, mordiendo mi piel mientras me lleva a la habitación. —No voy a dejarte.

Mi gato se esconde bajo la cama cuando la puerta se cierra de un golpe. Pero no pienso en nada más porque Dylan me lanza sobre el colchón y se arrastra sobre mí, devorándome con la mirada.

Nuestra ropa desaparece entre sus manos y entre mis dedos impacientes. Sus labios trazan un camino de fuego por mi piel, su lengua juega con cada uno de mis sentidos y su cuerpo me reclama de una forma tan primitiva que me hace perder el juicio.

El sexo es un huracán que arrasa con todo. No hay dulzura ni calma, solo una necesidad brutal de recuperar el tiempo perdido y de reclamar lo que siempre ha sido nuestro. Dylan se mueve dentro de mí con una fiereza que me hace arquear la espalda y gritar su nombre en la oscuridad de la habitación. Mi cuerpo se estremece, se rompe y se reconstruye con sus embestidas. Cada gemido, jadeo y maldición quedan atrapados entre nuestros labios y nuestras pieles sudorosas y temblorosas. Y cuando el placer nos consume y nuestros cuerpos caen rendidos sobre la cama, cuando la respiración entrecortada de Dylan resbala por mi cuello, sé que todo ha cambiado, porque en el silencio de la noche y en la calidez de sus brazos, me doy cuenta de que esto no puede durar. No cuando el peligro nos acecha en cada esquina, ni cuando sé que, al final, terminarán destruyéndolo todo. Entonces, mientras él se aferra a mí con la fuerza de alguien que se niega a perder lo único real en su vida, solo puedo cerrar los ojos y tragarme el llanto, porque tengo que dejarlo ir.

Capítulo 45

Dylan

Kiara duerme entre mis brazos, con el cuerpo relajado junto al mío y el rostro semienterrado en mi cuello. Su respiración es tranquila, pero la mía no. Llevo horas con los ojos abiertos, incapaz de desconectar la mente e incapaz de disfrutar de este instante sin que la sombra del miedo se cierna sobre mí.

Debería sentirme en paz. Su cuerpo sigue unido al mío, su piel aún conserva el calor de lo que acabamos de hacer y su sabor sigue en mis labios. Pero nada es suficiente. No cuando sé que este momento podría ser efímero y que podría desvanecerse en cuanto la luz del amanecer toque su piel.

Acaricio su espalda con la punta de los dedos, memorizando cada línea, cada curva y cada fragmento de su cuerpo. Kiara se mueve apenas un poco, suelta un suspiro y se acurruca más contra mí. La rodeo con más fuerza con mis brazos, como si así pudiera retenerla, como si eso impidiera que la distancia que lleva días instalándose entre nosotros termine por devorarlo todo.

La miro en la penumbra. Su rostro es sereno, pero hay algo en su expresión que me hace saber que no es del todo así. Acaricio su mejilla con suavidad y ella, aún dormida, se estremece y se

remueve. Quiero que se despierte y me diga que nada de esto importa y que lo que nos une es más fuerte que cualquier cosa. Pero en el fondo sé que no será así.

Cuando finalmente abre los ojos y su mirada choca con la mía, sé que algo está a punto de romperse.

—Dylan… —Su voz es un susurro.

Le sonrío, pero ella no me devuelve la misma sonrisa.

—¿Qué pasa, nena? —le pregunto, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Kiara traga saliva y, por un segundo, parece dudar. Pero entonces sus labios se abren y lo que sale de su boca es un puñal directo a mi pecho.

—Austin me llamó.

El calor desaparece de mi cuerpo al instante.

—¿Qué? —me incorporo de golpe, sosteniéndola por los hombros —. ¿Qué te dijo?

Ella se aparta apenas, pero lo suficiente como para que lo sienta como un golpe.

—Me amenazó. Dijo que si seguía contigo te destruiría.

Al escucharla, mi mente se inunda con el sonido de mi propia sangre bombeando con rabia.

—Ese hijo de puta…

Voy a matarlo. Intento apartarme, pero Kiara me agarra del brazo y me mira con angustia.

—No puedes hacer nada, Dylan. No te enfrentes a él.

—No voy a dejar que te toque.

Lo digo con el tono más tajante y absoluto que he usado jamás. No me importa lo que cueste, ni el precio que haya que pagar.

Pero Kiara niega con la cabeza.

—No lo entiendes. No es solo él, es todo lo que representa, su poder, su influencia… No podemos ganarle, Dylan, porque él pone las reglas de este juego.

Aprieto los dientes.

—Me da igual su juego. No voy a dejar que te hagan daño.

—No es a mí a quien quiere destruir —susurra—. Es a ti.

Kiara me suelta y se aparta, envolviendo su cuerpo con la sábana. La distancia entre nosotros es brutal.

—El problema no es Austin...

Parpadeo, confuso.

—¿Cómo que no?

Ella me mira con algo que no reconozco, pero que me hiela la sangre.

—El problema eres tú.

Sus palabras son como cuchillas.

—¿Qué demonios significa eso?

Kiara se abraza a sí misma, con los ojos llenos de algo que parece culpa, pero también decisión.

—No puedo vivir con alguien que me necesita como una adicción.

El suelo se hunde bajo mis pies.

—¿Eso es lo que piensas? —mi voz es ronca y baja, como si con cada palabra me costara respirar.

Ella aprieta los labios y asiente, despacio.

—Te necesito demasiado, Kiara. ¿Eso está mal?

—Sí —su voz se quiebra—. Porque no es amor. Es obsesión.

La rabia y el dolor se fusionan en mi pecho y se enredan en mi garganta.

—¿Estás diciendo que lo que siento por ti no es real?

Kiara cierra los ojos y una lágrima resbala por su mejilla.

—Estoy diciendo que lo que sientes por mí es lo único que tienes, y eso… no es sano.

La miro sin poder creer lo que está pasando.

—¿Quieres que me vaya?

Ella no responde.

—Mírame, joder. ¿Quieres que me vaya?

Kiara alza la vista y en sus ojos hay un abismo que me devora.

—Sí.

Esa respuesta me golpea en el pecho como un disparo a quemarropa. Pero no me muevo, porque no puedo. Ella se levanta de la cama, con la sábana aún envuelta en el cuerpo y se da la vuelta, dándome la espalda, como si ya no quedara nada entre

nosotros. Mi garganta se cierra. Todo dentro de mí grita que no puedo dejar que esto suceda, ni permitir que se aleje.

—Kiara…

Pero ella niega con la cabeza, sin girarse.

—Por favor, vete.

Mi cuerpo está paralizado y mis manos tiemblan sobre mis rodillas.

Ella se limpia las lágrimas con la palma de la mano, como si intentara recomponerse y convencerse de que esto es lo correcto.

Me levanto con un movimiento lento. Cada paso que doy hacia la puerta es una condena y cada latido es un golpe en el pecho. Pero cuando estoy a punto de salir, cuando mi mano toca el pomo, me detengo.

—No te creo.

Ella cierra los ojos con fuerza al escucharme.

—No te creo cuando dices que esto es lo mejor, ni cuando dices que no sientes lo mismo que yo…

Su respiración es rápida.

—Dylan…

—Pero si esto es lo que quieres, me voy.

El silencio entre nosotros es insoportable, pero, entonces, lo hago, abro la puerta y salgo dejando mi alma en esa maldita habitación.

Capítulo 46

Dylan

La puerta del apartamento de Kiara se cierra detrás de mí con un golpe seco. Me quedo quieto en el pasillo, con los puños apretados, los músculos tensos y la mandíbula trabada, como si mi propio cuerpo se negara a aceptar lo que acaba de ocurrir. Mi pecho se alza y se hunde en respiraciones descontroladas, mientras el eco de sus palabras me sigue golpeando la cabeza con la misma brutalidad con la que me ha destrozado por dentro.

«No puedo vivir con alguien que me necesita como una adicción».

Un rugido sordo de rabia me hierve en la garganta y me lanzo escaleras abajo sin esperar al ascensor. Mis pasos retumban en el edificio con el peso de la furia que me invade. La noche en Nueva York es un caos de luces y ruido, pero yo solo veo borrones, mientras camino hasta mi coche con la sensación de que todo arde dentro de mí.

Abro la puerta del Lamborghini y me dejo caer en el asiento, golpeando el volante con ambas manos. Necesito salir de aquí. Necesito velocidad y un puto escape antes de volver a ese maldito apartamento y demostrarle a Kiara que no puede hacerme esto.

Meto la llave en el contacto con violencia, el motor ruge y la vibración me recorre las manos como un latigazo eléctrico. Piso el acelerador a fondo y salgo disparado a la calle, saltándome el primer semáforo sin importarme nada. La ciudad es un laberinto de luces y neón, pero no me interesa ni el tráfico, ni los cláxones, ni las sirenas en la distancia. Solo hay un ruido en mi cabeza: el latido ensordecedor de mi rabia.

Las calles de la ciudad desaparecen bajo las ruedas de mi Lamborghini, mientras vuelo entre los carriles, esquivando vehículos y forzando el motor más allá de cualquier límite razonable. La adrenalina se mezcla con la ira y lo único que quiero es acelerar hasta que todo lo demás desaparezca.

«No es amor. Es obsesión».

Piso el acelerador y siento cómo el Lamborghini responde y el velocímetro trepa. 120 km/h. 140 km/h. 160 km/h. Mis dedos aprietan el volante hasta que me duelen. La ciudad parpadea a mi alrededor, pero no veo nada. Solo siento una maldita presión en mi pecho, ese vacío insoportable que Kiara acaba de dejar dentro de mí.

«El problema eres tú».

Giro el volante con brusquedad en la autopista y el coche derrapa con un chirrido salvaje antes de enderezarse de nuevo. Me da igual. Necesito que todo esto desaparezca y que deje de doler.

El tráfico disminuye cuando dejo atrás el centro y tomo la carretera que lleva a la zona residencial donde está mi casa. Los rascacielos quedan atrás y la rabia sigue hirviendo en mi interior. Cuando finalmente llego y el garaje se abre con un zumbido mecánico, estaciono de golpe y apago el motor. Me quedo sentado ahí, con las manos en el volante, la respiración descontrolada y la piel ardiendo.

No puedo quedarme quieto. Salgo del coche y corro hacia el ascensor hasta llegar a mi apartamento. Cuando abro la puerta, el eco del vacío en la inmensa sala de estar se estrella contra mí. No hay nadie, solo paredes llenas de recuerdos de una vida, la mía, que ahora está hueca.

Un grito de pura rabia me atraviesa la garganta mientras agarro la primera cosa que tengo a mano y la estrello contra la pared. La botella de whisky se hace añicos y los cristales salpican el suelo junto con el líquido ámbar. Pero no tengo suficiente. Doy un manotazo a la mesa de cristal y todo lo que hay sobre ella se desploma sobre el suelo con un estruendo brutal. Papeles, copas y la bandeja de plata con restos de la última cena que ni siquiera probé. Todo vuela.

«Por favor, vete».

Respiro con violencia, sintiendo cómo me quemo desde dentro. El dolor se mezcla con la rabia que me invade y, antes de pensarlo, mi puño se estrella contra la pared con tanta, pero no me importa. Ahora ya no me importa nada.

Me tambaleo hacia el sofá y me dejo caer con la cabeza entre las manos, respirando con dificultad. La habitación es un desastre. Igual que yo.

Quiero odiar a Kiara. Quiero odiarla con toda mi alma, pero no puedo, porque lo único que quiero es volver a ella.

Capítulo 47

Kiara

El mundo sigue girando. La gente continúa caminando por las calles de Nueva York, los semáforos cambian de rojo a verde y el murmullo de la ciudad invade cada rincón. Todo avanza sin pausa, sin importar lo que acaba de romperse dentro de mí. Pero yo no avanzo.

Me siento vacía. Es como si, al cerrar la puerta cuando se fue Dylan anoche, hubiese cerrado también la parte de mí que aún sabía cómo respirar sin él. No debería sentirme así, porque fui yo quien lo echó, quien le pidió que se marchara, quien le dijo que su amor me asfixiaba y que no podíamos seguir destruyéndonos de esta manera. Sin embargo, aquí estoy de pie frente a la ventana de mi habitación, abrazándome a mí misma, con los ojos hinchados de tanto llorar y el pecho encogido por esta sensación de pérdida que no se parece a nada que haya sentido antes.

Podría intentar convencerme de que hice lo correcto, de que fue una decisión lógica y que era lo que debía hacer. Pero la verdad es que no sé cómo se supone que voy a seguir adelante.

Mi móvil sigue apagado desde anoche. No quiero encenderlo, ni comprobar si Dylan ha intentado llamarme, porque si lo ha hecho, sé que voy a flaquear. Y si no lo ha hecho… No… prefiero no saber si no me ha llamado.

Siento las piernas pesadas, como si estuviera anclada al suelo, cuando me obligo a salir de casa. Pero no soporto continuar más tiempo encerrada entre estas cuatro paredes con el eco de todo lo que ha pasado persiguiéndome. Recorro las calles sin rumbo, con los auriculares puestos y la música alta, pero ni siquiera eso logra ahogar el ruido de mis pensamientos.

Cuando llego a la cafetería, donde he quedado con Hannah, ella ya está sentada a una mesa junto a la ventana. Me ve y su expresión cambia de inmediato. Sé que está a punto de decirme lo mucho que lo siente y lo estúpida que fui por dejar que esto llegara tan lejos, a pesar de que ella ya me había advertido desde el principio. Pero ahora no quiero escuchar nada de eso.

Dejo caer el bolso sobre la silla y me siento frente a mi amiga con un suspiro.

—Dime que no vas a soltarme un «te lo dije» —murmuro antes de que pueda abrir la boca.

Hannah entrecierra los ojos y se cruza de brazos.

—No pienso decirte eso.

Alzo una ceja.

—¿De verdad?

Suspira y niega con la cabeza.

—Vale, lo pensé, pero no lo diré en voz alta.

Aprecio su esfuerzo y aunque lo intento, no logro dibujar en mis labios una sonrisa.

—¿Cómo estás? —me pregunta tras un momento de silencio.

Bajo la mirada a la taza de café que el camarero acaba de dejar frente a mí y remuevo el líquido con la cucharilla, como si en el fondo del vaso pudiera encontrar alguna respuesta.

—No lo sé —susurro.

Hannah me observa con atención y deja su taza sobre la mesa con un leve golpe.

—Kiara… No puedes seguir así, ni continuar aquí.

Levanto la mirada, confusa.

—¿Qué?

Ella se inclina un poco hacia adelante, como si estuviera a punto de darme la solución a todos mis problemas.

—Tienes que irte.

Frunzo el ceño.

—¿Irme a dónde?

—A casa de tu abuela en Philadelphia, por ejemplo… —me suelta encogiéndose de hombros.

La propuesta me deja sin palabras durante varios segundos.

—¿Mi abuela? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Sí. Piensa en ello. Puedes seguir con las clases online, al menos lo que queda de curso. Sería temporal, solo hasta que las cosas se calmen. Un respiro.

Muevo la cabeza, negando.

—No puedo hacer eso...

—¿Por qué no? —insiste—. ¿Qué te ata aquí ahora mismo?

Mi garganta se cierra. No quiero responder a esa pregunta, porque ambas sabemos la respuesta. Sin embargo, Hannah apoya los codos sobre la mesa y me mira con esa expresión que me recuerda por qué es mi mejor amiga.

—Mira, sé que ahora mismo todo te resulta demasiado doloroso, pero si te quedas aquí, en esta ciudad, no vas a poder salir de ese agujero. Necesitas poner distancia y recuperar el control y, estoy convencida de que en Philadelphia podrías hacerlo.

Mis dedos se tensan sobre la cucharilla con la que aún continúo removiendo el contenido de la taza que tengo frente a mí.

—No puedo simplemente… huir.

—No es huir —me interrumpe—. Es empezar de nuevo.

Esas palabras se quedan flotando entre nosotras mientras mi cabeza empieza a divagar.

«Es empezar de nuevo».

El problema es que no sé si puedo hacerlo. No sé si es posible construir algo cuando te han arrancado los cimientos. Pero tengo claro que no puedo seguir así. No puedo quedarme atrapada en esta ciudad donde todo me recuerda a él. No puedo seguir esperando a que la herida que me atraviesa el pecho deje de sangrar, mientras todo en mí se desangra poco a poco.

Aprieto los labios y respiro hondo.

—Está bien. Me iré.

Hannah asiente con aprobación, pero no dice nada más. No hace falta. La decisión está tomada.

Me marcho de Nueva York para empezar una nueva vida lejos de Dylan.

Capítulo 48

Kiara

El tren aminora la marcha y el traqueteo metálico se suaviza al aproximarse a la estación. El cartel desgastado por el tiempo que cuelga en el andén me confirma que he llegado a Philadelphia.

Cuando me apeo del tren, lleno los pulmones y siento la diferencia entre el aire y el de Nueva York, que está cargado de contaminación y velocidad. Aquí es más fresco. Al colarse por mis fosas nasales, percibo un olor especial, que me devuelve a un tiempo lejano, pero que sigue grabado en mi memoria.

Recojo mi bolso y la maleta de ruedas y empiezo a caminar por el andén, aunque el nudo en la garganta, que llevo días arrastrando, aquí pugna con más fuerza para que lo deje salir. Respiro hondo y agarro con fuerza el asa de mi maleta, mientras trato de pensar en que este es mi nuevo comienzo.

Mi abuela Josephine me espera fuera de la estación, a pesar de que insistí en tomar un autobús hasta su casa, insistió en recogerme. Ella siempre ha sido así: le gusta cuidar de los suyos.

Cuando cruzo las puertas, mis ojos la encuentran y el nudo en mi garganta se aprieta aún más. Mi abuela, la única que me queda, está de pie junto a su viejo coche azul, con su pelo gris recogido en un moño bajo y su abrigo beige. En cuanto me ve, sonríe y extiende

los brazos con ese gesto que no ha cambiado a pesar del paso de los años.

—Mi niña. —Su voz es cálida, suave y tiene ese tono acogedor, que siempre me ha hecho sentir segura.

Acelero el paso y, en segundos, me fundo con ella en un abrazo. Su fragancia a lavanda y a ropa recién lavada me envuelve como un bálsamo y, por fin, cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se relaje.

—Abuela... —murmuro contra su hombro, sintiendo una punzada en el pecho.

—Shh, cariño. Ya estás aquí. Todo irá bien.

No me pregunta nada, ni me pide explicaciones. Solo me abraza fuerte, como cuando era niña y corría hasta ella después de caerme jugando en el jardín.

Cuando nos separamos de nuestro abrazo, me sostiene el rostro entre sus manos y me examina con esos ojos azul claro, que aún conservan la misma intensidad de siempre.

—Sigues igual de guapa que siempre, pero estás demasiado delgada, mi niña —me dice con una sonrisa—. Tendremos que arreglar eso con mi tarta de manzana.

Dejo escapar una risa entrecortada y asiento. Es un alivio estar aquí.

Subimos al coche y el camino a su casa me resulta dolorosamente familiar. Todo en este lugar es un recuerdo de mi infancia y mi adolescencia: las carreteras rodeadas de árboles, las pequeñas tiendas con letreros antiguos y el parque donde solía jugar los veranos que pasaba aquí.

Cuando el coche gira por una calle estrecha y veo la pequeña casa de mi abuela, un torrente de recuerdos me golpea.

La casa de Josephine es una casita de planta baja con un porche de madera, persianas blancas y macetas con flores en la entrada. La pintura azul pálido de la fachada sigue intacta, aunque la verja de hierro en la entrada parece más envejecida que la última vez que estuve aquí. Aun así, sigue siendo el mismo lugar que recordaba.

—Vamos, cariño. Te haré un té caliente —dice mi abuela, deteniendo el coche en la entrada.

Al bajar, el aire me llena los pulmones con un aroma a tierra húmeda y césped recién cortado. Al fondo, el viejo roble del jardín trasero sigue en su lugar, imponente, con su columpio de cuerda balanceándose levemente con la brisa y, al verlo, una sonrisa llena de nostalgia se dibuja en mis labios.

Subo los escalones del porche y cuando cruzo la puerta, el interior de la casa me recibe con el mismo olor de siempre a vainilla, madera y especias. Es el aroma de los inviernos junto a la chimenea y de las tardes de verano horneando galletas con mi abuela.

Todo está en el mismo sitio que recuerdo. Los muebles de madera oscura, la estantería repleta de libros, el reloj de péndulo en la pared y el sofá con la manta tejida que mi madre hizo cuando era joven.

Josephine deja las llaves en la mesa de la entrada y se gira hacia mí con una sonrisa.

—Tu habitación está tal y como la dejaste. No he tocado nada.

—Gracias, abuela.

Avanzo por el pasillo y al empujar la puerta de mi antiguo cuarto, un latido extraño me golpea el pecho. Las paredes siguen pintadas en un tono crema, con las fotografías de mi infancia en los marcos de la repisa. Mi cama está intacta, con la colcha de flores y los cojines mullidos.

Dejo la maleta junto a la puerta y me acerco a la ventana. Desde aquí puedo ver el jardín trasero y el viejo columpio. De niña, pasaba horas sentada ahí, soñando despierta. Ahora me parece un recuerdo de otra vida. Me giro y mis ojos encuentran una foto en la mesita de noche. Es una imagen de mi madre, cuando era joven, sosteniéndome en brazos. Una Kiara de seis años con coletas y un vestido amarillo sonríe en la imagen y al verlo, el nudo de mi garganta se aprieta un poco más.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, cariño.

La voz de mi abuela me sobresalta. Me giro y la encuentro en la puerta, observándome con ternura.

—No estoy... —empiezo a decir, pero ella me corta con una mirada comprensiva.

—Lo sé. No tienes que decírmelo.

—Es difícil empezar de nuevo —murmuro.

La abuela asiente despacio y entra en la habitación. Se acerca y toma mis manos entre las suyas, con la calidez de alguien que lo ha visto todo en la vida.

—Lo es. Pero también es necesario, cuando el lugar donde estabas deja de hacerte bien.

Cierro los ojos y asiento, porque sé que tiene razón.

—Aquí estás a salvo, mi niña. No tienes que tener miedo.

No le he contado nada sobre Dylan, ni sobre Austin, ni sobre el motivo real de mi huida. Pero, de alguna manera, siento que lo intuye, pocas personas me conocen mejor que la abuela. Me abraza de nuevo y, por primera vez, dejo que las lágrimas caigan.

—Descansa, cariño. Mañana será un nuevo día.

Asiento contra su hombro y, cuando se marcha y me deja sola en la habitación, me tumbo en la cama con la mirada perdida en el techo.

Estoy aquí. Lejos de Nueva York, de Dylan y de todo lo que me hace daño, pero, entonces, ¿por qué siento que he dejado atrás una parte de mí que nunca recuperaré?

Capítulo 49

Dylan

Han pasado treinta días desde que Kiara se marchó, y cada uno de ellos ha sido una tortura despiadada que se repite una y otra vez. Llevo un mes sin escuchar su voz, sin ver su sonrisa y sin tocar su piel. Sé que no debería seguir sintiéndome así. No después de todo lo que pasó. Pero sigo aquí, atrapado en este infierno que se ha convertido en mi vida desde que se marchó.

El insomnio me ha convertido en un espectro. Las noches son un castigo y los días, una repetición vacía de lo mismo. He intentado seguir adelante, llenar este vacío que lo invade todo con trabajo, con ejercicio, con alcohol y con cualquier cosa que me distraiga del vacío que me corroe las entrañas. Pero nada funciona. Nada calma la sensación de que me arrancaron una parte de mí y me dejaron pudriéndome en la ausencia de lo único que realmente me importa.

El ático está destrozado. He dado vacaciones indefinidas al servicio y yo tampoco me he molestado en recoger las botellas vacías que se acumulan sobre la mesa y el suelo, ni en limpiar los restos de la rabia con la que destruí medio salón la primera noche sin ella. Los cristales rotos de la mesita de centro siguen esparcidos por el suelo, mezclados con los papeles que arranqué de mi escritorio en un ataque de ira.

Camino por el apartamento como un animal enjaulado, con el pulso acelerado y la mandíbula tensa. He salido a correr todas las mañanas, intentando agotarme hasta el límite, pero ni siquiera eso me ayuda. No hay agotamiento lo suficientemente intenso que consiga calmar la tormenta que me devora desde dentro.

Me dejo caer en el sofá con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, intentando encontrar un momento de paz. Es inútil. Kiara sigue ahí, en cada rincón de mi mente y en cada jodido resquicio de mi piel.

Cierro los ojos y la veo. Veo su expresión cuando me dijo que necesitaba alejarse de mí, la tristeza en su mirada cuando me pidió que me marchara y el dolor en sus labios temblorosos cuando pronunciaron esas palabras que me destrozaron.

«No es amor. Es obsesión».

Golpeo el reposabrazos del sofá con el puño. ¿Cómo puede decirme eso cuando ella es la única droga que ansío en esta jodida vida? Me pongo en pie de un salto y cruzo el apartamento con pasos frenéticos. Me sirvo un whisky sin hielo y lo bebo de un trago. El líquido me quema la garganta, pero ni siquiera lo siento. Hace tiempo que el dolor físico dejó de importarme.

El sonido de la ciudad me llega a través de los ventanales, pero no me interesa. No me interesa nada. He rechazado reuniones, cenas, eventos… Todo. No quiero ver ni hablar con nadie. Nada tiene sentido sin ella.

Agarro el móvil que está tirado sobre el sofá y lo desbloqueo. Voy directo a su contacto y mi dedo se detiene sobre la pantalla, justo sobre el botón de llamada. Sé que no debería hacerlo, no debo llamarla. Pero el impulso es más fuerte que la lógica, que la dignidad y que cualquier cosa.

Marco su número.

El tono de llamada resuena en mi oído. Uno. Dos. Tres… Y luego, el vacío.

«El número al que llama no está disponible en este momento. Por favor, inténtelo más tarde».

La rabia me golpea como un puñetazo. Aprieto la mandíbula y lanzo el móvil contra la pared con todas mis fuerzas. El aparato

choca con la estantería y se desploma en el suelo con un sonido seco.

Me paso una mano por el pelo, tirando de las raíces en un intento inútil de contener la ira. No puede haber desaparecido del todo, ni puede haberme bloqueado de su vida como si yo nunca hubiese existido.

Me giro hacia la ventana y miro la ciudad que se extiende ante mí, pero todo lo que veo es el reflejo de un hombre al que ya no reconozco.

Capítulo 50

Kiara

Desde la cocina llegan el tintineo de platos y cucharas entrechocando, acompañados del murmullo bajo de la conversación entre mi abuela y Hannah. Me froto los ojos antes de incorporarme en la cama, tratando de sacudirme la pereza de la mañana. Me siento en la cama, pongo los pies en el suelo y estiro los brazos y la espalda. Es extraño, pero por primera vez después de mucho tiempo, me siento ligeramente en paz.

Ha pasado un mes desde que llegué a Philadelphia y, aunque mi corazón sigue hecho pedazos, la rutina pausada de este lugar me ha ayudado a que el dolor no sea tan asfixiante. No del todo, pero suficiente como para que cada día sea un poco más soportable.

Me pongo unas zapatillas y bajo a la cocina, donde mi abuela coloca una bandeja sobre la mesa.

—Buenos días, dormilona —me dice con una sonrisa, mientras deposita una taza de chocolate caliente delante de mí—. ¿Lista para un desayuno como los de antes?

Hannah, sentada a mi lado, se estira con pereza y respira hondo, aspirando el olor del bizcocho.

—Madre mía, señora Josephine, esto es una obra de arte —le dice, tomando un trozo esponjoso de bizcocho y llevándoselo a la

boca—. Si pudiera empezar todas las mañanas así, la vida sería perfecta.

Mi abuela se ríe, sirve otra taza de chocolate para ella y se sienta con nosotras.

—Os lo dije. Nada como un buen bizcocho y un chocolate a la taza bien espeso para curar cualquier pena.

Cojo un trozo y le doy un mordisco. Es tan suave y dulce que me transporta a la infancia, a las mañanas sentada junto a la abuela aquí mismo, con el sonido de los pájaros en el jardín y la luz entrando por la ventana de la cocina.

Durante unos minutos, simplemente comemos y charlamos de cosas sin importancia. Hannah nos cuenta una anécdota del trabajo y mi abuela le responde con una historia de cuando mi madre era niña y venía aquí a esconderse después de discutir con mi abuelo. Yo sonrío, escuchándolas, disfrutando de la familiaridad del momento.

Pero, de repente, un malestar empieza a enredarse en mi estómago. Es un mareo sutil al principio, una presión en la boca del estómago, que poco a poco se convierte en una náusea punzante. Dejo la cucharilla en el plato, respiro hondo y trato de que pase, pero el sudor frío que se extiende por mi piel me indica que no será tan fácil.

—¿Kiara? —Hannah frunce el ceño—. Te has puesto pálida de repente.

Me levanto de golpe, con una sensación de vértigo que me hace tambalearme.

—Voy al baño…

Llego a tiempo de inclinarme sobre el inodoro antes de que todo lo que acabo de comer vuelva a salir con violencia. El cuerpo me tiembla y la sensación es tan desagradable que lágrimas involuntarias resbalan por mis mejillas. Me apoyo contra la pared cuando las náuseas ceden y cierro los ojos, intentando recobrar el aliento.

Al cabo de unos minutos, me lavo la cara con agua fría y me recuesto en la cama, esperando que el mareo desaparezca por

completo. No pasa mucho tiempo antes de que Hannah entre en la habitación y se siente a mi lado.

—¿Sigues mal?

—Un poco —murmuro con voz apagada—. No sé qué me pasa últimamente, pero tengo el estómago mal. Me siento rara por las mañanas y todo me da náuseas.

Hannah me observa en silencio durante un instante.

—¿Desde hace cuánto?

—No lo sé… —respondo, arrugando el entrecejo—. Unas semanas. Supongo que es el estrés. No estoy pasando por el mejor momento de mi vida.

Ella ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—¿Te ha venido la regla?

La pregunta me toma por sorpresa y me quedo mirándola sin saber qué responder de inmediato.

—Yo… —Mi mente intenta hacer cuentas, pero no consigo recordar la última vez que tuve el periodo—. Creo que no… Pero no me preocupa, ya sabes que siempre he sido irregular.

Hannah se cruza de brazos y ladea la cabeza con una sonrisa escéptica.

—Ajá. ¿Y has pensado en hacerte una prueba de embarazo?

—¿Qué? —Suelto una risa seca—. No estoy embarazada.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

—¿Has usado protección siempre?

—…

El silencio que se instala entre nosotras es la respuesta que ella necesita.

Mi corazón se acelera. De repente, un escalofrío me recorre la columna vertebral, dejándome con la respiración entrecortada.

—No… —susurro, sacudiendo la cabeza—. No puede ser.

A mi cabeza vienen todas las veces que estuve con Dylan. Todas las noches de piel contra piel, de besos desesperados y pasión descontrolada, sin barreras entre nosotros. Hannah me observa en silencio, dejando que el peso de mis pensamientos caiga sobre mí con toda su fuerza.

—Hazte la prueba.

—No.

—Kiara…

—Que no… No estoy embarazada.

Pero la duda se ha instalado en mi pecho, oprimiéndome un poco más con cada latido de mi corazón.

Cuando Hannah se marcha el domingo por la tarde para regresar a Nueva York, me quedo en la puerta viendo cómo su coche se aleja por el camino de grava. Mi abuela está en la cocina, tarareando una canción mientras prepara la cena, y yo me quedo de pie, con la cabeza llena de preguntas que no quiero hacerme.

Sin permitirme darle muchas más vueltas, agarro mi bolso y salgo de casa sin decir nada. Camino hasta la farmacia del barrio, la misma donde mi abuela me compraba los caramelos de miel cuando yo era pequeña. Empujo la puerta con una sensación de irrealidad clavada en la piel. El farmacéutico me saluda con una sonrisa amable, pero yo apenas se la devuelvo.

Mis pasos son pesados cuando me acerco al estante donde están las pruebas de embarazo. Hay varias marcas, todas alineadas con sus colores neutros y promesas de resultados rápidos y precisos. Mi mano tiembla cuando cojo una caja y la pago sin mirar al dependiente. Salgo de la farmacia con el corazón golpeando mi pecho con una fuerza brutal.

Cuando estoy de vuelta en casa, escondo la prueba en el fondo de mi bolso, como si así pudiera esconder también el miedo que se enrosca en mi garganta.

No la haré. No es necesario. No puedo estar embarazada. Pero sé que me estoy mintiendo, pero sé que, tarde o temprano, tendré que enfrentarme a la verdad.

He pasado la noche en vela, tumbada de lado con los ojos abiertos y la mente atrapada en un bucle interminable de miedo y suposiciones.

Cada vez que cerraba los ojos, las palabras de Hannah volvían a mí como un eco insoportable: *«Hazte la prueba»*.

Ahora, con el cuerpo pesado por la falta de sueño y la ansiedad enredada en mi estómago, me siento en la cama y me paso las manos por la cara en un intento de despejarme. No puedo posponerlo más. Necesito saber la verdad.

Me levanto con las piernas temblorosas y salgo de mi habitación en silencio. Escucho la casa en calma y un atisbo de alivio me recorre al recordar que mi abuela se ha ido temprano a sus clases de baile en línea con sus amigas. Nadie va a interrumpirme.

Tomo aire y saco la prueba de embarazo del fondo de mi bolso y la sostengo entre mis manos temblorosas. La caja pesa como si contuviera mi destino en su interior. Cuando llego al baño, me quedo quieta un instante frente al espejo. Me observo y veo que mis ojos reflejan la angustia que me corroe. Parezco otra persona, alguien que no reconozco.

Tomo aire profundamente y me obligo a abrir la caja y a seguir las instrucciones. Cada movimiento que hago es mecánico. Retiro el plástico, leo las indicaciones y sigo los pasos.

El sonido del reloj en la pared del salón se amplifica en el silencio, marcando el tiempo con una precisión cruel. Deposito la prueba sobre el lavabo y cruzo los brazos sobre mi vientre, sintiendo una presión en el pecho que me impide respirar con normalidad.

Un minuto.

Dos.

Tres.

No quiero mirar. Prefiero quedarme así, suspendida en este instante de incertidumbre, donde todo es una posibilidad y nada es real aún. Pero no puedo evitarlo y con un movimiento tembloroso, bajo la mirada y veo las dos líneas rojas nítidas sobre el plástico blanco.

Positivo.

Mis pulmones olvidan cómo funcionar al verlo.

—No… —murmuro, sintiendo cómo el mundo se desploma a mi alrededor—. No puede ser.

Se me cae la prueba de las manos y golpea el lavabo con un sonido seco. Retrocedo un paso, como si alejarme pudiera cambiar

lo que acabo de ver. Pero no desaparece. Sigue ahí, marcando una verdad para la que no estoy preparada.

Estoy embarazada.

Siento un nudo en la garganta que amenaza con ahogarme. Mis piernas ceden y me dejo caer sobre la tapa del inodoro, con las manos cubriéndome la boca para contener un sollozo. Mi mente se nubla con imágenes de Dylan, de su piel contra la mía, de sus susurros en la oscuridad y de las noches en las que nunca pensamos en nada más allá del deseo.

Cierro los ojos con fuerza.

«¿Y ahora qué voy a hacer?».

Capítulo 51

Kiara

El móvil tiembla entre mis manos mientras miro la pantalla. El nombre de Hannah parpadea, esperando a que pulse el botón verde y le cuente lo que acaba de ocurrir. Pero mi dedo no se mueve. La prueba de embarazo sigue sobre el lavabo, con esas dos líneas rojas que no dejan lugar a dudas frente a mí. Respiro hondo, intentando controlar el temblor de todo mi cuerpo.

Pulso la llamada y me llevo el teléfono al oído.

—Kiara —la voz de mi amiga desde el otro lado suena alertada—. ¿Qué ha pasado?

Me humedezco los labios y cierro los ojos con fuerza, como si así pudiera hacer que me costara menos de contarle lo que ha sucedido, aunque no lo consigo.

—Hannah… —mi voz se quiebra y suelto un sollozo—. Positivo.

Hay un silencio breve, seguido de una exhalación profunda al otro lado de la línea.

—¿El test ha dado positivo? —me pregunta con incredulidad—. Joder…

Me abrazo las rodillas y apoyo la cabeza sobre ellas, con el móvil aún pegado a mi oído. Ojalá pudiera fingir que esto no es real, pero

es imposible. La voz de Hannah me devuelve a la realidad en cuanto habla de nuevo.

—¿Qué vas a hacer?

Su pregunta resuena en mi mente como un eco. La respuesta debería ser sencilla, pero no lo es, porque no tengo ni idea qué hacer. Porque mi mundo acaba de dar un giro de ciento ochenta grados y yo sigo intentando asimilar lo que significa esto.

—No lo sé —susurro—. No me lo he planteado aún. Ni siquiera me he hecho a la idea.

Hannah no responde de inmediato. Sé que me está dando espacio para procesar, pero también sé que su mente va más rápido que la mía.

—Escúchame —me dice al fin—. Sea lo que sea lo que decidas hacer, tienes que hablar con Dylan.

Mi cuerpo se tensa al escuchar su nombre. Es como si algo dentro de mí se rompiera un poco más.

—No puedo… —mi voz es apenas un hilo.

—Kiara —su tono se endurece—. Esto no es solo cosa tuya. Él también es responsable y debe saberlo.

Mis labios se aprietan en una línea tensa. Sé que tiene razón, pero eso no cambia el miedo paralizante que me invade ahora mismo. La última vez que vi a Dylan, lo dejé roto y le pedí que se marchara. Le dije que lo nuestro para él no era amor, sino una obsesión. ¿Cómo se supone que ahora le voy a llamar para decirle esto como si no hubiera sucedido nada entre nosotros?

—No puedo llamarle —murmuro—. No me atrevo, no tengo valor.

Hannah suspira, y me la puedo imaginar frotándose la frente, con ese gesto de exasperación que pone cuando cree que estoy siendo irracional.

—Si no puedes hacerlo tú, deja que lo haga yo.

Mi respiración se agita. La idea me aterra casi tanto como la alternativa, pero sé que no puedo quedarme con esta verdad encerrada dentro de mí. Dylan tiene derecho a saberlo, aunque la idea de escuchar su voz me haga sentir que mi mundo está a punto de derrumbarse.

—Está bien —cedo, en un susurro casi inaudible—. Pero prométeme algo.

—Lo que sea.

—No le digas dónde estoy.

Hannah guarda silencio unos segundos, y entonces suelta un suspiro.

—Te lo prometo.

Mi pecho se contrae con una mezcla de alivio y miedo, porque la verdad está a punto de salir a la luz y, cuando lo haga, nada volverá a ser igual.

Capítulo 52

Dylan

El sonido del móvil me saca del letargo en el que llevo sumido desde hace semanas. Está vibrando sobre la mesa de mi despacho, pero no me molesto en mirarlo de inmediato. Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de calmar la ansiedad que no me deja en paz. Mi vida es un jodido caos, un infierno al que me he acostumbrado como si fuera la única forma de existir.

Ante los insistentes timbrazos, abro los ojos y veo el nombre que parpadea en la pantalla de mi teléfono. No lo reconozco al instante, pero algo me dice que debo responder.

—¿Quién eres? —digo con voz ronca cuando me acerco el teléfono a la oreja.

—Dylan, soy Hannah, la amiga de Kiara.

La voz femenina al otro lado me hace fruncir el ceño. Me suena, claro que me suena, es la mejor amiga de Kiara. La he visto un par de veces y he oído hablar de ella en boca de Kiara muchas veces. Algo se remueve en mi interior y me incorporo en la silla, tensando los músculos.

—¿Qué quieres? —pregunto con frialdad. No tengo paciencia para rodeos.

—Tengo que hablar contigo. Es importante. Es sobre Kiara.

El corazón me da un vuelco. La mano que tengo libre se aprieta en un puño sobre el escritorio, pero mi voz sigue siendo firme cuando hablo.

—Dímelo ahora.

—No, Dylan. Esto tienes que escucharlo en persona.

Un silencio espeso se instala entre los dos. Hay algo en su tono que me inquieta y que me dice que lo que está a punto de decirme cambiará todo. Mi mandíbula se tensa.

—¿Dónde y cuándo?

—Esta tarde a las seis. En el bar que hay frente a tu oficina.

No necesito pensarlo. Acepto de inmediato y cuelgo sin despedirme. Me paso una mano por el pelo, intentando asimilar la repentina oleada de pensamientos que me golpean y trato de respirar hondo, aunque siento una presión en el pecho, que me lo impide.

El resto del día transcurre en una neblina de ansiedad y desesperación contenida. Intento concentrarme en el trabajo, en las reuniones y en los informes que se apilan en mi mesa, pero es imposible. Cada vez que miro la pantalla del ordenador, las palabras se desvanecen y solo queda un eco constante en mi cabeza: «Es sobre Kiara».

A lo largo de la tarde, Austin entra en mi despacho y se apoya contra el marco de la puerta con su clásica expresión de suficiencia.

—Pareces un puto cadáver —comenta con sorna—. ¿Por qué no te vas a tu casa en lugar de arrastrarte por aquí como un alma en pena?

Lo ignoro. No tengo ganas de jugar a su mierda de siempre. Pero, por supuesto, él no se detiene.

—Déjame adivinar. ¿Sigues obsesionado con la niña esa? —Sonríe con esa maldita burla en los ojos—. No te pega tanto drama, Dylan. Pensaba que eras más frío y calculador.

Aprieto los dientes y me levanto de la silla con un movimiento seco. Camino hasta él con una calma forzada y me detengo a solo unos centímetros de su cara.

—Si no tienes nada útil que decir, lárgate.

Al escucharme, suelta una carcajada baja, pero sus ojos brillan con un destello que me dice que he conseguido alterarlo. Me observa con detenimiento, como si quisiera descifrar qué demonios me pasa.

—No te reconozco últimamente. No sé si es patético o fascinante verte así.

—Vete a la mierda —le suelto.

Él se encoge de hombros y se aleja con su sonrisa arrogante intacta, pero yo ya no le presto atención. Mi cabeza está en Kiara, en la llamada de Hannah y en la sensación de que todo está a punto de cambiar.

Miro el reloj. Quedan horas para el encuentro, pero siento que el tiempo se estira de forma insoportable. No sé qué demonios va a decirme Hannah, pero lo único que sé es que, cuando llegue el momento, estaré allí, preparado para escuchar lo que tenga que decirme.

El bar frente a mi oficina está casi vacío cuando llego. Apenas hay un par de clientes en las mesas junto a la ventana, mientras el camarero limpia la barra con aire distraído. Mi mirada recorre el lugar hasta que la localizo. Hannah está sentada en una mesa en la esquina, con un café entre las manos y la expresión tensa. En cuanto me ve, alza la barbilla con determinación, pero no se molesta en sonreír.

Camino hacia ella sin apartar los ojos de su cara. No sé qué mierda va a decirme, pero el nudo en el estómago que llevo desde esta mañana se aprieta un poco más con cada paso que doy.

Me dejo caer en la silla frente a ella y me cruzo los brazos.

—Habla.

Hannah alza una ceja, como si su paciencia estuviera a punto de agotarse, pero no me importa. No estoy para juegos ni rodeos. Si ha venido hasta aquí para hablarme de Kiara, quiero que vaya al grano.

Ella deja la taza sobre el platillo y me mira directamente a los ojos.

—Kiara está embarazada.

La frase me golpea como un puñetazo directo al estómago. No reacciono de inmediato, ni parpadeo, ni respiro. Mi mente se queda en blanco y todo lo que puedo oír es el eco de esas tres palabras repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

Kiara. Está. Embarazada.

—¿Qué? —Mi propia voz suena hueca.

Hannah suspira y me observa con atención, como si estuviera evaluando mi reacción.

—Lo que oyes. Se hizo una prueba de embarazo y ha dado positivo.

Apoyo los codos en la mesa y entrelazo los dedos, intentando controlar el torbellino que acaba de desatarse dentro de mí. Kiara… mi Kiara… está embarazada de mí.

Me paso una mano por la cara y cierro los ojos un segundo, tratando de ordenar mis pensamientos. Joder. Esto no puede estar pasando. No así. No cuando ni siquiera sé dónde está.

Cuando alzo la mirada, mis ojos se clavan en los de Hannah con una intensidad que la hace tensarse.

—Dime dónde está.

—No puedo.

Su negativa es tajante, sin un ápice de duda y aprieto la mandíbula al escucharlo.

—No es una petición. Necesito saber dónde está.

Hannah apoya las manos en la mesa y se inclina levemente hacia adelante.

—No voy a decírtelo, Dylan. Lo único que Kiara me pidió fue que no te dijera dónde está y voy a respetarlo.

Mis dedos se cierran en un puño sobre la mesa.

—¿Y crees que es justo? —Mi voz suena baja y peligrosa—. ¿Crees que es justo que me mantenga al margen de esto?

—No se trata de lo que sea justo para ti. Kiara está asustada y está intentando procesarlo. Lo último que necesita es que irrumpas en su vida como un huracán.

Golpeo la mesa con los nudillos, sintiendo cómo la rabia empieza a hervir en mis venas.

—Ese hijo también es mío.

—Y no te lo estoy negando. Por eso estoy aquí. Te lo he contado porque ella no se atrevía a hacerlo.

Respiro hondo, sintiendo que mi autocontrol pende de un hilo. No quiero descargar mi furia contra Hannah. Ella no es el problema. El problema es que Kiara se ha marchado y se ha alejado de mí sin darme la oportunidad de arreglar las cosas y, ahora, lleva a mi hijo dentro de ella y sigue huyendo.

Hannah se levanta, tomando su chaqueta del respaldo de la silla.

—Ya te he dicho lo que tenía que decirte. Ahora lo que hagas con la información es asunto tuyo.

Me mira con la misma seriedad con la que llegó, pero hay un atisbo de algo más en sus ojos que no sé interpretar.

—Solo te pido una cosa, Dylan. Piensa bien cómo vas a manejar esto. No la obligues a nada.

No respondo. Solo la observo en silencio mientras se aleja de la mesa y sale del bar, dejándome a solas con la noticia que acaba de soltarme. En este momento, me resulta casi imposible permanecer quieto. Así que me levanto y salgo del bar con pasos largos, con la respiración agitada y la mente llena de pensamientos descontrolados. Tengo que encontrarla. Sea como sea y cueste lo que me cueste. Esta vez, no permitiré que se aleje de mí.

Capítulo 53

Kiara

El tren se desliza sobre los raíles con un traqueteo monótono que me resulta extrañamente familiar. Apoyo la frente contra la ventanilla y observo cómo el paisaje cambia a medida que nos acercamos a Nueva York. Los edificios altos y el asfalto gris sustituyen el verde de los parques y las casas pequeñas de donde vive mi abuela. A pesar del bullicio de la ciudad, siento una opresión en el pecho que no desaparece.

He tratado de seguir adelante, de convencerme de que la vida sigue su curso sin importar lo que ocurrió entre Dylan y yo. Pero todo ha cambiado. Nada es lo mismo. Desde que vi aquellas dos líneas rojas en el test de embarazo, una parte de mí ha quedado atrapada en un limbo de incertidumbre y miedo. Todavía no he reunido el valor para contárselo a mi madre, por eso estoy aquí. Necesito hablar con ella, decírselo en persona, aunque una parte de mí sigue buscando excusas para no hacerlo.

Cuando bajo del tren y subo por las escaleras de la estación, el aire frío de Brooklyn me golpea la cara. Respiro hondo y camino hacia al apartamento de mi madre y mío, tratando de ignorar el nudo en el estómago que se ha instalado en mí desde que me subí al tren para venir.

Cuando llego frente al apartamento de mi casa, golpeo la puerta y al instante escucho los pasos de mi madre acercándose. Cuando abre, su rostro se ilumina con una sonrisa y me envuelve en un abrazo cálido.

—¡Cariño! —me aprieta con fuerza—. ¡Qué ganas tenía de verte, mi amor!

—¡Mamá! —murmuro contra su hombro, cerrando los ojos un momento. El olor a su perfume y a café recién hecho me envuelve y por un instante me siento que estoy al fin en casa.

Entramos y me ofrece una taza de té caliente mientras nos sentamos en el sofá. Me observa con detenimiento, con esa mirada que siempre ha sido capaz de ver más allá de las apariencias.

—Tienes mala cara —comenta, con el ceño levemente fruncido—. ¿Te encuentras bien?

Trago saliva y asiento, forzando una sonrisa.

—Sí, solo he estado un poco estresada. Demasiados cambios.

Mi madre no parece convencida por mi respuesta, pero no insiste. Me pregunta por mi vida en casa de la abuela y por los estudios. Respondo con frases cortas, evitando a toda costa tocar el tema que me ha traído hasta aquí.

Pasamos el día juntas, como cuando vivía aquí. Vamos al mercado, cocinamos su famosa sopa de pollo y vemos una película en el sofá. Todo vuelve a ser como siempre y, al mismo tiempo, diferente. Sigo postergando la conversación, pero en el fondo sé que no puedo seguir ocultándoselo.

Esta noche, salgo con Hannah a cenar a un restaurante de nuestro barrio. Necesito un respiro, para no pensar en todo lo que me atormenta. La cena transcurre entre anécdotas y risas contenidas, pero nota que no estoy completamente ahí.

—¿Se lo has contado ya a tu madre? —me pregunta mientras remueve la pajita en su vaso de refresco.

Niego con la cabeza y desvío la mirada.

—No encuentro el momento...

—No va a haber un momento adecuado—suspira—. Solo tienes que hacerlo.

Sé que Hannah tiene razón, pero el miedo a su reacción, a lo que significa decirlo en voz alta, me impide hacerlo. Quiero creer que tengo tiempo, que aún puedo retrasarlo un poco más.

Cuando salimos del restaurante, la noche ha caído sobre Brooklyn y el aire es más frío. Me envuelvo en mi abrigo y camino junto a Hannah por las calles iluminadas. Nos despedimos en la esquina de su calle, con la promesa de vernos al día siguiente.

Mientras camino sola de regreso a casa, el silencio de la ciudad me envuelve. Las luces de los escaparates parpadean y el sonido lejano del tráfico es lo único que interrumpe la quietud de la noche. Me abrazo a mí misma, sintiendo una incomodidad que no sé de dónde viene. Es justo en ese momento, cuando lo noto. Una sensación extraña se instala en mi pecho. La piel se me eriza y un escalofrío recorre mi espalda.

No estoy sola, lo noto.

Acelero el paso, sin atreverme a mirar atrás. El sonido de unos pasos firmes resuena a poca distancia a mi espalda. Trato de convencerme de que es solo mi imaginación, que no hay nada de qué preocuparse. Pero mi instinto me dice lo contrario.

Respiro hondo y me giro, preparada para lo que sea y en ese momento veo a Dylan. Mi corazón se detiene un segundo antes de empezar a golpearme el pecho con brutalidad. Está allí, de pie bajo la tenue luz de una farola, con la mirada clavada en mí. No tengo ni idea de qué hacer, ni qué va a pasar ahora. Solo tengo la certeza de que ahora mismo, mi mundo se tambalea.

Capítulo 54

Dylan

Las calles de Brooklyn están desiertas a esta hora de la noche. El aire es frío, pero ni siquiera lo noto. Solo veo a Kiara frente a mí, inmóvil, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Durante semanas la he buscado sin descanso, siguiendo pistas que no llevaban a ninguna parte y consumiéndome en una desesperación que nunca había sentido y ahora está aquí. En carne y hueso.

Doy un paso hacia ella, pero se echa atrás.

—Dylan… —su voz es un susurro, cargado de miedo e incertidumbre.

—No huyas de mí. —Mi voz suena más áspera de lo que pretendo.

Ella traga saliva y veo cómo su pecho sube y baja con rapidez. Sus puños están cerrados, como si intentara contener quizá las ganas de correr o de gritarme. Me importa una mierda lo que quiera hacer, porque lo único que sé es que no la voy a dejar escapar de nuevo sin que hablemos.

—¿Cómo me has encontrado? —me pregunta con voz temblorosa.

—Eso no importa. Estoy aquí y tú también.

Sacude la cabeza, como si intentara negarlo, como si creyera que puede borrar lo inevitable y algo dentro de mí se enciende con una furia contenida.

—Kiara, sé lo del bebé —Mi voz es firme, sin rastro de dudas.

Su cuerpo se tensa por completo. Lo veo en su postura y en la forma en que su mandíbula se endurece. Sus labios se separan como si fuera a decir algo, pero no sale ni una sola palabra de ellos.

—Ese bebé es mío. No me alejarás de él —Doy otro paso y esta vez no se mueve. Solo me mira con esos ojos grandes y oscuros, llenos de un miedo que no entiendo.

—No estoy intentando alejarte… —susurra, pero se interrumpe. Baja la mirada y aprieta los labios.

—Sí, sí lo estás haciendo. —Alargo la mano y le tomo la barbilla, obligándola a mirarme—. No vuelvas a hacerlo, por favor.

Ella exhala con fuerza y su piel se estremece al tocarla. La tensión que flota entre nosotros es eléctrica, densa e insoportable. Veo cómo su cuerpo vibra con la lucha interna que está librando, aunque yo también estoy librando la mía.

—No puedes aparecer de la nada y esperar que todo vuelva a ser como antes. —Sus palabras son un puñal, pero no me muevo.

—Nada ha vuelto a ser como antes desde que te fuiste. —Paseo los dedos por su mandíbula y me acerco más, lo suficiente para sentir su aliento contra mi boca.

Ella niega con la cabeza, pero no se aparta. Su respiración es caótica y su pulso late desbocado contra la piel suave de su cuello. El deseo que llevo acumulando durante todo este tiempo explota dentro de mí como una maldita bomba.

—Dylan, no…

No la dejo terminar, porque no quiero escuchar excusas, ni quiero que haya más barreras entre nosotros. Atrapo su boca con la mía y la devoro con la misma hambre que me ha consumido en su ausencia. Al principio, ella se tensa y sus manos empujan débilmente mi pecho. Pero entonces, siento el momento exacto en que se rinde y deja de luchar contra lo inevitable. Sus dedos se aferran a mi chaqueta y me devuelve el beso con la misma desesperación. Gime contra mi boca y eso es todo lo que necesito. La estrecho contra mi

cuerpo y mis manos recorren su espalda y su cintura, reconociendo cada una de sus curvas. Su sabor me hace perder el control. Cuando nuestras lenguas se entrelazan, un jadeo escapa de sus labios y el sonido se graba en mi cerebro como una maldita droga.

La tomo de la cara con ambas manos y la beso más profundo, con una rabia silenciosa y un deseo que me está desgarrando desde dentro. Siento sus uñas hundirse en mis hombros y el calor de su cuerpo encendiéndose contra el mío.

—Ven conmigo. —Mi voz es ronca, casi una orden.

Ella no responde, pero su mirada lo dice todo. Tomo su mano y la llevo conmigo sin darle tiempo a pensarlo demasiado. Necesito tenerla, sentirla y hacerle entender que esto no ha terminado.

El trayecto en coche hasta mi apartamento se me hace eterno. Kiara no dice nada. Solo veo cómo su pecho sube y baja alterado y con el mismo frenesí que siento yo por dentro. Cuando llegamos, ni siquiera espero a que entre del todo. Cierro la puerta detrás de ella y la empujo suavemente contra la pared.

—Dylan…

—No hables, ni pienses. Solo siente. —Mis labios buscan los suyos de nuevo y esta vez no hay resistencia. Solo un beso salvaje, hambriento y mezclado con la furia y el deseo contenido durante todo este tiempo en el que hemos estado lejos el uno del otro.

Mis manos recorren su cuerpo con avidez, desabrochando botones y deslizándose bajo la tela, explorándola como si fuera la primera vez. Ella gime cuando mis dedos trazan su columna y cuando mi boca se desliza hasta su cuello. Sus manos, temblorosas pero decididas, tiran de mi camisa, la arrancan de mi piel y dejan al descubierto la tensión acumulada en cada uno de mis músculos.

—Dylan… —murmura entre jadeos con los ojos vidriosos clavados en los míos.

La levanto en brazos y la llevo a mi habitación, dejando un rastro de ropa esparcida por el suelo. La tumbo en la cama y me coloco sobre ella, observando su cara y la forma en que me mira, como si tampoco pudiera resistirse.

—No sé cómo ser bueno para ti… —musito contra su piel—. Pero sé que te necesito.

Ella me acaricia la mejilla con la mirada cargada de emociones que no dice en voz alta y, en ese instante, me besa con la misma pasión de siempre. Nos entregamos el uno al otro, sin reservas ni promesas, solo dejándonos consumir por todo lo que llevamos reprimiendo demasiado tiempo.

La tomo en brazos y la tumbo sobre mi cama y nos besamos. Kiara está tumbada con el cabello esparcido sobre la almohada y los labios hinchados por nuestros besos. Su respiración es entrecortada y su piel arde bajo mis caricias. La observo, memorizando cada detalle de su rostro, como si tuviera miedo de que desapareciera si parpadeo.

No quiero apresurarme, porque no deseo que esto sea un acto desesperado. Esta vez, quiero hacerle el amor como nunca. Quiero que sienta cada roce, susurro y beso como una muestra silenciosa de lo que siento por ella.

—Eres tan jodidamente hermosa… —murmuro, deslizando los labios por su mandíbula hasta su cuello.

Ella gime suavemente y su espalda se arquea al contacto de mi boca sobre su piel. Mis manos recorren su cuerpo con lentitud, acariciándola como si fuera un tesoro que acabo de recuperar después de haberlo perdido. Su piel es cálida, suave y perfecta. Se estremece bajo mis caricias y eso me vuelve loco.

Mis labios siguen un recorrido pausado por su clavícula, bajando hasta el valle de sus pechos, donde dejo suaves besos. Sus dedos se hunden en mi cabello y su respiración se altera cuando la miro a los ojos.

Desciendo por su cuerpo con caricias hasta llegar a su vientre. No se le nota aún, pero sé que nuestro hijo está creciendo dentro de ella. Algo profundo, primitivo y devastador me atraviesa al pensar en ello. Apoyo la mano sobre su piel y deslizo los dedos por su vientre con una devoción absoluta. Luego, me inclino y dejo un beso justo ahí, en el lugar donde está nuestro bebé.

—Te amo… —susurro contra su piel, pero no sé si le estoy hablando a ella o al pequeño ser que anida tras el ombligo de Kiara.

Ella me mira con los ojos llenos de emoción y me acaricia el rostro con una ternura que me desarma por completo. Sus labios tiemblan y sus dedos recorren mis mejillas y mis labios, como si ella también intentara grabarse este momento en la memoria.

—Dylan… —dice en un susurro roto—. No quiero perderte.

Su voz me atraviesa. Subo hasta quedar sobre ella y tomo su cara entre mis manos, buscando sus ojos oscuros con los míos.

—Nunca, mi amor —susurro—. Nunca me perderás.

Ella se aferra a mí cuando vuelvo a besarla, lento y profundo. Es un beso lleno de amor, de anhelo y de todo lo que no hemos podido decirnos en todo este tiempo. En ese momento, me meto dentro de ella y nos fundimos en un solo cuerpo con movimientos pausados, como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros.

Sus piernas me rodean y su cuerpo se abre para recibirme, encajando a la perfección con el mío. Nos movemos juntos, siguiendo un ritmo dulce, acompasado y sin prisas. Su nombre escapa de mis labios como una plegaria y ella gime el mío con la voz temblorosa de emoción.

Nos miramos a los ojos mientras nos amamos. No hay prisas ni desesperación, solo el deseo de sentirnos en cada caricia. Sus dedos recorren mi espalda y mis hombros, agarrándose a mí con la misma intensidad con la que yo me aferro a ella.

Me besa con urgencia, con necesidad y con amor. Nos entregamos el uno al otro, sin reservas ni miedos. Y cuando llegamos juntos a la cúspide del placer, su nombre escapa de mis labios con el aliento entrecortado y su cuerpo se estremece entre mis brazos. Nos quedamos abrazados, con las respiraciones mezcladas y los corazones latiendo al mismo compás. No quiero soltarla, ni que este momento termine nunca.

Me giro sobre la cama y la abrazo con fuerza contra mi pecho, dejando otro beso en su frente y otro más en su vientre.

—Siempre voy a estar aquí —susurro—. Para ti y para nuestro bebé.

Ella cierra los ojos y suspira, apoyando la cabeza sobre mi pecho, donde su cuerpo encaja como si siempre hubiera pertenecido ahí y sé, en lo más profundo de mí, que nunca volveré a dejarla ir.

Capítulo 55

Kiara

Dylan está obsesionado con mi seguridad. Desde que pasamos la noche juntos en su apartamento, se ha convertido en una sombra para mí, en un guardián inflexible que no me deja moverme sin asegurarse de que estoy a salvo. Me recoge, me acompaña a todas partes y, si por alguna razón no puede estar conmigo, se asegura de que uno de sus hombres lo haga.

—No necesitas hacer esto —le digo una mañana, cuando me lleva a la facultad.

Dylan me lanza una mirada severa, la mandíbula apretada y las manos aferradas al volante.

—No voy a arriesgarme y menos ahora.

Sé que en su cabeza ya no soy solo yo, sino también nuestro bebé. Y aunque la devoción con la que toca mi vientre, aunque apenas se me note, me hace sentir un calor inexplicable en el pecho, pero también me inquieta. La intensidad con la que vive todo y la forma en que su necesidad de control se ha multiplicado, es asfixiante.

—No soy de cristal —murmuro, cruzándome de brazos—. No puedes encerrarme en una burbuja.

—¿No? —arquea una ceja—. ¿Quieres apostar? Porque si fuera por mí, te tendría encerrada en mi casa sin dejarte salir ni un segundo. —Su tono es sombrío, pero sé que lo dice en serio.

Resoplo, sin ganas de discutir. Sé que, si le digo que se está pasando, se cerrará en banda. Sé que, en su cabeza, protegerme es lo único que importa. Por eso, cuando me deja en la puerta de la facultad, se queda en el coche, observándome hasta que entro. Es una cárcel hecha de buenas intenciones, aunque, lo peor de todo, es que no sé si quiero escapar de ella.

Ahora mismo me siento atrapada entre el amor y el miedo. Amor por el hombre que ha marcado cada fibra de mi ser y miedo, porque sé que el mundo en el que vive está lleno de sombras. Porque sé que hay cosas de las que no puedo protegerlo y, por extensión, de las que no puedo protegerme a mí misma. Pero intento no pensar en eso y trato de convencerme de que todo irá bien.

Hasta que recibo el mensaje y todo cambia en un instante. Mi móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta y, cuando lo saco, siento un escalofrío recorrer mi espalda. Es un número desconocido y el mensaje es breve, aunque letal.

«Si no lo dejas, lo pagarás muy caro».

La carpeta que llevo en un brazo se me resbala y cae al suelo Mi corazón se acelera y mi estómago se retuerce.

—Kiara, ¿estás bien? —me pregunta Hannah, que camina a mi lado.

No le respondo, no puedo. Mi respiración se entrecorta y un sudor frío me cubre la piel.

Austin. Sé que es él quien está detrás de esto. También sé que cuando él hace una amenaza, la cumple. No se anda con chiquitas, ni con advertencias vacías.

Si no dejo a Dylan, algo va a pasar y solo la idea de lo que podría ocurrir es suficiente para dejarme paralizada.

Pero lo peor de todo es saber que Dylan no se quedará de brazos cruzados. Que, si se entera de esto, hará lo que sea necesario para detenerlo y eso podría desatar una guerra que no tendría vuelta atrás. Además, una vez más, yo volvería a estar en el centro de la tormenta de los hermanos Russell.

Capítulo 56

Dylan

El tráfico de Manhattan retumba como un rugido constante, pero ya ni lo escucho. Estoy sentado a la mesa de mi despacho, con el móvil sobre la mesa e intentando mantener mi respiración calmada, aunque con un esfuerzo casi sobrehumano. El mensaje que Kiara ha recibido esta mañana sigue dando vueltas dentro de mi cabeza y consigue que se me revuelvan las tripas.

«Si no lo dejas, lo pagarás muy caro».

Mis dedos tamborilean sobre la superficie de cristal del escritorio. La furia me recorre como un veneno ardiente, me quema por dentro y me destruye centímetro a centímetro. No hace falta ser un genio para saber de dónde viene esa amenaza. No necesito pruebas, porque conozco a Austin mejor de lo que me gustaría. Sé de lo que es capaz cuando algo se interpone en su camino y, ahora mismo, ese *algo* es Kiara.

Aprieto los puños hasta que los nudillos me crujen. He sido demasiado optimista al pensar que mi hermano se mantendría al margen. Pero su ego es insaciable y su necesidad de control, un pozo sin fondo. En este momento, yo soy el único obstáculo entre él y lo que cree que le pertenece.

—Hijo de puta… —mascullo para mí mismo, sintiendo cómo la rabia me arde en las entrañas.

Agarro el teléfono y marco su número sin pensarlo dos veces. Suena tres veces antes de que responda.

—Dylan —me responde con un tono relajado, como si estuviera saludando a un viejo amigo y no acabara de amenazar a la mujer que amo.

La mandíbula se me tensa.

—No te andes con mierdas —gruño—. Sé que has sido tú.

Se queda en silencio y acto seguido suelta una carcajada que me revuelve el estómago.

—¿De qué estás hablando? —me pregunta con la calma de alguien que disfruta jugando con los demás.

Respiro hondo, no voy a caer en su juego.

—El mensaje que Kiara ha recibido esta mañana—le digo con tono cortante—. Sé que has sido tú.

Austin deja escapar un suspiro exagerado al escucharme.

—Vas a tener que ser más específico. ¿Cuál de todos?

Un destello de furia me nubla la visión.

—No juegues conmigo.

—Joder, qué intenso estás, ¿no? —se burla—. Relájate, hermanito. No es para tanto.

Mi cuerpo entero se tensa como un resorte a punto de romperse.

—Escúchame bien —le digo en voz baja—. No quiero que vuelvas a molestarla, ni que vuelvas a acercarte a ella.

—No es tan fácil, Dylan —dice, adoptando un tono más serio—. Kiara es un problema, que podrías solucionar con una simple decisión.

En este momento, puedo sentir la amenaza que continente cada una de sus palabras, afiladas como un cuchillo a punto de hundirse en mi piel.

—O Kiara desaparece de tu vida… —hace una pausa deliberada, saboreando la tensión—. O lo perderás todo.

Me levanto de la silla con un movimiento seco y camino hasta la ventana, observando la ciudad que se extiende ante mí.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo.

—Oh, claro que la tengo. —Su tono es despreocupado, pero hay algo oscuro acechando en sus palabras—. He intentado ser paciente. Te lo advertí. Recuerda que te lo dije cuando empezaste con ella, pero no me escuchaste. Sigues siendo el mismo imbécil sentimental de siempre.

Aprieto los dientes.

—Eso a ti no te incumbe.

—Claro que sí —me responde con voz más fría y cortante—. Todo lo que haces es de mi interés, porque cada decisión que tomas me afecta a mí. Y ahora, estás tomando la peor de todas.

—Estás obsesionado con controlarlo todo. Con decidir lo que es mejor para todos. Pero esto no te concierne.

—Dylan, Dylan, Dylan… —canta mi nombre con una burla venenosa—. Siempre has sido tan testarudo.

—Déjala en paz.

—¿O qué?

Me quedo en silencio un segundo, pensando bien el peso de mis palabras antes de pronunciarlas.

—O te juro que desearás no haber nacido.

Austin suelta una risa grave, profunda y carente de emoción.

—No me hagas reír. ¿Sabes lo que pasa? Que sigues pensando que eres mejor que yo. Que eres diferente, pero déjame decirte que no lo eres, ni nunca lo has sido.

—La diferencia entre tú y yo —le digo con frialdad—, es que yo sé lo que significa proteger a alguien, en cambio, tú solo sabes lo que es destruir.

Un breve silencio se instala entre los dos, pero no dura mucho.

—Llámalo como quieras, pero hazle un favor a Kiara y dile que se aleje antes de que sea demasiado tarde.

El clic de la llamada al cortarse retumba en mi oído como un disparo. Me quedo quieto, con el teléfono en la mano y la respiración agitada. En ese instante, mis pensamientos son una tormenta estallando dentro de mi cabeza. La rabia me arde en el pecho y me consume hasta que no queda nada más que la necesidad de actuar y acabar con esto de una vez. Austin cree que puede alejarme de

Kiara con amenazas vacías, pero no sabe que al hacerlo, lo único que ha conseguido es firmar su propia sentencia.

Camino hasta mi escritorio y presiono un botón de la línea interna.

—Entra.

La puerta se abre al instante y uno de mis hombres de confianza se asoma.

—Señor.

Lo miro con frialdad.

—Quiero que vigiles cada movimiento de Austin. Averigua con quién habla, con quién se reúne y qué mierda está planeando.

—¿Quiere que lo sigamos de cerca?

—No. —Mi tono es cortante—. Quiero que lo vigiles sin que se dé cuenta. No quiero que sepa que estamos encima de él.

—Lo haré —asiente con firmeza.

Cuando se marcha, me dejo caer en la silla y me paso la mano por la cara. Austin se ha pasado de la raya y ahora es mi turno para mover ficha y acabar con todo esto.

Capítulo 57

Dylan

El rugido de los motores retumba en mis oídos y se mezcla con el murmullo excitado de la multitud que rodea la pista, donde mi Maserati MC20 va a volar sobre la carretera esta noche. Luces fluorescentes parpadean sobre el asfalto, mientras los coches alineados en la línea de salida rugen impacientes. El olor a gasolina y caucho quemado impregna el aire, una mezcla familiar, que me devuelve a una época en la que todo era más simple.

Agarro el volante con fuerza, sintiendo el cuero bajo mis dedos. Necesito esta carrera, la velocidad, el riesgo y la adrenalina disparándose por mis venas para ahogar el puto torbellino de mierda, que me persigue desde que Austin decidió meter sus sucias manos en mi vida de nuevo y tuve la certeza de que Kiara y nuestro hijo estaban en peligro.

Los otros corredores están listos y hace rugir sus motores en un compás frenético. Miro al frente con la convicción de que en este momento solo existen la meta, la carretera y el latido acelerado de mi corazón preparándose para la explosión de velocidad. Todo se reduce a esto. Necesito el alivio momentáneo que me da la velocidad y sentir que tengo el control, aunque solo sea durante unos minutos.

Un hombre se pone en mitad de la línea de salida, levanta una bengala roja y la agita en el aire. La bengala cae y el estruendo de los motores explota en medio de la noche. Piso el acelerador hasta el fondo y el coche responde como una bestia desatada. Las ruedas queman el asfalto y el paisaje se convierte en una mancha borrosa, mientras dejo atrás al resto de pilotos.

El velocímetro de mi Maserati sube, sube y sube. El rugido del motor es lo único que llena mi cabeza. En este momento, no hay lugar para las amenazas, el miedo, ni para un hermano que intenta joderme la vida. Ahora solo existimos la carretera y yo.

Pero entonces, todo cambia.

Algo capta mi atención en el borde de la pista. Una silueta con cabello oscuro y mirada intensa. Siento un puñetazo en la boca del estómago que me deja sin aire: Kiara. El impacto de su presencia me golpea más fuerte que cualquier choque a alta velocidad. Mis manos tiemblan sobre el volante y mi pie vacila sobre el acelerador. Un segundo de duda. Solo uno, pero es suficiente.

Mi coche derrapa. El neumático pierde agarre y el mundo gira en un torbellino de luces y sombras. Todo sucede demasiado rápido. La barrera de protección se acerca a una velocidad de vértigo y mi mente se divide entre dos pensamientos contradictorios: endereza el coche o déjate llevar.

Giro el volante con violencia, las ruedas chirrían y un latigazo de puro instinto me hace recuperar el control en el último instante. Por suerte, el coche se estabiliza y respiro hondo, con el corazón golpeándome las costillas, como si intentara salirse de mi pecho. Pero ya no siento euforia, ni alivio, ni adrenalina embriagadora solo una sensación helada recorriéndome la espalda al ver a Kiara allí, en el borde de la pista, con los ojos clavados en mí como si acabara de ver a un desconocido.

Aparco el coche de golpe y salgo, sintiendo la vibración del motor todavía en mis huesos. Camino hacia ella con pasos largos, furiosos y sin apartar la vista de su cara. Su expresión es una mezcla de rabia e incredulidad.

—¿Qué demonios haces aquí? —gruño cuando llego a su lado.

Ella me sostiene la mirada, desafiante, pero su voz tiembla cuando responde.

—¿Qué demonios haces tú? ¿En qué estabas pensando? —me pregunta con el ceño fruncido.

No tengo respuesta o, tal vez sí la tengo, pero no quiero decirla en voz alta, porque no quiero admitir que estaba intentando huir de todo, que por unos minutos quería ser el Dylan de antes, el que no tenía nada que perder. Pero ya no soy ese hombre, porque hora tengo algo que perder: a ella y a nuestro hijo. Y casi lo echo todo a la mierda por una dosis de adrenalina.

Capítulo 58

Kiara

El murmullo de la profesora llena el aula mientras tomo apuntes. Mis compañeros teclean en sus portátiles, absortos en sus pantallas, y yo intento concentrarme en lo que explica la profesora, pero es inútil. Desde hace semanas mi cabeza está en cualquier parte menos aquí.
Dylan, Austin, mi bebé y mi vida entera está en la cuerda floja, suspendida sobre un abismo del que no sé si voy a escapar.

Respiro hondo y aprieto los dedos en torno al bolígrafo, obligándome a prestar atención. Pero entonces, mi móvil vibra sobre la mesa y la pequeña pantalla se ilumina con un mensaje de mi madre.

Mamá:
Llámame.
Es urgente.

El corazón me da un vuelco, porque mi madre nunca me escribe mensajes así. Mi pulso se acelera y alzo la mirada hacia la profesora, que sigue explicando ajena a todo, y deslizo el móvil entre mis dedos. Tecleo rápido una respuesta:

Kiara:
Estoy en clase.
¿Qué sucede?

Apenas pasan unos segundos antes de que mi madre vuelva a escribir.

Mamá:
Han entrado a robar en casa.
Lo han destrozado todo.

El aire se me queda atrapado en los pulmones. La sangre me golpea los oídos y el aula desaparece a mi alrededor. Todo lo que veo es la pantalla de mi móvil y esas palabras que parecen dibujarse a fuego en mi mente.

«Han entrado a robar en casa».

En este momento, no puedo pensar ni razonar. Me levanto de golpe y recojo mis cosas con torpeza.

—Kiara, ¿estás bien? —susurra Hannah que está sentada a mi lado, mirándome con el ceño fruncido.

—Tengo que irme.

Mi voz suena lejana, como si no me perteneciera. No espero a que me responda. Solo salgo del aula sin mirar atrás, con el móvil aferrado en la mano y la respiración entrecortada.

Marco el número de mi madre con los dedos temblorosos mientras camino por los pasillos de la facultad y ella me responde al instante.

—Mamá, dime que estás bien —suelto antes de que pueda hablar.

—Sí, cariño, estoy bien —me dice, aunque su voz suena temblorosa—. No estaba en casa cuando han entrado.

Cierro los ojos un momento, tratando de controlar el pánico que se apodera de mi pecho.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—No lo sé, Kiara. Cuando llegué del trabajo, la puerta estaba forzada. Dentro… todo estaba revuelto. Han tirado los muebles al suelo, los cajones estaban vacíos, la cama deshecha…

Mi cuerpo se estremece.

—¿Se han llevado algo?

—No —murmura—. No han robado nada.

Me apoyo contra la pared, sintiendo que cómo el suelo se desmorona bajo mis pies. No ha sido un robo. Ha sido un mensaje.

—Voy para allá.

—No, cariño, quédate en clase.

Pero ya estoy corriendo por el campus, con el móvil pegado al oído y deseando que mis piernas volaran en lugar de solo correr.

Cuando llego a casa, el edificio me parece más ajeno que nunca. A pesar de haber crecido en este barrio y de conocer cada piedra y cada ventana, ahora todo me parece distinto y hostil.

El portal está abierto. Subo las escaleras con el corazón martilleándome las costillas hasta que llego frente a la puerta de nuestro apartamento, que está abierta y tiene el marco destrozado y las bisagras torcidas. Trago saliva y entro. Es peor de lo que imaginaba. El salón es un desastre absoluto, han empujado el sofá contra la pared, los cojines están en el suelo y la mesita de café está partida en dos. Los cajones abiertos, hay papeles desperdigados por todos lados y la lámpara del pasillo está en el suelo con la bombilla rota en mil pedazos.

—¡Mamá! —la llamo al no encontrarla al entrar en el piso.

Unos pasos rápidos resuenan desde la cocina y, al girarme, la veo aparecer con la cara desencajada.

—¡Kiara! —me envuelve en un abrazo fuerte, tembloroso—. No deberías haber venido sola, cariño.

Cierro los ojos y respiro su perfume, sintiendo cómo mi propio cuerpo tiembla.

—¿Estás bien? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí… sí, lo estoy —me dice tratando de tranquilizarme, aunque no lo parece.

Se aparta un poco y me observa con gesto preocupado.

—Los vecinos han llamado a la policía cuando han visto la puerta abierta. No han encontrado huellas, ni señales de quién puede haber sido. Los agentes han dicho que probablemente han sido ladrones que han entrado buscando dinero o algo de valor. Pero no se han llevado nada.

Miro a mi alrededor, mientras escucho a mi madre y observo el caos mientras un escalofrío me recorre el cuerpo de arriba abajo.

Esto no ha sido un robo al azar.

Observo el pasillo y camino hacia mi dormitorio con un nudo en el estómago. Empujo la puerta y me quedo impactada al ver mi cama revuelta, los cajones abiertos, la ropa esparcida por el suelo y mis libros apilados en una esquina, como si los hubieran revisado con prisa. Pero lo peor está en la pared. Han dibujado una X gruesa, trazada sobre la pintura blanca con un rotulador permanente de color negro.

El corazón me late con fuerza desbocada.

—No…

Mis dedos se tensan y un escalofrío me recorre la espalda. Esto no es un simple robo. Es un aviso. La X sobre mi pared es una firma. Una amenaza directa. Mis piernas tiemblan y noto que me cuesta respirar.

—¿Kiara? —la voz de mi madre suena alarmada desde la puerta —. ¿Qué significa eso?

Mi boca se abre, pero no soy capaz de darle una respuesta en este momento, porque no tengo la menor duda de quien ha mandado hacer esto en mi casa: Austin.

Su sombra se cierne sobre mí como un lobo acechando a su presa. Esto no es un juego para él, ha pasado a la acción, porque ya no se conforma con palabras.

—Mamá, necesito que te vayas de aquí —le digo en voz baja, sin apartar la vista de la marca en la pared.

—¿Qué?

Me giro para mirarla.

—No es seguro. Al menos hasta que esto se solucione.

—Kiara, no te entiendo… ¿por qué me dices eso, cariño? Si ya han entrado y han visto que no tenemos nada para que nos roben, no van a volver.

—No te lo puedo explicar ahora —le digo con la voz temblorosa —, pero confía en mí, por favor.

Mi madre me observa en silencio y algo en su expresión cambia. Sabe que no le estoy explicando todo lo que sé. Pero, al final, asiente con un suspiro cansado.

—Bien. Me iré a casa de Lisa por unos días.

Respiro hondo al escuchar que podrá estar en casa de su mejor amiga, al menos, mientras intento poner solución a todo esto.

—Gracias, mamá.

—¿Y tú? ¿Dónde te vas a quedar? —me pregunta angustiada.

—Por mí no te preocupes, estaré bien —le digo y le doy un último abrazo antes de coger el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón.

Debo hablar con alguien que espero que pueda poner fin a esta guerra de la que soy víctima sin tener culpa de nada y esa persona es Dylan.

El silencio del apartamento me oprime el pecho. A pesar del caos, de los cajones vaciados y los muebles desplazados, mi casa parece más vacío que nunca. No hay más ruidos que los de mi propia respiración y el eco lejano de la ciudad entrando por la ventana rota. Miro la X marcada en la pared de mi habitación y siento su peso como una sentencia sobrevolando sobre mi cabeza. Austin ha dejado claro su mensaje. No habrá más advertencias ni tiempo. Si no dejo a Dylan, mi madre y yo pagaremos las consecuencias y, lo peor de todo, mi hijo también estará en peligro.

Coloco las manos sobre mi vientre. Apenas se nota, pero está ahí. Creciendo dentro de mí. Un pedazo de Dylan y de mí, vulnerable ante el monstruo que nos acecha.

No puedo seguir con Dylan, porque estamos condenados. Si me quedo a su lado, lo perderé todo. Aprieto los ojos con fuerza, luchando contra las lágrimas que se agolpan tras mis párpados. Me duele pensar en la idea de alejarme y renunciar a lo único que me

hace sentir viva, pero esto no se trata solo de mí. Austin no se detendrá hasta que consiga lo que quiere y no puedo permitir que la gente que amo sufra por mi culpa.

Dylan no lo entenderá. Lo conozco demasiado bien y querrá luchar contra su hermano con toda la rabia que lleva acumulada dentro, pero yo no puedo permitir que lo haga. No quiero ser el motivo por el que acabe muerto. Ni la razón por la que mi hijo crezca sin padre. Tomo aire con dificultad y marco su número. Dylan me responde al segundo.

—Kiara —Su voz es grave y profunda, y siento cómo mi corazón se me encoge dentro del pecho.

—Tenemos que hablar.

—¿Dónde nos vemos?

—En tu apartamento.

Dylan no me pregunta, ni duda, solo me responde con voz firme:

—Te espero.

Cuelgo y cierro los ojos, sintiendo cómo cada célula de mi cuerpo grita en contra de lo que estoy a punto de hacer, pero tengo que hacerlo.

Cuando llego a su edificio, el portero me deja pasar sin hacer preguntas. Camino hasta el ascensor y subo hasta su piso con las piernas temblorosas. Las puertas se abren y ahí está él apoyado contra el umbral de su puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Miro su rostro y siento que el alma se me rompe en mil pedazos, porque sé que es la última vez que lo veré así antes de que lo destruya con mis palabras.

Sin decir nada, me hace un gesto para que entre. La calidez de su apartamento me envuelve al instante, pero yo solo siento frío.

—¿Qué pasa? —me pregunta con el gesto serio, cerrando la puerta tras de mí.

Trago saliva.

—He tomado una decisión.

Dylan ladea la cabeza y me estudia con esos ojos que siempre han tenido el poder de desnudarme por completo.

—No me gusta cómo suena eso.

Mis manos están heladas, así que las escondo en los bolsillos de mi abrigo.

—Voy a dejarte.

Dylan se queda inmóvil. No parpadea, ni reacciona, pero algo en el aire cambia. Tengo la sensación como si el oxígeno desapareciera de la habitación.

—No —dice con voz baja y cortante.

Cierro los ojos con fuerza.

—Dylan…

—No —repite con más firmeza—. No vas a dejarme.

Tomo aire y me obligo a mirarlo a los ojos.

—Si sigo contigo, me destruirán a mí y a mi familia. Nos matarán a los tres.

Las palabras se quedan flotando en el aire como cuchillos afilados y, por primera vez, veo algo parecido al miedo en los ojos de Dylan. No miedo por él, sino por mí.

Se acerca con pasos lentos y cautelosos, como si estuviera enfrentándose a un animal herido.

—No voy a permitir que eso pase.

—No puedes evitarlo.

—Sí que puedo. —Su mandíbula se tensa—. Austin no va a tocarte ni a ti, ni a tu familia ni a nuestro hijo.

Doy un paso atrás.

—No lo entiendes…

Dylan me toma de la muñeca con suavidad.

—Sí que lo entiendo y no voy a dejar que tomes esta decisión por miedo.

Mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar lo que me acaba de decir.

—Dylan, por favor…

Pero él niega con la cabeza.

—No. No me hagas esto.

—No hay otra salida.

Dylan aprieta los labios y sus ojos se oscurecen.

—¿Me amas?

Mi pecho se contrae con un dolor insoportable.

—Eso ya no importa ahora…

Él suelta una carcajada amarga.

—Tu respuesta lo dice todo.

Baja la mirada y se pasa una mano por el pelo, claramente tratando de contener la rabia.

—No voy a dejar que te vayas y menos sabiendo que no es lo que quieres.

Me abrazo a mí misma.

—No se trata de lo que quiero.

—Se trata de lo que necesitas y lo que necesitas es estar a salvo —me dice mirándome a los ojos con una intensidad feroz—. Ahora tú y nuestro hijo sois mi familia y voy a protegeros, te guste o no.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Dylan da un paso hacia mí y me rodea con sus brazos. Su calor me envuelve por completo y mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda detenerlo. Me aferro a él, porque sé que cuando salga por esa puerta, no habrá vuelta atrás.

Capítulo 59

Kiara

El eco de mis propias palabras sigue resonando en mi cabeza.

«Voy a dejarte».

Dylan sigue mirándome con sus grandes ojos azules, que parecen atravesarme, como si intentara encontrar la más mínima fisura en mi determinación, pero lo que él no sabe es que ya estoy rota por dentro.

Me siento atrapada en un laberinto sin salida, sofocada por el peso de todo lo que está ocurriendo. La amenaza de Austin se cierne sobre mí como una sombra oscura y, a pesar de la seguridad con la que Dylan promete protegernos, el miedo se ha instalado dentro de mí y lo envenena todo.

—No vas a dejarme —me dice Dylan con voz grave y baja, casi un gruñido.

No puedo responder. Si lo hago, sé que mi voz temblará y me delatará. Él lo sabe. Se acerca más y más hasta que casi no queda espacio entre nosotros. Siento su calor y el magnetismo que siempre ha ejercido sobre mí, pero esta vez no puedo dejarme llevar.

De pronto, el sonido del timbre nos interrumpe. Dylan frunce el ceño y gira la cabeza hacia la puerta. Yo, en cambio, siento cómo mi estómago se contrae con fuerza. No sé por qué, pero algo dentro de

mí me dice que lo que sea que esté a punto de suceder no hará más que empeorar la tormenta en la que ya estamos sumidos.

Dylan camina hasta la puerta con pasos firmes y la abre sin apartar la mano del pomo, como si estuviera preparado para cualquier amenaza.

Al otro lado aparece mi padre y se me seca la garganta de golpe.

—¿Qué haces aquí? —gruñe Dylan, con la mirada afilada como una daga.

Mi padre no lo mira. Sus ojos se clavan en los míos y noto que su expresión cambia por un instante, como si estuviera comprobando con sus propios ojos que sigo entera y que estoy a salvo.

—He venido a llevarme a mi hija.

Mi pecho se contrae con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—No vas a llevártela a ninguna parte —responde Dylan, avanzando un paso hacia él.

El ambiente se tensa al instante.

—Ya has hecho suficiente daño —espeta mi padre a Dylan con voz fría—. No puedo perder a mi hija por culpa de ti y de tu mundo.

Ambos se miran fijamente, como si fueran dos depredadores en mitad de una batalla silenciosa.

—No sabes de lo que hablas —dice Dylan con una calma peligrosa—. Jamás permitiría que le sucediera nada. Además, ella está conmigo libremente.

—¿De verdad? —mi padre me mira con una dureza que me duele —. ¿Quieres estar con un tipo como él? ¿Con un hombre que te ha metido en un infierno del que no vas a poder salir?

Dylan aprieta la mandíbula y puedo sentir la rabia contenida en cada músculo de su cuerpo, pero estoy demasiado aturdida para reaccionar.

—No lo entiendes —digo con voz temblorosa—. No es tan simple.

—Claro que lo es —replica mi padre—. Su hermano ha atacado vuestro apartamento, Kiara. ¿Qué más tiene que pasar para que abras los ojos?

Dylan suelta un resoplido y se cruza de brazos.

—No me vengas con discursos de padre protector ahora —le espeta.

Las palabras de Dylan caen como un golpe certero. John entrecierra los ojos y su expresión se endurece.

—No tienes ni idea de lo que dices.

Dylan deja escapar una risa amarga.

—Lo sé perfectamente y te digo que Kiara no se va a ir a ningún lado si ella no lo decide así. Aquí está bien y yo la protejo.

Mi cabeza da vueltas mientras los escucho. Me siento atrapada entre dos fuerzas opuestas, como si cada una tirara de mí en una dirección distinta.

—Basta —susurro con la garganta seca—. No podéis hacer esto.

—Tienes que alejarte de él y salir de aquí, cariño —insiste mi padre—. Es la única manera de que estés a salvo.

Dylan me mira y su expresión cambia. No es ira lo que veo en sus ojos ahora es miedo a perderme.

—No voy a dejarte ir —me dice con voz ronca—. Austin no te va a tocar ni un pelo. Ni a ti ni a nadie de tu familia.

Las lágrimas me arden en los ojos.

—Dylan…

Él niega con la cabeza.

—Kiara, no me hagas esto.

El dolor en su voz es un puñal en mi pecho. Mientras lo miro, noto cómo mi padre se acerca y me toma del brazo con suavidad.

—Vamos, cariño.

Pero Dylan se interpone entre nosotros.

—Si crees que voy a dejar que te la lleves, estás jodidamente equivocado.

Mi padre aprieta los labios.

—No quiero pelear contigo. Pero Kiara no puede quedarse aquí.

Mis piernas tiemblan y siento cómo mi mundo entero se está desmoronando mientras yo estoy en el centro del desastre.

Mi padre y Dylan. El hombre que me dio la vida y el hombre que me la ha cambiado para siempre. No sé qué hacer ni qué camino elegir. Lo único que sé es que mi corazón está a punto de romperse en pedazos y no sé cómo evitarlo.

Capítulo 60

Dylan

El aire de la noche es frío, pero no lo noto. No siento nada más que el fuego abrasador que me consume desde dentro y la furia que hierve en mi pecho, expandiéndose por mis venas con la violencia de una tormenta. La imagen del apartamento de Kiara destrozado sigue presente en mi mente y la equis negra en la pared de su habitación, me arde como si la hubieran marcado a fuego en mi piel. Austin ha traspasado el límite, porque ha convertido sus amenazas en acción.

Aprieto los puños con tanta fuerza que los nudillos me crujen, aunque me resisto a la tentación de golpear la pared que tengo al lado, pero no puedo perder el control ahora. No con Kiara y su padre aún frente a mí, intentando llevársela lejos de mí.

—No puedo perder a mi hija por culpa de ti y de tu mundo.

¿Cree que no lo sé? ¿Creo que no me rompe por dentro verla atrapada en el miedo y la lealtad? Si pudiera sacarla de esta mierda y ponerla a salvo en un lugar donde Austin no pudiera acercarse a ella, ni a miles de millas de distancia, lo haría, pero no es posible.

—Kiara se queda —gruño con voz baja.

John me observa con el ceño fruncido, con ese aire de padre protector, que no tiene ni idea de la clase de guerra en la que

estamos metidos. Se mete las manos en los bolsillos del abrigo y me lanza una mirada afilada.

—¿Eso lo decides tú o ella?

Mis dientes se aprietan con tanta fuerza que un pinchazo me cruza la mandíbula. Sé que él solo está aquí para proteger a su hija, pero no tiene ni idea de lo que es proteger a alguien cuando el enemigo es Austin Russell.

—Díselo tú, Kiara —dice su padre con un tono más suave, como si intentara persuadirla—. Dime que quieres quedarte.

Ella se queda en silencio, mirándonos a ambos. Su expresión es una mezcla de angustia y cansancio, como si estuviera atrapada en un laberinto sin salida y eso me mata.

—John, vete —digo, sin apartar la mirada de Kiara.

Su padre deja escapar un suspiro cargado de frustración.

—Eres un insensato si crees que esto va a acabar bien.

—No es tu decisión —le espeto.

John me dedica una última mirada gélida antes de girarse y salir de mi casa, cerrando la puerta con un golpe seco. Pero mi alivio dura poco, porque no puedo quedarme aquí cuando la rabia me quema por dentro y el único pensamiento que hay en mi cabeza es Austin y lo cerca que ha estado de hacerle daño a Kiara. Así que me pongo la chaqueta y voy hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunta Kiara con el ceño fruncido.

—Voy a acabar con esto.

—Dylan…

—Quédate aquí, por favor. No hagas nada, ni vayas a ninguna parte.

Ella me mira con los labios entreabiertos, como si quisiera decirme algo, pero al final asiente en silencio.

Encuentro a Austin donde estaba convencido que lo encontraría: en uno de sus clubes, en la zona VIP, rodeado de humo de puro y copas de whisky caro. Está sentado en un sofá de cuero, con una pierna cruzada sobre la otra y la sonrisa de un depredador satisfecho.

—Dylan —dice con fingida sorpresa cuando me ve entrar—. Qué sorpresa tenerte por aquí.

No le respondo. Camino directo hacia él mientras noto mi corazón latiendo con la furia de un tambor de guerra. Él no se mueve, solo me observa con esa jodida sonrisa que siempre consigue encenderme aún más.

—¿Te ha gustado mi mensaje? —pregunta con fingida inocencia —. Pensé que necesitabas una advertencia más clara y que no te dejara lugar a dudas, hermanito.

No le dejo terminar, porque mi puño impacta contra su mandíbula con un golpe seco y contundente. Austin cae de lado en el sofá, pero antes de que pueda reaccionar, ya lo tengo agarrado por la camisa y lo levanto con violencia de su asiento.

—Si vuelves a acercarte a ella o a cualquier persona de su familia, te juro que te entierro —gruño entre dientes.

Austin se ríe con esa arrogancia suya que siempre ha estado presente en cada uno de sus movimientos.

—¿Enterrarme? —se burla—. Qué dramático, hermano. Pero dime… ¿ella te quiere lo suficiente como para quedarse?

Algo en mi interior se congela al escucharle. Austin inclina la cabeza, estudiándome con atención, como si acabara de encontrar la grieta exacta por donde clavar el cuchillo.

—Esa es la verdadera pregunta, ¿no? No si puedes protegerla o si puedes acabar conmigo, si ella realmente quiere estar contigo o si solo se queda porque tiene miedo.

Alojo el agarre de su camisa un segundo. Solo un segundo, pero Austin lo nota.

—Ahí está —susurra con una sonrisa afilada—. La duda.

Suelto un gruñido gutural y lo empujo con fuerza, haciendo que choque con la mesa de cristal. Se endereza con lentitud, se lleva los dedos a la mandíbula y se sacude la camisa con calma.

—Vuelve a casa, Dylan —me dice con tono casi paternal—. Disfruta mientras dure. Porque cuando ella decida que estar contigo es más peligroso que alejarse, te dejará. Y entonces, ¿qué harás?

No le doy el gusto de responderle, porque antes de eso, me giro y salgo del club con la sangre ardiendo en mis venas y la cabeza

llena de pensamientos oscuros. Austin es un bastardo, pero no es estúpido. Y lo peor de todo es que sus palabras han hecho mella en mí y su maldita pregunta da vueltas dentro de mi cabeza como una maldición.

¿Kiara se queda conmigo porque me ama… o porque tiene miedo de lo que Austin puede hacerle?

No lo sé y eso me mata.

Capítulo 61

Kiara

Estoy en el dormitorio de Dylan, sentada en el borde de su cama, con la mirada fija en el móvil entre mis manos. He entrado en varias páginas de aerolíneas y ahora mismo tengo frente a mí varias opciones de vuelo. París, Madrid, Montreal. ciudades lo bastante lejos como para desaparecer. Lugares donde Austin no podría encontrarnos, donde mi bebé y yo estaríamos a salvo.

Las imágenes del apartamento destrozado siguen clavadas en mi mente. La X negra en la pared de mi dormitorio, la cara de mi madre llena de miedo cuando me dijo que se iría unos días a casa de Lisa, las palabras de mi padre…

«No puedo perder a mi hija por culpa de ti y de tu mundo».

Rememorar el enfrentamiento entre mi padre y Dylan hace que me duela el pecho y me cueste respirar.

Dylan me prometió que nos protegería, pero… ¿y si no puede? ¿Y si esta guerra ya está perdida? Cierro los ojos con fuerza y siento una punzada en el estómago. No quiero que mi hijo crezca en un mundo donde viva asediado por el miedo, donde su padre tiene que vigilar quién sigue sus pasos o donde cualquier error puede costarnos la vida. No quiero que tenga que vivir con el peso de un apellido que lo condene antes siquiera de haber nacido.

Trago saliva y mis ojos vuelven a la pantalla del móvil. Busco vuelos para mañana. Uno a Barcelona, otro a Ámsterdam, otro a Canadá… Puedo elegir cualquiera y desaparecer. Si salgo de Nueva York ahora, Austin no me encontrará, porque no sabrá a dónde he ido. Y aunque sé que Dylan removería cielo y tierra para buscarme… ¿realmente lo lograría si me escondo bien?

Un escalofrío me recorre la espalda al imaginar su rostro si se despierta un día y yo ya no estoy. Pero ¿qué otra opción tengo? Me llevo una mano al vientre y respiro hondo. Mi embarazo apenas se nota aún, pero está ahí. Un pedacito de mí y otro de Dylan crece una vida inocente, que no merece estar atrapada en medio de una guerra entre dos hermanos dispuestos a destruirse mutuamente.

Además, tampoco sé por qué me planteo huir, porque sé que Dylan nunca permitiría que me fuera. Él cree que la única forma de protegerme es teniéndome cerca. Una punzada me atraviesa el pecho al pensarlo. No quiero dejarlo, pero tengo que hacerlo.

Mi cuerpo entero tiembla cuando selecciono un vuelo a Barcelona para mañana a primera hora en la pantalla de mi teléfono. Un billete y solo ida. Justo en el momento en que estoy a punto de confirmar la compra, algo en la habitación cambia. Es como si la temperatura descendiera de golpe y el ambiente se volviera enrarecido y entonces noto el peso de su mirada clavada en mí.

Levanto la cabeza con un sobresalto y ahí está: Dylan. Apoyado en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos como dos tormentas a punto de desatarse. Fijos en mí. Al verlo, se me corta la respiración.

—¿Qué estás haciendo, Kiara?

El móvil casi se me resbala de los dedos, pero lo agarro con fuerza y bloqueo la pantalla. En ese instante noto como mi pulso golpea con fuerza en mis sienes.

—Nada.

Dylan ladea la cabeza con lentitud, sus ojos se oscurecen y el músculo de su mandíbula se tensa.

—No me mientas.

Algo en su tono hace que mi piel se erice. No sé cómo lo ha sabido, pero lo sabe.

—Dylan, yo…

Él da un paso y luego otro hacia mí.

—No voy a dejar que te marches.

Su afirmación cae sobre mí como una sentencia inquebrantable. Abro la boca, pero no me sale la voz. Dylan sigue acercándose, lento, como si temiera que fuera a salir corriendo. Aunque tengo la sensación de que en el fondo quiere que lo intente, para poder atraparme y sujetarme con su fuerza bruta y saciar así su necesidad de control, pero no hace falta, porque no puedo moverme.

—¿Me ibas a dejar? —me pregunta con voz ronca, inclinándose lo suficiente como para que su aliento roce mi piel.

Mi garganta se cierra. Dylan estira la mano y toma mi móvil con delicadeza. Su mirada desciende hasta la pantalla bloqueada.

—Dámelo.

—No…

Pero pasa el dedo y la pantalla se enciende y al instante ahí está: el vuelo hacia Barcelona, que estaba a punto de comprar. Al verlo, su expresión se endurece de inmediato, sus pupilas se dilatan y su mandíbula se tensa.

—¿Ibas a marcharte?

No es una pregunta. Es un veredicto. Al escucharle, me cubro la boca con una mano y las lágrimas me arden en los ojos.

—Dylan…

Pero no puedo decir nada más, porque cierra los ojos un segundo, como si intentara controlarse, y luego levanta la cabeza, mirándome con una intensidad que me deja clavada en el sitio.

—No vas a ir a ninguna parte.

Su voz es tan firme, que el suelo parece desaparecer bajo mis pies.

—No me puedes obligar a que me quede.

—¿De verdad crees eso? —se ríe, aunque no hay humor en su voz—. Crees que puedes desaparecer de mi vida como si nada, Kiara. Pero no lo harás.

Me giro hacia la puerta, con el corazón desbocado. Necesito salir de aquí. Necesito espacio y aire. Pero Dylan me atrapa antes de que pueda dar un paso. Me sujeta por la muñeca y tira de mí con

suavidad, pero con suficiente fuerza como para hacerme girar y chocar con su pecho.

—Escúchame bien —su voz es un susurro peligroso—. Si huyes, le estás dando la victoria a Austin. Si te alejas, nos destruyes a los dos.

Mi cuerpo tiembla contra el suyo.

—Dylan…

Pero él niega con la cabeza.

—Eres mi vida, Kiara. Tú y nuestro hijo sois lo único que me importa.

Su mano asciende hasta mi vientre. Su pulgar roza la tela de mi jersey y su contacto me deja sin aliento.

—No puedo perderos.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

—Tengo miedo.

—Lo sé.

Dylan presiona su frente contra la mía y cierra los ojos.

—Pero no te voy a dejar ir.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Pero, en este momento, sé que ninguno de los dos tenemos escapatoria.

Capítulo 62

Dylan

Kiara sigue aquí, aunque no sé por cuánto tiempo. Lo noto en su mirada, en su silencio y en la forma en la que esquiva mis ojos cuando cree que no me doy cuenta. A pesar de que aún no se ha ido, su mente ya está lejos y eso me jode mucho.

De pie frente a la ventana de mi dormitorio, con la ciudad extendiéndose ante mí como un abismo de luces y sombras, la escucho moverse en la cama. Sé que está despierta, llena de dudas, de miedo… y de ideas que la alejan de mí.

Me giro despacio y la veo en la cama, tumbada de lado, con la sábana cubriéndole hasta la cintura. Su largo cabello oscuro se desparrama sobre la almohada y su perfil es una línea perfecta recortada contra la penumbra de la habitación. Su respiración es tranquila, pero su cuerpo está tenso. Me acerco hasta ella sin hacer ruido y paso la mano por la curva de su cadera. Al sentirme, se estremece y deja escapar un suspiro quedo. No aparta mi mano, ni se aleja, solo cierra los ojos como si quisiera convencerse de que esto no está sucediendo.

Me inclino y dejo un beso sobre su hombro desnudo. Un beso lento y suave, un recordatorio de que sigo aquí y de que la necesito aquí.

—No puedes huir de mí —susurro contra su piel.

Ella tiembla y sé que es por mis palabras, por el roce de mis labios sobre su piel y por la forma en la que la toco.

—Dylan… —su voz es un hilo a punto de romperse.

No quiero que me diga que se va, ni escuchar la mentira de que todo esto ha sido un error y de que lo que tenemos es insostenible. Por eso no la dejo hablar.

Pongo la mano por su vientre, aún plano, pero donde sé que está creciendo la única parte de mí que me importa. La giro hacia mí con lentitud y sus labios quedan a un suspiro de los míos. Su mirada está cargada de emociones y de una lucha interna que no me deja respirar.

—Déjame amarte —le digo en voz baja, casi en un ruego.

Ella parpadea y sé que está a punto de decirme que no, que no puede y que esto no nos llevará a ninguna parte. Pero su cuerpo esta noche le pertenece a la necesidad, a la pasión que hay entre nosotros y a este amor desesperado que la consume tanto como a mí.

Kiara me besa primero. Es apenas un roce de sus labios en los míos, pero me rompe por dentro. Después de ese beso, ya no hay vuelta atrás.

Retiro la sábana y dejo su piel desnuda al descubierto bajo la tenue luz de la lámpara. La recorro con los labios, con la lengua y con cada parte de mí. Me aferro a ella como si pudiera retenerla en mi vida solo con la fuerza de mis manos.

La acaricio con una devoción desesperada, como si mis manos fueran la única forma de convencerla de que se quede. La luz tenue de la habitación resbala sobre su piel desnuda, acentuando cada curva y sombra de su cuerpo, que conozco de memoria y que temo olvidar si un día despierto y ya no está.

Me inclino sobre ella y recorro su cuello con la boca, besándola con una lentitud tortuosa. Kiara suspira y su cuerpo se arquea bajo el mío, cediendo a la presión de mis labios y a la humedad de mi lengua paseándose hasta el hueco de su clavícula.

—Dylan… —su voz es un aliento roto contra mi oído.

No me detengo, ni lo haré, porque quiero tatuar cada caricia en su piel y que sienta que le pertenezco tanto como ella me pertenece a mí. Mis manos exploran su cuerpo con un hambre contenida y un deseo sofocado por el miedo a que esto sea la última vez. Me pierdo en la suavidad de sus muslos, en la delicadeza de su vientre, donde crece nuestro hijo, y en la manera en que su pecho sube y baja con respiraciones temblorosas.

Cuando la miro a los ojos, mi mundo se desmorona, porque está aquí, bajo mí, entre mis brazos, pero sigue a un suspiro de irse. Lo veo en la profundidad de su mirada oscura y en la sombra de duda que empaña su deseo. Y eso me hace querer hundirme aún más en ella para hacer que se olvide de todo lo que la atormenta y de todo lo que la empuja a querer huir.

Me coloco entre sus piernas con dulzura, besando cada centímetro de su piel como si fuera sagrada, como si pudiera poseerla con mis labios antes de hacerlo con mi cuerpo. Ella tiembla bajo mis caricias y suelta un gemido entrecortado cuando la toco justo donde más me necesita. Su espalda se arquea y sus dedos se aferran a mis hombros, desesperados, clavándose en mi piel como si intentara aferrarse a algo real en medio del caos que la consume.

—Mírame —susurro con voz ronca.

Sus ojos, vidriosos y llenos de un deseo atormentado, se encuentran con los míos. Me sumerjo en ellos mientras entro en su cuerpo, despacio y con una profundidad que me deja sin aire. Ella jadea y su frente roza la mía, con los labios entreabiertos y los párpados pesados por el placer. Nos movemos juntos, con un ritmo pausado pero intenso, como una súplica que ninguno de los dos pronuncia en voz alta. Su cuerpo me envuelve con un calor sofocante y delicioso, con una necesidad tan palpable que me deja al borde de la locura.

La beso con la misma desesperación con la que la amo y con la misma rabia con la que me aferro a la idea de no perderla. Mis manos la recorren sin descanso y sin dejar un solo rincón de su cuerpo sin reclamar ni adorar. Siento cómo su cuerpo se estremece bajo el mío y tiembla mientras nos acercamos al límite juntos. Sus gemidos son música, su respiración entrecortada un eco de la mía y

cuando llegamos al orgasmo a la vez, la observo y veo la rendición en sus pupilas dilatadas, el deseo y la entrega absoluta. Pero también veo algo más… una sombra de tristeza que me parte el alma.

El orgasmo nos sacude como un vendaval y caigo sobre ella con el corazón martilleándome las costillas. Nuestras respiraciones se mezclan en el aire cargado de la habitación y nuestros cuerpos continúan entrelazados, pegajosos de sudor y tibios de necesidad saciada. Pero no la suelto. No puedo. La mantengo envuelta en mis brazos, con su pecho contra el mío y mi mano sobre su vientre.

—Si te vas… —murmuro con la voz rasposa— te juro que te encontraré.

Ella cierra los ojos con fuerza y su labio inferior tiembla, como si mis palabras fueran una condena.

—No imagino la vida sin ti… sin vosotros —susurro, posando la mano sobre su vientre.

Ella no responde. Pero su respiración entrecortada, el temblor sutil en sus labios y la manera en la que se aferra a mí me dicen todo lo que necesito saber.

Kiara aún está aquí, aunque no sé por cuánto tiempo.

Capítulo 63

Kiara

El papel tembloroso entre mis dedos es el reflejo de mi estado mental. Lo miro, arrugado y sin sentido todavía, y luego levanto la vista hacia la mesa donde he colocado todo lo que necesito para escribir la carta que le dejaré a Dylan. Mi mano sujeta el bolígrafo con fuerza, pero me cuesta empezar. ¿Cómo se le dice adiós a alguien que se ha convertido en tu mundo?

Respiro hondo y bajo la mirada. La luz tenue de la lámpara ilumina la habitación con una calidez engañosa, como si pudiera protegerme de la tormenta que está ocurriendo dentro de mí. Paso la yema de los dedos por mi vientre, donde mi bebé crece en silencio, ajeno a la lucha interna que me carcome.

Dylan jura que puede protegernos y que su amor es un escudo lo suficientemente fuerte para mantenernos a salvo. Pero… ¿y si no es cierto? ¿Y si estoy condenando a mi hijo a la misma vida en la que está atrapado su padre?

Me muerdo mi labio inferior con fuerza y apoyo el bolígrafo sobre el papel.

«Dylan,

Sé que cuando leas esto, ya estaré lejos. También sé que me buscarás y que me odiarás por haberte dejado sin avisar. Pero quiero

que intentes entenderme. No me voy porque no te ame, sino porque te amo demasiado y porque deseo que nuestro hijo tenga una vida sin peligros, ni amenazas en cada esquina y sin la sombra de un apellido que lo marque de por vida. No quiero que su infancia esté teñida de miedo, ni que su mundo se reduzca a una jaula de oro dentro de tu protección».

Las lágrimas empañan mis ojos y tengo que parpadear varias veces para seguir escribiendo.

«Si pudiera elegir otro camino, lo haría. Si pudiera quedarme a tu lado y tener una vida normal contigo, sin amenazas, sin sangre y sin peligro, me quedaría. Pero no puedo ignorar la realidad. Esta es la única manera en la que puedo protegernos a ambos.

Te amo y te amaré siempre. Pero no puedo condenar a nuestro hijo a este destino».

Dejo el bolígrafo a un lado y paso la mano sobre las palabras escritas, como si pudiera darle algo de consuelo a mi corazón, porque decir adiós es lo más doloroso que he hecho en mi vida.

Aguantando las lágrimas, doblo la carta con cuidado y la introduzco dentro del sobre que he preparado y la dejo sobre la almohada de Dylan, donde sé que la verá en cuanto regrese.

Respiro hondo y agarro mi pequeña maleta, con apenas unas pocas cosas dentro. La abuela me esperará en la estación de tren. No he querido darle demasiados detalles, solo le dije que necesitaba regresar con ella a Philadelphia por un tiempo antes de decidir mi destino final. No hizo demasiadas preguntas, pero sé que sospecha que me ocurre algo.

Antes de salir del apartamento de Dylan, le observo por última vez. Aquí me enamoré y encontré un hogar en sus brazos. Aquí también fui feliz, más que nunca lo había sido en toda mi vida. Cierro los ojos con fuerza tragándome las lágrimas, pero sé que ahora no puedo flaquear.

Las calles están envueltas en el ruido del tráfico y el murmullo de la ciudad. La estación de tren está a solo unas calles de distancia, y sé

cada paso que doy me acerca más a la libertad… o a una condena de la que nunca podré escapar.

Camino con la cabeza baja, el abrigo bien ajustado a mi cuerpo y la maleta en la mano. Mi piel se eriza, aunque no es por el frío, es más por una sensación extraña que me invade. Suelto un hondo suspiro y continúo caminando. Obligándome a no mirar atrás, ni a pensar. Ahora lo único que debo hacer es seguir adelante. No obstante, algo dentro de mí me grita que algo no va bien.

De repente, escucho el ruido de una puerta que se abre tras de mí y unos pasos apresurados demasiado cerca de mí. Antes de que pueda reaccionar, una mano fuerte me cubre la boca y un brazo me rodea la cintura con violencia. Trato de gritar, pero mi voz muere en mi garganta antes de salir.

Intento forcejear, pero son más de uno. Mierda. El olor a cuero y metal me invade, y el miedo estalla dentro de mí. Mi maleta cae al suelo con un ruido sordo. Pataleo, intento gritar, pero alguien me amordaza y una tela áspera cubre mis ojos. Todo se vuelve negro, mientras me arrastran sin piedad ni miramientos. Me empujan dentro de un vehículo y siento el golpe en mis rodillas cuando me tiran sobre un suelo metálico, que deduzco que debe ser la parte trasera de una furgoneta o camioneta. Al instante, las puertas se cierran de golpe y el motor ruge.

El corazón me late con una violencia insoportable. Trato de respirar lo más pausadamente que puedo, mientras el vehículo avanza a gran velocidad. Intento no hiperventilar y calmarme, pero no sé a dónde me llevan ni qué quieren de mí y lo peor de todo es que, en este momento, nadie sabe dónde estoy.

Dylan… ¿me encontrarás antes de que sea demasiado tarde?

La furgoneta sigue avanzando sin descanso, sacudiéndose sobre la carretera como si flotara en un mar embravecido y lleno de oscuridad y peligro. El aire dentro del vehículo está viciado y huele a cuero y metal, además del hedor del miedo que me atenaza la garganta. Mi respiración es superficial y rápida, mi pulso late con un ritmo descontrolado y el sudor frío se me acumula en la nuca y en la parte baja de mi espalda.

Estoy aterrorizada. Pruebo moverme, pero las bridas de plástico que me sujetan las muñecas me cortan la circulación. Mis tobillos también están atados y, con los ojos vendados, no tengo forma de medir el tiempo ni la distancia. No sé cuánto rato llevo aquí, perdida en este abismo sin fin, con el estómago revuelto y el miedo anudado en mi garganta.

Pienso en Dylan y en que debe de estar buscándome. Debe haber encontrado mi carta. Imagino su furia al ver que no estoy en su casa y el caos que debe haber desatado al darse cuenta de que me he ido sin decir adiós. Pero esto no es lo que tenía planeado. Iba a marcharme, pero ahora estoy en manos de no sé quién y lejos de cualquier posibilidad de decidir mi destino.

Un traqueteo más violento me lanza hacia un lado y golpeo mi cabeza contra la pared metálica de la furgoneta. Aprieto los dientes para contener un quejido. Los hombres que me han secuestrado no han pronunciado ni una sola palabra, por lo que no tengo ni idea de cuántos son, ni a dónde me llevan. Lo único que tengo claro ahora mismo es que esto no acabará bien.

Después de bastante rato, la furgoneta reduce la velocidad y se detiene con un chirrido de neumáticos. La puerta por la que he entrado se abre de repente y el aire gélido del exterior me golpea la piel. Unas manos fuertes me agarran por los brazos y me obligan a ponerme en pie. Me arrastran fuera sin que mis pies apenas rocen el suelo. La tela que me tapa los ojos me impide ver nada, pero el olor a óxido y aceite me inunda las fosas nasales. Una nave industrial. Es lo primero que me viene a la cabeza. Me deben haber traído a un sitio aislado, lejos de la ciudad, donde nadie puede escucharme gritar.

Me obligan a avanzar a empujones, pero mis tobillos tropiezan entre sí y casi caigo de rodillas, pero el hombre que me sujeta no me lo permite. Me empuja con brusquedad hasta que mis piernas chocan con algo. Un asiento. Me obligan a sentarme y, entonces, el sonido de una navaja deslizándose por la tela me hace contener la respiración.

La venda que cubre mis ojos cae. Parpadeo varias veces ante la súbita luz artificial que ilumina el lugar donde estoy. Mis ojos se

acostumbran a la luz poco a poco y mi estómago se revuelve cuando veo la figura alta y elegante de Austin, sentado en una silla frente a mí con una sonrisa indolente en una estancia amplia, sucia de polvo y fría.

—Bienvenida, Kiara —me dice con voz tranquila, como si esto no fuera un secuestro sino una reunión casual entre conocidos.

Mi corazón se detiene por un segundo y luego se acelera con una brutalidad insoportable al comprobar a quien tengo frente a mí, pero no quiero darle el placer de verme asustada. Así que me obligo a respirar hondo, enderezo la espalda y lo miro directamente a los ojos.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

Austin sonríe con burla y se reclina en su silla, cruzando una pierna sobre la otra con una elegancia calculada.

—¿No es obvio? —ladea la cabeza, con gesto divertido—. Te has convertido en un problema demasiado grande y los problemas… hay que resolverlos.

Una punzada de terror me recorre la espina dorsal.

—Dylan te matará por esto.

Austin suelta una carcajada grave, como si realmente encontrara divertida mi amenaza.

—Oh, querida… —se inclina hacia adelante y apoya los codos en sus rodillas—. ¿De verdad crees que Dylan es un héroe que puede salvarte siempre?

No le respondo, solo me limito a apretar los labios con fuerza y mantengo la mirada fija en él, sin parpadear. Austin deja escapar un suspiro teatral y chasquea la lengua.

—Vamos a hacer una apuesta. Si Dylan te quiere tanto… veamos si es capaz de salvarte.

Mis pulmones se quedan sin aire. Esto no es solo una amenaza. Es un juego orquestado por Austin para provocar a Dylan y empujarlo al borde del precipicio y asegurarse de que caiga. Me ha convertido en el anzuelo perfecto para conseguir llevar a Dylan hacia donde él quiera.

Las lágrimas me queman en los ojos, pero no voy a llorar. No voy a darle esa satisfacción. Así que levanto la barbilla y lo miro con la

misma frialdad con la que él me observa.

—¿Y si lo hace? —susurro, con voz más firme de lo que esperaba.

Austin sonríe, pero sus ojos son solo dos pozos llenos de vacío.

—Entonces, supongo que será entretenido ver hasta dónde está dispuesto a llegar por ti.

El miedo me atenaza el pecho, pero me niego a ceder. No voy a permitir que gane. No me importa lo que pase, ni si mi vida está en sus manos en este momento, porque no me pienso mostrar débil. Aprieto los puños, sintiendo el ardor de las bridas de plástico alrededor de mis muñecas, y me obligo a respirar.

Dylan vendrá por mí y, cuando lo haga, Austin deseará no haberse acercado a mí.

Capítulo 64

Dylan

El sonido de mis pasos retumba en el pasillo de mi apartamento. Mis dedos aprietan las llaves con tanta fuerza que las marcas metálicas se clavan en mi piel. Tengo la sensación de que algo no va bien, lo siento en cada fibra de mi cuerpo.

Abro la puerta con un golpe seco y escaneo el salón en cuanto entro. Todo está en su sitio, pero el ambiente está raro, vacío, como si alguien hubiera arrancado lo más importante de este espacio.

—Kiara… —mi voz resuena en el silencio, pero no me responde.

Camino hasta el dormitorio con pasos largos y rápidos y veo que la cama está hecha, pero hay algo que me hace detenerme en seco. Un sobre, blanco y cerrado, descansa sobre mi almohada.

Un mal presentimiento me golpea el pecho. Avanzo como si un hilo invisible me arrastrara con la respiración agitada y los latidos de mi corazón resonando como si fueran un tambor de guerra en mis sienes.

Agarro la carta y rompo el sobre con torpeza, saco el papel doblado que contiene, lo desdoblo y empiezo a leer.

«Dylan,

Sé que cuando leas esto, ya estaré lejos…»

El resto de las palabras manuscritas por Kiara me duelen como si un puñal se me clavara en el medio del corazón. Dice que se va porque me ama, pero que nuestro hijo merece algo mejor. Que no quiere que crezca en el mundo en el que vivo, rodeado de peligros y sombras.

Leer que se marcha de su puño y letra, me deja el corazón congelado. No, no puede ser. Un rugido de furia y desesperación se escapa de mi garganta mientras lanzo la carta contra la pared.

No puede haberse marchado sin decirme ni siquiera a dónde. Agarro el móvil con manos temblorosas y marco un número sin pensarlo. Suena un tono. Dos. Tres.

—Dylan —responde John con voz cansada.

—¿Está contigo? —pregunto sin rodeos.

—¿Quién?

—Kiara.

Se queda en silencio durante unos segundos que se me hacen eterno. Mientras espero siento como mi mandíbula se tensa y se me endurecen los músculos.

—No, no está conmigo —responde finalmente.

La rabia me atraviesa como un rayo. Me paso una mano por la cara en un intento de contener la furia que me desborda.

—¿Sabes algo? —gruño.

—Lo único que sé —dice John con un tono firme— es que deberías dejarla en paz.

El mundo a mi alrededor se detiene.

—¿Qué coño has dicho?

—Que lo único que consigues estando a su lado es arrastrarla a problemas. No necesitas a Kiara, Dylan. Vuelve a tu vida, sigue con tus carreras, tus negocios y esas mujeres a las que estás tan acostumbrado. Kiara no es de tu estilo. Déjala en paz. Para ti, solo es una carga.

La furia me estalla en el pecho, pero no respondo de inmediato. Cierro los ojos con fuerza y dejo que el dolor me atraviese antes de escupir la única verdad que importa.

—Ella no es una carga. Es lo único que me mantiene vivo.

Ambos nos quedamos en silencio y puedo escuchar su respiración al otro lado de la línea, pero algo cambia en su tono cuando responde.

—¿Tanto la amas?

—Más de lo que jamás he amado a nada ni a nadie.

John suspira.

—Voy a buscarla.

—Yo también.

Cuelgo sin esperar respuesta. Agarro las llaves del coche y salgo de mi apartamento como un maldito huracán. Si Kiara está en algún lugar de esta ciudad, no pararé hasta que la encuentre.

La noche de Nueva York se despliega ante mí como un campo de batalla. Me meto en el Ferrari y enciendo el motor con un rugido que hace temblar las paredes del garaje. Salgo disparado a toda velocidad, ignorando semáforos, peatones y cualquier ley de tránsito que intente interponerse entre ella y yo.

Debo encontrarla cuanto antes. Aprieto el volante con fuerza y reviso cada rincón donde podría haber ido. Miro en calles, esquinas, parques, hospitales… Pero nada, no la encuentro. Marco su número una y otra vez. Pero siempre igual: apagado. Sigo conduciendo sin parar, mientras mi corazón martillea mi pecho con contundencia y la desesperación me devora vivo.

No puedo perderla.

Después de horas de búsqueda frenética, mi móvil vibra en el asiento del copiloto. Contesto de inmediato.

—¿La tienes? —pregunto sin aliento.

—No —responde John con la voz tensa—. No está en ninguna parte.

Un escalofrío helado me recorre la espalda.

—Voy a movilizar a mi equipo de seguridad.

—Dylan…

—Vamos a encontrarla, John —sentencio y cuelgo.

Respiro hondo y marco otro número. Uno que solo utilizo cuando la situación es crítica.

—Moviliza a todos —ordeno en cuanto me responden—. Quiero que busquéis a Kiara Spencer en cada maldita calle, hotel, estación y carretera. No quiero que dejéis ni una puta piedra sin levantar de la ciudad.

—Entendido, jefe.

Cuelgo y golpeo el volante con el puño. Donde sea que esté Kiara, voy a encontrarla, aunque tenga que incendiar Nueva York para lograrlo.

Capítulo 65

Dylan

La vibración de mi móvil retumba con un zumbido que parece como un puñetazo en medio del pecho. Algo dentro de mí se agita con violencia y me empuja a cogerlo de inmediato. En la pantalla no aparece ningún nombre, solo un número desconocido. Pero no lo dudo, paso el dedo por la pantalla y me llevo el móvil al oído.

—¿Quién coño eres?

Como respuesta solo escucho silencio, con un ruido estático de fondo. Un segundo. Dos. Miro la pantalla mientras siento cómo el aire se congela en mis pulmones cuando veo aparecer un vídeo. Pulso el *play* automáticamente y lo que veo me deja sin aliento.

Kiara aparece atada a una silla, con las muñecas sujetas por bridas de plástico, que le han dejado la piel enrojecida y marcada. Respirada de manera agitada y tiene los labios entreabiertos en un intento desesperado por tomar aire. El terror en sus ojos me sacude de pies a cabeza por el pánico que percibo en ellos y que jamás había visto en ella. Pero lo peor… lo peor es la pistola que le está presionando la sien. Al verlo, un escalofrío me recorre la espalda, no de miedo, sino de pura y cruda furia.

La imagen se tambalea un poco y la cámara gira, mostrándome más detalles. Está en una nave industrial con el suelo de hormigón

manchado de grasa, la luz fluorescente parpadea y proyecta sombras alargadas y fantasmales en las paredes sucias.

La voz de Austin resuena en el vídeo, suave, controlada y con ese tono jodidamente calculador que me ha sacado de quicio toda la vida.

—Si corres esta última carrera y ganas… la dejaré ir.

El cronómetro detrás de Kiara se enciende de repente y aparecen veinticuatro horas que comienzan a descender lentamente. Cada segundo que pasa cae como un martillazo en mi pecho.

—Si pierdes… ella muere —continúa Austin.

El vídeo se corta de repente justo después y en la pantalla de mi móvil aparece un enlace con la ubicación del punto de encuentro de la carrera.

Mis dedos aprietan el teléfono con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos. Mi respiración es irregular y una única palabra se repite dentro de mi cabeza como un mantra: matar.

Mis músculos se tensan como un resorte a punto de romperse. Austin acaba de cometer el peor error de su vida. Respiro hondo, tratando de contener la rabia que me arde en las entrañas en este instante, pero es imposible. Me tiemblan las manos, pero no por miedo, sino por el instinto asesino que se ha despertado en mí.

Giro sobre mis talones y atravieso el apartamento con pasos largos y furiosos. Cada célula de mi cuerpo me empuja a moverme, a salir ahí fuera y destrozarlo todo. Cuando llego al salón, mis ojos se clavan en la mesa, donde aún continúa la carta que Kiara me ha dejado. Ahora tengo claro que había decidido irse, pero Austin la encontró antes que yo. No tengo tiempo ahora para pensar en el significado de su decisión de marcharse de mi lado, porque en este momento lo más importante es encontrarle. Así que cojo las llaves y voy hacia el garaje. La humedad del aire golpea mi piel, el olor a gasolina y caucho impregna mis sentidos y me subo al Maserati MC20 sin dudarlo. Encajo la llave en el contacto y el rugido del motor llena el espacio, una sinfonía de pura potencia y rabia. Siento la vibración del coche en cada fibra de mi ser, fusionándose con la adrenalina que bombea en mis venas. Mis manos se aferran al volante y mis dientes se aprietan con tanta fuerza que me duele la

mandíbula. Piso el acelerador a fondo y salgo disparado a través de la oscuridad de la noche.

El tráfico de Nueva York desaparece ante mis ojos. Los coches con los que me cruzo no son más que manchas borrosas mientras avanzo a toda velocidad, ignorando los semáforos en rojo, las bocinas y el caos de la ciudad.

Cada giro del volante que doy es un latido acelerado de mi corazón y cada cambio de marcha es un grito silencioso de rabia contenida. Mi pie derecho no se mueve del acelerador, mi cuerpo está tenso como una cuerda a punto de romperse.

Las luces de los edificios se difuminan en mi visión periférica y la carretera es un túnel, una única línea recta hacia mi objetivo.

Estoy llegando al lugar que me indica el localizador. Justo en ese momento, mi móvil vibra en el asiento del copiloto y lo miro de reojo. Acabo de recibir otro mensaje, lo abro y veo un mapa que me muestra la ubicación exacta de la carrera en una carretera cerrada a las afueras de Brooklyn, un circuito clandestino donde ya he corrido antes.

Acelero aún más.

Siento que cada músculo de mi cuerpo está al límite, la rabia ha envenenado mis pensamientos y el odio me consume desde dentro. Austin debe creer que puede jugar conmigo y poner precio a la vida de Kiara, pero se equivoca.

Cuando llegue lo encontraré y cuando acabe con esta carrera, lo haré pagar por cada maldita cosa que ha hecho. Cierro los dedos en torno al volante y trago saliva.

—Voy a ganar y después lo mataré.

Las luces de la ciudad comienzan a desvanecerse y la oscuridad de la carretera se despliega frente a mí. Las líneas blancas del asfalto se iluminan bajo los faros del coche y, a lo lejos, el resplandor de los focos de la carrera me indica que estoy cerca.

Aparco el Maserati en una explanada de tierra y siento cómo el motor aún ruge bajo mis pies. Salgo y me adentro en la multitud que se ha congregado alrededor del circuito.

Las caras de los corredores me resultan familiares. Hombres que, como yo, han apostado su vida en la velocidad, aunque esta vez

para mí no es solo dinero lo que está en juego, esta noche corro por la vida de Kiara y no pienso perder.

Al acercarme veo que Austin está allí. De pie, con su sonrisa de hijo de puta y su mirada calculadora. Su expresión es la de un hombre que tiene todas las cartas en la mano, pero lo que no sabe es que yo nunca juego limpio.

Me acerco a él con pasos firmes. La gente se aparta de mi camino al ver la rabia que llevo grabada en mi gesto. Cuando estoy lo suficientemente cerca, Austin sonríe con satisfacción.

—Has llegado justo a tiempo, hermano.

Mi puño se estrella contra su mandíbula antes de que pueda seguir hablando. Austin cae hacia un lado, pero se recupera rápido. Se limpia la sangre del labio con el dorso de la mano y su sonrisa se ensancha.

—¿Eso es todo lo que has traído para mí, hermanito? —se burla, inclinando la cabeza, pero no le respondo. Solo me acerco más a él, con los nudillos ardiendo y la respiración entrecortada.

—Te voy a matar —le digo entre dientes.

Austin se ríe.

—Corre primero y luego veremos quién muere.

Miro la pista y veo los coches alineados y el público expectante. Esta no es solo una carrera, porque es la última partida en el tablero de Austin. Aunque lo que él no sabe… Es que yo nunca pierdo.

Capítulo 66

Kiara

El frío me cala hasta los huesos. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Minutos. Horas. Ni idea, lo único que tengo claro que la noción del tiempo se me escapa en medio de esta oscuridad sofocante que lo invade todo. El hormigón del suelo bajo mis pies descalzos es áspero y húmedo. Cada vez que respiro, el aire cargado de polvo y metal se me pega en la garganta y me hace toser hasta rasgarme la garganta. Mis muñecas arden por la presión de las bridas de plástico, que las mantienen atadas a la espalda. Me duelen mucho, no solo por la fuerza con la que están sujetas, sino porque llevo demasiado tiempo intentando deshacerlas y se me han hecho cortes, que me sangran. Pero no puedo quedarme quieta, porque eso sería como rendirme y eso me hundiría por completo. Si dejo de luchar, acepto el destino que Austin ha decidido por mí, y no puedo permitírselo.

Trago saliva y me apoyo contra la pared con las piernas dobladas, temblando y sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo protesta por la incomodidad que siento. Me duele el cuello de tanto tenerlo inclinado hacia un lado, las piernas de estar sentada en esta posición imposible y la cabeza de tanto intentar mantener la calma. Pero lo peor de todo esto es el miedo que tengo, pero no por mí, sino por

mi bebé. El mismo que aún no es más que un susurro dentro de mí, pero que es suficiente para hacerme aferrarme con uñas y dientes a la vida.

Además, Dylan vendrá, lo sé, porque me lo prometió. Cierro los ojos con fuerza y apoyo la cabeza contra la pared helada.

«Prometiste que nunca me dejarías ir», me repito para mí. Pero ¿y si esta vez es diferente? ¿Y si Austin ha conseguido que lo imposible suceda? ¿Y si Dylan no llega a tiempo?

Nono puedo pensar así.

Respiro hondo y vuelvo a forzar mis muñecas contra las bridas. Aprieto los dientes cuando el plástico me corta más la piel, pero eso no me detiene. Tiro y muevo las manos intentando que el roce lo suficientemente fuerte haga que una de las ataduras se afloje.

La piel se desgarra más y un gemido de dolor escapa de mis labios, pero cierro los ojos y me obligo a seguir. Tengo que seguir adelante, porque si dejo que el miedo me venza, estoy acabada. Si permito que Austin gane, estoy condenando a mi hijo a la vida que he intentado evitar a toda costa y eso no lo voy a permitir.

Yo sola salí adelante cuando la vida intentó hundirme, me reconstruí cuando el dolor me rompió, sobreviví cuando el mundo me dio la espalda y ahora… Voy a sobrevivir otra vez. Incluso si tengo que romperme las muñecas para lograrlo.

Mis brazos tiemblan y un sudor frío me cubre la frente. Cada movimiento hace que el dolor se intensifique y la piel en carne viva me quema como fuego líquido y mis uñas se clavan en las palmas de mis manos con desesperación.

Una lágrima resbala por mi mejilla, pero la ignoro. No voy a rendirme.

Dylan, ven por mí.

En ese instante, la puerta se abre de golpe y el sonido me sobresalta. Mi cuerpo entero se tensa como si una potente corriente eléctrica hubiera atravesado mi cuerpo. Me paso la lengua por los labios secos y levanto la mirada y entonces lo veo. Austin está frente a mí, mirándome con su sonrisa lobuna. En ese instante, el aire se me queda atrapado en mis pulmones y no me atrevo ni a moverme.

Se inclina ligeramente contra el marco de la puerta, con una expresión de pura satisfacción pintada en su asquerosa cara. Lleva las manos en los bolsillos y su postura es relajada, como si esto no fuera más que un juego para él y como si no acabara de destrozar mi mundo con sus propias manos.

Sus ojos oscuros se clavan en mí y se arrastran por mi cuerpo atado con lentitud.

—No esperaba que tuvieras tantas ganas de deshacerte de las ataduras, Kiara.

Su tono es despreocupado, casi divertido. No le respondo, porque no estoy dispuesta a darle el placer de saber cuánto miedo tengo.

Él ladea la cabeza y da un par de pasos hacia mí. El sonido de sus zapatos resonando sobre el suelo de hormigón me provoca un escalofrío.

—¿Sabes lo que más me gusta de todo esto? —me dice con voz suave y peligrosa—. Que me estás facilitando las cosas.

Me mantengo en silencio y vuelve a acercarse, hasta quedar a solo unos centímetros de donde estoy yo. Se agacha frente a mí, apoya los codos en sus rodillas y me observa con detenimiento.

—Dylan está fuera de sí, como un puto animal rabioso. ¿Sabes lo fácil que es hacer que alguien como él pierda el control?

Me muerdo el interior de mi mejilla con fuerza. No quiero escuchar sus venenosas palabras resonando dentro de mi cabeza. Pero él no se detiene.

—Está corriendo a contrarreloj por ti. Haciendo exactamente lo que quiero que haga.

El miedo me atenaza la garganta.

No, Dylan es más listo que él y no puede caer en su juego. Austin alarga la mano y me toma por la barbilla, inclinándome el rostro hacia él. Mi piel se eriza de puro rechazo al notar el rostro de sus dedos en mi cara.

—¿Crees que vendrá a salvarte?

Le sostengo la mirada con firmeza.

—Sé que vendrá.

Austin suelta una carcajada y me suelta con un movimiento brusco.

—Veremos si llega a tiempo.

Se levanta, pero antes de salir de la habitación, se gira hacia mí y sus labios se curvan en una sonrisa cruel.

—Espero que no te moleste la espera.

La puerta se cierra tras él y el sonido de la cerradura mientras se cierra me golpea como una bofetada.

Mis muñecas sangran. Mi cuerpo tiembla. Pero mi corazón sigue aferrándose a un solo pensamiento. Dylan vendrá, loo prometió y él nunca rompe una promesa.

Capítulo 67

Dylan

El rugido del motor resuena en mis entrañas. El ambiente huele a gasolina y a caucho quemado y se filtra en el habitáculo de mi Maserati como una advertencia muda de lo que está a punto de suceder. Coloco las manos sobre el volante, sintiendo cómo rodeo con mis dedos el cuero moldeado a la perfección, y dejo que la adrenalina fluya sin contención por mis venas. Aquí, en esta pista, no hay margen para la duda, porque no puedo permitirme perder. Hoy menos que ninguna otra ocasión.

Las luces rojas parpadean sobre el arco de salida, lanzando destellos sobre la carrocería brillante de mi coche. Mis nudillos se tensan alrededor del volante. Afuera, en la línea de salida, la multitud enloquece. Escuche voces mezcladas con el estruendo de los motores que rugen como bestias a punto de ser liberadas de su particular jaula. No presto atención a nada más. En mi cabeza no hay nada más que un único objetivo: cruzar la meta en primer lugar.

El primer semáforo rojo se apaga. El rugido de los motores sube un nivel. Mis músculos se tensan y clavo la mirada en la pista.

El segundo semáforo rojo se apaga. Mi pie derecho se inclina sobre el pedal del acelerador. Mis latidos acelerados hacen que mi

corazón golpee fuerte contra mis costillas, No tengo miedo, ni dudas, solo rabia.

El tercero también se apaga. Respiro hondo y agudizo mis sentidos, porque sé que esta noche no puedo permitirme ni el más mínimo movimiento en falso.

El último semáforo se apaga. Piso el acelerador a fondo y mi coche se dispara hacia adelante como una bala. El rugido del motor retumba en mis oídos, fusionándose con los alaridos de la multitud y el chirrido de neumáticos que muerden el asfalto. A mi derecha, el rival más cercano intenta adelantarse, pero no le doy espacio. Ajusto la dirección con precisión quirúrgica y me mantengo en la trazada perfecta.

La primera curva se acerca, pero no reduzco la velocidad. Mi coche vibra bajo mis manos, el asfalto tiembla y la presión sobre mis costillas se intensifica, aunque mantengo la mente fría. Aprieto los dientes y dejo que la máquina haga su trabajo. La fuerza centrífuga amenaza con lanzarme fuera del trazado, pero contragiro el volante en el último instante y salgo de la curva como un relámpago.

A mi izquierda, otro coche intenta arrebatarme la posición. Su carrocería negra brilla con el reflejo de los focos. Puedo ver al piloto a través del casco. Aprieto los dientes y piso más fuerte el acelerador. El motor de mi Maserati responde con un rugido desgarrador y me lanza hacia adelante.

200 km/h.

Las luces de la pista se convierten en destellos fugaces. La siguiente recta se abre ante mí como un abismo. No hay margen de error. Solo tengo un par de segundos para tomar la decisión correcta y dominar mi coche.

250 km/h.

Los neumáticos arden. Mi cuerpo está completamente alineado con la máquina y cada fibra de mis músculos está conectada al coche. A esta velocidad, un pestañeo puede costarme todo.

280 km/h.

Un rival se acerca por el lado derecho. No pienso cederle el paso. Me muevo con precisión y bloqueo su intento, aunque las carrocerías se rozan. La vibración recorre el volante como una descarga

eléctrica, pero no me inmuto. Este es mi territorio y no hay espacio para el miedo.

300 km/h.

El mundo que me rodea se vuelve un borrón y la pista, un túnel de sombras y luces. No escucho nada más que el rugido del motor y mi propia respiración. La rabia que me invade es el combustible que me empuja a seguir. No me importa el riesgo, que estoy corriendo, ahora lo más importante es hacerme con la victoria.

La última curva se acerca. Es el momento decisivo. En una fracción de segundo, el coche negro se lanza por el interior, intentando ganarme la posición. Cierro la trazada. El otro piloto intenta mantener el control, pero sus neumáticos patinan. Un instante de duda y el impacto es brutal. El coche negro se descontrola y gira sobre sí mismo. Un rugido ensordecedor de metal y cristales rotos inunda el ambiente. El automóvil se estrella contra la barrera de protección con una explosión de chispas. Pero no giro la cabeza, ni freno, porque no siento nada. Estoy en los últimos metros. El tablero de la línea de la meta brilla en la distancia y el rugido del público se mezcla con el estruendo del motor. Prácticamente ya puedo saborear la victoria. Cierro los ojos un instante. La meta se acerca. Es solo un instante.

Cuando cruzo la línea de llegada, el grito de la multitud se eleva en el aire. Reduzco la velocidad del Maserati poco a poco, como si acabara de despertar de un trance. Mis manos siguen firmes sobre el volante, aunque mi respiración es irregular. No giro la cabeza hacia el desastre que ha quedado atrás, donde todo está en llamas e impera el caos. Pero yo he ganado y, ahora mismo, eso es lo único que me importa.

Capítulo 68

Kiara

El sonido de los motores se filtra por el altavoz de la sala en la que estoy encerrada, un eco distorsionado que retumba contra las paredes desnudas. Al principio me asusto, porque no sé de dónde proviene ese ruido ensordecedor, pero poco después me doy cuenta de que en una esquina de la sala en la que estoy hay un pequeño altavoz colgado de la pared.

El ruido que oigo es un murmullo constante, grave y vibrante, que me eriza la piel y me hace apretar los puños. No sé por qué me hacen escuchar esto justo ahora… ¿Será por qué es una carrera en la que participa Dylan? ¿Si no es ese el motivo no entiendo por qué lo hacen? Sí, sin duda es por eso, no puede haber otra razón, ni explicación.

Cierro los ojos y me obligo a escuchar, a separar cada ruido entre el rugido de los motores, el estrépito del público y el rumor de voces dispersas que se mezclan en el ambiente. Oigo gritos y exclamaciones de sorpresa y emoción. Gente que jalea a los corredores, voces exaltadas que se elevan por encima del resto y se pierden entre el estrépito de los coches que aceleran en la pista. Intento descifrar algo entre el barullo de sonidos, alguna pista que

me diga en qué posición está Dylan, si sigue en la carrera o si está bien. Pero solo oigo caos y la incertidumbre me invade aún más.

Me clavo las uñas en las palmas de mis doloridas manos. Cada segundo que pasa me invade más la angustia y la incertidumbre. Pero, de repente, un estruendo repentino atraviesa la transmisión y me sobresalto. Después, el murmullo de la multitud cambia y se vuelve más agitado y descontrolado. Algo ha ocurrido.

—¡Dios! ¿Lo has visto? —exclama alguien entre el público, aunque yo solo escucho una voz lejana y amortiguada por la mala calidad del sonido.

—¡Se ha estrellado! —grita otra voz.

Mi cuerpo se tensa de inmediato y me concentro cuanto puedo en las voces que llegan a través del altavoz, como si eso pudiera darme respuestas. Las voces se solapan unas sobre otras, fragmentadas y confusas.

—Está ardiendo…

Siento que el aire me abandona los pulmones y la sangre se me hiela en las venas. Un coche está en llamas y mi mente trabaja a una velocidad vertiginosa, pero no hay respuestas, solo miedo.

¿Es Dylan? ¿Es su coche el que arde?

No sé qué hacer. No puedo ver nada, ni puedo salir de esta habitación, ni tampoco preguntar. Estoy atrapada en este lugar e invadida por el pánico más absoluto.

Las voces en el altavoz se intensifican. El bullicio del público es un torbellino de exclamaciones y jadeos de horror. Escucho pasos acelerados, órdenes gritadas en la distancia y el sonido de sirenas lejanas. Aprieto los párpados con fuerza y me llevo las manos a mi cabeza. Quiero gritar y que alguien venga y me diga que todo está bien. Pero nadie acude a mí, porque continúo con la única compañía de mi miedo apretándome el pecho y atenazándome la garganta.

El tiempo se vuelve irreal. No sé si han pasado segundos o minutos. No sé nada. Mi cabeza es un desierto de pensamientos erráticos, que se reducen a una sola idea: si Dylan no entra por esa puerta, si no escucho su voz y lo veo con mis propios ojos, no podré soportarlo.

El rugido del público vuelve a alzarse, pero esta vez el tono es diferente. Más exaltado y frenético. Hay aplausos, ovaciones y un estrépito que me revuelve el estómago, pero entre todo ese caos, escucho algo que me hiela la sangre.

—¡Ha sido un milagro que saliera con vida!

Mi cuerpo se sacude con un escalofrío. No sé si hablan de Dylan o se refieren a otro piloto. Pero lo que sí sé es que ha sucedido algo grave.

Capítulo 69

Kiara

El tiempo deja de tener sentido. En esta sala, con las paredes desnudas y el frío calándome los huesos, todo parece irreal. Espero hasta lo insoportable a que alguien venga y me diga algo sobre lo que he escuchado, pero continúo sola y con la única compañía del murmullo amortiguado del público a través del altavoz y el peso del miedo que cada vez me oprime con más intensidad el pecho.

Desde que estoy aquí encerrada, me he perdido en pensamientos oscuros tantas veces, que ya no sé si sigo despierta o atrapada en una pesadilla interminable. La incertidumbre es un veneno lento que me está consumiendo desde dentro. Me abrazo como puedo con las manos atadas, los músculos tensos y la respiración contenida, intentando no pensar en lo peor. Pero ya lo he imaginado todo: Dylan tendido en el asfalto, rodeado de llamas, mientras su cuerpo yace inerte entre los restos de un coche destrozado. Intento ahuyentar esa imagen de mi cabeza, pero se aferra a mí con garras afiladas e implacables.

De repente, la puerta de la sala en la que estoy se abre de golpe con una detonación que me hace encogerme sobre mí misma. Mi corazón da un vuelco y me giro bruscamente hacia la entrada. La visión que tengo ante mí me deja sin aliento.

Dylan.

Su silueta se recorta contra la luz del exterior. Está ensangrentado, magullado, respira de forma irregular y sus ojos reflejan algo que nunca había visto antes en él: pánico.

Se queda quieto un instante, mientras me observa, pero justo después, su rostro se descompone y una sonrisa rota cruza sus labios.

—Te dije que te encontraría.

No puedo reaccionar. No sé si estoy soñando, si esto es real o solo otra trampa más de mi mente desesperada. Pero entonces él se mueve, cruza la distancia que hay entre nosotros en un par de zancadas y me envuelve en sus brazos con una fuerza brutal y me besa. Entre nosotros no hay palabras, ni pausas, solo la urgencia cruda de dos corazones que han estado al borde del abismo. Sus labios devoran los míos con hambre, rabia y desesperación. El sabor de la sangre se mezcla con el calor de su aliento, pero no me importa. Solo me aferro a él con todas mis fuerzas, porque si lo suelto, temo que desaparezca.

—Voy a sacarte de aquí —me dice contra mis labios, con la voz áspera.

Se aparta un segundo y desata las cuerdas que me mantienen atrapada. Mis muñecas arden cuando la presión desaparece, pero no me quejo. Lo único que quiero es salir de este lugar y escapar de esta pesadilla junto a él.

Dylan me toma en brazos y camina hacia la puerta. Su cuerpo está tenso y preparado para cualquier amenaza. La adrenalina brota de él como un fuego imposible de extinguir. Sé que aún no estamos a salvo, pero estar a su lado me hace creer que podemos lograrlo.

Salimos de la sala y la libertad está tan cerca, que casi puedo tocarla. Pero, entonces, una voz helada corta el aire como un cuchillo afilado.

—¿A dónde creéis que vais?

Nos detenemos en seco y frente a nosotros, aparece Austin que nos apunta con un arma. Su expresión es implacable y sus ojos brillan con una mezcla de triunfo y crueldad, porque sabe que nos tiene atrapados.

Capítulo 70

Dylan

El cañón del arma apunta directo a Kiara y un frío paralizante me atraviesa de golpe. Es un instante, una fracción de segundo en la que el tiempo parece expandirse y contraerse a la vez. La miro, la veo vulnerable, con los ojos muy abiertos y el cuerpo temblando por el impacto de la amenaza. No lo pienso. La suelto y la dejo en el suelo y me interpongo entre ella y la pistola.

—Baja el arma, Austin —gruño, con la respiración agitada.

Su expresión es la de un hombre que ha perdido la cordura. Sus ojos oscuros están inyectados en sangre, tiene la mandíbula tensa y el dedo demasiado cerca del gatillo.

—Sí, has ganado —su voz se quiebra un instante—, pero Kiara no será tuya ni tampoco lo será de nadie.

Al escucharlo, cada músculo de mi cuerpo se tensa. Sé que Austin es capaz de apretar el gatillo sin dudarlo. Durante toda su vida ha sido un hombre calculador y egoísta, pero ahora también veo algo nuevo en él: desesperación y rabia. Veo a alguien que ha sido acorralado y que está dispuesto a hacer cualquier cosa para salirse con la suya a cualquier precio.

—No tienes por qué hacer esto —le digo, dando un paso lento hacia él con la voz grave y firme, aunque no sé si me escucha.

Él niega con la cabeza y las manos le tiemblan, pero no baja el arma. Siento cómo los latidos golpean contra mis sienes y el sudor resbalando por mi espalda. Sé que tengo una oportunidad. Así que sin pensármelo mucho más y de forma inesperada, me lanzo sobre él.

El golpe es brutal. Chocamos con tanta fuerza, que ambos caemos al suelo. Su cuerpo golpea el mármol y un gruñido de dolor escapa de su garganta. Forcejeamos con violencia, rodando por el suelo. Él es fuerte, siempre lo ha sido, pero yo también. El sonido de nuestros puños impactando con fiereza contra el cuerpo del otro resuena en la habitación.

Austin me golpea en el estómago con el codo y el aire me abandona de golpe. Pero no me detengo, le devuelvo el golpe con un derechazo directo a su mandíbula, que logra que su cabeza se sacuda y su cuerpo se tambalee.

Veo cómo la pistola se le resbala de las manos y cae al suelo con un golpe seco y gira sobre sí misma, quedando a escasos metros de nosotros. Ambos la miramos al mismo tiempo y nos lanzamos a por ella a la vez, aunque Kiara es más rápida.

En cuanto sus dedos rodean la empuñadura, alza la mirada y sus ojos se encuentran con los míos. Está temblando, pero su mano no vacila. Austin se congela. Sé lo que está pensando. Kiara no es una asesina, ni tiene la sangre fría que él sí posee. Pero lo que no entiende es que ella no es la misma chica que secuestró, no después de todo lo que nos ha hecho pasar.

De forma inesperada, el disparo resuena como un trueno y el cuerpo de Austin se sacude con violencia. Sus ojos se abren de golpe y la sorpresa se dibuja en su rostro. Durante un segundo eterno, el tiempo se ralentiza. Después, cae de rodillas, jadeando y con la mano sobre la herida que se extiende en su abdomen.

Kiara sigue con la pistola en la mano, con los labios entreabiertos y la respiración agitada. No parpadea ni se mueve, solo observa a Austin, que se desploma en el suelo. Un hilo de sangre se escapa de la comisura de sus labios y fija sus ojos en mí. Y, por primera vez en su vida, veo miedo en su mirada.

—Dylan… —su voz es un susurro ahogado, cargado de incredulidad.

Pero yo no siento lástima después de todo lo que ha hecho y casi arruinar mi vida.

Me giro hacia Kiara y la encuentro igual de petrificada. Camino hacia ella con cautela, hasta que la rodeo con mis brazos.

—Se acabó —susurro contra su cabello, mientras noto cómo su cuerpo tiembla como una hoja agitada por el viento.

Capítulo 71

Kiara

Todo es un borrón de sonidos y sombras. El mundo a mi alrededor se desdibuja, como si la realidad hubiera perdido sus contornos y todo estuviera sumergido en una bruma espesa que no me deja ver con claridad. No sé cuánto tiempo ha pasado. Segundos, minutos, quizá una eternidad… Todo lo que sé es que mi cuerpo tiembla, incapaz de procesar lo que acaba de ocurrir.

El ulular de las sirenas se abre paso a través del caos y me ayudan a recordar que el mundo sigue girando y que hay una realidad más allá de esta habitación, que apesta a pólvora, a miedo y a sangre. Mis oídos zumban, mi respiración continúa agitada y el peso de la pistola en mi mano sigue presente. No me he movido, ni he soltado el arma. Mis dedos están tan aferrados a la empuñadura que el dolor ya se ha convertido en una punzada distante, secundaria frente al torbellino de sensaciones que me atraviesan.

Miro al suelo y veo cómo la sangre se extiende sobre el cemento con una lentitud hipnótica. No sé si es por la adrenalina, por el agotamiento o porque mi mente se niega a aceptar la imagen que tengo frente a mí, pero todo parece ir más despacio de lo que debería. El cuerpo de Austin yace inmóvil, su pecho sube y baja en

espasmos irregulares y sus ojos miran al vacío, como si ni siquiera él pudiera creerse lo que ha sucedido.

Entonces, justo en este instante, siento un calor envolviéndome. Los brazos fuertes y firmes de Dylan, me rodean y me arrancan de esa espiral de vacío en la que estaba cayendo. Su presencia me llena y, de repente, todo lo que he estado conteniendo se quiebra dentro de mí.

—Se acabó —susurra contra mi cabello, con una seguridad que me destroza.

Mis labios se separan en un sollozo ahogado y todo lo que no me había permitido sentir hasta este momento se desploma de golpe. El miedo, la angustia y la incertidumbre de no saber si saldríamos vivos de esta pesadilla escapan de mí en forma de las lágrimas que salen a borbotones y sin control. Mientras, me aferro a Dylan con la desesperación de alguien que se ha estado ahogando demasiado tiempo.

Él no intenta detenerme, no dice nada más. Solo me sujeta con fuerza, dejándome ser vulnerable. Su mano se hunde en mi pelo y lo acaricia con movimientos lentos, su otra mano recorre mi espalda en un gesto protector. Me aferro a él con tanta fuerza, que mis dedos se clavan en su ropa, pero no se queja ni intenta apartarme. Simplemente me sostiene.

Las sirenas se acercan y los destellos de luces intermitentes iluminan las paredes, pintándolas con reflejos que se suceden en una secuencia irregular. Escucho pasos apresurados, voces que gritan órdenes y el sonido de puertas abriéndose y cerrándose. Pero nada de eso importa. Ahora mismo, lo único real es que todo ha acabado y estoy con Dylan.

Levanto la mirada con los ojos aún empañados en lágrimas y veo que Dylan me observa. No hay dudas en su gesto, ni el rastro de la ira que lo había consumido hace apenas unos minutos.

—Ahora —dice con voz firme—, construyamos algo real y lejos de esta pesadilla.

Su declaración me llega al corazón, porque eso es lo único que quiero y necesito. Alejarnos de todo lo que nos ha hecho tanto daño y empezar de nuevo.

Dylan no aparta la vista de mí mientras los primeros agentes irrumpen en la estancia. Siento que las preguntas van a caer sobre nosotros en cualquier momento, pero sigo sin soltarme de él. Las preguntas llegan y los agentes nos separan por unos minutos, nos examinan e intentan entender qué ha sucedido. Sus voces son un eco lejano y todo lo que digo, lo hago sin pensar demasiado. Explico lo esencial y la verdad, lo que se necesita para que puedan actuar, aunque mi cabeza sigue atrapada en lo que acaba de pasar.

Dylan permanece cerca de mí en todo momento. Lo busco con la mirada cuando me alejan de él, y cada vez que nuestros ojos se cruzan, el nudo en mi estómago se afloja un poco más.

Cuando finalmente nos permiten marcharnos de ese lugar, el aire frío de la madrugada me golpea y aspiro con fuerza, tratando de limpiar mis pulmones de todo lo que se ha quedado dentro de esa habitación. Dylan está a mi lado y me rodea con sus brazos.

—Vámonos de aquí —me dice con una firmeza que no admite réplica.

Asiento sin dudar, aunque no sé a dónde vamos, pero no me importa. Lo único que sé es que, si él está conmigo, cualquier sitio será mejor que este.

Epílogo

Kiara

Dos años después

Han pasado dos años y mi vida es irreconocible en comparación con lo que era antes. A veces, me despierto con la sensación de que todo ha sido un sueño y de que en cualquier momento volveré a aquella pesadilla de la que creí que nunca podría escapar. Pero entonces miro a mi alrededor y veo la realidad que hemos construido Dylan y yo desde entonces.

Ya no vivimos en la locura de Nueva York, en esa vorágine de ruido, tráfico y sombras alargadas que se movían entre las luces de la ciudad. Nuestro hogar está lejos de todo eso, en un lugar donde la calma es real y donde los días transcurren con la certeza de que estamos a salvo. El viento sopla entre los árboles, el cielo es azul, y la única adrenalina que Dylan busca ahora es la de un día tranquilo con nuestra familia.

Dylan dejó las carreras ilegales. No hubo una gran despedida, ni una última competición con la que cerrar ese capítulo de su vida. Simplemente, aquella noche cuando todo sucedió, dejó de correr y no volvió a mirar atrás. Al principio, pensé que le costaría renunciar a lo que hasta entonces había definido su existencia. Pero unos meses después, cuando tuvo a nuestro hijo en brazos por primera vez, supe que no había nada en el mundo que pudiera igualar ese momento para él.

Ahora, es padre y verlo en ese papel es la imagen más inesperada y hermosa que jamás habría imaginado. Dylan, el hombre que un día desafió a la muerte en cada curva, ahora se desvela por las noches para calmar a un bebé inquieto, cambia pañales con una destreza que nunca creyó que adquiriría y encuentra más emoción en una sonrisa de su hijo, que en cualquier victoria sobre el asfalto.

Mi padre también ha cambiado. Ahora es abuelo, y su papel de protector se ha trasladado a su nieto. Cuando lo sujeta en brazos, con esa expresión de absoluta devoción que nunca pensé que vería en él, me doy cuenta de que el tiempo nos ha transformado a todos.

—Nunca pensé que te vería cambiar pañales —bromea mi padre mientras observa a Dylan mirar a nuestro hijo, con una sonrisa socarrona en los labios.

Dylan le lanza una mirada de medio lado y niega con la cabeza, divertido.

—Alguien tenía que hacerlo —responde con un suspiro exasperado, aunque en su voz hay un tono de orgullo evidente.

Se miran durante unos segundos, sin necesidad de más palabras. Hay respeto en sus ojos, un entendimiento silencioso que no existía antes. Mi padre ya no ve en Dylan a un mujeriego adicto a la velocidad, sino a un hombre que ha demostrado con hechos lo que las palabras nunca podrían expresar. Y Dylan, por su parte, ha encontrado en mi padre a alguien en quien confiar, un apoyo que jamás habría esperado tener de su antiguo amigo del instituto.

—Ven a ver esto, Kiara —me llama Dylan desde el porche, con una sonrisa que me acelera el pulso como desde la noche en que nos conocimos en el LUX.

Me acerco y lo encuentro junto a mi padre, señalando un pequeño coche eléctrico que ha comprado para nuestro hijo. Es rojo, brillante, y tiene más detalles de los que un niño de su edad podría entender, pero Dylan está emocionado como si fuera su propio coche de carreras.

—Voy a enseñarle a conducir en cuanto crezca un poco más —anuncia con una convicción absoluta.

Mi padre suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—Más te vale asegurarte de que no siga tus pasos —comenta, con una mezcla de burla y advertencia.

Dylan se encoge de hombros, como si la idea no le pareciera tan descabellada.

—Dependerá de él. Pero lo que sí puedo asegurarte es que será el mejor en lo que quiera hacer.

Mi padre lo observa durante un instante y asiente, aceptando esa verdad sin reservas. Sonrío, apoyando la cabeza en el hombro de Dylan, mientras nuestro hijo ríe al ver su nuevo coche.

Observo a Dylan y veo su postura es relajada y la mirada fija en el pequeño coche que acaba de comprar para nuestro hijo, pero hay algo en él que no ha cambiado. La intensidad en sus ojos, el fuego que arde en su interior y esa energía indomable que siempre ha formado parte de su esencia. Continúa siendo el mismo hombre peligroso y adicto a la velocidad… pero ahora, solo para mí.

Sujeto a nuestro hijo en brazos, sintiendo su peso cálido contra mi pecho. Cuando alza la mirada veo sus preciosos ojos azules, que me observan con curiosidad, que son tan parecidos a los de su padre.

—Tu padre es peligroso… —le susurro con una sonrisa mientras acaricio su mejilla sonrosada y regordeta—, pero también es el hombre que más nos ama en este mundo.

La risa infantil de nuestro hijo se mezcla con el crujir de la grava bajo los pasos de Dylan. Se acerca a nosotros con esa sonrisa, que todavía consigue hacerme sentir como si mi corazón fuera demasiado pequeño para contener todo lo que siento por él.

—Aquí están las princesas de mi casa —dice en un tono cálido, mientras su mano se desliza hasta mi vientre abultado. Sus dedos trazan un suave recorrido sobre la curva donde crece nuestra hija, y su mirada se enternece con una intensidad que me deja sin aliento. Su boca roza la mía con dulzura y después se deslizan hasta a nuestro hijo, para besarle también a él en la mejilla.

—Te quiero —susurra contra mi piel.

Le sonrío, porque no hay palabras suficientes para expresar lo que él y nuestra pequeña familia significan para mí.

—Te quiero para siempre.

—Para siempre —repite Dylan justo antes de volver a besarme.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.
¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado esta historia, te animamos a que conozcas **Casados por error**, la historia de Kath Davis y de Oliver Wilson, y primera entrega de la serie **Romance en Nueva York.** Esta es su sinopsis:

Casados por error

Un romance de enemies to lovers, un matrimonio falso, celos y pasión en Nueva York

Un matrimonio accidental, un pacto imposible y un enemigo demasiado tentador.
Despertarse con resaca ya es bastante malo. Pero despertarse casada con Oliver Wilson, el hermano de su mejor amiga y el tío más insufrible del planeta, es lo último que Kath Davis esperaba.
Arrogante, demasiado atractivo y un abogado que siempre lo tiene todo bajo control, Oliver nunca deja nada al azar… hasta que se encuentra con un certificado de matrimonio y un anillo en el dedo.
La solución es fácil: anularlo y hacer como si nunca hubiera pasado.
Pero Oliver no juega para perder. Con su voz grave y su sonrisa de tiburón de los negocios, le propone un trato que podría beneficiarles a ambos:
Seis meses de matrimonio: Sin sentimientos, sin ataduras y sin complicaciones.

El problema es que vivir juntos se convierte en un auténtico campo de batalla, porque las discusiones suben de tono, las pullas se vuelven más afiladas… y los roces, más peligrosos. Hasta que, una noche, Kath se rinde a la tentación y acaba en sus brazos, en su cama y completamente a su merced.
Ahora lo difícil no es fingir que este matrimonio es real., sino fingir que no siente nada por él.
Un romance adictivo, lleno de tensión, deseo y un enemigo demasiado irresistible como para ignorarlo.
Si te gustan los romances con mucha tensión y con protagonistas alfa irresistibles, tensión explosiva de alto voltaje y matrimonios accidentales, esta historia te enganchará desde la primera página.
¿Te atreves?

Y ahora, empieza a leerla:

Casados por error
Prólogo
Kath

Tengo la boca seca, la cabeza me retumba y siento que el estómago me da vueltas como si me hubiesen metido en una maldita coctelera. Mi primer pensamiento es que necesito agua. El segundo, que no pienso volver a beber tequila en mi vida. Y el tercero…
El tercero me golpea como un puñetazo en la sien en cuanto muevo la mano y algo brilla en mi dedo anular. Parpadeo varias veces, intentando enfocar la vista. Es un anillo. Un maldito anillo de bodas.
—No. No, no, no… —mi propia voz suena como papel de lija en mi garganta.
Me incorporo en la cama y siento cómo todo a mi alrededor se tambalea. Me agarro la cabeza con ambas manos, esperando que el mareo pase, y entonces me doy cuenta de que no estoy sola.

Oliver Wilson duerme a mi lado. Tiene el pecho desnudo, las sábanas enredadas en la cintura y el pelo revuelto como si hubiera pasado toda la noche peleándose con un orco de tres cabezas. Tiene el brazo doblado bajo la cabeza y su rostro, relajado, tiene una serenidad que no suele mostrar cuando está despierto. Y, lo peor de todo: un anillo a juego en su mano izquierda.

¡¡¡Socorro!!!

Siento una punzada de pánico que me sube por la columna y me deja helada. Esto no puede estar pasando. Miro a mi alrededor, buscando desesperadamente alguna pista que me ayude a reconstruir la noche anterior. Abro la boca sorprendida al ver que la *suite* donde estamos está hecha un auténtico desastre. Hay botellas vacías en la mesa, copas a medio terminar por todos sitios y mi vestido rojo arrugado en el suelo junto a una camisa blanca que solo puede ser de Oliver. Y, entre todo el caos, sobre la mesita de noche, hay un papel con un sello dorado. Me inclino hacia adelante con las manos temblorosas y lo cojo. El estómago se me encoge cuando leo lo que pone en el documento: Certificado de matrimonio.

Creo que se me van a salir los ojos mientras leo una y otra vez el documento. Tengo la sensación de que en cualquier momento las letras se van a reorganizar en algo que tenga más sentido, algo que no implique que acabo de hacer la mayor locura de mi vida. Pero nada de lo que querría sucede, porque ahí sigue apareciendo mi nombre de forma clara y, lo peor de todo... Y el de Oliver, como mi *flamante* esposo.

Un destello de recuerdos borrosos aparece dentro de mi cabeza de repente: el banquete de la boda de Emma, las copas de más, las luces de neón brillando en la oscuridad de la noche, risas, tequila, margaritas… Oliver y yo en un bar, mirándonos con esa chispa desafiante que siempre ha existido entre nosotros. Y luego… un beso. Un beso ardiente, con el sabor del alcohol y la adrenalina de hacer algo prohibido. Una capilla. Dios mío, ¡una capilla!

—¡AHHHHHH! —grito, sintiendo cómo la realidad me cae encima con el peso de un camión.

Oliver se sobresalta y suelta un gruñido. Se frota los ojos antes de abrirlos y entrecerrarlos, cegado por la luz que entra por los

ventanales de la *suite*, y mirarme.
—Davis… no grites —me dice con la voz es rasposa y perezosa—. No me quedan neuronas para soportarlo.
—¡ESTAMOS CASADOS! —exclamo mientras cojo el certificado como si fuera una bomba a punto de estallar y se lo pongo frente a su cara.
Oliver parpadea con expresión todavía confusa por el sueño y la resaca. Acto seguido, baja la mirada hasta el papel y luego a su propia mano. Frunce el ceño. Lentamente, se incorpora apoyándose en un codo y parpadeando como si su cerebro estuviera procesando la información a cámara lenta.
—No puede ser… —murmura con la voz ahora cargada de incredulidad.
—¡Pues lo es! ¡Míralo! —sacudo el papel en el aire—. Tu nombre. Mi nombre. Un maldito certificado de matrimonio con el sello de Las Vegas.
Oliver se pasa una mano por el pelo y se despeina aún más, mientras aprieta los labios en una fina línea. Sus ojos se fijan de nuevo en el anillo que adorna su dedo.
—Joder —susurra.
—Eso no es lo que quería escuchar, Oliver —le fulmino con la mirada —. Quiero que me digas que esto es una pesadilla de la que estoy a punto de despertar o que es una broma de mal gusto o que hay una manera de deshacer esto en los próximos cinco minutos…
Él se endereza en la cama y se lleva las manos a la cara antes de soltar un largo suspiro.
—Vale. Vale. Tranquila, Davis. Vamos a pensar —me dice con un tono forzadamente calmado, aunque a mí no me engaña, le conozco demasiado bien—. Lo primero es recordar cómo diablos hemos acabado aquí.
Al escucharle, suelto una amarga carcajada, porque esto no me hace ni pizca de gracia.
—¿Recordar? ¿Tienes algo más que *flashes* inconexos dentro de esa cabeza hueca? Porque yo lo único que tengo aquí dentro —le digo dándome golpecitos suaves con el dedo índice de mi mano derecha

a la altura de la sien—es un batiburrillo de luces de neón, copas de tequila y tu cara demasiado cerca de la mía.
Oliver entrecierra los ojos y se presiona las sienes con los dedos de ambas manos.
—Recuerdo… —murmura—. La boda de mi hermana. Bailamos. Bebimos. Discutimos por alguna tontería… Y después…
—Teníamos un pique. Como siempre… —intervengo, sintiendo cómo la información va encajando poco a poco dentro de mi cabeza resacosa—. Recuerdo que me dijiste que nunca me atrevería a hacer algo realmente loco y yo te contesté que tú no sabías nada de mí.
—Y luego… —Oliver frunce más el ceño, como si las piezas fueran encajando—. Un bar. Muchas margaritas…
—Un beso —añado en voz baja.
Nuestras miradas se cruzan un instante y la atmósfera se carga de todas esas palabras no dichas, porque ninguno de los dos se atreve a pronunciarlas. Entre Oliver y yo hay una historia latente, que siempre ha estado presente entre él y yo, pero que hasta ahora ninguno de los dos ha querido reconocer. Hasta anoche.
—Vale, pero eso no explica cómo acabamos casados —responde Oliver.
—Bueno, la última imagen que tengo en mi cabeza es de una capilla. Y de alguien vestido de Elvis.
—Joder —replica él.
—Sí. Justo lo que he pensado yo.
Me levanto de la cama y al ponerme de pie noto cómo la resaca me golpea en la cabeza como si fuera un martillo. Me pongo las palmas de las manos en las sienes y empiezo a buscar desesperadamente mi móvil entre la ropa tirada por el suelo.
—¿Qué haces? —quiere saber Oliver, que me mira con gesto de extrañeza.
—Buscar mi teléfono. Necesito buscar en Google cómo se anula esto. Porque vamos a anularlo. De inmediato —le digo de forma tajante, aunque sin dejar de buscar mi móvil.
Oliver sigue en la cama, observándome con los ojos entrecerrados. Finalmente, suelta un resoplido y se pasa la mano por la cara.
—Davis, espera.

—¿Esperar? —me vuelvo hacia él con incredulidad—. ¿Esperar a qué? ¿A que esto se vuelva más surrealista de lo que ya es?
—Solo… —se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Y si…?
—¿Y si qué? —lo miro como si le hubieran crecido dos cabezas.
Oliver aprieta la mandíbula, como si estuviera debatiéndose internamente. Finalmente, suelta el aire despacio y dice lo último que esperaba escuchar en este momento.
—¿Y si no lo anulamos?
Parpadeo al escucharlo, por lo visto, mi cerebro se niega a procesar lo que acabo de escuchar de labios de Oliver.
—¿Perdona? —le pregunto con mi voz en apenas un hilo y girándome hacia él para clavarle la mirada.
—Solo piénsalo un segundo, Kath. Podría haber una razón para esto. Algo que aún no recordamos.
—O podríamos haber cometido la mayor estupidez de nuestras vidas —replico, sin poder creer que esté siquiera planteando esa posibilidad.
Él me mira fijamente, con esa intensidad que siempre ha tenido, la que hace que me hierva la sangre y, al mismo tiempo, me haga querer gritar.
—Lo descubriremos —suelta con un tono demasiado serio para mi gusto—. Pero lo que está claro es que, te guste o no, Davis… estamos casados.

Capítulo 1
Oliver

El taxi avanza por las calles de Las Vegas con un traqueteo leve, pero suficiente para recordarme que cada latido de mi cabeza es una represalia de la resaca. Me paso una mano por la cara e intento ignorar el molesto golpeteo que Kath hace con sus dedos en la puerta del coche. Su impaciencia me crispa los nervios, pero no tengo fuerzas para decirle nada. Al menos, no por ahora.

El anillo sigue en mi dedo y yo solo soy capaz de observar la banda dorada con incredulidad y frustración. Definitivamente, no hay manera de que esto termine bien teniendo en cuenta que *mi esposa* es Kath Davis, la mejor amiga de mi hermana. Lo peor es que sé que hay que solucionarlo ya, porque cuanto más tardemos, más complicado será todo.

—Davis, si sigues dando golpecitos en la puerta, te juro que la abriré y te lanzarás tú sola al asfalto —gruño, sin apartar la vista del anillo.

—¡No me hables, Wilson! —responde sin mirarme, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

No me molesto en seguir discutiendo. Mi cabeza ya está demasiado ocupada intentando comprender cómo demonios hemos terminado aquí. Recuerdo la boda de mi hermana Emma, muchas copas, Kath retándome como si siempre tuviera que demostrar algo… y después todo es una neblina.

El coche se detiene de golpe frente a un bufete de abogados con un cartel dorado reluciente sobre la puerta de entrada. Kath ni siquiera espera a que el taxi pare del todo, porque simplemente abre la puerta y sale disparada. Yo después de pagarle la carrera al taxista, la sigo con pasos largos, intentando aparentar calma, pero con cada fibra de mi ser tensa.

Cuando entramos al bufete, nos recibe una recepcionista con un moño rubio platino perfecto y un tono de voz un poco estridente pero sereno.

—¿En qué puedo ayudarles?

Kath saca el certificado de matrimonio de su bolso y lo deja caer en el mostrador con un golpe seco.

—Queremos anular esto. Ahora mismo.

La recepcionista frunce el ceño, coge el papel con delicadeza y lo examina tras sus gafas de montura roja. Su mirada se endurece al instante con una expresión que augura una mala noticia.

—Me temo que eso no va a ser posible anular de inmediato —dice con tono neutro y confirmando mi presentimiento.

Kath parpadea varias veces antes de apoyarse en el mostrador, claramente a punto de explotar.

—¿Cómo que no va a ser posible? —pregunta con voz contenida.

—Para solicitar una anulación —explica la rubia oxigenada— deben demostrar que hubo fraude, coacción o incapacidad para consentir el matrimonio. En su caso… bueno, parece que fue un matrimonio legal y voluntario.
Kath se ríe sin humor.
—¡Estábamos borrachos! Eso debería contar como incapacidad para consentir, ¿no?
—Dependerá de la interpretación del juez. Si firmaron y realizaron la ceremonia sin impedimentos visibles, el tribunal podría considerar que eran plenamente conscientes de sus actos.
Kath me mira con desesperación.
—Wilson, haz algo, joder. ¡¡¡Eres abogado!!!
Me paso una mano por la cara y suelto un resoplido.
—No se puede simplemente borrar un matrimonio, porque nos arrepintamos al día siguiente —intento aclararle con tono contenido —. La anulación podría tardar meses… o no aprobarse en absoluto.
Kath cierra los ojos y aprieta los puños.
—Bien —me responde, conteniendo su furia—. Entonces, ¿qué opción nos queda?
—El divorcio —responde la recepcionista con una sonrisa tensa.
—Genial. Hagámoslo. Ahora mismo —dice Kath, girándose hacia mí.
Pero en ese instante, mi móvil vibra en mi bolsillo. Maldigo internamente y lo saco por lo inoportuno del momento. Es mi asesor. Mierda.
—Dame un segundo —murmuro, apartándome del mostrador, mientras Kath sigue discutiendo con la recepcionista.
Respondo con la voz más calmada que puedo en este momento.
—Oliver, justo quería hablar contigo —empieza mi asesor—. La junta de Stanley & Co. está revisando los perfiles para incorporar a un nuevo socio a la sociedad y… bueno, necesitan asegurarse de que tienes estabilidad —me dice Richard.
Frunzo el ceño mientras lo escucho.
—¿A qué te refieres con estabilidad?
—Quieren ver que tu vida personal está en orden. Matrimonio, compromiso, nada de escándalos. Les gusta la imagen de un

hombre de familia para el nuevo socio que quieren incorporar a su bufete —Hace una pausa—. Y según veo aquí… te has casado.
Cierro los ojos. No puedo creer la ironía de todo esto.
—Sí, pero ha sido un error.
—Bueno, Oliver, si me preguntas… No te precipites en solucionarlo. Mantén el matrimonio un tiempo, quizá con unos seis meses sería suficiente... Eso podría asegurarte entrar a formar parte de Stanley & Co.
Al escucharle, siento como el aire se me congela en los pulmones.
—¿Estás sugiriendo que siga casado seis meses solo para mejorar mis probabilidades?
—Solo digo que no lo descartes. Piensa en ello.
Cuelgo sin responder a Aboott, porque mi mente va a mil por hora ahora mismo. Resoplo y guardo mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón y regreso al mostrador, Kath me mira expectante.
—Dime que esto se puede arreglar rápido —insiste.
Me meto las manos en los bolsillos y la observo con seriedad.
—Depende de cómo lo mires —le respondo con calma.
Kath cruza los brazos, aunque veo en su expresión que está totalmente en alerta y a punto de saltarme a la yugular.
—No me gustan tus rodeos. Así que suelta lo que sea que estés pensando.
Miro el anillo en mi dedo y luego a ella. Kath siempre ha sido un torbellino, pero ahora mismo, su mirada está llena de miedo y furia a partes iguales. Cualquier cosa que diga ahora determinará nuestra relación en los próximos meses.
—Davis, tengo una propuesta que creo que no podrás rechazar.
Sus ojos se entrecierran con sospecha. La conozco lo suficiente como para saber que está evaluando todas las maneras en las que puede acabar gritándome en los próximos cinco minutos.
—¿Qué tipo de propuesta?
Tomo aire y doy un paso hacia ella. No quiero que lo vea como una trampa, aunque en cierto modo lo es.
—Si nos divorciamos ahora, habrá preguntas. Supongo que mi hermana te ha contado que quiero entrar como socio en el bufete de Stanley & Co., ¿verdad?

—Algo me ha contado…—me responde con desgana—. Pero, ¿y eso que tiene que ver conmigo?
—Pues que, ahora mismo, no puedo permitirme un escándalo. Imagínate que llegase a oídos de los socios algo de esto…
—Asume las consecuencias de tus actos… Siempre has sido un cobarde —refunfuña cada vez más enfadada.
—Escúchame, Davis, si seguimos casados al menos seis meses, podría garantizarme la sociedad en el bufete de Nueva York.
Kath suelta una carcajada seca.
—¿Me estás pidiendo que sigamos casados por conveniencia? ¿Por qué a ti te va bien?
—Exactamente. Y no solo me beneficiaría a mí. Si permanecemos casados, podemos resolver esto con calma, sin abogados, sin drama… y con compensaciones.
Kath me observa durante unos segundos, que a mí se me hacer eternos. Tiene las manos están en su cintura mientras me excruta.
—Voy a necesitar más detalles antes de decir que sí.
Sonrío levemente.
—Perfecto. Vamos a desayunar, y te contaré todo lo que tengo en mente.
Kath suspira, pero asiente. Nos despedimos de la rubia recepcionistas y salimos del bufete de camino a una cafetería que está justo al lado.
Trato de coger aire para tranquilizarme, porque sé que esto no va a ser fácil, pero si hay alguien capaz de convertir un desastre en una oportunidad… soy yo.

Capítulo 2
Kath

¿Casada con Oliver Wilson? Prefiero morir.

Lo miro fijamente, esperando que de repente estalle en carcajadas y admita que todo esto es una broma de pésimo gusto.

Pero no lo hace. Sigue ahí, con su porte de abogado impecable, los brazos cruzados y esa expresión estoica que me saca de quicio.
—¿Has perdido la cabeza? —es lo único que consigo articular.
—Al contrario —Se inclina hacia adelante, con la serenidad de quien acaba de presentar un caso impecable ante un jurado—. Estoy siendo completamente racional.
Suelto una carcajada amarga y me aparto de la mesa. El pequeño café en el que hemos acabado huele a pan recién horneado, pero no consigo disfrutarlo, porque tengo la impresión de que me están estrangulando con una soga invisible.
—Oliver, escúchame bien, porque no lo voy a repetir. —Clavo los codos en la mesa y me acerco a él para que no le quede ni un ápice de duda en lo que le voy a decir—. Prefiero meter la cabeza en la jaula de un león hambriento antes que pasar seis meses fingiendo que soy tu *adorable* esposa.
—No tienes que ser adorable, ¿eh? —responde sin inmutarse—. Solo mi esposa.
—¡Es una locura! —Me dejo caer en el respaldo, exasperada—. ¿En qué universo crees que yo aceptaría esto?
—En el universo donde te ofrezco lo que más necesitas. —Se reclina en la silla con una tranquilidad irritante y deja caer la bomba—. Si aceptas estar casada conmigo durante estos seis meses, a cambio pagaré todas tus deudas y te conseguiré un trabajo estable en un periódico de renombre. Nada de esperar que te contraten de vez en cuando, tendrás un puesto como periodista, por lo que te podrás ir olvidando de ser *freelance*. Ya ves, seguridad financiera a cambio de hacerme este pequeño favor, Davis. ¿Qué me dices?
Mi risa muere en mi garganta. Intento no mostrar ningún tipo de reacción a lo que acaba de decirme, pero un escalofrío me recorre la espalda. Mi cuenta bancaria es un desastre, mi tarjeta de crédito está temblando y mis ingresos como periodista *freelance* son cualquier cosa menos estables. He pasado más noches sin dormir de las que me gusta admitir, preocupada por cómo voy a pagar el alquiler el mes siguiente. Pero vender mi alma a Oliver Wilson… Eso es… ¡demasiado!

—¿Crees que puedes comprarme con dinero? —susurro, con los dientes apretados.
—No —Su mirada es firme y calculadora—. Pero creo que te he hecho una oferta que no puedes rechazar.
El muy cabrón sabe que me tiene contra las cuerdas.
—No puedes estar hablando en serio —mascullo, sintiendo que mi estómago se revuelve—. No puedes pedirle a alguien que pase seis meses atada a ti porque a ti te conviene.
—Tú misma lo dijiste —me recuerda—. Estábamos borrachos. Así que esto no cuenta. Solo es un trámite. Firmamos el papel, hacemos lo necesario para que mi ascenso en el bufete no peligre y, cuando todo acabe, cada uno sigue con su vida y tú te habrás olvidado de los números rojos en tu cuenta bancaria.
—¿Y qué se supone que tengo que hacer durante seis meses? ¿Ponerme un delantal y esperarte con la cena hecha cuando llegues del trabajo?
—Preferiría que no lo intentaras. No me fío de tu dotes culinarias. —Esboza una sonrisa burlona y yo tengo que contener el impulso de tirarle el café a la cara.
—Eres un imbécil.
—Soy un imbécil con una oferta muy tentadora. —Se encoge de hombros y da un sorbo a su café—. Piénsalo, Davis. Seis meses y todos tus problemas desaparecerán. Sin preocupaciones económicas, ni angustia por conseguir trabajos que te paguen el próximo mes de alquiler... ¡Serás libre!
¿Libre? La ironía no podría ser mayor.
Me paso una mano por el pelo y miro a través de la ventana de la cafetería. Las calles de Las Vegas siguen su curso, ajenas a la bomba que acaba de estallar en mi vida.
En este momento mi cabeza va a mil por hora. Oliver es lo último que necesito en mi vida. Siempre ha sido ese tipo de persona que lo tiene todo resuelto y el que sabe exactamente qué hacer en cualquier momento. Yo, en cambio, soy un caos. Sin duda, no encajamos. Nunca lo hemos hecho.
—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —pregunto con voz tensa.
Él levanta una ceja, sorprendido de que no le haya gritado de nuevo.

—No mucho. Tengo que tomar una decisión esta misma semana. Y si aceptas, tendremos que organizar algunas cosas para que parezca convincente.
Convincente.
Esa palabra se me clava en el pecho. Esto no es un matrimonio real. No lo es y nunca lo será, es solo un teatro, una farsa bien planeada que nos beneficiará a los dos.
Agarro la taza de café entre las manos, buscando algo de calor en medio del torbellino en el que se ha convertido mi mente.
Oliver Wilson. Mi esposo.
El mundo tiene un sentido del humor muy cruel.

Salimos de la cafetería y caminamos en silencio de regreso al hotel. Oliver camina a mi lado con la misma calma exasperante de siempre, como si acabara de cerrar el trato más simple de su carrera. Pero para mí, no es un trato, ¡es un terremoto en mi vida!
Cuando entramos en el vestíbulo del hotel, la voz de Emma nos recibe con entusiasmo.
—¡Por fin os encuentro! —exclama mientras avanza hacia nosotros con una gran sonrisa. Su felicidad contrasta brutalmente con el desastre que es mi vida ahora mismo.
Antes de que pueda reaccionar, Emma me coge por el brazo y me acerca a ella.
—Tía, ¿dónde os habíais metido? Anoche os busqué después de la fiesta y nadie sabía dónde estabais. ¿Os fuisteis de juerga sin mí? —Se aparta para mirarme con gesto divertido, aunque su expresión cambia en cuanto nota el ambiente tenso entre Oliver y yo—. ¿Se puede saber qué os pasa?
—Hermanita, será mejor que te sientes —le dice Oliver con ese tono de abogado serio que me crispa los nervios.
—No me gusta cómo suena eso —contesta su ella cruzándose de brazos—. ¿Qué habéis hecho?
Oliver se aclara la garganta antes de empezar a contarle y yo querría desaparecer de la faz de la tierra.

—Nos hemos casado —le cuenta con naturalidad, como si estuviera contándole el tiempo que va a hacer hoy en Las Vegas.
Al escucharle, Emma parpadea. Una, dos, tres veces. Luego suelta una carcajada.
—Buena broma. Venga, contadme la verdad —le responde divertida entre risas.
—No, no es una broma —intervengo, mostrando el anillo en mi dedo.
El rostro de Emma pasa de tener una gran sonrisa en los labios, al desconcierto, después a la incredulidad y luego al horror más rotundo y absoluto.
—¿Qué? —Su voz sube un par de octavas—. ¡¿Pero cómo?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Por qué?!
Miro a Oliver, esperando que sea él quien la calme. Al fin y al cabo, fue su brillante idea. Pero, por supuesto, él solo se limita a encogerse de hombros.
—Fue después de la boda —explica con la misma serenidad exasperante—. Kath y yo bebimos demasiado, las cosas se nos fueron de las manos y… bueno, terminamos en una capilla.
Emma se pasa la mano por la cara, claramente al borde de un colapso.
—No me lo puedo creer. Esto es una pesadilla. —Nos señala con un dedo acusador—. ¡Sois un desastre los dos! ¿Y ahora qué vais a hacer?
Suspiro, sintiendo cómo la presión en mi pecho aumenta.
—Hemos hablado de una solución —empiezo, tratando de ignorar la mirada inquisitiva de mi amiga—. Oliver quiere que sigamos casados durante seis meses. Dice que le conviene para su ascenso o no sé qué rollo de su trabajo y que a mí me conviene por… otros motivos.
Emma entrecierra los ojos.
—¿Qué motivos?
—Pagaré sus deudas y le conseguiré un trabajo estable en un periódico —responde Oliver sin rodeos.
Emma lo fulmina con la mirada.
—¿Así que ahora compras esposas?

—No es así —replico antes de que esto se salga de control—. Es… un trato. Un negocio.
—¿Un negocio? —Emma se lleva una mano a la frente—. Por favor, decidme que no estáis hablando en serio.
—Totalmente en serio —le aclara su hermano.
Mi amiga me mira, esperando que yo lo desmienta, pero no lo hago. Porque, por más absurdo que parezca, estoy planteándome seriamente aceptar su oferta.
—Pero pienso ponerle condiciones —añado cruzándome de brazos—. Nada de sentimientos y, por supuesto, nada de sexo. Esto solo es un acuerdo porque a ambos nos conviene, porque los dos vamos a beneficiarnos.
Oliver arquea una ceja.
—¿Nada de sexo? —pregunta con fingida decepción.
—Ni se te ocurra insinuar lo contrario —le advierto.
Emma nos observa como si le hubiéramos dicho que planeamos incendiar el hotel o algo peor.
—Esto es lo más ridículo que he escuchado en mi vida —suelta indignada.
—Pero funciona —apunta Oliver—. Todos ganamos.
Emma sacude la cabeza, completamente horrorizada.
—Voy a necesitar una copa para procesar esto —responde mi amiga negando con la cabeza.

Capítulo 3
Oliver

Aterrizamos en Nueva York en el primer vuelo disponible. El silencio entre Kath y yo durante el trayecto ha sido tenso y cargado de todo lo que no nos hemos dicho y de lo que sabemos que aún nos queda por discutir. Ella ha dormido la mayor parte del viaje, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en la ventanilla, como si así pudiera

aislarse de la realidad. Yo, en cambio, he revisado contratos y correos para mantener mi cabeza ocupada y no pensar demasiado en el desastre en el que nos hemos metido.
Cuando el taxi nos deja frente a mi edificio en el Upper East Side, Kath sale del coche con expresión neutral, pero su mirada se desliza por la imponente estructura del edificio. No dice nada, pero sé lo que está pensando. Su silencio es lo único que necesito para saber que está impresionada.
—¿Qué? ¿No tienes algún comentario sarcástico sobre lo ostentoso que es el edificio de mi apartamento? —le pregunto mientras el portero nos abre la puerta con una sonrisa.
—Oh, por favor, Wilson —me responde y se ajusta la correa del bolso en el hombro—. Como si no supieras lo ridículo que es vivir en un sitio como este. Dime que al menos tienes un mayordomo para que esto tenga sentido.
—No necesito un mayordomo.
—¿Ah no? No te creo…
—Créeme… Lo único que necesito es alguien que no invada mi espacio.
—Genial, porque eso es exactamente lo que yo también necesito —suelta quitándose las gafas de sol para colocárselas sobre la cabeza a modo de diadema.
El ascensor nos lleva hasta la última planta y, cuando las puertas se abren, Kath avanza con cautela. Mi apartamento es espacioso, moderno y tiene unos impresionantes ventanales de suelo a techo, que ofrecen una vista espectacular de la ciudad. Toda la decoración es de líneas rectas, minimalista y con colores neutros. Elegante, ordenado y sin nada fuera de lugar. Y ahora, tendré que compartirlo con un huracán de energía caótica como Kath. Resoplo de forma disimulada, porque lo único que querría ahora mismo es que se diera cuenta de que lo que estoy pensando.
—Bienvenida —le digo después de dejar mi maleta junto a la puerta.
Ella apoya su mochila contra la pared y cruza los brazos mientras inspecciona el lugar con la mirada. Sé que no querrá admitirlo, pero sé que le gusta. Aunque se trague las palabras, aunque tuerza los

labios con gesto de desdén, no tengo la menor duda de que le encanta.
—Si intentas impresionarme, no funciona —murmura, recorriendo el salón con la mirada, mientras posa los dedos sobre la gran mesa de cristal, que preside esta zona de la estancia.
—No necesito impresionarte. Ya estás aquí.
Kath suelta un resoplido y se gira para mirarme directamente.
—Dejemos claras las reglas de convivencia—me dice con ese tono de mando que me saca de quicio—. Nada de tocar mis cosas. Nada de invadir mi espacio y, sobre todo, nada de traer aquí a tus… amigas.
—¿Mis amigas? —arqueo una ceja, divertido—. No sabía que estabas interesada en mi vida social.
—No lo estoy, pero no pienso despertarme y encontrarme con una desconocida en la cocina. Así que, si quieres hacer de las tuyas, que sea fuera de este apartamento.
Cruzo los brazos y me apoyo en la encimera de la cocina, estudiándola con atención.
—¿Siempre tienes que tener esa actitud desafiante?
Kath se encoge de hombros con una media sonrisa que no me gusta nada.
—No es desafío... Es supervivencia.
Sus palabras me sorprenden. No solo por el tono que utiliza, si no por la verdad oculta tras esa afirmación. Kath ha aprendido a valerse por sí misma y no confía en los demás. Y ahora entiendo por qué. Sus padres se divorciaron cuando era adolescente y, desde entonces, no ha tenido un verdadero hogar. Se pagó la carrera de periodismo trabajando en una cafetería y sobreviviendo a base de contratos eventuales, sin nadie que la respaldara.
—No tienes que estar siempre a la defensiva —comento, sin poder evitarlo.
Kath me mira con los ojos entornados.
—Claro que sí. Siempre.
Dejo el tema porque sé que no voy a sacarle más. Pero algo en su expresión me dice que este matrimonio falso va a ser más complicado de lo que esperaba.

A lo largo de la tarde, Kath recorre el apartamento, examinando cada habitación de manera minuciosa. Se detiene en la cocina, abre los armarios y suelta una carcajada seca.
—Déjame adivinar. Todo lo que tienes es café, whisky y comida congelada.
—No me gusta perder el tiempo cocinando —le respondo ecogiéndome de hombros.
—Pues prepárate, porque yo tampoco soy precisamente una chef. Más bien diría que soy especialmente habilidosa en pedir comida a domicilio.
—Eso sí que no, Davis. No pienso dejar que llenes mi casa de cajas de comida rápida.
—Entonces haz espacio en la nevera, porque si voy a vivir aquí, necesito cosas que llenen la despensa y que tu cocina no parezca el almacén de un bar de mala muerte.
Kath continúa explorando, abre la puerta de mi dormitorio y suelta un silbido bajo.
—Tienes buen gusto, lo admito. Aunque esta cama parece demasiado grande para alguien tan aburrido como tú.
—Me gusta el espacio.
—No me sorprende. Lo malo es que ahora tendrás que compartirlo.
—No vamos a compartir dormitorio, Davis.
—No estaba insinuando eso, tranquilo. Me basta con un sitio donde pueda dormir sin escuchar tus ronquidos.
—No ronco.
—Claro, lo que tú digas.
A pesar de que acabamos de llegar, no me resulta demasiado difícil de imaginar que la convivencia con Kath va a ser un desafío diario. Y por primera vez desde que propuse este trato, me pregunto si realmente estoy preparado para poder sobrevivir a esto.

Más tarde, cuando la noche ya se ha asentado sobre la ciudad, Kath entra en la ducha. Yo me quedo en la sala de estar, revisando cosas de mi trabajo en mi portátil e intentando ignorar el hecho de que ahora hay alguien más en mi casa. Pero la sensación es imposible de

ignorar. Estoy acostumbrado a la soledad, al orden y a mi propio ritmo y, como no podía ser de otra manera, Kath rompe con todo eso.
El sonido del agua cayendo en el baño me recuerda su presencia. Intento concentrarme en los documentos y en los correos que debo responder, pero mi mente divaga. Así que me levanto de la silla y me recuesto en el sofá, masajeándome la sien. Este acuerdo debería ser sencillo, un contrato beneficioso para ambos, pero algo me dice que nada con Kath Davis puede ser fácil.
Miro el reloj y veo que son casi las doce de la noche. Resoplo y me levanto para ir a mi habitación a dormir, sin esperar lo que está a punto de ocurrir. Al girar por el pasillo, choco de lleno con una figura cálida y húmeda: Kath, que solo lleva una toalla atada con un nudo flojo bajo los brazos y las gotas de agua resbalan por su piel y su larga melena rubia, aún empapada, cae sobre su espalda. Su piel brilla por la humedad y el vapor del baño aún flota a su alrededor como una neblina envolvente. Al verla así no sé qué decir y ambos nos quedamos inmóviles.
Demasiada piel a la vista y demasiada cercanía.
Su respiración se acelera y la mía también. Los segundos se estiran en un limbo incómodo y electrizante, hasta que Kath traga saliva y retrocede un paso, pero el pasillo es estrecho y yo, al intentar hacer lo mismo, termino rozando su brazo con el dorso de mi mano. Su piel sigue caliente por el agua y yo, sin quererlo, me quedo con esa sensación ardiente impregnada en los dedos.
Sus ojos se clavan en los míos, alerta, pero no hay burla en su expresión. No hay comentarios sarcásticos, ni esa actitud desafiante que siempre la acompaña, en cambio, veo algo diferente en ella, algo contenido.
—¿Puedes moverte? —murmura, con la voz algo más ronca de lo normal.
Intento reaccionar, pero el aroma del jabón, la calidez de su cuerpo y la manera en que la toalla se aferra peligrosamente a su piel hacen que mi cerebro funcione más lento de lo habitual. Me aparto al fin, dejando que pase, pero el roce es inevitable.

Kath avanza con pasos apresurados y entra en su habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Mientras yo me quedo en el pasillo, aún notando el contacto de su piel en la mía. Exhalo el aire que no sabía que estaba conteniendo y me paso una mano por mi nuca. «Mierda», me digo chasqueando la lengua. Entro en mi habitación, pero el incidente sigue repitiéndose en mi cabeza. Me dejo caer en la cama, con el cuerpo aún tenso, e intento sacarme de la mente la imagen de Kath envuelta en esa toalla ridículamente pequeña. Pero no puedo y lanzo un largo resoplido.

Me cubro la cara con las manos. Esto es una locura. Me levanto y camino hasta el baño para darme una ducha rápida, aunque no necesito refrescarme, sino despejar mi cabeza. Cuando salgo, con el pelo aún húmedo, escucho ruido en la cocina. No puede ser. ¿Kath está preparándose algo a estas horas?

Salgo de mi habitación y cuando llego a la cocina, la encuentro en pijama, con el pelo mojado cayéndole sobre la espalda, y veo cómo saca una taza del armario. Se sobresalta al verme.

—¿Qué haces despierto? —me pregunta, sin girarse del todo.

—Podría preguntarte lo mismo —respondo, apoyándome en el marco de la puerta.

Kath suspira y se pasa una mano por la cara.

—No puedo dormir —admite, en voz baja.

Hay algo en su tono que me hace fruncir el ceño. No es su típico tono irónico o desafiante. Es honesto. Real.

Me acerco y abro el frigorífico, para sacar una botella de agua. Kath me observa mientras le da un sorbo a su té. El ambiente sigue cargado de algo indescriptible, como un hilo invisible que nos mantiene atrapados en una tensión incómoda.

—Esto va a ser un problema —murmuro, más para mí que para ella.

Kath deja la taza en la encimera y me mira con seriedad.

—¿Te refieres a la convivencia o a otra cosa? —inquiere, con la mirada fija en la mía.

Sé exactamente a lo que se refiere, pero no voy a ponérselo tan fácil.

—A todo, Davis, a todo…

Ella esboza una media sonrisa, pero su expresión sigue siendo cautelosa.
—Bueno, pues acostúmbrate. Porque estamos atrapados en esto.
Bebe otro sorbo de su té y se aleja, caminando hacia su habitación, dejándome solo en la cocina, con demasiadas ideas en la cabeza y la certeza absoluta de que este matrimonio de mentira va a ser un jodido problema.

Continúa leyendo aquí:



Encuentra aquí otras novelas de la autora

https://www.amazon.com/~/e/B09S6473S5